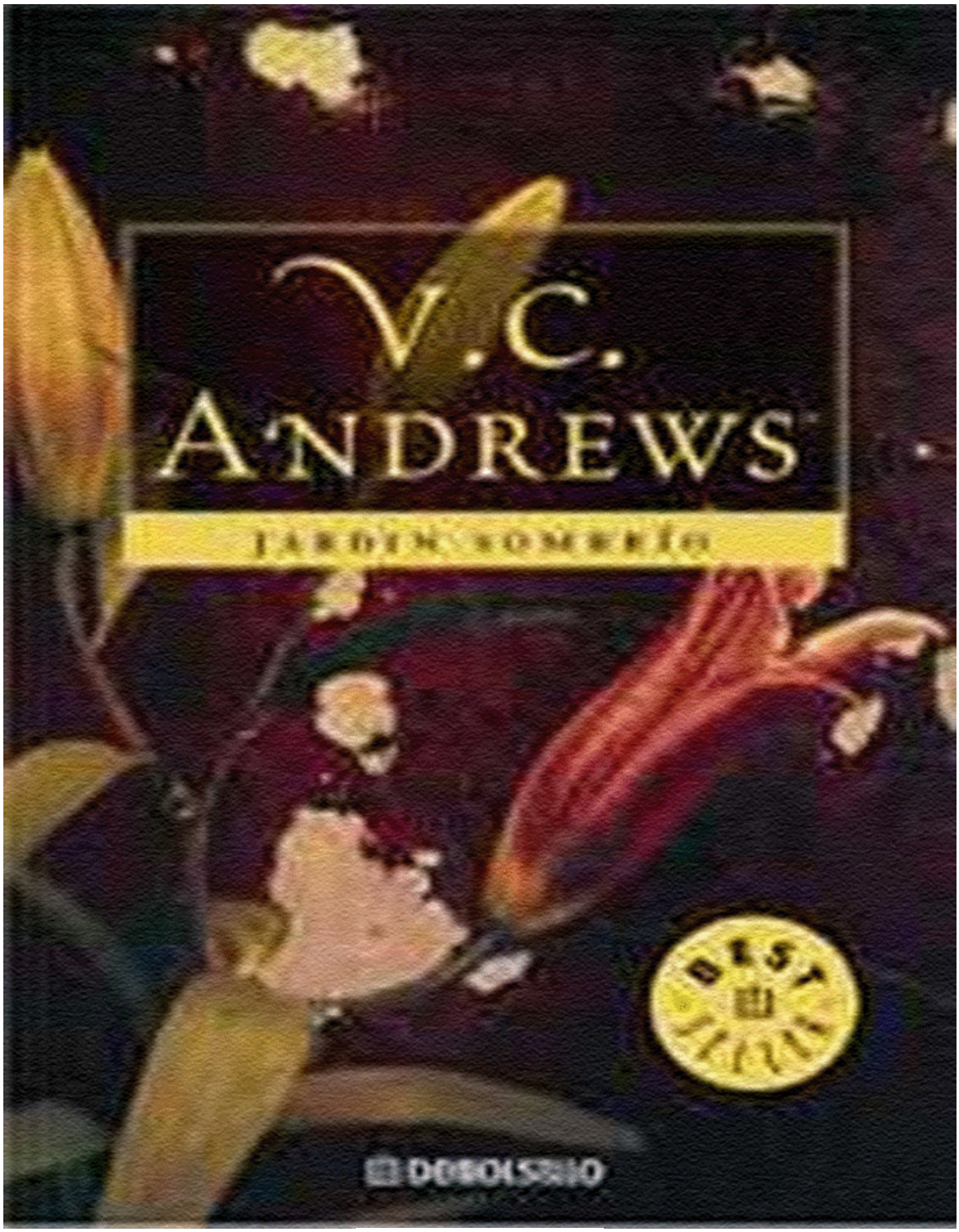
V. C. Andrews
Jardín sombrío



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación del autor o se emplean de modo ficticio. Cualquier parecido con sucesos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

PRÓLOGO

Addendum a la última voluntad y testamento de Olivia Winfield Foxworth. Para ser abierto veinte años después de mi muerte.
Me he visto obligada a dejar este recuerdo. Si otros no se hubieran decidido a contar mi historia en beneficio propio, los secretos de los Foxworth habrían quedado enterrados en la tumba conmigo. La crueldad se presenta bajo muchas formas, y la ignorancia es una de ellas. A causa de mi ignorancia he sido juzgada. Ahora me he ido con Él, el único juez cuyo veredicto cuenta y he aceptado Su pronunciamiento respecto a mi alma. Aquellos de vosotros que estéis ahí abajo conoceréis la verdadera historia. Y al saber la verdad, juzgadme si os atrevéis.

OLIVIA WINFIELD FOXWORTH

PRIMERA PARTE

I. BROTES DE PRIMAVERA

Siendo yo una niña, mi padre me compró una preciosa casa de muñecas hecha a mano. Era un mundo mágico en miniatura, con hermosas muñequitas de porcelana, mobiliario, e incluso pinturas, candelabros y alfombras, todo hecho a escala. Pero la casa estaba encerrada en una caja de cristal y nunca se me permitió tocar a la familia que la habitaba. En realidad, ni siquiera me permitieron tocar la caja, para que no la ensuciara. Los objetos delicados habían peligrado siempre en mis manos grandes, y la casa de muñecas podía ser admirada por mí, pero nunca tocada.
La tenía en mi dormitorio, colocada encima de una mesa de roble, debajo de las ventanas de guillotina con sus cristales de colores. El sol que penetraba a través de las vidrieras esparcía un cielo suavemente teñido con los matices del arco iris sobre aquel pequeño universo, y los rostros de la familia en miniatura resplandecían de felicidad. Incluso los sirvientes en la cocina, el mayordomo vestido con su librea blanca cerca de la puerta principal y la niñera en el cuarto de los niños, todos mostraban un aspecto satisfecho.
Así era como debía ser, y como sería siempre, tal como yo esperaba y rogaba fervientemente que fuese para mí algún día. En aquel mundo en miniatura no había sombras; ya que, incluso en los días encapotados, cuando las nubes oscurecían el ambiente exterior, los cristales de colores de las ventanas convertían mágicamente la luz gris en irisada.
El mundo real, mi propio mundo, siempre parecía gris, sin los colores del arco iris. Gris para mis ojos, demasiado severos según me decían, gris para mis esperanzas, gris para la solterona que nadie quería.
A los veinticuatro años yo era una solterona, una doncella vieja. Al parecer, mi estatura y mi inteligencia intimidaban a los jóvenes elegibles. El mundo del arco iris, del amor, el matrimonio y los bebés, siempre sería tan inalcanzable para mí como aquella casa de muñecas que yo admiraba tanto. Tan sólo en la fantasía se elevaban mis esperanzas.

En mis fantasías yo era bonita, alegre, encantadora, como las otras mujeres jóvenes que había conocido pero con las que nunca hice amistad. Mi vida era solitaria, ocupada principalmente por sueños y libros. Y aunque jamás hablaba de ello, me aferraba a la pequeña esperanza que mi madre me había dado antes de morir.

-La vida se parece mucho a un jardín, Olivia. Y las personas somos como diminutas semillas, nutridas por el amor, la amistad y los cuidados. Si se les dedica el tiempo y la atención suficientes, incluso una vieja planta raquítica, abandonada en un patio árido, florecerá cuando menos se espere. Y ésos son los brotes más preciosos, los más queridos. Tú serás una flor de esa especie, Olivia. Quizá necesites algún tiempo, pero tu momento de florecer llegará.

Echaba mucho de menos a mi optimista madre. Yo tenía dieciséis años cuando ella murió, justo cuando más necesitada estaba de esas conversaciones de mujer a mujer con las que me explicaría cómo conquistar el corazón de un hombre, cómo parecerme a ella; respetable y competente y sin embargo una mujer en todos los sentidos. Mi madre siempre estaba ocupada en algo, y en todo era eficiente y responsable. Superaba cualquier crisis; pero cuando ésta terminaba, siempre había otra a punto. Mi padre parecía satisfecho al ver ocupada a mi madre. De qué modo no importaba.

Mi padre solía decir que aunque las mujeres no se ocuparan de asuntos graves, eso no significaba que hubieran de holgazanear. Ellas tenían quehaceres «femeninos».

Sin embargo, cuando llegó el momento me animó para que fuese a la escuela de comercio. Le parecía justo y adecuado que yo me convirtiera en su contable particular, concederme un lugar en su despacho, una habitación masculina, una de cuyas paredes estaba cubierta por armas de fuego y otra con retratos de sus expediciones de caza y de pesca, una estancia que siempre olía a humo de cigarros y a whisky, y su alfombra marrón oscuro era la más desgastada de la casa. Me destinó una parte de su gran mesa escritorio de roble negro para que yo trabajase con toda meticulosidad en sus cuentas, las facturas de negocios, los salarios de sus empleados, e incluso los gastos domésticos. Ayudándole en esto, con frecuencia me sentía más como si fuera el hijo que él siempre había deseado y nunca consiguió, que en mi propia condición de hija. Yo me esforzaba por complacer a todos, sin embargo parecía que nunca conseguía ser lo que los demás querían.

Mi padre decía muchas veces que yo sería una gran ayuda para cualquier marido, y por ello yo estaba convencida de que ése era el motivo de haberme hecho estudiar comercio y por lo que tenía aquella experiencia. Él nunca lo expresó con tanta claridad; pero es como si me lo hubiera dicho. Una mujer de un metro ochenta necesitaba algo más para capturar el amor de un hombre.

SI, yo tenía esa estatura; me había disparado en mi crecimiento siendo adolescente y con gran disgusto mío, hasta unas proporciones gigantescas. Yo era la planta de habichuelas en el jardín de Jack. Yo era el gigante. En mí no había nada de delicado ni frágil.

Poseía el pelo castaño rojizo de mi madre; pero tenía los hombros demasiado anchos y grandes senos. A veces me observaba de pie delante del espejo y deseaba que mis brazos fuesen más cortos. Mis ojos grises eran demasiado alargados y semejantes a los de un gato, y mi nariz en exceso puntiaguda. Tenía los labios delgados y un aspecto pálido y grisáceo. Gris, gris, gris. ¡Cómo deseaba haber sido bonita y brillante! Cuando me sentaba ante mi coqueta de mármol heliotropo e intentaba ruborizarme y parpadear para parecer coqueta, lo único que conseguía era parecer tonta. No deseaba tener aspecto de mujer vana y boba; sin embargo me sentaba frente a la casa de muñecas dentro de su caja de cristal, y estudiaba el rostro de porcelana, lindo y delicado, de la diminuta esposa. Deseaba con toda mi alma aquella cara. Quizás, entonces, aquél sería mi mundo.

Pero no lo era. De modo que abandonaba mi esperanza presidida por las figuras de porcelana y me ocupaba de mis quehaceres.

Si mi padre había querido realmente hacerme más atractiva para un hombre proporcionándome una educación y experiencia práctica en los negocios, debía sentir una amarga desilusión ante los resultados. Los caballeros que se me acercaban, a causa de las maquinaciones paternas según descubrí, tal como venían se alejaban. A pesar de todos los esfuerzos, yo seguía en estado de merecer. Yo temía que mi dinero, el dinero de mi padre que yo heredaría, atrajera a mi puerta a algún hombre que fingiera estar enamorado de mí. Creo que mi padre recelaba lo mismo, porque un día me habló así:
-He dispuesto en mi testamento que el dinero que recibas sea solamente tuyo, para que hagas con él lo que te plazca. Ningún marido podrá controlar tu fortuna simplemente por el hecho de haberse casado contigo.
Hizo su declaración y se alejó antes de que yo pudiera responderle. Después examinó con gran cuidado los candidatos para mi romance, exhibiéndome tan sólo ante los caballeros de más alto nivel, hombres que poseían cierta fortuna personal. Pero todavía no había conocido yo ninguno al que no sobrepasara en estatura, o que no menospreciara lo que yo decía. Parecía estar destinada a morir soltera.
Pero ése no era el deseo de mi padre.
-Esta noche vendrá a cenar un joven, -anunció un viernes por la mañana a últimos de abril-, y debo decir que es uno de los que me han hecho mejor impresión. Quiero que te pongas aquel vestido azul que te hiciste la última Pascua.
-Oh, papá, -y estaba a punto de objetar «¿Para qué preocuparse?», pero él se anticipó a mi reacción.
-No discutas y, por el amor de Dios, cuando nos sentemos a la mesa no empieces a hablar del movimiento de las sufragistas.
Se me encendieron los ojos. Papá sabía cuánto me enfurecía si me reprimía como a uno de sus caballos.
-Tan pronto como un hombre se interesa por ti, tú desafías los privilegios masculinos más apreciados. Nunca falla. El vestido azul, -repitió; luego, dio la vuelta y se alejó antes de que yo pudiera discutir con él.
Me pareció inútil cumplir ante mi coqueta los ritos acostumbrados. Me lavé vigorosamente la cabeza y después me senté para cepillarme cien veces el cabello; lo ahuequé y me lo recogí detrás con las peinetas de marfil que mi padre me había regalado por Navidad el año anterior. El resultado era cuidadoso, pero severo.
Mi padre no sabía, o parecía no reconocer, que yo había encargado el «vestido azul» porque deseaba uno parecido a los que llevaban las mujeres en las fotografías de moda. El corpiño era lo bastante escotado para exponer un poco la plenitud de mi pecho y la apretada cintura daba a mi cuerpo la sugerencia de una figura «reloj de arena». Era de seda, y tenía una textura de suavidad excepcional y un brillo en nada parecido a todo lo demás que yo poseía. Las mangas estaban cortadas justo por encima del codo, pues yo creía que eso hacía que mis brazos parecieran más cortos.
Me puse el colgante de zafiro azul de mi madre, pensando que favorecía mi cuello y le daba un aspecto de mayor delgadez. Tenía las mejillas sonrosadas, pero no habría podido asegurar si era a causa de mi cuerpo sano o debido a mi nerviosismo. Estaba nerviosa. Había pasado anteriormente muchas veladas como aquélla, contemplando el desaliento en la cara de mi pretendiente cuando se levantaba para saludarme y veía que yo le sobrepasaba en altura.
Sencillamente me estaba entrenando para un fracaso más.
Cuando llegué al piso de abajo, ya había llegado el invitado. Estaban reunidos en el despacho. Oí la fuerte risa de mi padre, y después la voz del caballero, baja pero de profundas resonancias, la voz de un hombre seguro de sí mismo. Presioné las palmas de las manos contra mis caderas para secar la humedad, y me acerqué a la puerta.

En cuanto aparecí, Malcolm Neal Foxworth se levantó y mi corazón dio un vuelco. Sobrepasaba el metro ochenta de estatura y era seguramente el joven más atractivo que había venido a nuestra casa.
-Malcolm, -dijo mi padre-. Me enorgullece presentarte a mi querida hija.
Él me cogió de la mano y dijo:
-Encantado, Miss Winfield.
Le miré directamente a los ojos azul celeste. Y él contemplaba con la misma intensidad los míos. No había creído nunca en historias románticas de colegiala, de esas que hablan de amor a primera vista; pero sentí que su mirada se deslizaba por mi corazón y se alojaba en el fondo de mi estómago.
Tenía el cabello muy rubio, algo más largo por detrás de como solían llevarlo los hombres, pero los mechones estaban peinados meticulosamente y su aspecto era de una finura adorable. La nariz era fuerte y aguileña y la boca fina y recta. Hombros anchos, caderas estre'chas; poseía un aire casi atlético. Y por la manera de mirarme, con una sonrisa irónica, casi divertida, se notaba que estaba acostumbrado a que las mujeres cayeran a sus pies. «Vaya, -pensó-, no debo darle más motivos para que se divierta con Olivia Winfield. Naturalmente un hombre así no se hubiera molestado ni en decirme qué hora era, y ya me veía soportando otra de las veladas condenadas al fracaso casamentero de mi padre. Le estreché firmemente la mano, le devolví la sonrisa y rápidamente desvié la vista.
Después de presentarnos, mi padre explicó que Malcolm acababa de venir a New London, desde Yale, donde había asistido a una reunión académica. Estaba interesado en invertir en la industria de construcción de barcos porque creía que, una vez terminada la Gran Guerra, se desarrollarían los mercados de exportación. Por lo que supe aquella noche sobre sus actividades, comprendí que ya era dueño de algunas fábricas textiles, que participaba en la dirección de algunos Bancos y poseía varios aserraderos en Virginia. Estaba asociado con su padre en los negocios, pero éste, aunque solamente contaba cincuenta y cinco años, estaba confuso. Más tarde supe lo que aquello quería decir.
Durante la cena traté de mostrarme cortés, serena y silenciosa, como mi progenitor quería que fuese, y tal vez como era mi madre. Margaret y Philip, nuestros criados, sirvieron una elegante cena con buey Wellington, un menú que mi propio padre había escogido, cosa que sólo hacía en ocasiones especiales. Me pareció obvio al decir:
-Olivia tiene un título universitario, ¿sabes? Posee un diploma comercial y cuida de la mayor parte de mi contabilidad.
-¿De verdad? -Malcolm pareció auténticamente impresionado; sus ojos azul celeste brillaron más todavía, interesados, y sentí que me dirigía una segunda mirada más formal-. ¿Y le gusta el trabajo, Miss Winfield?
Lancé una mirada a mi padre que estaba repantigado en su silla de arce claro, de alto respaldo, y asentía como si me incitara a responder. Yo sentía grandes deseos de gustar a este Malcolm Foxworth, pero estaba decidida a mostrarme tal como era.
-Es mejor llenar el tiempo con actividades sensatas y productivas, -declaré-. Incluso para una mujer.
La sonrisa de mi padre se desvaneció, pero la de Malcolm se ensanchó.
-Estoy de acuerdo por completo, -aprobó sin volverse hacia mi padre-. Opino que la mayoría de las mujeres llamadas hermosas son vanas y bastante tontas. Parece como si les bastara su belleza para vivir. Yo prefiero a las chicas inteligentes que saben pensar por sí mismas y puedan ser valores reales para sus maridos.
Mi padre se aclaró la garganta.
-Sí, claro, claro, -corroboró, y desvió la conversación de nuevo hacia la industria naviera.
Sabía de buena tinta que la flota de la marina mercante, construida para el esfuerzo de la guerra, pronto sería ofrecida a propietarios privados. Su tópico acaparó la atención de

Malcolm durante la mayor parte de la cena; a pesar de ello, yo sentía que sus ojos se dirigían hacia mí de cuando en cuando; y algunas veces, cuando yo alzaba la mirada hacia él, me sonreía.
Jamás había estado sentada con uno de los invitados de mi padre sintiéndome tan fascinada. Nunca me había sentido tan bien acogida en la mesa. Malcolm se mostraba cortés con mi padre, pero me parecía evidente que deseaba más hablar conmigo.
¡Conmigo! ¿El hombre más atractivo de todos los que habían venido a nuestra casa estaba interesado por mí? Ese hombre podía tener a un centenar de bellas muchachas que le adorarían toda su vida. ¿Por qué había de interesarse por una chica fea como yo? A pesar de ello, cuánto deseaba yo no estar imaginando aquellas miraditas de reojo, las veces que me pidió que le pasara cosas que él hubiera podido alcanzar fácilmente, la manera en que intentaba hacerme participar en la conversación. Quizás, aunque nada más fuese por unas horas, podía permitir que floreciera mi tenue capullo de esperanza. ¡Solamente esa noche! Al día siguiente dejaría que todo fuese gris otra vez.
Después de la cena, Malcolm y mi padre se fueron al despacho para fumar y hablar más extensamente de las inversiones que Malcolm quería hacer. Y con ellos se alejaron mis esperanzas, de florecimiento breve y pronto marchitas. Como es natural, Malcolm no estaba interesado en mí, sino en realizar negocios con mi padre. Se quedarían en el despacho el resto de la velada. Ya podía yo retirarme a mi habitación para leer la nueva novela que estaba llamando la atención, La edad de la inocencia de Edith Wharton. Pero en vez de retirarme a mi habitación decidí bajar el libro a la sala de estar y leer bajo la lámpara de Tiffany, dándome por satisfecha con ver a Malcolm para despedirme de él.
A aquella hora de la noche la calle estaba muy silenciosa, pero miré hacia fuera y vi a una pareja que paseaba, cogidos del brazo. «Así es como caminarían mis muñecos encerrados dentro de su caja de cristal, el marido y la mujer, si pudieran escapar de su prisión», pensé. Contemplé a la pareja hasta que desapareció al dar la vuelta a la esquina. Cuánto deseaba yo pasear algún día con un hombre al lado de esa misma manera, un hombre como Malcolm. Pero no sería así. Parecía que Dios era insensible a mis esperanzas y estaba sordo a mis ruegos pidiendo amor. Suspiré. Mientras volvía a la lectura de mi libro, me di cuenta de que todo lo que yo iba a llegar a conocer del amor y de la vida sería a través de la lectura.
Descubrí entonces a Malcolm en el umbral. ¡Vaya, si había estado observándome! Se hallaba de pie, muy tieso y silencioso, con los hombros echados hacia atrás, la cabeza alta. En sus ojos había una expresión calculadora, como si estuviera evaluándome sin que yo me diese cuenta, pero no supe qué conclusión sacar de eso.
-¡Oh!
La sorpresa me encendió las mejillas. Mi corazón comenzó a latir con tanta fuerza que pensé que él lo oiría desde el otro extremo de la sala.
-Hace una noche espléndida, -comentó-. ¿Le apetece que demos un paseo?
Por un momento me quedé mirándolo. ¡Quería llevarme a pasear!
-Sí, -respondí.
Pude comprobar que le gustó la manera en que llegué a una decisión rápida. No traté de parpadear o mostrarme dudosa cubriendo las formas con coquetería. Yo estaba deseando salir a pasear y deseaba muchísimo más salir a pasear con él. Iba a mostrarme exactamente tal como era, confiando que prosperase aquel interés que Malcolm parecía sentir por mí.
-Voy arriba a buscar mi abrigo.
Me alivió tener un motivo para alejarme y recuperar el aliento.
Cuando regresé, Malcolm me esperaba junto a la puerta principal. Philip, que le había traído el sobretodo, se hallaba de pie a su lado esperando para abrirnos la puerta. Me pregunté dónde estaría mi padre y si esto era algo que él había arreglado. Aunque hiciera

tan poco tiempo que conocía a Malcolm, creía que no era un hombre al que pudieran obligar a hacer lo que no quisiera.
Cuando Philip abrió la puerta principal, percibí una mirada de satisfacción en sus ojos. Daba su aprobación a este caballero.
Malcolm me cogió del brazo y me escoltó bajando los seis peldaños de la escalinata. Ambos permanecimos silenciosos mientras recorríamos la avenida hasta llegar a la puerta del jardín. La abrió y se apartó a un lado para que yo pasara primero. Era una noche fresca de abril con una insinuación de primavera en el aire. Los árboles que había a la entrada todavía alzaban al cielo sus ramas grises y desnudas, pero su rigor se mitigaba por centenares de diminutos brotes a punto de saltar a la vida. Sin embargo, el frío del invierno se hallaba aún suspendido en el aire, yo seguía llevándolo dentro. En un momento de locura sentí la tentación de volverme hacia Malcolm y acurrucarme en sus brazos, algo que ciertamente nunca había hecho con ningún hombre, ni siquiera con mi padre. Caminé decidida y señalé en dirección al río.
-Si vamos hasta el final de la calle, -dije-, y giramos hacia la derecha, tendremos una hermosa vista del Támesis.
-Espléndido, -aceptó Malcolm.
Una de mis fantasías había sido siempre la de pasear por la orilla del río al lado de un hombre que seestaba enamorando de mí. Mis emociones se confundían. Eran tantas las esperanzas y los temores. Sentimientos terribles fluían por todo mi cuerpo. Estaba aturdida. Pero no podía permitir que Malcolm percibiera mi agitación, de modo que me mantenía erguida, con la cabeza muy alta mientras caminábamos. Pasaban las luces de los barcos, que iban de un lado a otro con sus cargamentos, y, como la noche era tan oscura, vistas de lejos reflejándose en el agua, parecían luciérnagas atrapadas en telarañas.
-Una vista muy hermosa, -respondió Malcolm.
-Sí.
Y planteó:
-¿Cómo es que su padre todavía no la ha casado? No voy a insultar su inteligencia diciéndole que es usted hermosa; pero sí extraordinariamente atractiva, y es evidente que posee una mente fuera de lo común. ¿Por qué no la ha capturado ningún hombre todavía?
-¿Por qué no se ha casado todavía usted? -repliqué.
Se echó a reír.
-Responde a una pregunta con otra. Muy bien, Miss Winfield, -prosiguió-; si quiere usted saberlo, creo que la mayoría de mujeres de hoy resultan aburridas con sus esfuerzos para ser seductoras. Un hombre que se toma en serio su vida, que está decidido a construir algo significativo para sí y para su familia, me parece que ha de evitar ese tipo de mujer.
-¿Y solamente ha conocido usted mujeres de ésas? -pregunté; y, aunque no pudiera verlo, presentí que se había ruborizado-. ¿No ha buscado otras?
-No. He estado muy ocupado con mis negocios.
Nos detuvimos y Malcolm se quedó mirando los navíos.
-Si me permite ser un poco atrevido, -prosiguió-, creo que usted y yo tenemos algunas cosas en común. Por lo que su padre me ha dicho y por lo que puedo observar, usted es una persona de mente formal, pragmática y diligente. Aprecia el mundo de los negocios y por tanto ya se encuentra bastante por encima de las mujeres que hay en este país.
-Se debe a cómo las han tratado la mayoría de los hombres.
Lo había dicho con rapidez. Y casi me mordí los labios. No tenía intención de argumentar mis opiniones; pero aquellas palabras parecían haberse formado por sí mismas en mis labios.
-No lo sé. Tal vez sea así, -se apresuró a responder-. Pero la realidad es que lo que le he dicho es cierto. Y también tenemos otras cosas en común, -añadió cogiéndome suavemente

del codo y haciéndome dar la vuelta para seguir andando-. Ambos perdimos nuestras madres a una edad temprana. Su padre me ha explicado las circunstancias, -aclaró en seguida-. De modo que confío que no piense que estoy entrometiéndome.
-No lo pienso, -repuse-. ¿Usted perdió a su madre siendo niño?
-A los cinco años. -Su voz se hizo oscura y lejana.
-Ah, qué duro debió ser...
-Algunas veces, -comentó-, cuanto más duras son las cosas que nos ocurren, mejores somos después.
O quizá debería decir más fuertes.
En verdad que me pareció muy fuerte al decir aquello; tan frío, que me dio miedo seguir preguntándole.
Caminamos mucho aquella noche y yo le escuché mientras me hablaba de sus diversas empresas. Tuvimos una pequeña discusión sobre las próximas elecciones presidenciales y se sorprendió al ver lo informada que yo estaba acerca de los candidatos rivales republicano y demócrata para conseguir el nombramiento.
Lamenté llegar a casa tan pronto; pero pensé que por lo menos había tenido mi paseo con un hombre joven y atractivo. Todo acabaría ahí.
Sin embargo, una vez en la puerta de casa me preguntó si podía venir a visitarme.
-Tengo la impresión de haberme impuesto toda la noche con mi conversación, -dijo-. Me gustaría escuchar un poco más la próxima vez.
¿Estaba oyendo bien lo que me decían? ¿Un hombre quería oírme hablar, deseaba conocer mis pensamientos?
-Puede usted venir mañana, -le invité.
Supongo que parecía ansiosa como una colegiala. Malcolm no sonrió ni se echó a reír.
-Espléndido, -repuso-. Donde me alojo hay un buen restaurante de pescados. Podríamos cenar.
¿Cenar? Una cita de verdad. Naturalmente, estuve de acuerdo. Quería ver cómo se metía en su coche y se alejaba, pero no podía hacer algo tan descarado. Cuando entré de nuevo en casa, mi padre estaba de pie en el umbral de la puerta de su despacho.
-Un joven interesante, -comentó-. Algo así como un genio de los negocios. Y además, atractivo, ¿no te parece?
-Sí, padre, -respondí.
Rió con malicia.
-Mañana volverá e iremos a cenar.
Se desvaneció su sonrisa. En su rostro apareció aquella expresión esperanzada que yo ya le había visto otras veces.
-¿De verdad? ¡Vaya, qué te parece! ¿Qué te parece?
-No sé qué decirte, padre.
Ya no podía contenerme más. Tuve que disculparme y subir a mi habitación. Durante un buen rato me quedé sentada en mi dormitorio, contemplándome en el espejo. ¿Qué había hecho diferente? Mi cabello era el mismo.
Eché hacia atrás los hombros. Tenía tendencia a curvarlos hacia delante porque eran muy anchos. Sabía que se trataba de una mala postura, y Malcolm tenía un porte tan bueno, una actitud tan confiada. Parecía no haber visto mis imperfecciones. ¡Y era tan agradable no tener que mirar a un hombre hacia abajo!
Además, me había dicho que yo era muy atractiva, lo cual significaba que era deseable para los hombres. Quizá yo me había infravalorado durante todos aquellos años pasados. ¿Quizás había aceptado sin necesidad un destino terrible?

Naturalmente intenté aleccionarme, hacerme advertencias. Un hombre que ha venido a cenar te ha invitado a salir. Eso no ha de significar forzosamente que tenga inclinaciones románticas. A lo mejor es que se siente solo.
No, pensé, cenaremos, hablaremos un poco más y después se marchará. Puede ser que algún día distante, en cualquier ocasión, como Navidad, reciba una postal suya, en la que habrá escrito: «Gracias tardías por su excelente conversación. Felices fiestas, Malcolm.»
El corazón me latía temeroso. Me acerqué a la casa de muñecas prisioneras y busqué la esperanza que había dejado allí encerrada. Después me fui a dormir soñando en las figurillas de porcelana. Yo era una de ellas. Yo era la feliz esposa, y Malcolm era el guapo marido.
Nuestra cita para cenar fue elegante. Aunque yo no intentaba vestirme con mucho lujo, todo lo que escogía me parecía demasiado sencillo. Yo tenía la culpa por no haberme preocupado lo bastante de mi guardarropa. Al final escogí un traje que había llevado en una boda el año anterior. Pensé que tal vez diera buena suerte.
Malcolm elogió mi aspecto; pero la conversación durante la cena se desvió hacia temas más prácticos. Quería conocer todos los detalles sobre el trabajo que yo realizaba para mi padre. Temí que el tema resultara aburrido; pero Malcolm demostró tanto interés que yo seguí hablando. Al parecer, se quedó muy impresionado con mis conocimientos de los negocios paternos.
-Dígame, -me preguntó cuando regresábamos a casa-, ¿qué hace usted para distraerse?
Por lo menos la conversación iba a ser más personal; finalmente demostraba interés por mí.
-Leo mucho. Escucho música. Paseo. Mi deporte es la equitación.
-Vaya, de verdad. Tengo un buen número de caballos y Foxworth, mi casa, está situada en unos terrenos que fascinarían a cualquier explorador de la Naturaleza.
-Parece maravilloso, -dije.
Me acompañó hasta la puerta, y una vez más, pensé que aquello sería el final. Pero me sorprendió.
-Supongo que ya sabe que mañana iré con usted y con su padre a la iglesia.
-No, -le contesté-, no lo sabía.
-Bueno, lo espero con gusto, -añadió-. Debo darle las gracias por una velada tan grata.
-También a mí me ha gustado, -dije, y esperé. ¿Era éste el momento en el que se suponía que el hombre besaba a la mujer? Cómo lamenté no tener una amiga íntima en la que confiar y con quien hablar de los asuntos entre los hombres y las mujeres; pero todas las chicas que conocí en el colegio estaban casadas y se habían marchado.
¿Tenía yo que hacer alguna cosa para incitarle? ¿Inclinarme hacia él? ¿Dejar una dramática pausa? ¿Sonreír de alguna manera especial? Me sentí muy perdida, de pie delante de la puerta, esperando.
-Bueno, pues hasta mañana, -dijo Malcolm, saludó con el sombrero y bajó los escalones hasta su coche.
Abrí la puerta y entré corriendo en la casa, sintiéndome al mismo tiempo excitada y desilusionada. Mi padre estaba en el salón, leyendo el periódico. Fingía interesarse en otras cosas; pero yo sabía que estaba esperándome para que le hablase de mi cita. Decidí no darle ninguna explicación, pues eso me hacía sentir como si estuviera rindiendo cuentas. Aquella expectación me desagradaba.
¿Qué podía decirle de todos modos? Malcolm me había llevado a cenar. Hablamos mucho. Mejor dicho, yo hablé mucho y él escuchaba. Quizás, a fin de cuentas, creería que yo era una charlatana, aunque mi conversación versara sobre asuntos en los que él se interesaba. Estoy segura de que charlé mucho porque estaba muy nerviosa. En cierto modo, me sentía agradecida por sus preguntas sobre negocios. Era un tema en el que yo podía extenderme.

Habría podido hablar de libros, naturalmente, o de caballos, pero no sabía que él estuviera interesado en otras cosas aparte de ganar dinero.
¿Qué podía, pues, contarle a mi padre? La cena había sido maravillosa. Intenté no comer demasiado, aunque me quedé con deseo. Traté de parecer delicada y femenina e incluso rechacé los postres. Fue él quien insistió.
-¿Te has divertido? -Se apresuró a preguntarme mi padre al darse cuenta de que yo iba a subir directamente a mi habitación.
-Sí. Pero me gustaría saber por qué no me has dicho que le habías invitado para que viniera con nosotros a la iglesia.
-Oh, ¿no te lo he dicho?
-Padre, a pesar de tu habilidad en los negocios, no eres un buen embustero, -repliqué.
Soltó una carcajada, y hasta yo me reí un poco. De todos modos, ¿por qué iba a enfadarme? Sabía lo que estaba haciendo mi padre y quería que lo hiciese.
-Me voy a dormir, -dije, pensando en lo temprano que me levantaría al día siguiente, pues tenía que cuidar minuciosamente de mi apariencia para ir a la iglesia.
Antes de dormirme aquella noche, revisé cada uno de los momentos de mi cita con Malcolm, condenándome por esto, felicitándome por aquello. Y cuando recordé nuestros momentos junto a la puerta, imaginé que él me había besado.
Nunca estuve tan nerviosa para ir a la iglesia como aquella mañana. No pude tomar nada en el desayuno. Me apresuraba, insegura de mi vestido, dudando de mi peinado. Cuando al fin llegó el momento de salir y Malcolm ya había llegado, el corazón me latía con tanta rapidez que creía que iba a desmayarme desplomándome en la escalera.
-Buenos días, Olivia, -saludó Malcolm.
Parecía muy complacido con mi apariencia. Ni siquiera me di cuenta, hasta que todos estábamos dentro del coche y camino de la iglesia, de que él me había llamado «Olivia» y no «Miss Winfield».
Era un día primaveral, cálido y adorable, el primer domingo templado del año. Todas las jóvenes iban ataviadas con sus vestidos nuevos de primavera, pamelas con velo y sombrillas. Y todas las familias parecían alegres, con sus hijos corriendo bajo el sol, esperando el comienzo de la función religiosa. Cuando descendimos del auto, me pareció que toda aquella gente se volvía para mirarme. A mí, Olivia Winfield, llegando a la iglesia una bonita mañana de domingo, acompañada de mi padre y un joven extraordinariamente atractivo. Me habría gustado gritar: ¡Sí, soy yo! ¿Lo véis? Naturalmente, nunca me rebajaría a darlo a entender siquiera. Me mantuve muy erguida, más alta, la barbilla elevada mientras íbamos derechos del automóvil a la iglesia sombría, que olía a almizcle. La mayoría de la gente se había quedado fuera para disfrutar del sol, de modo que pudimos escoger el banco, y Malcolm nos condujo hasta los asientos delanteros. Permanecimos sentados en silencio mientras esperábamos que comenzara el sermón. Jamás había tenido tantas dificultades para escucharlo con atención; nunca me había resaltado tanto el sonido de mi voz cuando nos alzamos para cantar los himnos. Sin embargo Malcolm cantó vigorosamente y con claridad, y al finalizar, recitó con voz resonante la Plegaria del Señor. Después se volvió hacia mí, me cogió del brazo y me escoltó hasta la salida. ¡Qué orgullosa me sentía recorriendo el pasillo con él!
Naturalmente, vi que los demás miembros de la congregación estaban observándonos y preguntándose quién era aquel atractivo joven que acompañaba a los Winfield y estaba al lado de Olivia.
Los comentarios se desataban detrás de nosotros y yo sabía que, ese domingo, la aparición de Malcolm sería el tema de las tertulias en los salones.

Aquella tarde fuimos a dar un paseo a caballo. Era la primera vez que lo hacía con un hombre, y su compañía me estimulaba. Malcolm montaba como un cazador inglés experimentado. Parecía gozar con el hecho de que me mantuviera a su nivel.
A la noche, vino a cenar y dimos otro paseo por las orillas del río. Durante la primera parte, le encontré más silencioso que nunca y presentí el anuncio de su marcha. Quizá prometería escribir. Estaba esperando aquella promesa, aunque después él no la cumpliera. Por lo menos me quedaría algo en que depositar la esperanza. Adoraría cada una de sus cartas, si es que había más de una.
-Escuche, Miss Winfield, -comenzó de pronto, y no me gustó su regresión a llamarme Miss Winfield, pues pensé que era un mal presagio; pero me equivoqué-. No veo la razón de que dos personas que tienen tanto en común, es decir, dos personas sensatas, demoren y prolonguen innecesariamente una relación para acabar llegando al punto que ambas creen sería el mejor.
-¿Punto?
-Estoy hablando de matrimonio, -me dijo-. Uno de los sacramentos más sagrados, algo que nunca debe tomarse a la ligera. El matrimonio es algo más que el resultado lógico de un romance; es una unión contractual, un equipo de trabajo. Un hombre ha de saber que su esposa comparte sus esfuerzos, que es alguien en quien puede confiar. En contra de lo que algunos hombres creen, y entre ellos incluyo a mi padre, es necesario que una esposa posea fortaleza. Miss Winfield, usted me ha impresionado, y me gustaría que me autorizara a pedir su mano.
Durante un instante no pude hablar. Malcolm Neal Foxworth, más de un metro ochenta de estatura, con todo el atractivo que un hombre pudiera tener, inteligente, rico y con magnífico aspecto, ¿ese hombre quería casarse conmigo? Y estábamos a la orilla del río, las estrellas resplandecían más que nunca. ¿Había yo penetrado quizás en uno de mis propios sueños?
-Bueno... -pude apenas responder; me llevé la mano a la garganta y lo miré. No encontraba palabras. No sabía cómo formular mi respuesta.
-Me doy cuenta de que esto es bastante repentino; pero el destino me ha concedido la buena fortuna de poder darme cuenta casi inmediatamente de lo que es valioso y lo que no lo es. Mi instinto nunca me ha engañado. Confío que esta proposición sea buena para ambos. Si usted también puede confiar en ello...
-Sí, Malcolm, puedo confiar, -le respondí en seguida, quizá con excesiva rapidez.
-Bien. Gracias, -contestó.
Esperé. Éste era seguramente el momento en que debíamos besarnos. Consumaríamos nuestra fe el uno en el otro bajo las estrellas. Pero quizá yo mostraba un romanticismo infantil. Malcolm era el tipo de hombre que hacía las cosas del modo correcto y adecuado. También en eso yo había de tener fe.
-Entonces, si usted quiere, regresemos a su casa para que yo pueda hablar con su padre, -propuso Malcolm.
Me cogió del brazo y me atrajo hacia sí. Durante el camino de vuelta, yo me acordé de la pareja que había visto paseando por la calle la primera noche que Malcolm vino a cenar. Mi sueño se había convertido en realidad. Por primera vez en mi vida, me sentía feliz de verdad.
Mi padre esperaba en su despacho como si hubiera previsto las noticias. Las cosas iban muy aprisa. En más de una ocasión me había acercado a las puertas dobles que separaban su despacho del salón y escuché las conversaciones. De todos modos, algunas veces, me sentía molesta por haber quedado marginada de lo que se hablaba. Tenía que ver con asuntos familiares que podían afectarme.

Nada me afectaría más que la conversación que iba a tener lugar. Me quedé al lado, en silencio, y escuché, ansiosa por oír a Malcolm expresando su amor por mí.
-Como le dije la primera noche, Mr. Winfield, -comenzó-, su hija me ha impresionado mucho. Es raro encontrar una mujer con su porte y dignidad, una mujer que sepa apreciar la búsqueda del éxito económico, y hacerlo de una manera agradable.
-Estoy orgulloso de los logros de Olivia, -confesó mi padre-. Su brillantez en contabilidad alcanza el nivel de cualquier hombre que yo conozca, -añadió.
Todos los cumplidos de mi padre hacían que, por alguna razón, me sintiera menos deseable.
-Sí. Es una mujer de temperamento vigoroso, equilibrado. Yo siempre he deseado una esposa que me permitiera seguir mi vida a mi gusto, sin pegarse a mí inútilmente, como un parásito opresor. Quiero estar seguro de que, cuando llegue a casa, no me encontraré con una mujer malhumorada o melancólica, o incluso vengativa, como suelen ser muchas mujeres débiles. Me gusta el hecho de que no se preocupa de cosas superficiales, que no da importancia a su peinado, que no ríe tontamente ni coquetea. En resumen, me gusta su madurez. Le felicito. La ha educado usted como una mujer responsable y sensata.
-Bueno, yo...
-Y no encuentro otro modo mejor de expresarlo que pidiendo a usted permiso para casarme con ella.
-¿Sabe Olivia...?
-¿Si sabe que he venido a hacerle esta petición? Ella me ha autorizado a hacerlo. Sabiendo que es una mujer inteligente, he creído que era más conveniente preguntárselo primero. Confío en que usted lo comprenda.
-Oh, lo comprendo. -Mi padre se aclaró la garganta-. Bueno, Mr. Foxworth, -dijo, pues creyó necesario dirigirse a él como Mr. Foxworth durante esta conversación-, estoy seguro que usted comprenderá también que mi hija recibirá una considerable fortuna. Quiero que usted sepa de antemano que ese dinero será exclusivamente de ella. Queda bien especificado en mi testamento que nadie más que ella podrá tener acceso a esos fondos.
Siguió lo que me pareció un largo silencio.
-Así es como debe de ser, -opinó Malcolm al fin-. No sé cuáles pueden ser sus planes para una boda, -añadió en seguida-; pero yo preferiría una ceremonia en una pequeña iglesia, cuanto antes mejor. Necesito regresar pronto a Virginia.
-Si Olivia lo quiere así, de acuerdo, -aceptó mi padre, y él sabía que yo lo iba a querer.
-Excelente. En ese caso, ¿cuento con su permiso?
-¿Ha comprendido usted lo que le he dicho sobre el dinero de Olivia?
-Sí, señor, lo he comprendido.
-Tiene usted mi permiso, -dijo mi padre-. Y nos estrecharemos la mano para confirmarlo.
Solté el aire que retenía en los pulmones y me alejé a toda prisa de las dobles puertas.
Un hombre, el más guapo y elegante, había venido a visitarnos y me había pedido en matrimonio. Yo lo había oído todo, y los hechos sucedían con gran rapidez. Tuve que contener la respiración y repetirme sin cesar que no se trataba de un sueño.
Subí corriendo a mi habitación y me senté ante la casa de muñecas. Tendría que vivir en una gran casa con sirvientes, y habría gente yendo y viniendo. Invitaríamos a cenas lujosas y yo sería una ayuda para mi marido, el cual, según había dicho mi padre, era algo parecido a un genio de los negocios. Con el tiempo, todo el mundo nos envidiaría.
-Justo como yo os he envidiado a vosotros, -dije a la familia de porcelana dentro del cristal.
Miré a mi alrededor. Adiós a las noches solitarias. Adiós a este mundo de fantasía y de sueños.
Adiós al rostro compasivo de mi padre y a mi propio aspecto desalentado reflejado en el espejo. Conocería una nueva faz. Tenía mucho que aprender de Malcolm Foxworth, y toda

una vida para hacerlo. Iba a convertirme en Olivia Foxworth, Mrs. Malcolm Neal Foxworth. Todo lo que mi madre había predicho se hacía realidad.
Estaba floreciendo. Me sentía abrir hacia Malcolm como un apretado capullo a punto de reventar. Y cuando sus ojos azules, tan azules, miraron mis ojos grises, supe que el sol había salido y se desvanecía la niebla. Mi vida ya no sería gris; no, a partir de este momento iba a ser azul, como el cielo resplandeciente en un día sin nubes. Azul como los ojos de Malcolm. En la emoción de ser arrastrada por el amor, como cualquier colegiala tonta, me olvidé de todas las precauciones y de mirar más allá de las apariencias para descubrir la verdad. Me olvidé de que, ni una sola vez, cuando Malcolm me propuso el matrimonio y después formuló su petición a mi padre, ni una sola vez había mencionado la palabra «amor». Igual que una colegiala boba, creí que reposaría bajo el cielo azul de los ojos de Malcolm, y que el diminuto capullo que yo era tendría su florecimiento vigoroso y duradero. Como toda mujer que cree estúpidamente en el amor, no me di cuenta de que el cielo azul que yo veía no era el cielo cálido, dulce y alentador de la primavera, sino el cielo solitario del invierno, frío, glacial.

II. Mi BODA

Había que hacer muchísimos planes y quedaba poco tiempo. Decidimos casarnos al cabo de dos semanas.
-He estado fuera mucho tiempo, -explicó Malcolm-, y tengo apremiantes preocupaciones de negocios. ¿No te importará, verdad, Olivia? Después de todo, a partir de ahora dispondremos de toda una vida juntos, y haremos nuestro viaje de luna de miel más adelante, cuando ya estés bien aposentada en Foxworth Hall. ¿Estás de acuerdo?
¿Cómo podía no estar de acuerdo? La parquedad de mi boda, la rapidez, nada de eso disminuía mi excitación. Me repetía continuamente que era afortunada en celebrarla. Además, nunca me había sentido cómoda exhibiéndome ante la gente. Y la verdad era que carecía de amigas con quienes celebrar el acontecimiento. Papá invitó a la hermana menor de mi madre y a su hijo, John Amos, nuestros únicos parientes próximos que aún vivían. «Parientes pobres», les llamó siempre. El padre de John Amos había muerto hacía algunos años. Su madre era una mujercilla oscura y tristona, al parecer todavía de luto después de tanto tiempo. John Amos, a los dieciocho años, ya parecía viejo. Era un joven piadoso y severo que siempre citaba la Biblia. No obstante estuve de acuerdo con mi padre en que era apropiado invitarlos. Malcolm no hizo venir a nadie. Su padre acababa de iniciar un viaje y se proponía visitar muchos países y estar recorriendo el mundo durante algunos años. Malcolm no tenía hermanos ni hermanas y al parecer tampoco parientes cercanos a los que quisiera invitar; o que, según aclaró, pudieran venir avisándoles con tan poco tiempo. Yo sabía lo que la gente pensaría de aquello: que Malcolm no quería que su familia supiera que se casaba hasta que fuese demasiado tarde. Quizá podrían convencerle de que no lo hiciera.
Prometió celebrar una recepción en Foxworth Hall poco después de que llegásemos.
-Allí conocerás a todas las personas importantes, -dijo.
Las dos semanas siguientes transcurrieron para mí entre preparativos y temores. Decidí ponerme el traje de novia de mi madre. Después de todo, ¿para qué gastar tanto dinero en un vestido que sólo se usaba una vez? Pero, naturalmente, me estaba demasiado corto. Tuvimos que llamar a Miss Fairchild, la modista, para que me lo alargase. Era un modelo sencillo de seda brillante, sin adornos de puntillas, volantes o cosa parecida, majestuoso, bello y elegante, justo el tipo de vestido que Malcolm apreciaría, pensé. La modista frunció el ceño mientras yo estaba en pie sobre un taburete; la falda me llegaba a la mitad de las pantorrillas.

-Mi querida Miss Olivia, -dijo suspirando al tiempo que alzaba la mirada, pues se hallaba arrodillada en el suelo-, voy a tener que ser un genio para disimular este dobladillo. ¿Está usted segura que no prefiere un traje nuevo?
Ya sabía lo que estaba pensando la modista. ¿Quién va a casarse con esta Olivia Winfield, alta y desgarbada, y por qué insiste en embutirse dentro del delicado vestido de su madre como una de las hermanastras de Cenicienta intentando introducir el pie en el zapatito de cristal? Y quizás era así. Pero yo necesitaba sentirme cerca de mi madre en el día de mi boda, todo lo cerca que fuese posible. Con su vestido me sentía protegida, por las generaciones de mujeres que se habían casado y habían concebido hijos en las generaciones anteriores. Pues yo sabía muy poco de todo esto y no lo entendía. Deseaba ser una mujer bella el día de mi boda a pesar de la compasión y la burla que leía en los ojos de la modista.
-Miss Fairchild, debo llevar el vestido de novia de mi madre por muchísimas razones sentimentales, que tengo la seguridad de que no es preciso explicarle a usted. ¿Quiere alargar este vestido o debo recurrir a otra persona?
Mi voz era fría y mi actitud marcaba un nivel social superior. Miss Fairchild tuvo que volver a ocupar su puesto. Continuó haciendo su trabajo en silencio mientras yo me miraba en el espejo. ¿Quién era esa mujer que me devolvía la mirada? ¿Una novia con su traje blanco? Una novia que pronto sería tomada por un hombre que la haría suya. ¿Y qué sentiría? ¿Qué experimentaría al acercarme por el pasillo de la iglesia? Oh, ya sabía que mi corazón palpitaría como un caballo desbocado. Intentaría sonreír, que en mi cara hubiera tanta dulzura como en la de la novia que corona el pastel de bodas, que fuera tan dulce como los rostros de las jóvenes esposas que había visto en las columnas sociales de los periódicos.
¿Cómo podían tener ese aspecto tan almibarado e inocente? Estaba segura de que no eran así durante todos los días de su vida. ¿Aquello se aprendía o surgía espontáneamente? Si era algo que se aprendía, quizás había esperanza para mí. A lo mejor yo también aprendería.
A pesar de ello sería tan tímida como de costumbre, sabiendo lo que la gente estaba pensando: «Tan alta y con unos brazos tan largos... Esa hermosa mata de pelo se desperdicia encima de una cara tan fea.» Aunque les sonriera y ellos me sonrieran y asintieran con la cabeza, yo sabía que inmediatamente después se volverían unos a otros con expresión burlona. Qué boba parece. Esos hombros en un traje de novia tan delicado. Esos pies grandotes. Fijaos cómo sobrepasa a todo el mundo excepto a Malcolm.
Y Malcolm, tan atractivo y majestuoso, en pie al lado de un patito tan feo. Oh, la gente se divertiría mucho haciendo chistes sobre el águila y su paloma, un ave magnífica, hermosa y orgullosa; y la otra vulgar, torpe, gris.
Mientras permanecía en pie delante del espejo y Miss Fairchild se afanaba alrededor de mi cuerpo con agujas, alfileres y bastillas, me sentí satisfecha de que solamente asistieran a mi boda tía Margaret, John Amos y mi padre. No habría nadie que hiciera realidad mis más tristes temores, y esperaba que ahora que me había llegado la suerte podría realizar mis sueños más brillantes.
El día de mi boda llovió. Tuve que correr al entrar en la iglesia cubriendo mi vestido con un impermeable gris. Pero, aunque fuese desilusionante, no quise permitir que el tiempo me desalentara. Se celebró una sencilla función religiosa en la Iglesia Congregacional. Cuando inicié la marcha por el pasillo, disimulé mis temores y mi nerviosismo detrás de una máscara de solemnidad. Con esa expresión en la cara, pude mirar directamente a Malcolm mientras caminaba para ir a su encuentro. Él estaba de pie, en el altar, esperándome, muy tieso, y había más solemnidad en su cara que en la mía, lo cual me causó desilusión. Yo esperaba que cuando él me viera con el traje de novia de mi madre, ocurriese algo mágico y su mirada se iluminara de gozo, anticipando nuestro amor. Escruté sus ojos. ¿Estaría

Malcolm ocultando sus sentimientos detrás de una máscara igual que yo? Cuando me miró, me pareció como si mirase a través de mi. Quizá Malcolm consideraba que era pecaminoso mostrar deseo y cariño en la iglesia.
Pronunció sus votos matrimoniales con tanto énfasis que llegué a pensar que parecía ser más un ministro de la iglesia que el propio cura que celebraba nuestro casamiento. No podía evitar los fuertes latidos de mi corazón. Temía que la voz me temblase al hacer las promesas, pero mi voz no me traicionó mientras juraba amar, honrar y obedecer a Malcolm Foxworth hasta que la muerte nos separase. Y al pronunciar estas palabras ponía en ellas todo mi corazón y mi alma. Tenían significado ante Dios; y, a sus ojos, no las quebranté en toda mi vida. Pues todo lo que hice por Malcolm, fue complaciendo al Señor.
Después de formular nuestros votos e intercambiar los anillos, me volví hacia Malcolm. Éste era mi momento. Con ademán suave, él alzó el velo de mi cara. Yo contenía la respiración. En la iglesia reinaba un profundo silencio; el mundo parecía haberse detenido mientras él se inclinó hacia mí y acercó sus labios a los míos.
Pero el beso de Malcolm fue duro y superficial. Yo esperaba mucho más. Después de todo, era nuestro primer beso. Hubiera debido suceder algo que yo recordase durante el resto de mi vida. Sin embargo, apenas sentí el roce de sus labios tensos, cuando ya se habían apartado. Fue más bien como un sello de certificación.
El pastor y Malcolm se estrecharon la mano; estrechó también la de mi padre, el cual me dio un fuerte abrazo rápido. Supongo que hubiera debido besarle pero me daba cuenta de la manera en que John Amos nos estaba observando. Lo veía en su cara. Se hallaba tan desilusionado con el beso de Malcolm como yo misma.
Mi padre parecía satisfecho pero tremendamente pensativo cuando salimos todos juntos de la iglesia. Había algo en su mirada que jamás le había visto, y le sorprendí observando a Malcolm de cuando en cuando. Era como si le viese algo nuevo, algo que hubiera descubierto entonces. Por un momento, solamente un momento, aquello me asustó; pero cuando miré hacia él, la felicidad hizo desvanecer la negrura de sus ojos y me sonrió con dulzura, de la misma manera que a veces sonreía a mi madre cuando ella hacía algo que a él le gustaba mucho o cuando ella parecía especialmente hermosa.
¿Parecía yo bella, al menos ese día? ¿Me brillaban los ojos con nueva vida? Confié en que así fuera. Confiaba que también Malcolm sintiera lo mismo. Mi padre sugirió que nos apresurásemos a ir a nuestra casa donde había planeado una pequeña recepción. Por supuesto. ¿Cómo podría ser una gran recepción, tan sólo con la novia, el novio, el padre, una tía regañona y un muchacho de dieciocho años? Pero fue recepción de todos modos, ya que papá sacó una botella de champaña de calidad.
-Olivia, mi querida y única hija, y Malcolm, mi distinguido yerno, os deseo que viváis siempre en feliz armonía.
¿Por qué le brotó una lágrima mientras alzaba su copa hacia nosotros? ¿Y por qué Malcolm miró a papá en vez de mirarme a mí mientras bebía su champaña? De pronto me sentí perdida, sin saber qué hacer, de modo que alcé mi copa y, por encima del borde, vi a mi primo John Amos, que observaba ceñudo a Malcolm. Después se acercó a mí.
-Estás hoy muy hermosa, prima Olivia. Qiero que recuerdes que eres mi única familia, y en cualquier momento que me necesites acudiré a tu lado. Pues Dios dispuso que las familias siempre permanecieran unidas, se ayudaran en todo momento y conservaran su sagrada promesa de amor.
No supe qué responderle. Casi no conocía a aquel hombre joven. ¿Y por qué tenía que decir aquello en el día de mi boda? ¿Qué cosa, en el nombre del cielo, esperaba hacer por mí John Amos, el pariente pobre, cuando yo estaba destinada a una vida de nobleza sureña, llena de riqueza y ambición? ¿Cómo sabía ya entonces, lo que yo tardé tanto en descubrir?

Malcolm había reservado billetes para el tren que salía a las tres. Iríamos directamente a Foxworth Hall. Dijo que no disponía de tiempo para una prolongada luna de miel y que, además, no veía en ello ningún sentido práctico. A mi corazón se le cayeron las alas. Quedé desilusionada al oír aquello; y sin embargo, al mismo tiempo, me sentí aliviada. Había oído suficientes historias sobre los hombres y las noches de bodas y acerca de los deberes de la esposa con su marido, para no sentir deseos de prolongar mi prueba de iniciación. Francamente, estaba aterrorizada al pensar en las relaciones conyugales, y en cierto modo, al ber que estaríamos viajando durante toda la noche a salvo en un cómodo tren, con gente alrededor, me tranquilicé.

-Para ti, venir a Foxworth Hall ya será una aventura romántica, Olivia. Confía en mí, -me dijo Malcolm como si mi cara se hubiera convertido en cristal y él hubiese podido leer mis pensamientos.

No me quejé. La descripción que me había hecho de Foxworth Hall lo hacía parecer como un castillo de cuento de hadas tan grandioso y fascinante que mi sueño de belleza ante la casa de muñecas quedaba reducido a una pequeñez.

A las dos y cuarto de la tarde, Malcolm informó que había llegado la hora de que nos marchásemos. Trajeron el coche y cargaron mis baúles.

-Sabes, -le dijo mi padre a Malcolm cuando salíamos de casa-, tendré bastante trabajo para dar con una contable tan buena como Olivia.

-Su pérdida es mi ganancia, -replicó Malcolm-. Le aseguro que el talento de Olivia no se desperdiciará en Foxworth Hall.

Parecía que estuviesen hablando del intercambio de una esclava.

-A lo mejor me aumentan el salario, -comenté.

Lo dije medio en broma pero Malcolm no se rió.

-Naturalmente, -contestó.

Mi padre me besó en la mejilla y parecía triste mientras me decía:

-Olivia, ahora cuida bien de tu marido, y no le des problemas. La palabra de Malcolm es ley.

Por alguna razón aquello me asustó, sobre todo cuando surgió de repente John Amos, me agarró de la mano, y me dijo:

-Que Dios te bendiga y te proteja.

No supe qué responderle, de modo que sencillamente le di las gracias, extraje mi mano de entre las suyas y me metí en el coche.

Mientras nos alejábamos, me volví para mirar la casa victoriana que había sido para mí más que un hogar, la cuna de mis sueños y fantasías; el lugar desde el cual contemplaba el mundo y me preguntaba qué me reservaba el porvenir. Allí me había sentido segura y a salvo en mi habitación y en mi estilo de vida. Ahora estaba abandonando mi casa de muñecas dentro de su caja de cristal, con sus ventanas de colores y su magia de arco iris; pero ya no necesitaría seguir soñando. No, ahora viviría en el mundo real, un mundo que jamás había imaginado que existiera a través de la preciosa casa de muñecas que había inspirado mis sueños y mis esperanzas.

Cogí del brazo a Malcolm y me acerqué más a él. Me miró y sonrió. Seguramente, pensé, ahora que estamos solos, me hará demostraciones de amor.

-Háblame otra vez de Foxworth, -dije, como si le pidiera que me contase un cuento sobre un mundo mágico. Cuando mencioné su hogar, se irguió.

-Hace más de ciento cincuenta años’ que se construyó, -repuso-. Cada rincón guarda una historia. Hay veces en que me parece estar en un museo; otras, me siento como en una iglesia. Es la casa más rica que existe en nuestra zona de Virginia. Pero yo aspiro a que sea la más rica del Condado, quizá del mundo. Quiero que la conozcas como el castillo Foxworth, -añadió y en sus ojos apareció una fría decisión.

Siguió hablando, describiéndome las habitaciones, el terreno, los negocios familiares y las esperanzas que había depositado en ellos. Mientras Malcolm hablaba yo me hundía cada vez más en sus ambiciones. Me hizo sentir miedo. No me di cuenta hasta entonces de lo monomaníaco que podía llegar a ser Malcolm. Todo su cuerpo y su alma estaban fijos en sus objetivos, y presentí que nada, ni siquiera nuestro matrimonio, era más importante para él.
En alguna parte, en uno de mis libros, había leído que a una mujer le gusta sentir que es lo primero para su marido, él lo hace todo pensando en ella.
Ése es el verdadero amor; ésa es la verdadera unidad. Así decía la frase que no podía olvidar. Los matrimonios deberían sentir que uno forma parte del otro y tener siempre presentes las necesidades y los sentimientos del otro cónyuge.
Mientras el coche volvía la esquina de nuestra calle y yo contemplaba el Támesis donde numerosos barcos navegaban arriba y abajo, a su manera lenta pero determinada, me preguntaba si alguna vez yo tendría aquel sentimiento con Malcolm.
Me daba cuenta de que era algo que una mujer no debería pensar en el día de su boda.
Cenamos en el tren. Durante toda la jornada no había comido a causa del nerviosismo, y de pronto me sentía hambrienta.
-Tengo tanto apetito, -manifesté.
-Hay que pedir con mucho cuidado en estos trenes, -me dijo Malcolm-. Los precios son exorbitantes.
-Seguramente esta noche podemos hacer una excepción en nuestra economía, -le dije-. Las personas con nuestros medios...
-Precisamente por eso hemos de ser siempre ahorrativos. El buen sentido en los negocios requiere entrenamiento y práctica. Esto es lo que me atrajo a tu padre, Él nunca permite que su dinero obstaculice su buen sentido de los negocios. Tan sólo los llamados nuevos ricos son despilfarradores. Puedes descubrirlos en todas partes. Son obscenos.
Percibí la intensidad de su creencia, de modo que ni quise continuar con el tema. Le dejé que pidiera para ambos, aunque lo que escogió me causó desilusión y me levanté de la mesa con hambre.
Malcolm se puso a discutir con otros hombres en el tren. Hubo un acalorado debate sobre la llamada «Amenaza roja», engendrada por el Fiscal General de los Estados Unidos, A. Malcolm Palmer. Cinco miembros de la legislatura del Estado de Nueva York habían sido expulsados por ser miembros del Partido Socialista.
Estuve a punto de decir que se había cometido una terrible injusticia; pero Malcolm expresó con vehemencia su aprobación, de modo que me guardé mi opinión, cosa que cada vez tuve que hacer con más frecuencia y no me gustaba en absoluto. Apreté los labios, temerosa de que mis palabras volasen como pájaros escapando de la jaula cuya puerta había quedado abierta por descuido.
Al cabo de un rato ignoré las discusiones y me quedé dormida, apoyada en la ventana. Estaba exhausta, agotada física y emocionalmente. Nos envolvía la oscuridad y aparte de algunas luces distantes, aquí y allá, no había mucho que pudiera interesarme en el paisaje. Me desperté y encontré a Malcolm dormido a mí lado.
En reposo, su cara tenía un aspecto más joven, casi infantil. Con los párpados cerrados, quedaba resguardada la intensidad de sus ojos azules. Se dulcificaba la expresión de sus mejillas y su mandíbula relajada perdía firmeza, desaparecerían las líneas tensas. Pensé..., más bien esperé, que éste fuera el rostro que se volviera hacia mí en el amor, el que él iba a ofrecerme cuando supiera que yo era de verdad su esposa, su compañera, su amada. Me quedé mirándole, fascinada por la manera en que su labio inferior sobresalía. Había tantas cosas pequeñas que debíamos aprender el uno del otro... ¿Llegan a aprender alguna vez dos

personas todo lo concerniente a ambos? Era algo que me hubiera gustado preguntar a mi madre.
Desvié la mirada y observé a los demás pasajeros. Todos dormían en el coche. La fatiga se había acercado silenciosamente por el pasillo Y había tocado a cada uno de ellos con dedos de humo; después se había salido deslizándose por debajo de la puerta del coche para hundirse de nuevo con la noche. La manera en que el tren giraba y se sacudía de un lado a otro me producía la impresión de hallarme dentro de una serpiente metálica gigantesca. Me sentí transportada casi contra mi voluntad.
De tanto en tanto, el tren cruzaba una ciudad o un pueblo dormidos. Las luces de las casas eran débiles y las calles estaban vacías. Después, en la distancia, vi las montañas de la Sierra Azul que se alzaban como gigantes quietos.
Volví a dormirme mecida por el traqueteo y desperté más tarde al oír la voz de Malcolm.
-Ya llegamos a la estación, -dijo.
-¿De verdad?
Miré por la ventanilla pero no vi más que árboles y campos vacíos. A pesar de ello, el tren disminuyó la marcha hasta que se detuvo. Malcolm me escoltó por el pasillo hasta la puerta y bajamos los escalones. Ya en el andén, contemplé la pequeña estación que consistía simplemente en un techo de hojalata sostenido por cuatro postes de madera.
El aire era frío y olía a frescor. El cielo estaba claro y salpicado de estrellas resplandecientes. Era tan vasto y profundo que me sentí pequeña e insignificante, pues aparecía demasiado grande y como si estuviera muy cerca. Su belleza me llenó de un extraño sentimiento de presagio. Deseé haber llegado por la mañana y haber recibido el saludo del confortante sol.
No me gustó el silencio mortal y el vacío que nos rodeaba. Por algún motivo, quizá por la descripción que Malcolm me había hecho de Foxworth Hall y sus alrededores, yo supuse que iba a encontrar luces y actividad. Solamente nos esperaba el cochero de Malcolm, Lucas. Tenía el aspecto de un hombre cercano a los sesenta, pelo fino grisáceo y rostro alargado. Era flaco y yo le sobrepasaba por lo menos en seis centímetros. por su manera de moverse, adiviné que se había dormido mientras nos esperaba en la estación.
Malcolm me presentó formalmente. Lucas asintió, se puso la gorra, y se apresuró a recoger mis baúles mientras Malcolm me acompañaba hasta el coche. Observé a Lucas mientras cargaba mi equipaje y después miré al tren que se alejaba poco a poco, deslizándose en la noche como una oscura criatura plateada que intentase escapar con sigilo.
-Todo esto está muy desolado, -comenté cuando Malcolm entró en el vehículo junto a mí-. ¿A qué distancia estamos de la población?
-No nos hallamos lejos de algunas casas. Charlottesville está a una hora de camino y más cerca hay un pueblecito.
-Estoy tan cansada, -dije, deseando apoyar mi cabeza en su hombro; pero Malcolm se sentaba tan tieso, que vacilé.
-Ya no estamos lejos.
-Bien venida a Foxworth Hall, ma'am, -dijo Lucas cuando al fin se sentó ante el volante.
-Gracias, Lucas.
-Sí, ma'am.
-Arranca, -ordenó Malcolm.
La carretera ascendía girando. A medida que nos acercábamos a las colinas observé las hileras ordenadas de los árboles, que formaban zonas distintas.
-Actúan como muros para el viento, -explicó Malcolm-, y contienen la nieve que se amontona.
Poco después vi el grupo de grandes casas situadas en la pendiente de la ladera. Y luego, de repente, apareció Foxworth Hall, llenando con su vigorosa silueta el cielo nocturno. No

podía creer en el tamaño de la casa. Estaba en lo alto de la colina, dominando las otras casas como un rey orgulloso vigilando a sus súbditos. Y aquello iba a ser mi hogar, el castillo en el cual yo sería la reina. Ahora comprendía mejor la gran ambición de Malcolm. Ninguna persona criada en un hogar tan solemne y rico podía tener pensamientos humildes ni satisfacerse con logros vulgares. A pesar de ello, qué solitaria, qué amenazadora, qué acusadora podía parecer esa casa a alguien tímido o pequeño. Me estremecí al pensarlo.
-¿Vives aquí nada más que con tu padre? -le pregunté al acercarnos-. Tienes que haberte sentido muy solo cuando él comenzó sus viajes.
Malcolm no respondió, continuó mirando al frente, como si tratara de ver su mansión a través de mis ojos asombrados.
-¿Cuántas habitaciones hay en la casa?
-Entre treinta y cuarenta. Quizás algún día, para entretenerte, las contarás, -Y se echó a reír ante su propia broma, pero yo no pude desprenderme de mi pavor.
-¿Y criados?
-Mí padre tenía demasiados. Y puesto que él está viajando, he tenido que suprimir algunos. Hay una cocinera, claro está, un jardinero que no cesa de quejarse y de decir que necesita un ayudante, una doncella, y Lucas, que sirve como mayordomo Y chófer.
-¿Es posible que con ellos haya bastante?
-Ahora también estás tú, querida mía.
-Pero yo no he venido aquí para ser una sirviente, Malcolm, -repliqué.
No me respondió. Lucas se acercó y paró delante de la casa.
-Es obvio que no utilizamos todas las habitaciones, Olivia. En otro tiempo había docenas de parientes compartiendo el hogar. Por fortuna, los parásitos han sido eliminados. -Su cara se dulcificó-. Cuando te hayas instalado revisarás nuestras necesidades de personal y harás lo que sea más práctico Y económico, estoy seguro. La casa será responsabilidad tuya. Yo no tengo tiempo para dedicárselo y necesito a una mujer como tú que sepa manejarla bien, -dijo, expresándose como si hubiera salido a comprar una esposa.
No dije nada más. Ahora estaba ansiosa por entrar y ver el aspecto de la mansión que iba a convertirse en mi hogar. Me atemorizaba y me emocionaba al mismo tiempo. Lamentaba haber llegado a ella de noche, pues en la oscuridad presentaba cierto aire siniestro. Era casi como si la casa poseyera vida propia, como si tuviera capacidad para formular juicios sobre sus habitantes mientras ellos dormían y pudiera causar sufrimiento a aquellos que no la complacían.
Además, mi padre me había enseñado algo sobre los lugares en que vivía la gente. Los hogares reflejaban siempre la personalidad del dueño. Mi propio padre lo evidenciaba. Nuestra casa era muy sencilla, pero de buen tono. Y también era, además, un hogar acogedor.
¿Qué sería lo que esta casa iba a decirme acerca del hombre con quien me había casado? ¿Dominaba él a la gente tanto como este edificio dominaba sus alrededores? ¿Me perdería yo entre esta vasta estructura, me sentiría sola mientras iba de una habitación a otra recorriendo los largos pasillos?
Lucas se apresuró a abrir las grandes puertas dobles de la entrada y entonces Malcolm me guió a mi nuevo hogar. Mientras, con su mano apoyada en mi espalda me conducía por la gran entrada, me sentí desfallecer. Sabía que era una estupidez, pero yo había esperado que me hiciera cruzar el umbral en brazos para entrar en mi nuevo mundo, en mi nueva vida. Aunque solamente fuese ese día, quería ser una de esas delicadas mujeres encantadoras que los hombres adoran y cuidan. Pero no debía ser así.
De entre la penumbra, surgió una pequeña figura Y mi fantasía se desbordó.
-Bien venida a Foxworth Hall, Mrs. Foxworth, -me saludó una voz, y por un momento no pude responder.

Era la primera vez que alguien me llamaba Mrs. Foxworth. Malcolm se apresuró a presentarme a Mrs. Steiner, la doncella. Era una mujer menuda, de apenas metro sesenta y, a su lado, dominándola con mi estatura, me ruboricé al pensar en mis pensamientos deseando haber cruzado el umbral en brazos. Esa mujer, aunque fuese cincuentona, sería mucho más adecuada para semejante rito. Al sonreírme, me pareció una mujer amable. Miré a Malcolm, pero estaba atareado dando instrucciones a Lucas para que entrase mis baúles.

-He preparado la cama y he encendido la chimenea, ma'am, -informó la doncella-. Esta noche hace un poco de frío.

-Sí.

Por un momento me quedé sorprendida al oír mencionar la cama. ¡Pero si es casi de día! ¿Iba a proceder ahora mi noche de bodas? Por alguna razón todavía me sentía dispuesta a ello, pero disimulé mi confusión.

-Supongo que tendré que acostumbrarme a las temperaturas de las montañas de Virginia.

-Se tarda algún tiempo, -observó ella-. Los días pueden ser cálidos a finales de primavera y de verano, pero las noches son frías. Venga conmigo, -me indicó

No me había movido de la entrada pero había llegado el momento de avanzar y conocer Foxworth Hall.

Las luces eran débiles, pues las velas estaban consumidas. Avancé despacio, como una sonámbula, perdida en el sueño, cruzando el largo recibidor de alto techo. Las paredes estaban cubiertas con retratos, óleos de algunas personas que supuse serían antepasados que me habían precedido en Foxworth Hall. Mientras recorría la entrada los miré, uno por uno. Los hombres parecían austeros, fríos, altaneros. Y también las mujeres. Sus caras estaban tensas, sus miradas entristecidas por alguna desazón. Observé todos los retratos buscando algún parecido con Malcolm, al rasgo suyo en aquellas caras. Algunos hombres tenían su color de cabello y su nariz recta, y algunas mujeres, en especial las más viejas, poseían su intensa expresión.

Al fondo del vestíbulo de entrada, tan amplio que podía ser utilizado como salón de baile, un par de escaleras ascendían en curva como los volantes del vestido de una reina, y se unían en el piso superior, donde se convertían en una sola escalera que subía hasta otro piso. Tres gigantescas arañas colgaban del tallado techo dorado, a unos doce metros de altura, y el suelo estaba recubierto con baldosas de mosaico de elaborado diseño. Aquella magnificencia me dejó sin respiración. ¡Qué gris y torpe me sentía en esta elegante habitación!

Mientras seguía los pasos de Mrs. Steiner, observé los bustos de mármol, las lámparas de cristal, las antiguas tapicerías que sólo los extremadamente ricos podían adquirir. Lucas pasó apresurado al lado nuestro, arrastrando uno de mis baúles. Me detuve al pie de la escalera, con la mente aturdida, como en trance. ¡Yo iba a ser la dueña de esta suntuosa mansión! Malcolm llegó entonces a mi lado, y me puso una mano en el hombro.

-¿Qué? ¿Lo apruebas? -preguntó.

-Es como un palacio, -le dije.

-Sí, -respondió-. La sede de mi imperio. Espero que sabrás manejarlo bien, -añadió; se quitó los guantes y miró a su alrededor-. Allí está la librería, -dijo, haciendo un gesto hacia mi derecha; yo miré a través de la puerta abierta y vislumbré paredes donde se alineaban estantes de ébano con ricos labrados, llenos de volúmenes encuadernados en piel-. En la parte de atrás tengo algo así como una oficina donde podrás trabajar en nuestras cuentas. Los vestíbulos principales, -dijo, haciendo volver mi atención a las escaleras-, se unen arriba en la rotonda. Nuestros dormitorios están en el ala sur, más expuesta al sol. Hay catorce habitaciones de diversos tamaños en el ala norte, espacio suficiente para los invitados.

-Sí. Creo que sí.
-Pero me siento inclinado a estar de acuerdo con Benjamín Franklin que decía que el pescado y los invitados huelen mal después de tres días. Procura acordarte.
Comencé a reír, pero me di cuenta de que hablaba en serio.
-Vamos, estás cansada. Mañana podrás explorar todo lo que quieras. Sospecho que todavía podrías encontrar alguno de mis viejos parientes viviendo en una habitación del ala norte.
-¿No hablarás en serio?
-Claro que no, pero hubo un tiempo en que habría podido suceder. Mi padre era muy descuidado con esas cosas. Mrs. Steiner, -dijo, indicando que podía continuar conduciéndome al piso de arriba.
-Por aquí, Mrs. Foxworth, -me guió ella, y comencé a subir la escalera de la derecha, deslizando mi mano por la balaustrada de palo de rosa.
Lucas bajó aprisa por la escalera de la izquierda para recoger el resto de mi equipaje. Malcolm caminaba junto a mí, a uno o dos pasos más atrás.
Llegamos a la cima de las escaleras y giramos entonces hacia el ala sur. Me vi entonces frente a una armadura colocada en una peana y realmente tuve la sensación de haber entrado en un castillo.
El ala sur estaba suavemente iluminada. Las sombras cubrían el vestíbulo como telarañas gigantescas. La primera puerta de la derecha se hallaba cerrada; pero por su tamaño pensé que se trataba de una gran estancia. Malcolm debió notar mi interés.
-El salón de los trofeos, -murmuró-, mi habitación, -añadió dando énfasis en la palabra «mi»-, donde guardo los objetos y recuerdos que he recogido durante mis viajes y cacerías.
Al instante experimenté curiosidad por aquella habitación. Estaba segura de que las cosas que contenía me hablarían del hombre con quien me había casado.
Pasamos ante varias puertas hasta llegar a unas dobles, a la derecha; las únicas que habíamos pasado que estaban pintadas de blanco. Me detuve.
-Nadie entra en esta habitación, -declaró Malcolm-. Era el dormitorio de mi madre. -Su voz sonó tan fría y dura cuando dijo eso, y su mirada se me antojó tan distante que me pregunté qué habría ocurrido con su madre que le molestaba de ese modo. Escupió la palabra «madre» casi como si fuese veneno. ¿Qué clase de hombre podía odiar a su madre de aquella manera?
Naturalmente yo quería saber más; pero Malcolm me cogió del brazo para hacerme avanzar de prisa. Mrs. Steiner se paró delante de una puerta abierta y después se colocó a un lado para permitirme la entrada.
La alcoba era grande. En el centro había una cama de cerezo con adornos. Sus postes tallados a mano sostenían un cielo blanco, y la cama estaba cubierta con una colcha de satén guateado. Había dos grandes almohadas con las fundas adornadas con puntilla de ganchillo hecha a mano.
La cama se encontraba situada entre dos grandes ventanas con paneles, orientadas al Sur. Las cortinas eran de seda antigua plisada de color azul claro. El pavimento, de madera dura, estaba pulido y había una gruesa alfombra de lana gris claro al pie del lecho.
Miré el tocador a la izquierda, con su espejo ovalado con marco. Al lado había una gran cómoda, y más allá un enorme armario y una silla tapizada con terciopelo azul. A la derecha había otro armario y, junto a él otra cómoda más pequeña. La chimenea, en la que brillaba el fuego encendido, estaba frente a la cama.
Aunque las cortinas, la lencería y la alfombra sugerían calor y feminidad, la habitación tenía una apariencia fría. Mientras la contemplaba, allí en pie, tuve la clara impresión de que todo había sido preparado apresuradamente. En una mansión tan magnífica, ¿por qué Malcolm quería un dormitorio semejante?
Mi pregunta recibió una respuesta inmediata. Éste no era nuestro dormitorio.

Éste era mi dormitorio.
-Seguramente querrás ir a dormir en seguida, -sugirió Malcolm-. Ha sido un día duro con el viaje. Duerme todo lo que quieras.
Malcolm se inclinó y me dio un rápido beso en la mejilla; después se volvió y salió antes de que yo pudiera decir nada.
Se me ocurrió que Malcolm podía ser un hombre muy tímido y que hiciera esas observaciones pensando en Mrs. Steiner. Probablemente pensaba venir a mi cama antes, o durante la mañana.
Mrs. Steiner se quedó conmigo un poco más, mostrándome los cuartos de baño y explicándome el orden de la casa, cómo distribuía la ropa blanca, cuándo limpiaba las habitaciones, cómo se llevaba el régimen de las comidas.
-Naturalmente, es tan tarde que no puedo prestar la debida atención a todas estas cosas, -dije-: por la mañana lo revisaré todo otra vez con usted y decidiremos lo que ha de continuar igual y lo que cambiaremos.
Creo que Mrs. Steiner se sorprendió ante mi firmeza.
-Cada jueves los sirvientes vamos a la ciudad. Entonces realizamos nuestras propias compras, -dijo, algo atemorizada por si ponía fin a esa práctica.
-¿Dónde duerme la servidumbre? -pregunté.
-Sus habitaciones están sobre el garaje, en la parte trasera. Mañana conocerá usted a Olsen, el jardinero. Querrá mostrarle los jardines de atrás. Se siente orgulloso de ellos. Nuestra cocinera es Mrs. Wilson. Ha estado con los Foxworth desde hace casi treinta años. Declara tener sesenta y dos pero yo sé que está más cerca de los setenta.
Siguió charlando sin parar con su acento alemán algo fuerte mientras deshacía mis baúles y comenzaba a organizar mi guardarropa. Sus palabras acabaron convirtiéndose en una salmodia larga y monótona, de modo que no pude seguirla. Ella vio que estaba perdiendo mi atención y se disculpó.
-Espero que duerma bien en su primera noche en Foxworth, -me deseó.
Naturalmente la madrugada casi había llegado ya. Saqué el camisón azul que había escogido con tanto esmero para mi noche de bodas. Tenía un pronunciado escote en punta y realmente era la prenda más reveladora que había tenido en mi vida. Recuerdo cuando comenzó a propagarse el escote en punta, había sido denunciado desde el púlpito como una exhibición indecente. Los médicos decían que era un peligro para la salud y una blusa con escote triangular era calificada de «blusa de pulmonía». Sin embargo, las mujeres continuaron adoptándolo y se había hecho muy popular. Hasta aquel momento yo había evitado cualquier cosa que revelase tanto de mi pecho. Ahora pensaba que debía llevarlo.
Previendo la posibilidad de que Malcolm viniera a mi lado por la mañana me solté el pelo por encima de los hombros y me contemplé en el espejo del tocador. El reflejo del fuego ponía color en mi piel y le daba un aspecto como si la llama estuviera ardiendo dentro de mí.
Al mirarme de aquella manera pensé en una vela sin encender, ya que eso era en realidad una mujer no amada, decidí. Por muy bella que fuese, si no tenía un hombre que la amase, esa mujer nunca ardería resplandeciente. Había llegado mi oportunidad de encender la vela. Anhelaba ver la llama.
El deseo inflamó mi mirada. Con las puntas de los dedos recorrí los mechones de mi pelo y me toqué los hombros. Allí de pie, pensando en que Malcolm pudiera venir a mi habitación y tomarme en sus brazos, recordé las escenas de amor que había leído en los libros.
Sentiría sus labios ardientes sobre mis hombros; me cogería una mano entre las suyas y la acariciaría con dulzura. Me susurraría su amor al tiempo que me rodeaba con un fuerte abrazo. Mi tamaño, que siempre había sido una carga para mí, le excitaría. Me adaptaría

perfectamente a él, tan dulce y gentil como cualquier otra mujer, ya que ése era el poder del amor..., convertir en un cisne al más feo de los patitos.
Me sentía cisne dentro de mi camisón. Por fin había llegado a ser una mujer deseada. En el momento en que Malcolm cruzara aquella puerta, se daría cuenta, y si en su mente quedaban dudas sobre mí se alejarían Como las hojas muertas impulsadas por el viento. Ansiaba que Malcolm cruzara la puerta. Estaba dispuesta esperando que lo hiciera. Apagué las luces y me deslicé entre las sábanas. En el techo danzaban sombras feroces que parecían haber surgido de las paredes. Los espíritus de los antepasados de Malcolm, dormidos durante años, habían sido estimulados y reavivados por mi llegada. Realizaban un rito de resurrección, excitados ante la perspectiva de una nueva dueña a quien perseguir con el pasado. En vez de atemorizarme, ese pensamiento me fascinaba y no podía apartar la mirada de las formas danzantes reavivadas por el rojo resplandor del fuego en el hogar de la chimenea.
En algún lugar al fondo del largo pasillo vacío, oí que se cerraba una puerta. Resonó el eco, rebotando entre las paredes y abriéndose camino en la oscuridad hasta llegar a mi alcoba.
Después siguió un silencio frío y profundo, que se clavó en mi corazón, un corazón tan ansioso por recibir el calor y el consuelo del amor. Acerqué la sábana a mi barbilla y aspiré el olor de las ropas recién lavadas.
Escuché con atención para percibir los pasos de Malcolm, pero no los oí. El fuego se debilitó, las formas se encogieron y se retiraron de nuevo a las paredes. Los párpados me pesaban cada vez más hasta que no pude mantener los ojos abiertos. Acabé aceptando el sueño. Me dije que cuando despertase Malcolm estaría junto a mí y comenzaría la nueva vida feliz que yo había soñado.

III. EL PATITO FEO Y EL CISNE

Me desperté cuando algo brillante llegó a mis ojos. Medio dormida pensé que sería la luz del amor brillando en los ojos de Malcolm, pero al abrir los míos me di cuenta de que se trataba simplemente del resplandor del sol. A mi lado, la cama estaba fría y vacía.
Malcolm no había venido a mi dormitorio durante la noche. Las lágrimas acudieron a mis ojos. Era una mujer casada. ¿Cuándo yacería bajo la luz del amor? Todos mis sueños, de floración reciente, se marchitaron como si un viento invernal los hubiera golpeado. ¿Quién era mi marido? ¿Quién era yo ahora? Me acerqué titubeante a la ventana y abrí las cortinas de satén. La luz del sol se esparció por la habitación.
justo en aquel momento oí que unos nudillos golpeaban suavemente mi puerta.
-¿Quién es? -pregunté, intentando parecer alegre y animada; pero no sirvió de nada, pues mi voz temblaba y titubeaba.
-Buenos días, Mrs. Foxworth. Confío que haya dormido bien.
Era Mrs. Steiner. Y antes de que yo pudiera decir nada había abierto la puerta de par en par y estaba allí de pie, observándome. En sus labios vacilaba una sonrisa de desaprobación.
-¿Se ha levantado ya Mr. Foxworth? -me apresuré a preguntarle.
-Oh, sí, ma'am. Hace un buen rato. Ya ha salido de la casa.
Durante un momento me quedé mirándola. ¿Salido de la casa? Tuve que contener las lágrimas. ¿No tenía Malcolm intención de pasar conmigo el primer día de casados? ¿Se habría detenido en mi habitación, me habría visto dormida y se habría marchado acaso? ¿Por qué no se acercó a mí?
Me sentí como un invitado y no como una recién casada. ¿Tendrían los sirvientes esa misma sensación? ¿Sería por eso por lo que Mrs. Steiner tenía en su cara aquella expresión fría y desaprobadora?
-¿Ha dejado Mr. Foxworth algún recado para mí? -pregunté.

Me molestaba tener que interrogar a un sirviente si tenía alguna comunicación de mi marido. Lo menos que él hubiera podido hacer era escribir una nota cariñosa y dejarla a mi lado, en la cama. Eso me habría gustado. En esta habitación tan sólo existía yo. El fuego se había extinguido junto con mis esperanzas y sueños. Sentía el corazón como un carbón apagado. La noche anterior ardía con la llama de la esperanza. Hoy estaba cubierto de cenizas. Ante mis criados, mostraría fortaleza y eficiencia.
Con una breve inclinación, Mrs. Steiner replicó:
-No, ma'am, no ha dejado ningún recado. ¿Quiere usted que le subamos el desayuno?
-No. Voy a vestirme y bajaré en seguida.
-Muy bien.
Mrs. Steiner se acercó para encender el fuego.
-No es necesario, -le dije-. Por las mañanas no suelo mimarme.
-Como usted quiera. ¿Desea usted algo especial para el desayuno, Mrs. Foxworth?
-¿Qué ha desayunado mi marido?
-Mr. Foxworth hace un desayuno muy ligero.
-Yo también, -respondí.
Mrs. Steiner asintió con la cabeza y se retiró apresuradamente.
Aquello no era cierto, por supuesto. Algunas veces despertaba con un hambre feroz y devoraba todo lo que tenía delante. Pero esa mañana no tenía ningún apetito. Oh, no, me sentía hundida, y estaba decidida a encontrar algún medio de mejorar las cosas. En seguida.
Algo iba muy mal. Mi padre me había enseñado que cuando algo iba tan mal existía siempre algún motivo, el cual quedaba siempre oculto. Si uno quería saber la verdad tenía que buscarla.
-Pero recuerda, Olivia, -me había advertido-, que cuando buscas entre las sombras para encontrar esa verdad, a menudo descubres cosas más horribles, más penosas de lo que hubieras podido imaginar.
Pero yo era una mujer fuerte. Me habían educado para serlo. Malcolm Foxworth era mi marido y yo descubriría por qué estaba descuidándome la noche de nuestra boda. No podía permitir que mi desilusión hiciera mella en mi inteligencia. Había esperado durante mucho tiempo los besos al despertar, los besos que serían míos. Y las caricias, las palabras susurradas de amor y ternura. Era merecedora de todo ello y no iba a renunciar con tanta facilidad.
Cuando me levanté y me vi con el camisón revelador que debía producir tanto placer a Malcolm, experimenté una gran vergüenza, aunque no había nadie más en la habitación. Era como si me hubiera metido dentro de un disfraz para una comedia que no llegó a representarse, y que nunca hubo intención de representar. Me hallé como una boba, me sentí estúpida y enfadada. Me quité el camisón y me vestí con rapidez.
Nunca olvidaré la primera mañana que bajé por aquella escalera. Me detuve en lo alto y contemplé el gran vestíbulo sintiendo el inmenso vacío de aquel lugar. Para mí sería un desafío convertir todo aquello en un hogar, un desafío que yo sabía podía afrontar.
Sin embargo, mientras bajaba la escalera me pareció ser una reina. Mrs. Steiner había hecho comparecer a Mrs. Wilson, la cocinera y a Olsen, el jardinero, así como también a Lucas, para que me saludaran. Mis sirvientes me esperaban abajo, ansiosos y curiosos respecto a su nueva ama. Seguramente aquella mañana mi aspecto era impresionante. Supongo que Mrs. Steiner y Lucas me habrían descrito a los otros. Sin embargo, ninguno de ellos esperaría que Malcolm trajera a casa una novia tan alta. Con mi cabello recogido en lo alto, mis hombros anchos y fuertes, debían pensar que alguna reina del Amazonas estaba descendiendo. En sus ojos vi al mismo tiempo temor e interés.

-Buenos días, -saludé-. No crean que todos los días voy a levantarme tan tarde. Como puede confirmarles Mrs. Steiner, hemos llegado a media noche. Por favor, haga las presentaciones Mrs. Steiner, -ordené.
Malcolm debía haber estado allí para hacerlo, pensé. Me hallaba segura de que ellos se daban cuenta de lo desilusionada que yo me sentía al respecto.
-Ésta es Mrs. Wilson, la cocinera.
-Bien venida, Mrs. Foxworth, -dijo ella.
Mrs. Wilson, a diferencia de Mrs. Steiner, era una mujer de esqueleto grande, con una altura de por lo menos un metro setenta. Su cabello era grisáceo amarillento y tenía unos grandes ojos inquisitivos de color azul claro. Me pareció ver en ellos una expresión comprensiva, y pensé que Mrs. Wilson me encontraba tal como había esperado. Por lo que Mrs. Steiner me había dicho, Mrs. Wilson había conocido toda su vida a Malcolm y podía prever qué tipo de mujer escogería para llevar a su casa como esposa.
-Éste es Olsen, el jardinero, -presentó Mrs. Steiner.
Olsen avanzó un paso, sombrero en mano. Era un hombre voluminoso, de cuello robusto, fornido como un toro. Sus dedos eran gruesos, cortos y pesados, pero tenía brazos fuertes. Me pareció descubrir cierta simpleza infantil en su cara. Aunque sus facciones eran grandes, en sus ojos había dulzura. Parecía un escolar aterrorizado a punto de ser reprendido por su maestro.
-Bu-bu-buenos días, Mrs. Foxworth. -Tartamudeó y bajó la vista rápidamente.
-Buenos días, -me volví de nuevo hacia Mrs. Steiner-. Ahora desayunaré. Después comenzaré mi inspección de la casa y los alrededores. Vuelvan a su trabajo y ya les llamaré cuando los necesite.
Sentada a un extremo de aquella larga mesa de roble en la que podían acomodarse veinte invitados, me sentí como una niñita en una silla alta. Aquella casa me abrumaba incluso a mí. Si hablaba demasiado alto la voz resonaba, dando relieve al vacío. Si por lo menos Malcolm estuviera a mi lado yo me sentiría como una esposa de tamaño natural, y no como un gigante ni como una niña.
Después de haberme servido la bandeja, Mrs. Steiner se disculpó y subió para ordenar los dormitorios. No me importó comer sola; lo había hecho a menudo; pero éste era el día siguiente al de mi boda y, según Malcolm, ¡mi luna de miel!
Miré a mi alrededor el enorme comedor. Aunque estaba bien iluminado, a pesar de ello tenía cierto aspecto siniestro. Quizá debía cambiarse el papel de la pared. Aquellas cortinas parecían descoloridas, polvorientas incluso. Estaba convencida de que con mi esfüerzo y refinamiento, con mi fortaleza y decisión, podría convertir aquella casa estéril en un hogar.
Antes de que yo abandonara la mesa, Mrs. Wilson vino de la cocina para preguntarme si tenía órdenes especiales para la comida. De momento, no supe qué responderle. En realidad, desconocía lo que podía gustarle a Malcolm.
-¿Qué suelen servir los miércoles? -le pregunté.
-Los miércoles solemos tener cordero; pero Mr. Foxworth dijo que a partir de ahora debía planear los menús con usted.
-Sí; pero de momento, continúe con el menú actual, por favor. A medida que pase el tiempo haremos los cambios convenientes.
Ella asintió y en sus ojos volvió a esbozarse aquella media sonrisa. ¿Podía acaso prever todo lo que yo iba a decir? Me relajé.
-Mrs. Wilson, después iré a verla y usted me dirá lo que ha servido hasta ahora, cuáles son las comidas favoritas de Mr. Foxworth, qué es lo que más le gusta, y cuándo quiere comerlo, -añadí.
¿A quién estaba engañando? Ella sabía mucho más de mi marido que yo.
-Lo que usted quiera, Mrs. Foxworth, -contestó Mrs. Wilson y regresó a la cocina.

Yo empecé mi exploración de Foxworth Hall, sintiéndome como si fuese a visitar un museo, con la única diferencia de que todo lo que había en esta casa podía decirme algo sobre el hombre con quien acababa de casarme. Pensé que habría sido mucho más agradable tener a Malcolm a mi lado, mostrándome las cosas que él quería, describiéndome la historia contenida en ciertas piezas del mobiliario o en los cuadros.

Decidí comenzar con la biblioteca. Era una habitación inmensa, larga, oscura y húmeda. Quizá porque tres de las cuatro paredes se encontraban cubiertas de libros, había en aquel lugar tanta quietud como en un cementerio.

El techo estaba por lo menos a seis metros de altura y los anaqueles casi llegaban hasta arriba. Una delgada escalera portátil de hierro forjado se deslizaba por una guía curvada, situada al nivel del segundo estante, y en la parte superior había un balcón desde el cual podían alcanzarse los volúmenes de las tablas superiores. Jamás había visto tantos libros. Yo era una lectora voraz y aquello me produjo gran complacencia. Naturalmente tenía que pensar que mis responsabilidades actuales no me dejarían mucho tiempo libre para leer. Una revisión rápida de los estantes me descubrió tomos de historia, biografías y clásicos. Era evidente que Malcolm no estaba a la par con los autores populares corrientes.

A la derecha de la puerta de entrada había un enorme escritorio, el más grande que había visto. Detrás de él, se hallaba un sillón giratorio de cuero con respaldo alto. Lo que me causó mayor sorpresa fue la cantidad de teléfonos que aparecían encima de la mesa: ¿Para qué tantos teléfonos? ¿Cuántas conversaciones podía Malcolm sostener al mismo tiempo? Pensé que tenía que estar en contacto con sus varias empresas, como las fábricas de tejidos y otras, y hablar con los abogados y los agentes de Bolsa, pero ¡seis teléfonos?

A la izquierda de la mesa había una hilera de ventanas alargadas y estrechas que daban a un jardín privado, una vista hermosa, colorida y tranquilizadora. Vi a Olsen que arrancaba hierbas. Debió presentirme en la ventana observándole porque se volvió hacia mí e hizo una señal con la cabeza, y volvió a su trabajo, pero lo hizo más aprisa.

Cuando volví a mirar la biblioteca, observé un archivador de ébano oscuro, construido como un mueble elegante. A unos noventa centímetros de separación de la pared, había instalados dos largos sofás de cuero marrón, con suficiente espacio para moverse detrás de ellos. Cerca de la chimenea se encontraban algunos sillones, y en los estantes, esparcidos, diversos objetos de arte.

A pesar del tamaño de las ventanas, la luz del sol era escasa. «Quizá podrían colocarse algunas macetas con flores cerca de los ventanales», pensé. Animarían la habitación.

Entonces vi la puerta al final de la alargada biblioteca. ¿Sería allí donde Malcolm quería que yo trabajase o me tenía destinada la habitación que hubiera al otro lado de aquella puerta? Naturalmente curiosa, me acerqué a ella y la abrí encontrándome en una pequeña estancia con un escritorio más pequeño y una silla en el centro de la pieza. En una esquina de la mesa había varias carpetas apiladas y, en el centro, tinteros, plumas y bloques de folios.

Las paredes se hallaban desnudas y el papel que las decoraba, en otro tiempo gris claro, se había descolorido siendo de un gris sucio.

¿Habría preparado Malcolm este lugar inhóspito y distante para que yo trabajara en él? Me estremecí y traté de animarme. Aquella habitación era como un anexo, algún lugar en el que guardar cosas, una especie de almacén quizás. Allí podía instalarse un empleado, o algún subalterno con tareas secretariales, pero, ¿una esposa que cuidase los asuntos familiares?

Naturalmente tenía que considerar que Malcolm había decidido casarse con cierta precipitación. Todo había sucedido con excesiva rapidez, y era lógico que le hubiese faltado tiempo para acondicionar aquella pieza. Me correspondía a mí hacerlo. Cambiaría aquellas cortinas tristes, de aspecto polvoriento, llenaría la estancia con plantas y flores,

pondría en las paredes cuadros de vivos colores, haría instalar una estantería y colocar una alfombra alegre. Había mucho por hacer allí. Y me excitaba pensar en las perspectivas.
Después, naturalmente, podía imaginarme trabajando en aquel despacho, mientras Malcolm llevaba sus importantes asuntos en la biblioteca. Estaríamos cerca el uno del otro. Quizá fuera por eso por lo que él quería que yo trabajase en aquella pequeña habitación. Este pensamiento me alegró.
Cerré la puerta y recorrí de nuevo la biblioteca para decidir qué otra parte de la casa iría a visitar. Mi curiosidad había despertado la noche antes cuando me detuve frente a las grandes puertas blancas y Malcolm me informó que esa habitación había pertenecido a su madre. Ansiosa por saber todo lo que pudiera de él y de su pasado con la mayor rapidez posible, me dirigí a la escalera para encaminarme al ala sur y a la «estancia secreta». Cuando Malcolm dijo que estaba vedada a todo el mundo, seguramente no se refería también a mí.
Me paré delante de las dobles puertas que se hallaban encima de dos escalones. Justo cuando iba a avanzar, oí que Mrs. Steiner cerraba una puerta más abajo, en el vestíbulo. Ella me miró, y aun cuando estábamos bastante distanciadas, observé que fruncía el ceño contrariada.
No me gustó la sensación que me produjo, allí de pie mirándome muy fija. Era como si me hubiera atrapado con la mano metida en la caja de las golosinas. ¿Cómo se atrevía una criada a hacer que me sintiese de aquella manera?
-¿Ha terminado usted con su trabajo? -le pregunté con brusquedad.
-No del todo, Mrs. Foxworth.
-Entonces siga con sus quehaceres, no se moleste, -le ordené.
Me quedé observándola hasta que se volvió y continuó hasta la alcoba de Malcolm. Hizo una pausa para volver a mirarme; pero viéndome allí quieta, contemplándola, se apresuró a entrar.
Alargué la mano e hice girar el pomo de la puerta. Entré en lo que había sido la habitación de la madre de Malcolm. En el mismo instante di un respingo sorprendida. No se parecía en nada a lo que hubiera esperado. ¿La madre de Malcolm dormía aquí?
En el centro de la estancia, sobre un estrado había... el mejor modo de describirlo sería diciendo una cama-cisne. Tenía una cabeza fina de marfil, vuelta, perfilada, y parecía a punto de introducir la cabeza debajo de las alborotadas plumas inferiores de un ala alzada. El cisne mostraba un ojo soñoliento, rojo rubí. Sus alas se alzaban suavemente para acomodar la cabecera de una cama casi ovalada que, obviamente, requería sábanas hechas a la medida. El constructor de la cama había diseñado que los extremos de las plumas de las alas representaran dedos que sostuvieran las delicadas cortinas transparentes en todos los tonos de rosa, lila y púrpura. Al pie de la gran cama-cisne había una cunacisne colocada al través.
El suelo se hallaba cubierto por una gruesa alfombra malva y cerca de la cama aparecía otra alfombra de pelo blanco. Había también cuatro lámparas de metro y medio de altura, de cristal tallado, con adornos de oro y plata. Dos de ellas tenían pantallas negras. Entre las otras dos se extendía una chaise longue tapizada con terciopelo color de rosa.
Tengo que admitir que quedé asombrada. Las paredes estaban cubiertas con una opulenta seda de damasco, color fresa, más intenso que el malva pálido de la alfombra, la cual debía tener un espesor de diez centímetros como mínimo. Me acerqué y acaricié el pelo suave del cubrecama.
¿Qué tipo de mujer había sido la madre de Malcolm? ¿Era quizás actriz de cine? ¿Qué se sentiría durmiendo en una cama semejante? No pude contener un impulso de tenderme en ella, de sentir la dulce e incitante sensualidad de aquel lecho. ¿Era esto lo que Malcolm quería? ¿Era ésta la cama en la que fue concebido? Tal vez había comprendido mal a mi

atractivo marido; era posible que el misterio que yo buscaba en él y que acechaba en las tinieblas fuese el brillo satinado de una sensualidad no soñada ni imaginada jamás por mí.
-¿Quién te ha dado permiso para entrar aquí?
Me incorporé sobresaltada. Malcolm estaba en el umbral, imponente. Por un instante pensé que iba a acercarse amorosamente a mí, pero en seguida descubrí una mirada encendida y extraña que alteraba sus bellas facciones. Sentí que un escalofrío me recorría la espalda. Contuve la respiración y me apresuré a sentarme. Di un respingo mientras me llevaba la mano a la garganta.
-Malcolm. No te había oído llegar.
-¿Qué haces aquí?
-Yo..., estoy haciendo lo que me dijiste que hiciera. Estoy familiarizándome con nuestra casa.
-Esto no es nuestra casa. Esto no tiene nada que ver con nuestra casa. -Su voz era helada, parecía venir del Polo Norte.
-Tan sólo intentaba complacerte, Malcolm. Quería saber de ti y he pensado que si conocía a tu madre, también podría conocerte a ti.
Todo era tan confuso, tan irreal; hizo que me sintiera aturdida y ansiosa, como si hubiera entrado en el sueño de una persona del pasado más que propiamente en el pasado tal como era.
-¿Mi madre? Si crees que conocer a mi madre tiene algo que ver conmigo, estás tristemente confundida, Olivia. Si quieres que te hable de mi madre ¡te hablaré de ella!
Volví a sentarme cómodamente sobre las sábanas de seda. Me volvía débil y confusa cuando le veía cerca de mí, dominante...
-Mi madre, -me dijo en tono amargo-, era muy bella. Muy bonita, vivaz y cariñosa. Para mí constituía el mundo entero. Yo entonces era tan inocente, tan confiado, tan ignorante. Pues no sabía que desde Eva las mujeres han traicionado a los hombres. En especial las mujeres con bellos rostros y cuerpos seductores. Era una mentirosa, Olivia, Pues detrás de sus encantadoras sonrisas y su alegre amor latía el corazón de una mujerzuela. -Se acercó al armario y abrió bruscamente la puerta-. Mira estos vestidos, -dijo mientras sacaba una bata transparente de color pálido, y la arrojaba al suelo-. Sí, mi madre era una mujer a la moda de los Alegres Noventa. -Extrajo del armario camisones de encaje de colores alegres, elegantes combinaciones, un gran abanico de rizadas plumas de avestruz Y todo iba tirándolo al suelo-. Sí, Olivia, era la belle de todos los bailes. Allí es donde refinó sus encantos. -Se dirigió al tocador dorado situado en un rincón, el mueble tenía espejos alrededor; como en trance, Malcolm cogió un cepillo con mango de plata y un peine de plata que estaban encima-. Esta habitación costó una fortuna. Mi padre cedía a todos sus caprichOs. Y ella era un espíritu libre e indisciplinado. -Hizo una pausa y después dijo-: Corinne, -como si la simple pronunciación de su nombre liberara su fantasma de las paredes dormidas.
por la expresión de sus ojos, comprendí que él la veía de nuevo, moviéndose dulcemente sobre la gruesa alfombra color malva, veía la cola de su bata arrastrándose a su paso. Imaginé que ella debía haber sido muy hermosa.
-¿De qué murió? -pregunté.
Malcolm nunca había entrado en detalles sobre ella durante nuestras conversaciones, a pesar de que yo le había hablado del fallecimiento de mi madre. Supuse que la muerte de la suya había sido tan trágica y tan triste para él que no se sentía capaz de hablar de ella.
-No murió de nada aquí, -dijo enfurecido-. Excepto, quizá, de aburrimiento. El aburrimiento que llega cuando uno consigue todo lo que quiere, el aburrimiento que se produce por complacer a los sentidos hasta el embrutecimiento.

-¿Qué quieres decir con que no murió aquí? -pregunté, y él dio media vuelta y comenzó a dirigirse a la puerta como si se marchase de la habitación-. Malcolm, no puedo ser tu esposa sin conocer tu pasado, sin saber las cosas que otras personas, extraños, sabrán.
-Se escapó, -dijo, y se detuvo dándome la espalda. Después giró en redondo-. Huyó con otro hombre cuando yo tenía apenas cinco años, -concluyó, escupiendo prácticamente las palabras.
-¿ Huyó?
Aquella revelación me dejó temblorosa. Malcolm se acercó y se sentó a mi lado en la cama.
-Ella hacía lo que quería, cuando quería y como quería. Nada importaba cuando se trataba de su propio Placer. Dios mío, Olivia, tú ya conoces a ese tipo de Mujer, -dijo al tiempo que colocaba sus manos en mis hombros-. Esas mujeres son exactamente todo lo que tú no eres..., vanas, narcisistas, ligeras. Coquetean, no son fieles a ningún hombre, y no se puede confiar en ellas en absoluto, -añadió, y yo me ruboricé.
De pronto apareció una nueva expresión en sus ojos. Parpadeó como si acabase de convencerse de algo. Cuando volvió a mirar, su cara había cambiado. Todavía tenía sus manos en mis hombros, sólo que su presión era más intensa y casi dolorosa. Yo empecé a retroceder pero él me sostuvo con más firmeza.
No podía alejarme. Su mirada era hipnótica. Al cabo de un momento sonrió, pero lo hizo de una manera demencial, al menos a mí me lo pareció. Se relajaron sus dedos, pero en vez de quitarme las manos de encima, se deslizaron hasta mis pechos. Los apretó rudamente contra mí.
-Sí, -susurró-, ella me abandonó. Me dejó solamente con el recuerdo de su contacto, de su beso, del perfume dulce de su cuerpo, -añadió, y aspiró mientras cerraba los ojos.
Sus dedos se afanaban furiosamente, como si tuvieran voluntad propia y desabrocharon los botones de mi blusa. Acercó sus labios a mi cuello y murmuró:
-Abandonado para siempre en esta habitación para revivirla, para sentir su presencia...
Tiró bruscamente mi blusa hacia atrás. Yo estaba aterrorizada y no podía hablar. Incluso contenía la respiración.
-Su nombre resuena por toda la mansión, -dijo-, Corinne, Corinne, -repitió.
Sus manos bajaron por mi cuerpo tirando de mi falda. Sentí que la tela se rasgaba y la prenda me caía. Sus manos eran como pequeñas criaturas alocadas sobre mi cuerpo, por fuera y por dentro de mis ropas, tirando, empujando, desnudándome brutalmente.
-Corinne, -dijo-. La odiaba..., la quería... Pero deseabas que te hablase de mi madre. Te apetecía saber de mi madre. Mi madre, -repitió en tono despreciativo.
Se sentó y se desabrochó los pantalones. Yo lo contemplaba asombrada viniendo hacia mí, no como un marido amoroso, sino como un loco, como alguien perdido en sus propias emociones retorcidas, guiado no por el cariño y el deseo, sino por el odio y la pasión.
Levanté las manos y él me separó los brazos, apretándolos contra la cama.
-Mi madre. Tú no eres como mi madre. Tú nunca serías como ella. Tú jamás abandonarías a los hijos que juntos crearemos. ¿Verdad que no, Olivia? ¿Verdad que no lo harás?
Negué con la cabeza y entonces lo sentí presionando entre mis piernas, tomándome rudamente. Yo quería amarle, hacerle feliz, acariciarle con dulzura, pero al verlo en aquel estado, con el rostro contorsionado, los ojos encendidos de rabia, sólo pude cerrar los míos y quedarme quieta.
-Por favor, Malcolm, -murmuré-, que no sea de esta manera. Por favor. Yo no seré como ella. No soy como ella. Yo te amaré, y amaré a nuestros hijos.
No me oyó. Cuando abrí los ojos vi que estaba perdido en su ira y en su lujuria. Vino sobre mí una y otra vez, penetrándome cruelmente. Deseaba gritar; pero tenía miedo de su reacción y me avergonzaba que alguno de los sirvientes me oyera. Ahogué mis gritos, mordiéndome los labios.

Finalmente, todo su odio fue vertido en mí. Me sentía tan ardiente que me pareció quemarme. Cesaron sus movimientos de presión: estaba saciado. Gruñó y después ocultó su cara en mi pecho. Percibí cómo su cuerpo se estremecía y después se relajaba.
Hubo un «Corinne» final y después se apartó de mí. Se levantó, se vistió de prisa y salió del dormitorio.
De modo que ahora ya sabía lo que palpitaba en las sombras de Malcolm Neal Foxworth, lo que le atormentaba. Ahora ya sabía por qué había escogido una mujer como yo. Yo era todo lo contrario de su madre. Ella era el cisne; yo, el patito feo y él quería que fuese así. Aquel amor que tanto ansié nunca sería para mí.
El amor de Malcolm había sido tomado y destruido por la mujer que embrujaba aquella habitación. Y no me había dejado nada.

IV. LOS FANTASMAS DEL PASADO

Esa noche lloré sola en mi cama. Aunque creía saber ya lo que Malcolm deseaba, todo se hacía confuso en mi mente. Su madre le había abandonado cuando él tenía cinco años. Ella no había muerto y estaba más viva que nunca en la mente de Malcolm. Las sombras de la noche se burlaban de mí. De modo que querías saber, me susurraban, ahora ya sabes. Mi verdadera educación en cuanto a mi esposo, había comenzado. No era por mi dulzura por lo que me había querido; era por mi severidad. Malcolm no había deseado la misteriosa gracia mágica femenina, lo que buscaba era una mujer sólida y eficiente como yo era. Nunca sería para Malcolm una de esas emocionantes flores primaverales. No, yo sería como un lirio resistente que sobrevivía a las heladas, la flor más alta del jardín, fuerte, orgullosa y desafiante incluso ante el más gélido viento invernal. Eso era lo que Malcolm había visto en mí. Y eso sería yo. Con aquella decisión me consolé y caí en un sueño inquieto.
Al día siguiente, me desperté temprano y bajé despacio la escalera. Los latidos de mi corazón me aturdían tanto que tuve que agarrarme a la barandilla y detenerme. Cerré los ojos, aspiré profundamente y continué hasta el comedor. Malcolm estaba ante un extremo de la mesa, tomando su desayuno como si nada hubiera sucedido entre nosotros.
-Buenos días, Olivia, -me dijo fríamente-. Ya te han preparado tu puesto.
Todos mis temores se habían materializado. Mi lugar estaba al extremo opuesto de la larga mesa. Intenté atrapar su mirada mientras me sentaba; traté de adivinar lo que estaba pasando. Pero no pude penetrar detrás de su fachada. Todo lo que podía esperar era que Malcolm se hubiera perdido el día anterior en el dormitorio de su madre, y que él, como yo, confiara en que aquello fuese algo que quedase relegado al pasado y que ahora construyéramos juntos nuestro futuro, un futuro que yo sabía que sería práctico y repleto de riqueza material, un futuro en el que no habría nada de la frivolidad que a mí me había asombrado tanto como a Malcolm lo había herido.
Apreté los labios y me senté.
-Olivia, -me dijo, y noté que había bondad en su voz-. Ha llegado la hora de celebrar nuestro enlace. Mañana por la noche daremos una fiesta. Mrs. Steiner ya ha hecho todos los preparativos y ha invitado a todas las personas importantes de la zona. Estarás orgullosa de mí, esposa mía, y espero que tú también hagas que me sienta orgulloso de tu aspecto.
Estaba emocionada. Parecía claro que él había decidido olvidar lo sucedido la víspera y comenzar de nuevo nuestro matrimonio con una celebración.
-Oh, Malcolm, ¿puedo ayudar en algo?
-No será necesario, Olivia. Todo está ya dispuesto para mañana por la noche, y como te he dicho, Mrs. Steiner se ha cuidado de lo necesario. Mi familia ha sido siempre conocida por dar las fiestas más elegantes y más lujosas, y esta vez tengo intención de superarme. Pues, como ya sabes, Olivia, tengo grandes planes y naturalmente tú formas parte de ellos. Muy

pronto seré el hombre más rico del Condado, y después, quizás, el hombre más rico de los Estados Unidos. Mis fiestas siempre reflejan mi status en la sociedad.
Casi no pude comer. Deseaba causar la mejor impresión posible en los amigos y los colegas de Malcolm; pero lo único que podía pensar era que no tenía ningún vestido que fuese lo bastante bello para la ocasión. Mientras Mrs. Steiner me servía el café, yo veía mi guardarropa flotando ante mis ojos: los vestidos grises allí colgados, los cuellos altos con botones, las Prácticas blusas. En el momento en que se llevaron mi plato corrí a mi habitación y rápidamente busqué en el armario, que los sirvientes habían ordenado tan minuciosamente el día antes. Encontré el traje azul que había usado la noche que conocí a Malcolm. Si entonces le había impresionado, seguramente impresionaría también ahora a todo el mundo. Me sentí satisfecha porque el vestido reflejaba todo lo que Malcolm quería en una esposa, una mujer orgullosa, conservadora, educada, Y, por encima de todo, la compañera que convenía para Malcolm Foxworth.
Aquella tarde la casa estaba agitada por los preparativos de la fiesta. Puesto que Malcolm había dicho con toda claridad que mi ayuda no era necesaria, consideré que debía quedarme a un lado y no estorbar. Aprecié de verdad que Malcolm insistiera en que tuviera el día para mí, ya que la fiesta era en mi honor. Dudé en continuar mis exploraciones de Foxworth Hall, temerosa de lo que pudiera encontrar acechando en las sombras. Pero ya había comenzado y ¿no era mejor conocer toda la verdad y no solamente una parte? Ahora, más que nunca, estaba decidida a saber de la gente que había vivido allí. Mientras recorría el pasillo del ala norte conté catorce habitaciones. Malcolm me había dicho que eran las de su padre. Aquellos pasillos estaban más oscuros y fríos que el resto de la casa.
Llegué ante una puerta que se hallaba un poco entreabierta. Comprobé que nadie estuviera observándome y la abrí. Daba a un dormitorio de gran tamaño, y la primera impresión que me produjo fue que estaba abarrotada de muebles. Aquella habitación situada tan lejos del eje de vida de la casa, parecía destinada a ocultar a alguien; además, a diferencia de las otras piezas del ala norte, con excepción del dormitorio de su padre, ésta disponía de su propio cuarto de baño. Podía imaginar a Malcolm condenando a uno de sus primos menos populares a permanecer allí.
El mobiliario consistía en dos camas dobles, una cómoda alta, un gran armario, dos sillas tapizadas y un tocador, con su propia sillita, entre las dos ventanas frontales cubiertas con pesadas cortinas; había también una mesa de ébano con cuatro sillas y otra mesa más pequeña con una lámpara. Me sorprendió que debajo de todo aquel mobiliario pesado y oscuro se extendiera una alegre alfombra oriental con fleco dorado.
¿Se habría destinado acaso esta habitación a ser una especie de escondrijo, quizás un refugio para Corinne? Resultaba francamente intrigante. Me adentré en la estancia y descubrí otra puerta más pequeña al fondo del armario. La abrí y rasgué las espesas telarañas que habían sido tejidas sin trabas durante bastante tiempo. Cuando el polvo se hubo asentado ante mí, vi una pequeña escalera y pensé que debía conducir al ático.
Vacilé. Los áticos como éste poseían algo más que un sentido histórico. Tenían misterio. Los rostros en los retratos eran fáciles de leer. A nadie le preocupaba si uno hallaba parecidos, y cuando preguntase acerca de los antepasados, Malcolm se limitaría a relatarme los hechos, los detalles y las historias que quisiera contar.
Resultaba evidente que, en un ático disimulado detrás de una puertecita oculta por un armario debía haber enterrados unos secretos familiares que era mejor no desentrañar. ¿Quería continuar? Durante unos momentos, escuché los ruidos de la casa. Desde allí era imposible percibir nada de lo que ocurría abajo.
En el momento en que di mi primer paso adelante y quebré los pegajosos hilos obra de las arañas guardianas de la escalera, presentí que era demasiado tarde para retroceder. Se había roto un hechizo de silencio. Iba a subir.

Jamás había visto ni imaginado un ático tan grande como aquél. A través de la nubecilla de partículas de polvo que danzaban en la luz que entraba por las cuatro ventanas de buhardilla que se abrían en la parte frontal, observé las paredes del fondo. Tenían un aSpecto tan distante, que parecían vagas, desenfocadas. El aire se hallaba viciado; tenía el olor rancio de las Cosas abandonadas durante años, ya en las fases iniciales de descomposición.

Los anchos tablones del pavimento crujieron un poco bajo mis pies cuando avancé despacio, midiendo con cuidado cada uno de mis pasos. Algunas tablas parecían húmedas y quizás estuviesen deterioradas hasta el punto de poder partirse bajo mi peso.

Oí una pequeña agitación a mi derecha y descubrí algunos ratones campestres que debían haber encontrado camino hasta lo que para ellos sería el cielo.

Observando a mi alrededor, me di cuenta de que en el ático había almacenado el mobiliario suficiente para amueblar varias viviendas. Eran muebles oscuros, macizos, deprimentes. Las sillas y mesas que no estaban cubiertas parecían airadas, traicionadas. Casi podía oírlas decir: «¿Por que nos habéis Abandonado aquí, condenadas a la inutilidad? Seguramente habrá algún lugar para nosotras, abajo, si no en esta casa en alguna otra.» ¿Por qué Malcolm y su padre habían guardado todo aquello? ¿Les gustaba acaso acumular? ¿Podían estas piezas convertirse algún día en antigüedades valiosas?

Todo lo que poseía valor se había protegido bajo sábanas sobre las cuales se acumulaba el polvo convirtiendo la tela blanca en gris sucio. Las formas debajo de las sábanas parecían fantasmas dormidos. Sentí miedo de tocar o rozar alguno temiendo que se despertara y flotase contra el techo del ático. Incluso me paré para escuchar, creyendo que había oído susurros detrás de mí; pero cuando me volví no descubrí nada, no existía ningún movimiento ni se había producido ruido alguno.

Por unos instantes deseé que hubiera voces, ya que habrían sido las del pasado de Malcolm y lo que hubieran dicho habría sido muy revelador. Todos los secretos de Foxworth Hall se hallaban refugiados aquí arriba. Estaba segura de ello y fue esa seguridad la que me impulsó a examinar las hileras de baúles forrados de cuero con pesadas cerraduras y cantones de latón. Se alineaban a lo largo de toda una pared, y algunos todavía llevaban las etiquetas de los viajes a lugares distantes. Quizás uno o dos de esos baúles habían sido usados para transportar las ropas de Garland, el padre de Malcolm, y de Corinne cuando se fueron a pasar su luna de miel.

Junto a la pared del fondo, había unos armarios gigantescos formando sobria hilera. Tenían aspecto de centinelas. Abrí los cajones de uno de ellos y me encontré con uniformes tanto de la Unión como de la Confederación. Teniendo en cuenta la situación geográfica de esta zona de Virginia, me pareció lógico que los miembros de la familia Foxworth tomasen distintos caminos e incluso que luchasen unos contra otros en las batallas. Imaginé a los hijos Foxworth, tan testarudos y decididos como Malcolm, impulsivos y airados, lanzándose maldiciones mutuamente cuando unos se unían a la causa del Norte, y otros se incorporaban al bando del Sur. Seguramente aquellos que comprendieron el valor y la importancia de la industrialización y los negocios se marcharon al Norte. Malcolm habría sido uno de ellos.

Guardé de nuevo los uniformes y examiné varios vestidos antiguos, como los que mi madre -solía llevar. Había una camisa con volantes para llevar encima de pantaloncitos, y docenas de enaguas de fantasía sobre los aros de alambre. Todas embellecidas con volantitos, encajes y bordados, con cintas de raso y de satén. ¿Cómo podía ser que cosas tan bellas quedaran arrinconadas y olvidadas?

Volví a guardar la camisa y crucé al otro lado para inspeccionar un montón de libros viejos. Había grandes volúmenes oscurecidos con las páginas amarillentas, cuyos extremos se desmoronaron cuando abrí las tapas. Junto a ellos se encontraban maniquíes de costura, de todas las formas y tamaños, y jaulas para pájaros, así como los correspondientes soportes.

¡Qué maravilloso!, pensé. Bajaría estas jaulas y haría revivir la música de los pájaros. Eso animaría Foxworth Hall. Di unas palmadas para sacudirme el polvo y me dirigía hacia la escalera, cuando una pintura colocada encima de un armario me llamó la atención.
Me acerqué y vi a una linda joven, de unos dieciocho o diecinueve años. Mostraba una leve sonrisa enigmática. Era sorprendentemente bella. Su pecho se curvaba sugestivo dentro de un corpiño adornado con volantes. Quedé fascinada por su sonrisa, que parecía prometerme muchas cosas. De pronto se me ocurrió quién era. ¡Estaba contemplando a la madre de Malcolm! ¡Me hallaba ante Corinne Foxworth! Existía un evidente parecido en los ojos y en la boca.
¿Había subido Malcolm allí el retrato de ella para arrinconarla con el resto de su pasado? Pero en este cuadro había algo todavía más anormal; resplandecía como ninguna otra cosa en la habitación. Todo lo que yo había tocado tenía una capa de polvo encima. Todo dejó manchas en mis dedos. Sin embargo, aquel retrato estaba limpio, era claro, lo habían limpiado hacía poco. Ocurría lo mismo en su habitación. Parecía que todo lo que había sido de Corinne se mantenía sin mácula, brillante y cuidado. ¿Quién en esta casa estaba conservando con mano tan amorosa a Corinne Foxworth? No podía ser el padre de Malcolm, pues se encontraba en Europa. ¿Los criados? O..., ¿sería el propio Malcolm? ¿Cuántas cosas de las que se aglomeraban aquí habían pertenecido a su madre? Era seguro que le atormentaban. Debió de llevarlas al ático para apartarlas de su vista y para que no reavivaran sus recuerdos infantiles. Sin embargo, al igual que la habitación del cisne, le atraían.
Había subido allí esperando hallar respuestas y me había encontrado con más enigmas y misterios. Con sumo cuidado, dejé el retrato y me dirigía ya a la escalera cuando descubrí una segunda escalera hacia un cuartito separado del conjunto. Parecía un aula escolar porque tenía cinco pupitres delante de una gran mesa. Tres paredes estaban cubiertas por pizarras, sobre unos estantes llenos de viejos libros descoloridos y polvorientos.
Me acerqué a la mesa central y observé que había marcas de nombres y fechas: Jonathan, de once años
1864 y Adelaide, de nueve años, 1879. En los rincone se encontraban dos estufas de leña o carbón. No se trataba de un simple cuarto de juegos; había sido un aula de verdad y sería fácil acondicionarla para que volviese a serlo. ¿Era tradición en la familia Foxworth que los niños recibieran una temprana educación?
Los niños Foxworth, ricos, especiales, disponiendo de un tutor recibían educación en el ático de Foxworth Hall, lo bastante lejos de los adultos para no molestarles. Incluso podían jugar allí arriba en los días lluviosos, pensé al observar el pequeño caballo balancín. ¿Cuántas horas de su niñez habría pasado Malcolm allí arriba?
Me acerqué a una de las ventanas y miré hacia fuera, hacia lo que hubiera podido ver él, pero solamente vi un negro tejado de pizarra avanzado en forma de abanico debajo de las ventanas de modo que impedía ver el suelo. Más allá de los tejados se vislumbraban las copas de los árboles. Tras ellos, aparecían las cimas de las montañas circundantes envueltas en una neblina azulada. No era el tipo de panorama que hubiera distraído a ningún niño.
En cierto modo, pensé, volviendo a examinar el gran desván, estos niños estaban aquí prisioneros. Me estremecí, acordándome de cuando mi madre me encerró en un armario porque había dejado barro en la alfombra de su dormitorio. Aunque la puerta no estaba cerrada con llave, me prohibió que la abriese. Me dijo que si lo hacía me tendría allí dentro mucho más tiempo, de modo que, aunque me aterraba la espantosa oscuridad y me angustiaba el pequeño espacio a mi alrededor, sollocé en silencio y aparté mis dedos de la puerta del armario.
Aquella evocación se pegó como engrudo a mis dedos. No pude desprenderme de ella mientras estuve en el ático, de modo que me apresuré a ir a la escalera del frente que

observé tenía mucha más claridad que la del fondo. Aquí no había telarañas. Bajé los peldaños y abandoné la oscura, polvorienta y alargada habitación dejando detrás de mí sus secretos y sus misterios intactos todavía.
A duras penas había arañado la superficie de lo que eran los Foxworth, y allí estaba yo, formando parte de ellos.
Aquella noche, cuando Malcolm me preguntó cómo había pasado el día, no me atreví a revelarle que había encontrado el retrato de su madre en el ático, aunque sí le dije que había descubierto una habitación al final del ala norte.
-Hace muchos años había algunos primos que resultaban molestos para los Foxworth, -me explicó-, y fueron alojados allí durante algún tiempo.
-Parecía un lugar donde alguien pudiera ocultarse del mundo, -comenté.
Malcolm gruñó, sin ganas de contarme nada más de los primos ni de por qué estaban viviendo allí. Cuando le dije que había subido al ático y que quería bajar las jaulas de pájaros encontradas en él, Malcolm más bien se contrarió.
-Mi madre tenía jaulas por todas partes, -dijo-. A veces esto parecía un aviario. Déjalas donde están. Piensa en que puedes ocuparte de cosas más dignas cuando reformes la decoración de la casa.
No pensaba discutir nada que se refiriera a la madre de Malcolm. Hablamos un poco sobre Charlottesville, y me describió sus oficinas y por qué estaba ocupado. Culpó a su padre de algunos deslices y por haber tomado decisiones erróneas justo antes de iniciar sus viajes y comenzar una especie de medio tiro. Pero después retornó a un tema más alegre.
-Hoy he realizado una operación bastante afortunada en la Bolsa. He comprado mil acciones a veinticuatro y, a última hora de la tarde, habían subido a cincuenta. Una jugada brillante, si me permites que lo diga. ¿Sabes mucho sobre la Bolsa, Olivia?
-No demasiado, -repuse-. Por supuesto, llevé las cuentas de las inversiones de mi padre, pero no debía aconsejarle respecto a dónde le convenía colocar su dinero.
-Por eso deberías reconsiderar lo que harás con tu propia fortuna, Olivia. En mis manos podría desarrollarse, aumentar, crecer como es debido.
-¿Debemos hablar esta noche de eso, Malcolm? Hay tantas cosas a las que debo acostumbrarme...
Sus ojos se nublaron, y cogió el vaso de agua vaciando todo el contenido de un trago.
-Claro que sí, querida mía. Tengo que marcharme ya. He de atender algunos asuntos. Pero no vendré tarde. Volveré justo después de que te hayas retirado. -Y para asegurarse de que lo que decía quedaba claro, añadió-: Olivia, no te molestes en esperarme despierta.

V. FIESTA EN Mi HONOR

Los invitados a la recepción comenzaron a llegar un poco después de la una, dentro el retraso en boga. Me hallaba sola y disponía de algunos minutos para contemplarme. En pie delante del espejo, examiné la imagen que presentaba. Con el cabello recogido en lo alto, según mí estilo habitual, el corpiño de mi vestido azul algo apretado, manteniendo alzado mi pecho, y la amplitud de la falda, me pareció que mi aspecto era gigantesco. Por el modo en que estaba colgado el espejo de cuerpo entero, tuve que retroceder algunos pasos para poderme ver de la cabeza a los pies.
¿Había algún estilo que yo pudiera llevar y que me diera un aire delicado y atractivo? Habría podido dejarme el cabello suelto; pero siempre que lo intentaba sentía una cierta vergüenza como si estuviera desnuda.
Me pregunté si me equivocaba al confiar que este vestido, el que había atraído a Malcolm, era lo bastante digno. ¿Me encontrarían impresionante los amigos y los conocidos de negocios de Malcolm? Cerré los ojos y me imaginé de pie junto a él. Seguramente esto era

algo que él ya había imaginado también antes de tomarme como esposa. Debió sentirse satisfecho con la imagen que se formó en su mente, puesto que decidió casarse conmigo y presentarme a lo mejor de la sociedad de aquí. Intenté convencerme de que tenía que ser más confiada, pero no pude evitar que el pequeño pájaro de la inquietud aleteara nervioso dentro de mí

Me apreté el pecho con las manos, aspiré profundamente, y comencé a descender por la doble escalera curvada que conducía al foyer. Aunque era un día brillante y penetraba por las ventanas más luz solar de lo que era normal, Malcolm quiso asegurarse de que Foxworth Hall estuviera alegre y acogedor, de modo que había ordenado que se colocaran y se encendieran las velas de las cinco gradas de las cuatro arañas de oro y cristal.

La habitación resplandecía; pero mi nerviosismo me sofocaba tanto el rostro, que era como si descendiera a un pozo de fuego. Respiraba de un modo tan acelerado que tuve que pararme para recuperar el aliento. Me temblaban las piernas y, por un momento, los pies se me pegaron a los peldaños de la escalera. Pensé que no podría seguir, y me agarré con fuerza a la barandilla. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Veía confusa las luces de las lámparas y de las velas, que al reflejarse sobre la gran fuente de cristal y en el cuenco de plata que había en el centro del vestíbulo, esparcía su pálido fluido ambarino, formaban unos hilillos de plata que daban la impresión de una telaraña de luz que se extendía de un extremo a otro de la pieza. Los espejos reproducían la luz de las tazas y las bandejas de plata y la irradiaban para que destellara en los pálidos marcos de las sillas y los sofás alineados a lo largo de las paredes.

Conseguí dominarme y continué bajando.

-Esta ha de ser una ocasión festiva, -oí que Malcolm ordenaba a los sirvientes-. Procurad que todo el mundo se sienta a gusto y tranquilo. Vigilad los platos y las copas vacías. Recogedlos y retiradlos en seguida. Circulad sin pausa con el caviar, los canapés y los petit fours. Que cuando los invitados sientan el menor deseo, ya os encuentren a su lado ofreciéndolos y, sobre todo, no dejéis de sonreír cuando sirváis, mostrando siempre una actitud solícita, a punto de ofrecer cualquier ayuda. Y no os olvidéis de las servilletas. ¿Lo oís? No quiero que la gente vaya buscando un lugar donde limpiarse los dedos.

Malcolm vio que yo bajaba la escalera.

-Ah, Olivia, estás ahí, -dijo, y percibí que por su cara pasaba una fugaz expresión desilusionada- Ven conmigo, saludaremos a nuestros invitados en la entrada, justo después que Lucas los anuncie.

Enlacé mi brazo con el de Malcolm, sintiéndome nerviosa y tensa, pero haciendo lo posible por disimularlo. Malcolm parecía notablemente frío y tranquilo, como si hiciera ese tipo de cosas todos los días. Estaba atractivo, controlado, resplandeciente. Yo confiaba que cogida a su brazo tuviera el mismo aspecto.

Sonó el timbre. ¡Habían llegado los primeros invitados!

-Mr. y Mrs. Patterson, -anunció Lucas.

Mr. Patterson era un hombre bajo, rollizo con rubor en las mejillas. Mrs. Patterson, por el contrario, era delicada, delgada, envuelta en encajes y con un vestido que le cubría escasamente las rodillas. Llevaba el cabello suelto en rizos, rodeados por una atrevida cinta enjoyada. Ignoraba que la gente llevase ahora ese tipo de atuendo. Sólo lo había contemplado en las revistas de modas.

-Tengo el gusto de presentarles a mi esposa, -dijo Malcolm.

Cuando me moví para saludar a Mrs. Patterson, vi que su mirada se alzaba hasta lo alto de mi cabeza y bajaba luego hasta mis pies. Después, subía de nuevo, esta vez hacia Malcolm, y se quedaba fija en los ojos azules de mi marido mientras en sus labios se formaba una irónica sonrisa.

Mr. Patterson rompió la tensión agarrándome la mano calurosamente y diciéndome:

-Olivia, bien venida a Virginia. Espero que Malcolm le muestre todos los placeres de nuestra hospitalidad.
Mrs. Patterson, apartando al fin sus ojos de los de Malcolm, me miró y suspiró:
-Vaya.
El resto de los invitados fueron llegando uno tras otro y la fiesta muy pronto estuvo en su apogeo.
Los hombres fueron correctos y agradables; me sorprendió ver que todas las mujeres llevaban vestidos como sacos que terminaban justo debajo de la rodilla, o incluso encima, y que no tenían cintura y llevaban cinturón a la altura de la cadera. Los tejidos eran de tonos pálidos: crema, beige, blanco y suaves tonos pastel. Pensé que se parecían más a niñas pequeñas que a mujeres dignas. Los accesorios de gran tamaño, enormes flores artificiales de seda y terciopelo, así como pesados collares de cuentas, ponían de relieve su constitución menuda y aumentaban su apariencia infantil.
Junto a ellas yo era una auténtica giganta. Gulliver en Liliput, la tierra de la gente diminuta. Cada gesto, cada movimiento que yo hacía parecían exagerados. No había ninguna mujer a la que no tuviera que mirar desde arriba, y casi todos los hombres eran más bajos que yo.
Debo decir que aquella multitud estaba extraordinariamente alegre. Cualesquiera que fuesen sus inhibiciones, quedaron en seguida olvidadas cuando pasaron de las fuentes de ponche a las bandejas de comida. El ruido de las charlas y las risas crecían por momentos. Cuando Malcolm pensó que debíamos comenzar a circular entre nuestros invitados, el foyer resonaba con risas y las conversaciones en voz alta. Jamás había visto una reunión con gente tan animada.
Mi primera reacción fue sentirme feliz por ello; parecía que mi recepción había comenzado de modo maravilloso, pero a medida que pasábamos entre los invitados, mi entusiasmo fue decayendo, pues, observar a aquellas personas alegres, despreocupadas, sorprendentes y caprichosas, percibí en el ambiente que, entre ellas y yo, existía una barrera de frialdad.
Las mujeres formaron pequeños grupos y algunas fumaban cigarrillos que colocaban en largas boquillas de marfil. Todas parecían muy sofisticadas y mundanas. Sin embargo, en cuanto yo me unía a cualquiera de los grupos, cortaban el hilo de su conversación y me miraban como si yo fuese una intrusa.
Hicieron que me sintiera, en mi propia fiesta, como un comensal no invitado.
Me preguntaron si me gustaba vivir en Virginia, y en especial, si me agradaba vivir en Foxworth Hall. Intenté responder de modo inteligente, pero la mayoría de ellos parecía que se impacientaban con mis palabras, como si no les importara mi opinión, o como si no esperasen que meditara lo que decía.
Apenas yo terminaba de hablar, volvían a su conversación sobre modas. No tenía ni idea de algunas de las cosas acerca de las que hablaban.
-¿Puedes imaginarte en una de esas blusas middy? -me preguntó Tamara Livingston, cuyo marido era propietario y dirigía el mayor aserradero de Charlottesville.
-Pues..., la verdad es que no estoy muy segura de cómo son, -respondí.
El grupo me miró y después prosiguieron su conversación como si no estuviera allí. Tan pronto como me alejé, soltaron carcajadas.
Estas mujeres son unas bobas, pensé. Solamente sabían hablar de lo que estaba de moda o de cómo iban a decorar sus casas. Ninguna de ellas hablaba de política o de negocios, y en sus conversaciones jamás oí mencionar libro alguno. A medida que la fiesta avanzaba, me parecían cada vez más estúpidas, con sus risas y malicias, coqueteando con sus largas pestañas, sus hombros y sus manos.
Esperaba que Malcolm se sintiera ofendido por aquella falta de decoro a medida que pasaba el tiempo; pero cada vez que le busqué le vi en pie, en medio de algún grupo de esas

mujeres, riendo, permitiendo que ellas le pusieran las manos encima, permitiéndoles que le rozaran y le mimasen sugestivamente.
Me hallaba sorprendida. Ésas eran las mujeres que él despreciaba, de tipo frívolo y vano, sin pizca de autorrespeto. Pero allí estaba, apresurándose a llevar un vaso de ponche a ésta o aquélla o dando un petit four a una mujer que le permitió que introdujera el pastelito entre sus labios. Una llegó a lamer las migajas de las puntas de los dedos de Malcolm.
Cuando oí que Amanda Biddens, la esposa de uno de los socios de Malcolm, le decía: «Simplemente, tengo que ver tu biblioteca, Malcolm. Quiero conocer el lugar donde te sientas y sueñas todos esos planes para ganar millones», quedé aterrada al ver que él la cogía del brazo y juntos cruzaban las pesadas dobles puertas. Me sentí como si me hubieran abofeteado en público. Me ardían las mejillas y se me llenaron los ojos de lágrimas. Necesité de todas mis fuerzas para no seguirles y quedarme quieta, digna y serena, deambulando entre los asistentes, dando órdenes a los criados de cuando en cuando, pero bebiendo y comiendo muy poco yo. Nadie procuró tener una conversación larga conmigo. Algunos hombres me preguntaron acerca de los negocios de mi padre, pero cuando comencé a darles respuestas detalladas parecían aburrirse.
Al fin, comencé a escuchar comentarios sobre mí. Quienes estaban hablando no se dieron cuenta de que yo podía oírles, o no les importó que lo hiciera.
Una mujer preguntó por qué motivo Malcolm Neal Foxworth, un hombre con semejante atractivo y rico, tenía que cargar con una mujer tan alta y tan fea, severa Y yanqui.
-Conociendo a Malcolm, -repuso otra-, tiene que ver algo con los negocios.
Por el modo en que los demás hablaban suavemente y me miraban, a medida que la fiesta avanzaba, pude comprobar que yo me había convertido en el tema de observaciones burlonas. Incluso capté críticas sobre mi vestido. Aquella mujer dijo que tenía el aspecto de haber salido de un museo.
-A lo mejor es una estatua a la que se ha infundido vida, -replicó otra.
-¿Tú llamas «vida» a eso?
Y no paraban de reír. Busqué esperanzada a Malcolm.
Pero no se le veía en parte alguna. Surgió entonces Mr. Patterson, no sé de dónde, y me cogió del brazo.
-Vamos a buscar a su marido para que me ayude a acompañar a Mrs. Patterson hasta el coche. Creo que mi esposa se ha excedido en la bebida.
Y antes de que pudiera detenerle, abrió de golpe las Puertas de la biblioteca. Quedé sorprendida al encontrar a Malcolm sentado detrás de su escritorio y a Amanda Biddens acomodada en la superficie de ébano. Malcolm sonreía como un bobo. Tenía el pelo alborotado, y la corbata torcida.
-Olivia, -exclamó-, ven a conocer a Amanda. Amanda apoyó la cabeza sobre el codo y alzó su mirada hacia mí.
-¿No te acuerdas, Malc? -susurró-. Yo he sido presentada a tu novia.
Yo estaba temblando de rabia y de humillación, pero Mr. Patterson intervino:
-Malcolm, amigo, necesito otra vez un poco de ayuda con mi costilla, -dijo con intención.
Malcolm se levantó, muy alegre, y sin dedicarme siquiera una mirada, siguió a Mr. Patterson y ambos salieron. A través de una ventana pude ver a ambos alzando a Mrs. Patterson y haciéndola entrar en el auto conducido por un chófer, exponiendo en el proceso toda una pierna hasta el portaligas. Iba descalza. Malcolm recogió sus zapatos en la avenida Y los arrojó dentro del vehículo. Amanda, observándoles junto a mí, me dijo burlona:
-Su marido siempre ha estado a punto para una dama en apuros. Me alegra ver que el matrimonio no le ha cambiado.
Me alegré cuando la fiesta comenzó a declinar. Los invitados nos buscaban para despedirse y desearnos buena suerte. Malcolm se había colocado otra vez a mi lado. Volvía a ser como

de costumbre. Y asumió un aire digno. Yo sabía que las mujeres que prometían venir a verme nunca lo harían, pero no me importaba en absoluto.
Cuando se hubo marchado la última pareja, yo estaba agotada, herida y humillada, mas, por fortuna, todo había terminado. Le dije a Malcolm que me hallaba cansada y que me iba a mi dormitorio.
-Ha sido una fiesta bastante agradable, ¿no crees? -me preguntó.
-La verdad es que los invitados no me han causado muy buena impresión, en especial las mujeres, -le respondí-. Aunque he visto que contigo han sido distintas.
Me miró con expresión sorprendida mientras yo daba media vuelta y subía por la escalinata. Me sentía derrotada y herida. Malcolm no debió ir a la biblioteca con aquella mujer lasciva, abandonándome en medio de semejante multitud de víboras. Si la sociedad de Virginia era aquélla, francamente me alegraba de que no me aceptasen.
Sin embargo no podía dejar de pensar en el modo de moverse de algunas de aquellas mujeres, la libertad que parecían disfrutar, la confianza que tenían en su aspecto y atractivo, y en su manera de mirar a los hombres que había en la fiesta. Ninguno me miró de aquella manera, con ojos llenos de admiración y anhelo.
Mi agotamiento no era tanto físico como mental y emocional. Cuando me deslicé entre las sábanas y apoyé la cabeza en la almohada, sentí ganas de llorar. La recepción que yo había esperado me otorgaría el respeto que ansiaba, había resultado justo lo contrario. ¿Cómo podía ahora presentarme en parte alguna después del modo que se había comportado Malcolm en su propia fiesta de casamiento? Me abracé a la almohada, buscando consuelo y caí en un sueño atormentado. Me perseguían demonios disfrazados de jovencitas, por lo que no conseguía dormir más que unos minutos, y mis lágrimas no cesaban de brotar hasta que rompí en sollozos. Al fin el llanto me agotó y quedé dormida.
Poco antes de la madrugada oí el crujido de la puerta y, cuando abrí los ojos, vi a Malcolm Neal Foxworth, desnudo a la luz de la luna, su virilidad alzándose dominante sobre mí.
-Quiero un hijo, -explicó.
Me estremecí y lo miré furiosa; pero no respondí ni una palabra.
-Has de concentrarte en lo que estás a punto de hacer, Olivia, -me dijo mientras se metía en la cama-. De este modo tendremos más posibilidades de éxito.
Separó las ropas de la cama y se me acercó. Me asustó su intensidad y su decisión. Una vez más, no mostró ternura ni cariño.
Yo me volví hacia él, esperando un beso, ansiando alguna palabra dulce, pero su cara tenía una gravedad pétrea, y sus ojos azules se mostraban extraños e inexpresivos. Era como si los hubiera cerrado y solamente viese lo que había detrás de ellos. ¿Qué vería Malcolm mientras procedía conmigo? ¿Pensaría en Amanda Biddens? ¿En su madre? ¿En alguna otra persona? ¿Estaba acaso haciendo el amor a una mujer soñada? ¿Escuchaba en su mente palabras de pasión? No era justo.
Volví a apoyar la cabeza en la almohada y desvié mi cara de la suya. Mi cuerpo temblaba y se estremecía. Cuando sentí fluir su semilla le miré a los ojos perdidos y casi me pareció oír cómo le ordenaba que encontrase su destino.
Después se desplomó sobre mí como un corredor de maratón agotado, pero sentí agradecimiento por la manera en que se pegó a mi cuerpo. Al menos en aquello había calor.
-Bien. -Se separó de mí, se puso la bata y se contempló en el espejo como si su imagen le felicitara; al parecer, vi algo muy agradable en su propia sonrisa satisfecha y me sonrió-Confío, Olivia, -dijo-, que seas tan fértil como he esperado que fueses.
-No se puede mandar en la Naturaleza, Malcolm. La Naturaleza no es ni tu sirvienta ni la mía.

-Quiero un hijo, -repitió-. Me he casado contigo Porque tú eres la clase de mujer formal que conviene como ama de una gran casa; pero también porque tienes un buen cuerpo que puede darme los hijos que quiero.
Lo miré, incapaz de responder. Había dureza en sus ojos; era un extraño para mí.
Sabía que todo lo que me había dicho era que una mujer tenía que ser una buena esposa, una buena organizadora del hogar de su marido, una mujer sensata en quien se pudiera confiar, y, naturalmente que alumbrara y criara hijos sanos; pero en todo eso faltaba algo todavía más importante, que era el amor.
Viviría en esta enorme mansión y tendría todo lo que una mujer pudiera desear en el terreno material. La gente que viviese por debajo de mi nivel se sentiría envidiosa cada vez que me vieran descender por la colina; pero, ¿podía crecer algo hermoso y fuerte en Foxworth Hall si no había cariño que lo nutriera? Pensé en todas las sombras, todos los rincones oscuros y húmedos, los pasillos débilmente iluminados, las habitaciones frías y cerradas, ese ático polvoriento y sombrío lleno de un pasado muerto, y me estremecí.
-Malcolm, la primera vez que me viste, cuando me hiciste la corte, debían existir unos sentimientos muy fuertes, unos sentimientos que...
-Por favor, -pidió-, no me nombres los sentimientos. No quiero oír hablar de campanas que suenan y el mundo se vuelve color de rosa. Las cartas de mi madre están rebosantes de referencias estúpidas como ésas.
-¿Cartas?
-Ella escribía a mi padre mientras estuvieron comprometidos.
-¿Dónde se hallan sus cartas?
-Las quemé, las convertí en humo, porque eran humo. Mañana tendré un día muy ocupado, Olivia, -dijo, con el claro deseo de cambiar de tema-. Que duermas bien.
Y después de eso salió de mi dormitorio. Detrás de él dejó un profundo silencio mortal, semejante al que reina antes de una gran tormenta. Incluso sus pasos haciendo eco por el pasillo resonaban a kilómetros de distancia. Me serené y me senté en la cama.
No era extraño que me aglutinara con los sirvientes desde el primer día, cuando llegamos a Foxworth Hall. En su mente yo había sido contratada para desempeñar un papel, cumplir con un número determinado de funciones, igual que un criado. No era de extrañar que cuando habló de tener un hijo sus palabras parecieran una orden.

Vi. PADRES E HIJOS

Malcolm consiguió su deseo. Nuestro primer hijo nació a los nueve meses y dos semanas desde la fecha de la recepción para presentarme a la elegante sociedad virginiana. Le pusimos de nombre Malcolm, por su padre, pero le llamábamos Mal, para que fuese más fácil distinguirlos. Por aquel entonces yo ya sabía, sin lugar a dudas, que Malcolm era un hombre fuerte y dominante que siempre conseguía lo que quería. Siempre salía ganador porque nunca entraba en una batalla sin asegurarse primero de que las ventajas estaban a su favor. Conducía sus negocios de esa manera; y también llevaba así su vida. Estaba segura de que recorrería un largo camino y se convertiría en uno de los hombres más ricos del mundo.
Después de nacer Mal, durante un corto tiempo renacieron mis esperanzas de amor. Pensé que un hijo haría que Malcolm se acercase a mí. Desde que llegué a Foxworth Hall, recibí un trato más propio de una sierva que de una esposa. Malcolm trabajaba todo el día y todos los días, volvía tarde por las noches, y casi nunca compartía la cena conmigo. Jamás íbamos a ninguna parte, y la «sociedad» a la cual fui presentada durante la recepción, parecía haberse olvidado en seguida de mi existencia. Ahora que el tan deseado hijo de Malcolm había llegado, supuse que a lo mejor querría disfrutar de una vida familiar más íntima,

quizá sería un marido más cariñoso. Yo esperaba el nacimiento del bebé como algo maravilloso para nuestro matrimonio. Mal sería un puente entre su padre y yo, acercándonos el uno al otro de un modo que ninguno de los dos esperaba.
Como toda madre, yo me quedaba embelesada ante un gesto, una sonrisa o un nuevo avance de mi hijo maravilloso y adorable. Y al final de cada jornada, esperaba el retorno de Malcolm para darle las felices noticias de los progresos de nuestro niño.
-No hay duda alguna, ¡ahora ya te reconoce, Malcolm!
-¡Hoy ha avanzado a gatas por primera vez! -¡Ha pronunciado su primera palabra! -¡Mal ha comenzado a andar! Cada anuncio hubiera debido impulsarnos a abrazos y besos, agradecidos por tener un hijo tan sano. Pero Malcolm reaccionaba con una sorprendente indiferencia a todo lo que hacía nuestro pequeño, como si no hubiera esperado menos. Todo lo daba por merecido y jamás demostró la felicidad y el deleite de un padre.
Por el contrario, se impacientaba. Se mostraba intolerante en el proceso de crecimiento y no quería contemplar al bebé cuando éste realizaba sus pequeños, pero continuos movimientos de avance. Se enojaba si yo lo llevaba conmigo a la mesa, y me ordenó que amamantara a Mal antes de nuestra cena. Rara vez entraba en la habitación infantil.
Antes de que Mal cumpliese los dos años quedé embarazada de nuevo, embarazo conseguido en un encuentro rápido Y sin amor. Malcolm estaba decidido a tener una gran familia; y ahora quería una hija. Este segundo embarazo fue más difícil para mí, ignoro por qué. Por las mañanas me sentía mareada. En la última fase, el médico me dijo que no estaba tranquilo viendo cómo seguía. Sus temores fueron justificados, ya que durante el séptimo mes casi aborté; y después, justo al comenzar el octavo mes, Joel Joseph tuvo un nacimiento Prematuro.
Desde el principio fue un niño menudo, frágil y enfermizo, de cabello claro y débil. Tenía los ojos azules de los Foxworth. Malcolm estaba contrariado porque no le había dado una hija, y enfadado porque Joel no era Un chico saludable. Sabía que me culpaba a mí de todo, aunque yo no hice nada que pudiera perjudicar al bebé y había seguido todas las órdenes del médico en cuanto a la nutrición.
Malcolm me dijo:
-Los Foxworth se han distinguido siempre por ser fuertes y sanos. Que sea preocupación y responsabilidad tuya lograr que este bebé cambie y se convierta en lo que Yo espero que sean mis hijos: recios, agresivos y seguros, viriles en todos los sentidos.
Un día, después de que el médico de la familia, el doctor Braxten, viniera a verme, Malcolm subió a mi habitación. Braxten le dijo que no creía que yo pudiera alumbrar más hijos.
-es imposible, -gritó Malcolm enfurecido-. ¡Todavía no tengo una hija!
-Bueno, sea razonable, Malcolm, -le tranquilizó el doctor Braxten.
¿Es que Malcolm no se preocupaba en absoluto de mi salud?
N'i el médico ni yo habíamos previsto la vehemente reacción de mi marido. Se puso muy colorado Y se mordió el labio como conteniendo las palabras. Después retrocedió, y nos miró alternativamente a uno y a Otro.
es esto, algo que los dos habéis tramado?
-¿Cómo? ¿Qué ha dicho usted? -le interpeló el doctor Braxten.
Era un hombre que se hallaba cerca de los sesenta, muy respetado en su ambiente. Su cara palideció hasta igualar el tono gris de su cabello. Sus grandes ojos saltones, aumentados debajo de sus gruesas gafas, se abrieron mucho.
-¿Está usted diciéndome que nunca tendré otro hijo? ¿Que nunca tendré una hija?
-Bueno, sí..., yo...
-¿Cómo se atreve usted...? ¿Cómo se atreve a suponer...?

-No es una cuestión de suposiciones, Malcolm. Este último embarazo ha sido muy difícil y...
-No quiero oír ni una palabra más sobre el asunto, -cortó y se volvió hacia mí con más odio en su cara del que le había visto nunca-. No quiero que se vuelva a mencionar, ¿lo entiendes?
Después, dio media vuelta como una marioneta manejada por hilos y salió furioso de mi habitación. El doctor Braxten se sentía avergonzado por mí, de modo que no prolongó su visita.
Como es natural, la actitud de Malcolm me había asombrado; aunque por aquel entonces ya me había fortalecido bastante contra sus ataques y terribles observaciones. No volvió a hablar del tema y yo no lo discutí con él. No lamentaba no poder darle más hijos, pues era un hombre que no disfrutaba con los que ya tenía.
Parecía ignorar a Mal y culpar a Joel por no ser una niña, la hija que jamás pensé deseara tanto. Se mostró mucho más intolerante con el llanto de Joel y era frecuente que pasaran días sin ver ni hablar a ninguno de los niños. Había sido intolerante con el proceso de crecimiento del mayor; pero era un ogro en cuanto al de Joel. Que Dios no permitiera que el bebé ensuciara los pañales en su presencia o vomitase cuando Malcolm estaba en la habitación.
Algunas veces pensé que se sentía avergonzado de su pequeña familia, como si tener solamente dos hijos fuese una mancha para su virilidad. Hasta que Mal tuvo tres años, no decidió que saliéramos los cuatro juntos.
Visitamos sus fábricas de tejidos. Durante todo el tiempo, cuando señalaba algo se dirigía a Mal como si su hijo pequeño pudiera entenderle.
-Todo esto será tuyo algún día, Mal, -dijo hablando como si Joel no debiera estar vivo cuando su padre muriese, o como si Joel no tuviera importancia alguna-. Espero que lo ampliarás, y lo convertirás en algo importante, el imperio Foxworth.
Volvíamos a Foxworth Hall en un día brillante de primavera. Las hojas brotaban con vigor para saludar la suave luz del sol primaveral. Mis hijos señalaban los petirrojos que comían gusanos frescos entre la hierba. Al entrar en Foxworth Hall, Mrs. Steiner se apresuró a salir a mí encuentro.
-Oh, Mrs. Foxworth, me alegra tanto que haya llegado. Le han enviado un telegrama desde Connecticut, estoy segura de que es algo importante.
Se me oprimió el corazón. ¿Qué podía ser? Rasgué en seguida el sobre mientras Mrs. Steiner observaba curiosa por encima de mi hombro.

OLIVIA FOXWORTH STOP CON MI MÁS SINCERA CONDOLENCIA Y EL MAYOR RESPETO LAMENTO INFORMARLE QUE SU PADRE HA SIDO LLAMADO JUNTO AL SEÑOR STOP DISPUESTO FUNERAL PARA EL SIETE DE ABRIL

Arrugué el telegrama acercándolo a mi pecho, ahora vacío por la aflicción. ¡El siete de abril era mañana! El pequeño Mal tiraba de mi falda.
-Mamita, mamita, ¿qué pasa, por qué lloras?
Mi marido me quitó el telegrama arrugado de la mano y lo leyó.
_Malcolm, debo ir inmediatamente. ¡Tengo que salir en el primer tren!
-¿Cómo? -replicó en tono severo-. ¿Qué piensas hacer con los chicos?
-Malcolm, los dejaré contigo. Mrs. Steiner está aquí y puede atenderlos, y también Mrs. Stuart.
-Pero yo tendría que permanecer al cuidado. Olivia, el lugar de una mujer está junto a sus hijos.
-Se trata de mi padre, Malcolm. Debo estar presente en su funeral.

Discutimos el asunto hasta que ya era demasiado tarde. Cuando al fin accedió a que me marchara, el tren de la noche ya había salido y el de la mañana, al que subí, llegaba a New London cinco horas después de haber terminado el funeral de mi padre. Fui a casa y me encontré con John Amos y el abogado de papá sentados en la sala de estar.
Tenía los ojos enrojecidos e hinchados por las lágrimas vertidas durante aquel largo viaje en tren. Eran lágrimas de tristeza por mi padre; pero sabía que también las había vertido por mí. Ahora estaba más sola que nunca.
Ambos se levantaron al verme, y John Amos se acercó y cogió mi mano entre las suyas. Se había convertido en un hombre desde la última vez que le vi. Ahora era un caballero de veintitrés años, alto, fino y amable. Solté de nuevo las lágrimas cuando comenzó a hablarme:
-Olivia, cuánto me alegra verte. Me ha extrañado tu ausencia en el funeral; pero sabía que tú lo aprobarías. He cuidado que tu padre fuese recibido por el Hacedor de la manera más adecuada. Ahora ven y siéntate, Olivia. Ya recordarás a Mr. Teller, el abogado. Creo que tu padre ha añadido a su testamento algunas cláusulas bastante extrañas, que es necesario pongamos en orden.
Mr. Teller también me cogió la mano y me miró a los ojos con simpatía. Nos sentamos en la habitación en penumbra, triste.
Mi mente se hallaba aturdida mientras me contaba todos los detalles. Mi padre me había dejado todas sus posesiones con la única condición de que sólo yo manejase el dinero. Comprendí lo que había hecho: asegurarse de que Malcolm Foxworth nunca pudiera poner sus manos en mi fortuna. ¡Oh, padre mío, cómo supiste la verdad mucho antes de que yo me enterase? ¿Y por qué dejaste que me casara con ese hombre? Caían mis lágrimas y oculté la cabeza en el regazo.
John Amos le rogó a Mr. Teller que nos dejara, diciéndole que tomaríamos nuestras decisiones y se las daríamos a conocer antes de que yo regresara a Virginia.
¡Cuánto consuelo me ofreció John Amos! Durante los dos días que estuve en New London me confié a él. Cuando me marché, John Amos sabía más de mí que cualquier otra persona en el mundo. Y yo sabía que, por su amor a Dios y a la familia, podía confiar siempre en él. Era una seguridad que fue creciendo a medida que pasaban los años. Y siempre, cuando las cosas eran más difíciles, me dirigía a John Amos, escribiéndole largas cartas, y él me contestaba con palabras de consuelo tanto suyas como de Dios, ya que pronto comenzó a estudiar teología en un seminario de Nueva Inglaterra. John Amos constituía mi única familia y era sensato y comprensivo, el extremo opuesto a Malcolm. Regresé a Virginia con más fortaleza. Había perdido a mi padre; pero había ganado un hermano, un consejero, un asesor espiritual.
-Ahora, Olivia, -me dijo John Amos cuando fue a despedirme a la estación-, vuelve junto a tu marido y tus hijos, y que el Señor te acompañe. Me encontrarás aquí siempre que me necesites.
Malcolm no demostró ninguna pena por la muerte de mi padre. El mismo día de mi regreso insistió de nuevo sobre mi fortuna.
-Bien, Olivia, ahora eres una mujer rica, por derecho. ¿Cómo piensas manejar tu patrimonio?
Le respondí que no tenía planes, que todavía estaba lamentando la muerte de mi padre y en aquellos momentos no me interesaba pensar en el dinero.
Pasaron las semanas casi sin hablarnos, con excepción de las poco menos que diarias preguntas de Malcolm en cuanto a mis planes para la herencia recibida de mi padre. Después, un día, apareció en el cuarto de los niños para anunciar algo que cambiaría por completo nuestras vidas. Era tan extraño verle allí, en aquella habitación, que le saludé cariñosa, esperando que hubiera venido movido por un sincero interés paternal. Estaba

enseñando el alfabeto a Mal, utilizando bloques, y Joel se hallaba en la cuna con su biberón. La estancia se hallaba un poco desordenada porque los niños, y más si tienen tres años, dejan caer las cosas en cualquier parte. Yo solía limpiarla y ordenarla al final del día.
-¿Esto qué es, un cuarto de juegos o una porqueriza? -preguntó Malcolm.
-Si vinieras más a menudo lo comprenderías, -respondí.
Él gruñó. Presentí que no había venido para discutir acerca de nuestros hijos.
-Tengo algo que decirte, -explicó-, si es que puedes olvidar por unos momentos esos bloques.
Me levanté del suelo, me alisé el vestido y me acerqué a él.
-¿Qué es?
-Mi padre... Garland está de regreso. Llegará dentro de una semana.
-Vaya...
En realidad no supe qué decir. Todo lo que sabía de Garland lo adivinaba estudiando su retrato y escuchando detalles sueltos que Malcolm ofrecía de cuando en cuando. Sabía que tenía cincuenta y cinco años cuando se marchó y, por sus últimos retratos, que era un hombre atractivo que no aparentaba su edad. Las pocas canas que tenía apenas podían distinguirse entre su cabello dorado. Era casi tan alto como Malcolm y en su juventud había sido un atleta, un deportista, y a pesar de las críticas de Malcolm en cuanto a Sus recientes decisiones, también un hombre de negocios.
-Sin embargo, no se instalará en su habitación del ala norte. Lo hará en la alcoba contigua a la tuya en el ala sur. Tendrás que cuidar que la suite esté en condiciones, aunque mi padre no notaría la diferencia.
-Entiendo.
-No, no lo entiendes. El motivo de que quiera una habitación más cálida con un cuarto de baño es porque regresa con una novia.
-¿Novia? ¿Quieres decir que tu padre se ha casado después de todos estos años?
-Sí, una novia. -Malcolm se volvió de espaldas un momento, y después nos miró de nuevo-. No te lo he dicho nunca, pero se casó antes de marcharse a Europa.
-¿Cómo? ¿Por qué no me lo dijiste?
-Ya lo verás, Olivia. Pronto lo comprenderás, -respondió alzando la voz.
Joel comenzó a llorar. Nuestros dos hijos eran sensíbles a los estallidos de Malcolm; y en especial Joel sentía un miedo terrible a su propio padre. Mal estaba contagiándose de ello.
-Estás asustando a los niños, -le advertí.
-Será mucho peor si no aprenden a estarse quietos cuando yo hablo. ¡Silencio! -ordenó.
La cara de Mal quedó inmóvil y ahogó sus lágrimas. Joel se volvió y sollozó silenciosamente en su cuna.
-Simplemente, prepárate, -dijo Malcolm, escupiendo las palabras entre dientes y saliendo furioso del cuarto de los niños.
¿Prepararme? ¿Qué quería decir? ¿Odiaba tanto a su padre? ¿No quería quizá compartir Foxworth Hall?
No me preocupó dejar de ser la única ama de aquella casa. Ahora vendría otra mujer, la esposa de un hombre de cincuenta y cinco años. Seguramente sería una aliada. Podría tal vez llegar a considerarla como la madre que había fallecido demasiado pronto. Podría acercarme a ella y pedirle consejo respecto a Malcolm y a mí. Seguramente una persona mucho mayor conocería mejor los asuntos entre hombres y mujeres. Me sentí feliz ante la perspectiva del retorno de Garland.... y de su esposa.
-Malcolm, -le pregunté más tarde, a la hora de cenar-, ¿tendremos que marcharnos de Foxworth Hall? ¿Quieres poseer una casa propia?
-¿Irnos?
-Bueno, pensaba...

-¿Estás loca? ¿A dónde iríamos? ¿Comprar o edificar una nueva casa y abandonar todo esto? Yo cuidaré de mi padre; su esposa es problema tuyo, queda bajo tu responsabilidad. Tú seguirás con el control de esta casa y la conservarás como un hogar respetable, gobernando del modo adecuado. No me digas que tienes miedo de ella, -comentó en tono despreciativo.
-Claro que no. Solamente pensaba que, ya que tu padre es el hombre de más edad y que...
-Mi padre es de más edad, pero no mmáss ssensato, -replicó Malcolm-. Más que nunca, depende de mí. Mientras él ha estado divirtiéndose por Europa con su nueva esposa, yo he estado ampliando nuestro imperio comercial y manteniendo todos los controles. Nuestro consejo directivo se ha olvidado prácticamente del aspecto de mi padre, y he añadido sangre nueva desde que él se marchó. Ahora tardaría un año en comprender todos los nuevos desarrollos. No, -añadió reflexivo-, no creas que has de estar subordinada a su esposa. Recuerda el tipo de mujer que le gusta a mi padre.
Con el rostro entristecido y tenso, Malcolm se alejó envuelto en la sombra del recuerdo de su madre.
No dije nada más sobre el asunto. Ordené a las criadas que limpiaran y arreglaran la suite junto a la mía y después dejé de pensar en la llegada del padre de Malcolm con su nueva elección.
Quizá no estuve acertada, pero nada que hubiera hecho yo, nada que hubiera podido hacer Malcolm, me habría preparado para el primer choque de su llegada, ni a Malcolm para una sorpresa todavía mayor.

SEGUNDA PARTE

VII LA MADRASTRA DE MALCOLM

Malcolm estaba sentado con el periódico extendido ante él pero yo sabía que no lo leía. Sentía mi estómago como si me hubiera tragado una docena de mariposas. Ambos esperábamos la llegada de Garland y de Alicia. Malcolm había salido pronto de la oficina para estar presente cuando viniese. Cerró con furia el periódico y echó una mirada al antiguo reloj. Llegaban con más de media hora de retraso.
-Conociendo a mi padre, -dijo al fin-, es posible que llegue a las cuatro de la madrugada en vez de a las cuatro de la tarde. Los detalles importantes como éste se le escapan siempre.
-Conocerá la diferencia entre la noche y el día, Malcolm, -comenté.
-Oh, ¿lo crees así? Puedo recordar a mi madre sentada en esta misma habitación, esperando que él la recogiera para una función de tarde, y él sin presentarse porque lo había escrito mal en su agenda.
-¿Lo recuerdas? Solamente tenías cinco años cuando ella se marchó.
-Puedo recordarlo, -insistió Malcolm-. Yo me sentaba a su lado y ella se lamentaba conmigo. Respetaba mi inteligencia, ¿sabes? Jamás me habló de la manera que las madres suelen hablar a sus hijos. Al cabo de un tiempo, si él no se presentaba cuando debía hacerlo, ella salía sola. La culpa era de mi padre, ¿no lo crees?
-Estaría demasiado ocupado con sus negocios, -aventuré con la esperanza de que ganara un punto en la opinión de Malcolm; pero él no oyó o no quiso entender mi comentario.
-Sí, sí; pero a menudo también descuidaba sus reuniones de negocios. Sencillamente, no se concentra. Se aburre con demasiada facilidad. No podría decirte cuántos tratos hemos perdido por su culpa, y cuántos he podido salvar yo.
-¿Estaba tu madre introducida en los negocios?
-¿Cómo? -Me miró como si yo acabase de hacer la más ridícula de las observaciones-. No, no. Ella creía que la Bolsa era un lugar donde se compraban y vendían medias. (1)

1. Stock Market o Stock Exchange es la Bolsa (literalmente Mercado de Valores o Intercambio de Valores): y en inglés las medias se llaman Stockings. De ahí su confusión. (N. del T.)

-Oh, vamos..., estás exagerando.
-¿Exagero? No tenía ni idea de lo que era un dólar. Cuando iba a adquirir algo, jamás preguntaba el precio; eso no le importaba. Compraba las cosas sin saber cuánto había gastado y mi padre-, mi padre en ningún momento protestó por ello, nunca le señaló una factura. Por suerte, -añadió-, espero que las cosas serán distintas con esta esposa.
-Tu padre, ¿dónde conoció a tu madre? -pregunté.
-La vio cruzar una calle en Charlottesville. Detuvo su carruaje e inició una conversación con ella. ¡Sin conocer siquiera a qué familia pertenecía! Ella le invitó a ir a su casa aquella noche. ¿No te parece que eso ya indica algo? Lo impulsiva que era ella. ¿Habrías hecho tú algo así? ¿Eh? -insistió al verme vacilar.
Intenté imaginarlo. Era romántico, -un joven atractivo detiene su carruaje para trabar conversación con una mujer joven, totalmente desconocida, y su conVersación es tan interesante que ella siente el impulso de invitarle a su casa.
-¿Ella no le conocía?
-No, Estaba visitando a una tía suya en Charlottesville. No era de esta zona y nunca había oído hablar de los Foxworth.
-Supongo que él sería impresionante.
-¿Lo habrías invitado tú a tu casa?
-No, no en seguida, -dije, pero algo dentro de mí quería decir que sí lo haría, que deseaba que a mí me hubiera sucedido algo parecido; pero sabía a dónde pretendía ir a parar Malcolm, a lo que era decente y adecuado.
-¿Ves lo que estoy diciendo? Él debió haberse dado Cuenta al instante del tipo de mujer que era.
-¿Cuánto tiempo estuvieron prometidos?
Esbozó una sonrisa afectada.
-No el suficiente, -repuso.
-Pero, Malcolm, tú y yo seguramente hemos estado prometidos menos tiempo todavía.
-No es lo mismo. Yo sabía el tipo de mujer que tú eras: no necesitaba interminables ejemplos que demostrasen y apoyasen mi opinión. Él estuvo ciego desde el principio y se precipitó a pedirla en matrimonio. Una vez me confesó que sospechaba que su tía la había hecho venir a Charlottesville con el único propósito de que conociera a un caballero distinguido. ¡La astucia femenina...! No me sorprendería saber que ella había planeado cruzar la calle en aquel preciso momento sabiendo que él se acercaba. Mi padre me contó que ella le sonrió de una forma tan cariñosa que él tuvo que detener el carruaje.
-No puedo creer eso.
-Yo sí. Las mujeres de su estilo prescinden de las conveniencias. Parecen tan sencillas, tan modestas, tan débiles, pero han hecho sus planes, créeme. Y hay hombres como mi padre, que caen con ese tipo de mujeres.
-¿Y es así también su nueva esposa? -Malcolm no respondió- Bueno, ¿lo es?
-No veo por qué no podría serlo, -dijo, y plegó ruidosamente su periódico.
Yo estaba a punto de responderle cuando vino Lucas para anunciar que había llegado el coche de los señores.
-Ve a ayudar a bajar los baúles y a llevar el equipaje, -dije, y me levanté; pero Malcolm continuó sentado con la vista fija- ¿Y qué?

Agitó la cabeza para librarse de algún pensamiento y me siguió hasta la puerta principal donde Garland y una mujer joven que habría podido ser su hija bajaban del coche. Él la ayudó de tal manera que de pronto me di cuenta de que esta mujer niña era su esposa) Se estremeció todo mi ser. ¿Por qué no me lo había dicho Malcolm? Me volví para dirigirle una mirada acusadora, pero la cara que vi no se parecía a la suya habitual, de alterada que estaba por la sorpresa.
-Dios mío, -exclamó-, ¡está embarazada! -Supe en seguida que le preocupaba otro heredero, pues tenía el rostro encendido, purpúreo, y los puños apretados-. ¡Está embarazada! -repetía como si le costara convencerse.
Así era, en efecto. La mujer joven de brillante pelo castaño, en otros aspectos delgada, delicada y lozana, parecía hallar-se en los meses finales del embarazo. Garland nos vio en el umbral y nos envió un expresivo saludo con la mano; después cogió a Alicia por el brazo para acompañarla.
No parecía haber envejecido mucho desde que comenzó su viaje. Tenía fotografías que me permitían comparar. En todo caso, un viaje tan largo y el casamiento con una joven tan hermosa le hacían parecer más joven, Vi, naturalmente, muchos puntos de semejanza entre él y Malcolm, pero había una ligereza en el paso de Garland y un calor en su sonrisa, de los que carecía Malcolm.
Garland venía a ser de la misma estatura que SU hijo, y tenía también unos hombros anchos. Parecía vigoroso, enérgico y en forma. No me sorprendió que una mujer tan joven se hubiera enamorado de él. se había casado. ¡Lo que significaba que ni siquiera sabía que tenía dos nietos!
-¿Por qué no me lo dijiste? -preguntó Alicia a su marido.
Su modo de hacer era inocente y sencillo. Garland, que conocía bien a su hijo, pasó por alto este momento embarazoso. Yo lo presentía. Más tarde, en privado, discutiría con él y le expresaría su disgusto por la sorpresa. Alicia insistió:
-¿Por qué, Garland?
-Sencillamente porque lo ignoraba, amor mío, -repuso él, mirando fijamente a Malcolm, alrededor de cuyos ojos pude ver una expresión satisfecha, la que solía mostrar cuando había fastidiado a alguna persona-. ¿Cuánto hace que os habéis casado?
-Más de tres años, -respondió Malcolm.
-Tenemos dos hijos, -informé yo, impaciente por la manera en que Malcolm estaba deteniéndoles delante de la casa dándoles las noticias poco a poco-. dos varones.
-¿Dos varones? ¡Vaya, qué te parece? Alicia, serás abuela antes de ser madre! ¡Varones!
Ella sonrió cariñosa cuando Garland la abrazó, apretándola contra él con tanta fuerza que yo pensé que podía dañar el embarazo. ¡Alicia tenía un aspecto tan frágil!
-Bueno, adelante con nuestro regreso al hogar, -dijo Garland avanzando, y Malcolm se apartó a un lado y les acompañó mientras entraban en la casa-. Veo que se han hecho cambios, -observó refiriéndose a algunas de las cosas que yo había hecho para dar calor al recibimiento, hay cuadros nuevos con paisajes agradables, y escenas campestres, además de algunas alfombras de colores-. Todo cosas buenas, -añadió cumplimentándome y guiñándome un ojo mientras hablaba.
Francamente me gustó. Se veía tan brillante y tan feliz. Emanaba una energía positiva que era contagiosa. Alicia resplandecía.
-Todo es como me dijiste que era, -dijo Alicia, él la besó en la mejilla.
En aquel beso se notaba cariño, era tan distinto a los besos que me daba Malcolm, que sentí envidia. Casi era apasionado.
-Vuestra suite está en el ala sur, junto a la de Olivia, -dijo Malcolm, en un tono más parecido al de un director de hotel que al de un hijo dando la bienvenida a su padre y a su nueva esposa-. Es la que pediste.

-Excelente. Bueno, vamos a instalarnos y después quiero ver a mis nietos, ¿eh, Alicia?
-Oh, sí, ya estoy impaciente.
-Y a cenar. Ambos estamos decididamente hambrientos. La comida en esos trenes deja bastante que desear. ¿Has viajado mucho, Olivia? -me preguntó-. ¿O Malcolm te tiene prisionera en Foxworth Hall?
-Bueno, realmente no hemos viajado mucho, no; pero vinimos en tren después de casarnos.
-Olivia es de New London, Connecticut, -informó Malcolm-. Su nombre de soltera es Winfield. Su padre estaba en la industria naviera. Desgraciadamente, hace poco que ha fallecido...
-Vaya, un yanqui, ¿eh? -comentó Garland-. Alicia es de Richmond, Virginia, así que mantengamos la paz entre Estados, -añadió, y se echó a reír con energía.
Malcolm, de pie junto a mí, hizo un sonido de desaprobación, pero Alicia me sonrió.
-Conmigo no vas a tener guerra, -vaticinó mientras me apretaba la mano.
Debo decir que me conquistó con su afecto y su aire sencillo. Estaba tan desinhibida como una niña de cuatro años. Aunque yo me decía que era por faltarle una buena crianza, no pude evitar sentirme fascinada por su franqueza. Sólo tenía diecinueve años; pero había viajado por gran parte de Europa junto a un hombre muy sofisticado. Debió haber madurado rápidamente, aunque no parecía afectada por los viajes ni por haberse convertido en una mujer muy rica, esposa de un hombre distinguido.
-Ah, Mrs. Wilson y Mrs. Steiner, -dijo Garland al verlas de pie a un lado. Mary Stuart estaba detrás de ellas, con aire tímido.
-Bien venido a casa, Mr. Foxworth, -saludó calurosamente Mrs. Wilson.
-Bien venido a casa, -repitió Mrs. Steiner. Garland las cogió de ambas manos y las besó. Era obvio que se sentían avergonzadas por tanta expresividad.
-Me he convertido en un continental, -dijo-, después de viajar por toda Europa. Mejor que me vigiléis.
Las dos soltaron risitas como colegialas, pero pude apreciar que admiraban mucho más a Garland que a Malcolm. Garland miró a Mary Stuart, la doncella contratada después de que él se marchase.
-Hola, ahí atrás, -dijo; ella saludó con la cabeza y Garland miró entonces a su alrededor-. ¿Todos los sirvientes se hallan aquí?
-Olsen está en el jardín, trabajando, -informé-. Podéis' reanudar vuestros quehaceres, -indiqué a las criadas y ellas se marcharon rápidamente.
Garland apoyó su barbilla en el pecho y miró con curiosidad a Malcolm.
-¿Estamos obligados a economizar? -preguntó.
-Claro que no, -respondió Malcolm-. Sencillamente practicamos un comportamiento de buena economía. Lo que se hace en el hogar se extiende a lo que se hace en los negocios.
-Entiendo. Bueno, con la presencia de otro bebé y de nosotros dos, tendremos que buscar más ayuda, ¿verdad, Alicia?
-Lo que tu digas, cariño.
Vi que Malcolm hacía una mueca como dolorido.
-Adelante y arriba, -decidió Garland.
Acompañó a su esposa por la escalinata doble, señalándole las cosas mientras ella reía y expresaba su admiración. Malcolm y yo permanecimos abajo, mirándolos. Yo sentía como si un viento salvaje pero cálido hubiera entrado impetuoso por la puerta principal de Foxworth Hall, despertando cosas dormidas durante dos siglos.
Todo era vertiginoso.
-Ya has visto lo ridículo que es, -murmuró Malcolm-. ¿Puedes comprender ahora que tenga esa opinión de él?

-¿Por qué no le escribiste contándole nuestro matrimonio ni el nacimiento de los niños? -inquirí.
-No lo creí necesario, -replicó.
-¿No lo creíste necesario?
-No, no consideré que lo fuese. Y en cuanto a ella, recuerda, tú llegaste aquí primero y tienes más años. Trátala como a una niña y no des oportunidad a los criados para que acepten sus órdenes; solamente han de obedecer las tuyas.
-Pero, ¿y si es algo que quiere Garland? -pregunté.
No me respondió. Murmuró por lo bajo una frase ininteligible y volvió al salón, probablemente para acabar de leer su periódico antes de la cena.
Yo subí a vestir a los niños para su primer encuentro con su abuelo y su abuelastra.
Garland no pudo comprender por qué su hijo no permitió que los chicos se sentaran a la mesa con nosotros. Al principio Malcolm no quería discutirlo, pero la insistencia de Garland acabó arrancándole una respuesta.
-Porque lo que ellos hacen, padre, no es agradable para el apetito.
-Eso es ridículo. Los niños son así. Y así eras tú también, -dijo, y la cara de Malcolm enrojeció violentamente pero sus labios palidecieron tanto que casi se confundían con su dentadura-. Lo era, -le explicó Garland a Alicia-. Bastaba para cansar a cualquier mujer. Siempre estaba haciendo preguntas y más preguntas. Su madre no podía mandarle que hiciera nada, sin que él inquiriese por qué. Algunas veces yo regresaba a casa y la encontraba nerviosísima a causa de él. La recuerdo corriendo por la casa y Malcolm detrás de ella preguntándole esto o aquello. Ella le rehuía. Él la agotaba, -repitió.
-¿Y la hice marcharse? -preguntó Malcolm entre dientes-. Entonces teníamos el doble de sirvientes, incluyendo una niñera.
Alicia sonrió con dulzura y la cara de Malcolm se relajó.
Garland había insistido en que Alicia y él comiesen uno junto al otro en el lado izquierdo de la mesa. Malcolm iba a ceder la cabecera, pero Garland no quiso aceptarlo de ninguna manera.
-Todavía estamos en luna de miel, -declaró-; además, nunca podríamos sentarnos tan alejados el uno del otro como vosotros lo hacéis, ¿no es verdad, Alicia?
-Oh, no. En todas partes donde hemos estado en Europa, Garland insistía en que nos colocaran cerca. En eso se mostró inflexible y tirano.
-Imagino que sería así, -contestó Malcolm, pero en un tono mucho más suave.
-Tu padre jamás dejó de distraernos, a mí y a quienquiera que estuviera con nosotros. Con frecuencia nos reuníamos con otros turistas americanos, -explicó con su voz melódica y suave, como miel espesa-. Y siempre me avergonzaba, -añadió, girándose hacia mí.
Su sonrisa era amistosa, sincera. Yo asentí y sonreí también. Malcolm la miraba fijamente como si Alicia fuera de una especie distinta, cuando yo pensaba que se parecía mucho a algunas de las mujeres jóvenes que habían venido a mi recepción.
-Pero cuéntales la verdad, Alicia. Adoraste cada minuto de ésos, -intervino Garland.
-Claro que sí. Estaba contigo, -admitió ella. Se besaron en los labios; allí mismo, en la mesa de la cena como si nosotros no nos hallásemos presentes, como si los sirvientes no estuvieran entrando y saliendo. Cuando miré a Malcolm, esperando ver su expresión desdeñosa, descubrí una expresión de envidia en su cara. Me pareció, incluso, que había cierto matiz risueño en sus ojos, el cual se desvaneció al mirarme.
-Vamos a tener que contároslo todo, ¿sabéis? -dijo Garland, dirigiéndose más a mí que a Malcolm-. Vamos a aburrirnos todos los días con los interminables detalles y escenas; pero eso es lo que le ocurre a una que se casa con un hijo de Garland Foxworth, -añadió.
se echó a reír.
-No tienes que escuchar nada si no quieres, -intervino Alicia.

-Pero nosotros queremos hacerlo, -le dijo Malcolm-, si eres tú quien lo cuenta, Es decir, si mí padre te permite contarlo sin interrumpir continuamente.
-No hablaré a menos que sea necesario, -declaró Garland-. Lo prometo, -añadió alzando la mano derecha.
-No lo creáis, -aconsejó Alicia.
Malcolm sonrió. En verdad, casi soltó la risa. A medida que avanzaba la cena yo veía que Malcolm se suavizaba cada vez más hasta que mantuvo una conversación fluida con la mujer de su padre. No me hicieron participar en ella. Era como si me encontrase sentada ante una mesa separada, cenando sola. La muchacha semejaba un folleto de viajes parlante, y Malcolm, que también había viajado, parecía fascinado. Garland comía con voracidad.
-Vuestros hijos son adorables, -le dijo Alicia a Malcolm-. Puedo ver en ellos la sangre de los Foxworth.
-Mal lo demuestra más, -respondió él.
-Eso se debe a que Joel es muy pequeño todavía. ¡Oh, qué impaciente estoy para que nazca nuestro bebé! -exclamó ella batiendo palmas.
Saltaba de su asiento. Yo estaba totalmente asombrada por su falta de urbanidad en la mesa. Hablaba con la boca llena; se agitaba en la silla como un pajarito, y bebía vino igual que si fuese agua. Malcolm se mostraba muy tolerante aquella noche. Lo atribuí al hecho de ser nuestra primera cena juntos.
-¿En qué mes de embarazo estás? -preguntó Malcolm.
-Acabo de entrar en el octavo.
-No podemos perder el tiempo, -dijo Garland-, a mi edad, -añadió con una risotada.
-Tú no pierdes el tiempo, ciertamente no lo pierdes, -comentó Alicia.
Se miraron de una forma tan apasionada que me ruboricé. Y se besaron otra vez. De hecho, puntuaban con un beso casi todas las frases que se decían.
Malcolm parecía oscilar de momentos molestos a otros de auténtico placer. Cuando Alicia le dedicó toda su atención de la mesa y le cogió la muñeca. Le vi que se ruborizaba pero no separó la mano.
Garland tuvo la idea de que tomásemos el café en la veranda.
-Al fresco, -exclamó, haciendo un gran gesto. Se colocó una servilleta en el brazo, como un camarero, y se levantó, ofreciendo su otro brazo a Alicia.
-Nos hemos divertido tanto en Italia, -explicó ella.
Cuando Malcolm se levantó, Alicia puso un brazo en el pliegue del codo de él y el otro en el de Garland. Me sorprendió que Malcolm lo permitiese. Con ella entre ambos, comenzaron a dirigirse a la terraza.
Cuando yo me reuní con ellos fuera, todos estaban riéndose por la descripción que Alicia hacía de un paseo por Venecia en góndola. Estaba de pie, imitando a su marido.
-«Señor, siéntese, por favor», suplicó el gondolero, -contaba ella bajando dramáticamente la voz-. Pero vuestro padre había bebido mucho y creía que podía andar por la maroma. «No hay problema -dijo-, seré el navegante.» Los pasajeros estaban asustados. El gondolero le suplicó otra vez y entonces la góndola comenzó a mecerse. -Alicia se meció hacia atrás y adelante sobre sus talones-. Y después, ¿qué creéis que pasó? -preguntó- Garland... -Se echó a reír-, my marido soltó la carcajada ante el recuerdo-. Garland cayó por el costado, -y, al tiempo que lo decía, cayó sobre Malcolm quien reaccionó rápidamente para que ella no quedara en su regazo. Garland reía a carcajadas; pero Malcolm se puso colorado al verme en el umbral.
-El café estará listo en un momento, -anuncié.
-Todo el mundo intentaba pescarlo en el canal, -prosiguió la joven ignorando mi llegada-. Pero no quiso que le ayudasen, declarando que estaba bien. Fue un caos absoluto hasta que al fin lo subieron a la góndola.

Acabó sentándose en las piernas de Garland abrazándole por la nuca. Se besaron nuevamente.
-Ella lo cuenta de un modo maravilloso, -dijo él-. Así que, -y se volvió hacia mí-, algún día tendrás que sentarte conmigo y contarme todos los detalles de vuestra boda, cómo mi hijo conquistó tu corazón, qué mentiras te contó para hacerlo...
Hubo más risas que impulsaron a Alicia a relatar otra historia sobre Garland en Europa. Antes de que terminase la velada, decidí llamarlas Historias de Garland Foxworth contadas por Alicia Foxworth. Jamás había visto ni leído que existiera mujer tan dedicada a su marido. Tomaba nota de la más pequeña cosa que él hacía. En realidad besaba el suelo por donde él pisaba.
La velada terminó cuando confesaron estar cansados después de tanto viaje. Alicia apoyó la cabeza en el hombro de Garland y él la abrazó por la cintura. Después entraron en la casa y subieron la escalinata, más con aspecto de recién casados veinteañeros que con el de un hombre de cincuenta y ocho años y una chica embarazada de diecinueve.
Malcolm y yo hablamos poco después que se marcharon. La luz y la excitación habían abandonado la veranda junto con Alicia.
-Es bastante bonita, -dije.
-¿Lo es?
-Como un pajarito revoloteando alrededor de tu padre, ¿no te parece?
-Estoy cansado, -manifestó Malcolm-. Tanta charla me ha producido dolor de cabeza.
Se marchó a su habitación. Yo me tomé mi tiempo para subir. Cuando lo hice, fui primero a ver a los niños. Estaban profundamente dormidos. Su abuelo les había divertido y debo decir que me pareció que Mal le había tomado cariño en seguida. Pensé que Garland sería un padre mucho mejor de lo que Malcolm había sido hasta el momento. Por lo menos, parecía encantado con los chicos.
Cuando pasé por delante de sus habitaciones, oí que estaban despiertos todavía. Hablaban y reían como dos adolescentes. Vacilé, experimentando placer por su conversación feliz y serena.
Así era como hubiéramos debido ser Malcolm y yo. Como yo había soñado que seríamos. Detrás de aquella puerta, Garland sostenía a Alicia entre sus brazos. Abrazaba con fuerza a su joven esposa y la hacía sentirse viva y deseada. Imaginé la mano de él sobre el vientre de ella para sentir la vida que palpitaba dentro. Jamás Malcolm había mostrado interés alguno en hacer algo así. Durante los últimos meses de mis embarazos, cuando yo estaba pesada y tenía el vientre bajo, Malcolm me rehuía.
¿Por qué los rasgos de Alicia no se ensanchaban y embrutecían como había ocurrido con los míos? Si la mirabas desde el pecho hacia arriba, no habrías adivinado que estaba embarazada. Me parecía injusto que esas chicas delgadas y delicadas no perdieran nunca su encanto femenino.
Proseguí. La envidia hacía que me sintiera triste; pero no airada. Mi habitación estaba justo al lado de la de ellos y la pared a la que se hallaba adosado mi tocador era más delgada que las otras. Si me quedaba junto a ella, y pegaba mi oreja al tabique, podía oírles casi tan bien como si me hallara en su dormitorio.
-Es exactamente como pensaba que sería la mujer que Malcolm escogiera para casarse, -dijo Garland.
-Es tan alta, -comentó Alicia-. Me da pena por ser tan alta.
-A mí me da pena por haberse casado con Malcolm, -declaró él.
-Oh, Garland.
-Malcolm nunca comprendió a las mujeres. ¿Sabes? nunca tuvo una amiga de verdad.
-Pobrecillo.
-¿Pobre? Eso sí que no lo es, ni tú tampoco, querida mía.

Hubo una pausa que yo sabía se había llenado con un beso.
-Me hice rica el primer día que tú viniste a nuestra casa, -le dijo ella. Y después quedaron silenciosos.
Me fui a mi cama, sola, pensando cómo podía Yo competir con una criatura tan hermosa e inocente. Cada vez que ella hablase pondría de relieve mi falta de locuacidad; cada vez que riera, resaltaría mi actitud triste; y cada vez que Malcolm la mirase, me recordaría todas las ocasiones en que había evitado mirarme. Su menuda talla aumentaba mi tamaño.
La odié, o por lo menos deseaba odiarla. Sin embargo, qué difícil era endurecer mi corazón contra ella tan sólo porque tenía todo aquello que yo hubiera querido para mí.
Alicia apareció a la mañana siguiente con la misma energía y comportamiento desbordante. Podría decirse que se abría al día como una bella gardenia saludando la luz del sol. Jamás nuestro desayuno tuvo tanta vida. Garland dijo que habían dormido como bebés.
-Lo cual demuestra lo importante que es para un hombre regresar a su hogar, -concluyó-. A nuestro hogar, -concretó mientras miraba a Alicia, la cual se había recogido en la parte alta de la cabeza su hermoso cabello castaño, bastante parecido al mío; pero el suyo era resplandeciente y dejaba al descubierto sus pequeñas orejas y su blanco y suave cuello. Adivinaba que Malcolm estaba fascinado con ella. Imaginé que, al igual que yo, había supuesto que ellos estarían algo apagados, debido a lo temprano de la hora y al largo viaje exigiendo su tributo. Pero parecían revividos. Garland debía tener razón al hablar de la importancia del hogar.
Insistió en acompañar a Malcolm a la oficina y en participar inmediatamente en la marcha de los asuntos.
-Ya sé que he de ponerme al corriente en muchas cosas. Malcolm no ha sido nunca de los que permiten que la hierba les crezca debajo de los pies, -añadió para explicárselo a Alicia-. Mi hijo podría ser muchas cosas, pero con toda seguridad es un genio de las finanzas.
-Eso es lo que siempre dice de ti, Malcolm, -informó su madrastra-. Cuando le pregunté cómo podía permitirse estar lejos de los negocios durante tanto tiempo, me respondió que tenía una confianza total en tu eficiencia.
Esperé la respuesta cáustica de mi marido; pareció haberse quedado sin palabras. Encogió los hombros con una modestia que no era peculiar en él.
-Deberíamos irnos, -le dijo a su padre.
La despedida de Garland con Alicia fue tan larga y apasionada que me sentí avergonzada. Pero a ella pareció no importarle. Sin embargo, vio la expresión en mi cara y tan pronto como Garland se hubo marchado se volvió hacia mí para explicar que era la primera vez que se separaban desde que habían embarcado en junio en su viaje por Europa. La despedida de Malcolm conmigo había sido tan rápida y superficial como de costumbre: un ligero beso en la mejilla y algunas palabras acerca de servir la cena a la hora de costumbre.
-Has de contarme lo duro que habrá sido para dirigir una casa tan grande, -dijo Alicia, y añadió con rapidez-: Oh, no porque tenga intención de hacerme cargo. Es sólo que lo encuentro tan..., abrumador.
Me quedé mirándola un momento. Me pareció que era sincera, pero no pude evitar sentir las mismas sospechas que Malcolm. ¿Quién sabía cómo estarían las cosas al cabo de una semana o de un mes?
-Tengo todo muy bien organizado, -repuse-. Los sirvientes tienen sus obligaciones bien detalladas y el día está bien planeado.
-Oh, estoy segura de que es así. No quiero hacer nada que pueda alterar el orden. Tendrás que decírmelo siempre que eso ocurra.
-Lo haré, -respondí con firmeza; pero ella o no me escuchó o rehusó percibir amenaza alguna en mi respuesta.

-No quiero estorbar el quehacer de nadie, -insistió-. Todo lo que deseo de la vida es hacer feliz a mi marido. Garland es tan maravilloso. Se ha portado tan bien conmigo y con mi familia, que nunca haré lo bastante para pagárselo.
-¿Qué ha hecho él por ti y por tu familia? -pregunté en tono inocente.
-Garland era uno de los más antiguos y mejores amigos de mi padre. Desde los días escolares. Mi padre siendo muy joven se dañó la espalda en un accidente, mientras cabalgaba, lo cual le impidió lograr el tipo de empleo que necesitaba para mantener a su familia. Pero Garland se presentó y le abrió su propia oficina de contabilidad, ya que un trabajo sentado era todo lo que papá podía hacer. Después, Garland comenzó a enviarle clientes. Sin su ayuda dudo que hubiéramos podido sobrevivir.
Yo tenía mis propios pensamientos acerca del altruismo, y creía que la caridad no se hacía sin pensar en algún beneficio futuro. ¿Había puesto Garland Foxworth sus ojos en esta adorable criatura desde el principio?
-¿Qué edad tenías tú cuando Garland comenzó a ir a vuestra casa?
-Oh, recuerdo que ya nos visitaba cuando yo tenía cinco o seis años. Al cumplir los doce, él me compró este hermoso brazalete de oro. Mira, todavía lo llevo, -dijo alzando la muñeca.
-¿Doce?
-Sí. En aquella época, dábamos paseos juntos. Yo charlaba sin cesar, cogiéndole del brazo, y él me escuchaba con esa adorable sonrisa suya. Hacía que me sintiera tan bien, que esperaba con ansia sus visitas, con más ansia que cualquier otra cosa. Me besó cuando yo tenía catorce años, -murmuró.
-¿Qué? ¿Tenías catorce años?
-Sí, y no fue un beso ligero en la mejilla, -añadió y los ojos le resplandecían; pero mi cara reflejaba sin duda mis pensamientos, y ella tenía que percibir mi gran asombro-. Entonces lo supimos, ¿no lo comprendes?
-No. No comprendo que un hombre de su edad y una muchacha de catorce años lo supieran entonces.
-Fue amor, -dijo sin turbarse-. Amor verdadero, firme. Comenzó a venir a mi casa cada vez con más frecuencia. Dábamos paseos por el parque en carruaje, y pasábamos horas y horas contemplando el vuelo de los pájaros. Hablábamos mucho, aunque no podría decirte de qué temas..., nuestra conversación era como una prolongada melodía. Los sonidos permanecen en mi mente, pero no las palabras, -explicó sonriendo para sí.
Intenté imaginar una felicidad semejante, pero no tenía ni idea de lo que quería decir con una melodía de palabras.
-Me encantaban los paseos en trineo tirado por caballos cuando el invierno de Virginia nos mandaba toneladas y toneladas de nieve, -continuó-. Nos acurrucábamos en gruesas mantas, agarrándonos de las manos debajo, y corríamos de cara al viento, con los rostros enrojecidos por el frío, pero con los corazones ardiendo de amor. No puedes imaginar lo maravilloso que era, -terminó.
-No, -respondí tristemente-, no puedo.
-Durante el verano, había conciertos maravillosos en el parque. Yo preparaba una comida campestre para los dos y nos íbamos a escuchar la música. Después navegábamos en bote y yo le cantaba canciones. A él le gusta que le cante aunque no tengo buena voz.
-¿Pero no pensaste en ningún momento en su edad?
-No. Pensaba en él como un hombre mayor encantador, el hombre más gentil del mundo. Era siempre tan feliz y estaba tan animado que la edad nunca se puso de relieve.
-¿Pero cómo tuviste el valor de casarte con un hombre que te lleva tantos años? No quiero parecer ruda; pero él morirá antes de que tú llegues a mediana edad. ¿No se opusieron tus padres?

-Mi padre murió un mes antes de que Garland me propusiera matrimonio. Mi madre se asombró al principio, Y se opuso al matrimonio. Dijo lo mismo que has dicho tú, pero Yo me mantuve en mis trece, y ella Adoraba a Garland, ¿sabes? Muy pronto se dio cuenta de que yo le amaba de verdad, y que los años no importaban.
-Para ser sincera, querida, estoy muy sorprendida de que decidierais tener hijos, considerando la edad de Garland.
-Oh, él quería que fuese así. Dijo: «Alicia, cuando estoy contigo, soy un hombre de treinta años.» Y tiene el aspecto de un hombre de treinta y tantos. ¿No es verdad? ¿Tú no lo crees? -insistió al ver mi vacilación.
-Sí, parece más joven de lo que es; pero...
-Eso es todo lo que importa..., lo que nosotros pensamos, -dijo Alicia.
Estaba decididamente fascinada por su romance. Nunca permitiría que los hechos duros y fríos destruyeran su universo color de rosa. Vivía en el mundo de mi casa de muñecas encerrada en su caja de cristal. Sentí compasión de ella, pensando que la realidad acabaría imponiéndose algún día. Pero también envidié la felicidad.
-Permíteme que vaya contigo, Me gustaría verte junto a tus hijos. Son adorables. Y estoy segura de que aprenderé de ti.
-No soy experta en criar niños, -le respondí, pero me di cuenta de su desilusión si la rechazaba, de modo que le permití que me acompañase.
Los chicos simpatizaron con ella, en especial Joel, a quien hizo sonreír con sus juegos. A él le gustó que lo cogiera en brazos. En cierto modo se puso al nivel de mis hijos mucho mejor de lo que yo podría hacerlo jamás. No pasó mucho tiempo sin que estuviera jugando con Mal y sus juguetes, mientras Joel los contemplaba en silencio.
-Si tienes algo que hacer, a mí no me importa quedarme con ellos, -ofreció.
-Has de tener más cuidado a esta altura de tu embarazo, -le aconsejé, y entonces pensé lo mucho que le gustaría a Malcolm que ella tuviera un aborto.
Esta idea daba vueltas en mi cerebro pegada a mis pensamientos como un erizo de cadillo adherido a mi falda. Me era imposible sacudirla y cuando más pensaba en ese aborto, más feliz me sentía.
No podía evitar sentir miedo del hijo que ella tendría, pero no por las mismas razones que Malcolm. Yo no sentía esa ambición por el dinero, sabiendo que teníamos y siempre tendríamos más que suficiente. Temía que su hijo fuese mucho más hermoso que los míos. Después de todo, Garland era el padre y era bien parecido, por no decir más que Malcolm; y ella era mucho más bella de lo que yo jamás podía soñar ser.
De modo que comencé a fantasear y a imaginar que bajaba la escalinata en espiral, tropezaba y caía rodando, a resultas de lo cual se producía un aborto inmediato. Alicia era demasiado confiada para adivinar por mi cara, cuando yo la miraba, que esas imágenes cruzaban por mi mente.
Durante todo el día, cada vez que me encontraba, me abrumaba con preguntas: acerca de Foxworth Hall, sobre los niños, respecto a los criados y relacionadas con Malcolm.
-¿Cómo es Malcolm de verdad? -quiso saber-. Garland es tan exagerado.
-Será mejor que lo descubras por ti misma, -repliqué-. Nunca le preguntes a una esposa cómo es su marido; no obtendrás una respuesta sincera.
-Sí, tienes mucha razón, -reconoció, pues por lo visto no podía hacer nada que la turbase-. Eres sensata, Olivia. Soy muy afortunada de tenerte aquí.
Me quedé mirándola. Lo decía de veras aquella tonta. ¿Es que no tenía suspicacia alguna? ¡Se sentía satisfecha siendo tratada como una chiquilla!
Yo confiaba en que, a medida que pasara el tiempo, su relación con Garland se entibiara, en que algo de la melancolía de Foxworth Hall influyera en ella y que, al acercarse su

embarazo al noveno mes se sintiera cansada e irritable. Pero no sucedió nada de eso. Nuestras comidas eran tan bulliciosas como el día de su llegada.
Todas las noches Alicia insistía en que Garland le relatase con detalles cómo había sido su jornada de trabajo.
-Nunca creas que eso puede aburrirme, -le dijo-, porque es tu ocupación y todo cuanto tiene relación contigo también me incumbe a mí.
«Cuántas estupideces, -pensé-. Ella nunca podrá entender el mundo de los negocios.»
-Bueno, hoy he repasado la inversión de Malcolm en dos hoteles de Chicago. Él tiene ciertas ideas acerca de ofrecer servicios de comedor a los ejecutivos, haciéndoles más atractivas las tarifas.
-¿Cómo les llamas, Malcolm?
-¿A qué?
-A las tarifas especiales.
-Tarifas de negocios, -respondió mi marido con sequedad.
-Claro, es lógico. Qué tonta he sido al preguntarlo. Es una idea deliciosa.
«¿Deliciosa?», pensé. Esperaba que Malcolm estallase, pero su tolerancia crecía de día en día.
Muchas veces sentí tentaciones de contarle mis fantasías sobre Alicia y su aborto. Quería comprobar cómo aceptaría él una posibilidad semejante, pero lo más que me acerqué al tema fue al decírle que Alicia era demasiado activa y bulliciosa para una mujer en su noveno mes de embarazo.
-Sube y baja la escalera corriendo, sosteniéndose la barriga como si llevase un globo debajo del vestido. Algunas veces permanece fuera hablando de flores con Olsen, y de cuando en cuando la veo cavando junto a él. Ayer mismo la vi que alzaba una gran maceta con una planta. Quería advertirla del peligro que corre; pero no lo hice. Insiste en cargar con Joel para subirlo al cuarto de los niños, y si hago la menor mención acerca de cualquier cosa, ella va a buscarla en seguida, sin importarle lo pesada o voluminosa que pueda ser.
-Todo eso no es asunto tuyo, -me respondió Malcolm y se alejó antes de que pudiera continuar la discusión.
Tal vez él era incapaz de ver la posibilidad o quizá se hallaba tan fascinado por la inocente belleza de Alicia, que era ciego en cuanto se refería a sus propios intereses.
Un día, transcurridas ya dos semanas del noveno mes, Alicia me interrogó acerca del ático.
-Es un lugar bastante interesante, -le respondí, y comencé a describirlo; pero me detuve-. Bueno, se trata de algo que tendrás que ver por ti misma, -dije.
Pensé en ella subiendo por aquellos escalones inseguros y vagando por el enorme desván lleno de cosas esparcidas, presintiendo la posibilidad de que tropezara y cayera.
-Me sentía tentada de cruzar esas puertas dobles y subir la escalera.
-Oh, pero existe otro camino, -dije-. Un camino secreto.
-¿De verdad? -preguntó intrigada-. ¿Dónde?
-Hay que cruzar una puerta que hay dentro de un armario en una habitación al fondo del ala norte.
-Dios mío, una puerta dentro de un armario. ¿Quieres subir conmigo?
-Ya he estado allí, -le contesté-. Te mostraré el camino y tú puedes divertirte curioseando entre las cosas antiguas.
-Oh, me encantaría.
De modo que le acompañé a la habitación del fondo del ala norte. Quedó fascinada con aquel cuarto.
-Es como un escondrijo, -comentó.
-Sí. -Esta casa es tan excitante, tan misteriosa. Debo preguntarle a Garland sobre esta habitación.

-Hazlo, -la animé-, y cuéntame lo que diga, -añadí.
Le mostré la puerta en el armario.
-Ahora has de ir con cuidado, -le recomendé cuando volvió a mirarme-. Hay un cordón sobre el primer escalón. Tira de él e iluminarás el camino.
Lo hizo, pero la bombilla no se encendió. Yo la había desenroscado con anterioridad.
-Debe haberse fundido, -dije-. Bueno, será mejor que lo dejes.
-No, no. Puedo distinguir muy bien.
-Recuérdalo, -insistí-. Te he advertido que no subieras.
-No seas una vieja regañona, Olivia. No tiene importancia.
-Entonces, adelante, -accedí-. Yo estaré leyendo en el salón anterior.
Alicia comenzó a subir y yo cerré la puerta detrás de ella. Oí que daba un respingo y después reía. El corazón me latía con fuerza. La oscuridad, las tinieblas, aquellos escalones y entarimados que crujían, todo presentaba un peligro terrible para una mujer que estaba cerca de la fecha del parto. «Qué bobalicona confiada era Alicia», pensé, y me alejé de allí. Si le sucedía algo, yo estaría demasiado lejos para poder ayudarla. Le había avisado. Nadie podría culparme.
Salí aprisa de la habitación y del ala norte. Me acomodé en el salón y comencé a leer, como le había dicho a Alicia que iba a hacer.
Me resultaba difícil concentrarme en la lectura. De cuando en cuando miraba al techo y la imaginaba tropezando y cayendo, quizá golpeándose la cabeza en algunos de los baúles o armarios y quedándose allí tendida sufriendo los dolores de un aborto.
Más tarde, cuando le contase a Malcolm cómo había sucedido, él me daría las gracias. No con palabras; pero su agradecimiento estaría presente. Y Alicia quizá dejaría de andar revoloteando por la casa haciendo sonreír a todo el mundo. El aborto afectaría tal vez su belleza, y la melancolía empañaría su mirada. La desesperación eliminaría para siempre los radiantes colores de su cara. Su voz cambiaría, haciéndose profunda y perdiendo sus tonos melodiosos. Malcolm ya no se sentiría fascinado por la charla y los mimosos encantos de Alicia. Cuando nos sentásemos a la mesa para cenar y ella hablase, sería como si no tuviéramos oídos Para escucharla.
No me di cuenta del tiempo transcurrido; pero cuando Garland y Malcolm llegaron a casa ella todavía no' había bajado. Naturalmente, Garland preguntó por ella.
-Oh, Dios mío, -exclamé-. He estado aquí ensimismada con este libro. Subió al ático hace un rato.
-¿Al ático? ¿Para qué?
-Para curiosear. Se hallaba aburrida.
-¿El ático? -repitió Garland, y su cara se ensombreció-. No debería ir allá arriba.
-Se lo he dicho, pero ella insistió con firmeza. Me llamó vieja regañona por aconsejarle que no fuese Y de todos modos subió.
Garland salió apresuradamente y corrió escaleras arriba. Malcolm se quedó en el umbral viéndole correr y después se volvió hacia mí. Nunca había visto en sus ojos una mirada tan fría. Era una mirada extraña, mezcla de temor y de ira, como si acabase de descubrir algo sobre mí que no había sospechado hasta entonces.
-Quizá deberías subir con él y ver si ha sucedido algo, -sugerí.
De pronto apareció en su cara una maliciosa sonrisa, dio la vuelta y se alejó.
Poco después oí la voz de Garland y salí al vestíbulo.
-¿Todo va bien? -pregunté.
Garland caminaba apresuradamente hacia el ala del sur.
-¿Qué? Oh, sí. ¿Te imaginas? La encontré delante del polvoriento espejo probándose los viejos vestidos de Corinne. Debo decir que le quedaban muy bien.

Malcolm apareció detrás de mí como si hubiese estado esperando entre bastidores. Pude comprobar que estaba furioso; sin embargo... Sin embargo... Vi aquella mirada distante en sus ojos, una mirada que, no conociendo nada mejor, yo hubiera calificado como mirada de amor.
Dos semanas después, casi en el día exacto que correspondía, Alicia dio a luz. El doctor Braxten vino para el parto. Malcolm y yo esperábamos en el vestíbulo. Garland salió a la rotonda y nos gritó:
-¡Es un chico! ¡Un chico! ¡Y Alicia se encuentra muy bien. Está dispuesta a ir a bailar.
-Eso es maravilloso, -comenté.
Garland juntó las manos y las alzó en el aire antes de regresar a sus habitaciones. Malcolm no dijo nada, pero cuando me volví hacia él vi la rabia en su rostro.
-Estaba rezando para que fuese una niña, -declaró.
-¿Y qué diferencia hay? Vamos, ven a ver al bebé.
Malcolm vacilaba, de modo que comencé a subir sola. Cuando vi por primera vez al recién nacido, acurrucado en los brazos de su madre, me hizo contener la respiración. Tenía el cabello rubio y los ojos azules de mis hijos, pero este bebé irradiaba una paz hermosa y callada, como yo nunca había visto en ningún niño. Miraba a todo el mundo con ojos comprensivos, claros, y yo sabía que los recién nacidos no hacían eso.
-¿Verdad que es hermoso? -susurró Alicia acercándolo a su lado con aire protector-. Se llamará Christopher Garland, como su padre.
Éste se hallaba mirándolos, tan orgulloso como un joven papá. En aquel momento parecía tener veinte años menos. ¿Eran acaso una pareja mágica? ¿Podían hacer retroceder el tiempo? ¿Habían encontrado tal vez la Fuente de la Eterna Juventud o era esto lo que el verdadero amor podía hacer en las personas? Jamás había sentido tanta envidia ni tantos celos de nadie como en aquel momento los sentí de Alicia. Ella lo tenía todo: belleza, un marido amante y cariñoso, y ahora un hijo hermoso.
-Mi enhorabuena, padre, -se congratuló Malcolm, apareciendo en la puerta.
-Gracias. Acércate y echa una ojeada de cerca a tu hermanastro.
Malcolm se paró junto a mí y miró a Alicia y al bebé.
-Bien parecido. Un auténtico Foxworth, -comentó.
-Ya puedes apostar algo, -dijo Garland-. Mañana repartiremos cigarros, ¿eh, hijo?
-Sí, lo haremos, -convino Malcolm-. Lo has conseguido, padre.
-Oh, me parece que no lo consiguió solo, -terció Alicia. Hasta a mí me hizo reír. Mi marido se puso colorado.
-Bueno, quiero decir.... yo..., naturalmente, te felicito, Alicia, -murmuró, y se inclinó para rozarle la mejilla con un beso. Por el modo en que cerró los ojos, supe que Malcolm estaba deseando prolongar aquel beso.
«Vaya un hipócrita», pensé. Sabía que mi marido odiaba aquel bebé y sin embargo era capaz de pronunciar las palabras adecuadas y hacer lo que era correcto.
Se levantó en seguida y se alejó de la cama.
-Bueno, es mejor que descanséis, -dijo.
Salimos juntos de la habitación. Garland había contratado una enfermera para las primeras semanas, algo en lo que Malcolm no había pensado conmigo. Nos reunimos con el doctor Braxten en el vestíbulo, preparándose para partir.
-Ya puedes sentirte orgulloso de tu padre, ¿eh, Malcolm? -dijo.
-Sí, -respondió él con sequedad.
-Por lo visto me equivoqué, -comentó el doctor Braxten.
-¿Cómo dice?
-Que a fin de cuentas todavía había de nacer otro Foxworth en Foxworth Hall, ¿no es verdad?

Malcolm permaneció silencioso un momento. Palidecieron sus labios y se quedó mirándome.
-Sí, doctor, -admitió al final-, se equivocó usted.
Siguió al médico al bajar la escalera. Sus pasos sonaban como truenos, los truenos distantes que advierten de una tempestad inminente.

VIII. DÍAS DE PASIÓN

Después del nacimiento de Christopher, Garland comenzó a pasar gran parte del tiempo en la casa. Malcolm declaraba que estaba satisfecho al no tener a su padre enredando en la oficina.
-No comprende los intríngulis de las altas finanzas y tengo que pasar demasiado tiempo aclarándole las cosas. Molesta a todo el mundo con sus preguntas. Es mejor que se comporte como un hombre retirado. Me gustaría que se jubilara oficialmente.
Garland nunca hizo nada con intención de molestarme; sin embargo, para mí resultaba incómodo tenerlo tanto tiempo a mi alrededor porque me veía obligada a ser testigo de su amor por Alicia.
Se hallaba siempre cerca de ella, contemplándola cuando amamantaba al bebé, y después los llevaba a pasear, caminando o en coche. De tanto en tanto me pedían que los acompañase; pero yo siempre rehusé. Las pocas veces que atrapé mi reflejo y el de Alicia en un mismo espejo, me dio la impresión de que yo parecía más la madre de Alicia que la esposa de su hijastro. Encontraba ridículo pensar en ella como suegra. Sabía que me resultaría demasiado molesto salir con ellos, a menos que Malcolm también viniera. Y entonces algo mucho más inquietante comenzó a suceder.
Antes de que hubiesen transcurrido dos meses desde el nacimiento de Christopher, Garland y Alicia comenzaron a subir a sus habitaciones en medio de la tarde. Al principio no comprendí su ansiedad por ir. Regresaban de un paseo, algo turbados, siempre muy agarrados el uno al otro, siempre besándose y abrazándose. E, incluso, llegaban a pasar junto a mí como si yo no estuviera presente.
Rodeándole él los hombros con el brazo, y abrazada ella a la cintura de Garland, subían casi corriendo la escalera y desaparecían en su suite durante la mayor parte de la tarde. Las doncellas y Lucas se sonreían con malicia al verlos dirigirse a sus habitaciones con tanta premura. En numerosas ocasiones les oí hablar de Garland y su joven esposa. En una de ellas estaba a punto de entrar en la cocina, cuando me detuve frente a la puerta medio abierta porque oí a Mrs. Steiner hablando con Mrs. Wilson.
-Es extraordinario, -dijo ella-, cómo pueden estar siempre con lo mismo. ¡Nunca puedo entrar en esa habitación para limpiarla!
-Al principio también fue así con su primera mujer, -recordó Mrs. Wilson.
-Qué diferencia tan grande entre Mr. Foxworth padre y su joven esposa, y Malcolm Foxworth y Olivia, -comentó Mrs. Steiner-. No los he visto nunca mostrándose afecto de una manera abierta.
-¿Afecto el uno por el otro? -se extrañó Mrs. Wilson.
-Olivia es tan fría. Esos ojos grises que tiene son como dos rajas de granito. Estoy muy satisfecha de que los chicos tengan los ojos de él.
-Es verdad. Cuando Alicia se halla en una habitación, la llena con su luz y su felicidad, aunque Olivia esté en el mismo cuarto. El resplandor de Alicia es demasiado fuerte para el rostro nublado de Olivia, -observó Mrs. Wilson-. Me gustaría que Alicia fuera la verdadera ama de Foxworth Hall, como sería justo. Pero es demasiado buena para ejercer su autoridad.

-Sería tan diferente como la noche y el día, ¿no es verdad? La una tiene en su rostro una sonrisa constante, y la otra sólo un mal gesto, aunque trabaje duro. Ayer le dijo a Mary que quitara el polvo del vestíbulo después de haberlo hecho yo.
-Cuando una mujer no es feliz en el amor lo pagan quienes están cerca, -sentenció Mrs. Wilson.
-Por eso me gustaría que Alicia fuera el ama auténtica de Foxworth Hall.
Me alejé de la puerta, con el corazón palpitante Y encendida de rabia. Temía lo que podía hacer si me quedaba escuchando más rato. ¿Estaba tramando Alicia ganarse a los sirvientes? Ella nunca les censuraba nada.
Estaba haciéndome parecer un ogro. ¿Y esa obscena pasión de ambos era admirada por los criados? ¿Dónde se hallaba la decencia? ¿Dónde había quedado la autoestima? ¿Cómo podían de todos modos ser tan ardientes Y amorosos? ¿Era real o tan sólo una comedia?
Un día, intrigada por su pasión y su energía, los seguí por la escalera. Me fui a mi habitación y coloqué el oído en la pared junto a mi tocador. Lo que escuché me ruborizó.
Sus besos eran una cosa; pero el ruido de los gemidos de Garland en su éxtasis apasionado y los gritos de Alicia eran abrumadores. Les sentí en su cama y supe exactamente cuándo ella experimentó el clímax, o debería decir más bien los clímax, ya que ella gritaba con intensidad cada vez, en tanto que Garland le decía cosas como:
-Oh, amor, amor mío. Es bueno, ¿verdad? Todavía me falta mucho para ser un viejo.
Algunas veces, después de hacer el amor, se quedaban muy silenciosos y yo pensaba que se habrían dormido, pero pronto escuchaba los ruegos de ella pidiendo más, y su pasión se encendía de nuevo. Entonces yo me tendía en mi cama e intentaba imaginar lo que sentiría si Malcolm me hiciera el amor de la misma manera que su padre se lo hacía a su joven esposa. Jamás había sentido yo la necesidad de gritar como ella, y Malcolm nunca me había dicho las cosas que Garland le decía cuando ella estaba entre sus brazos.
Pronto esperé con anhelo esos momentos en que hacían el amor, fuese de día o de noche. Escucharlos, imaginarlos juntos en la cama, me excitaba mucho más de lo que leí en mis novelas.
Un día, sorprendí su conversación en el comedor y comprendí que iban a dar un paseo con el propósito de hacer el amor junto al lago. Solamente pensar en una cosa así aceleraba los latidos del corazón. Tenía el rostro tan encendido que tuve que ir a refrescarme las mejillas con agua fría. Mirando por una ventana los vi dirigiéndose al sendero que conducía al lago. Garland conducía al pequeño Christopher en su cochecito. Contemplé cómo desaparecían por una vuelta del camino y les seguí.
Me sentía culpable por ello, pero no pude regresar. Una cosa era escuchar a través de la pared; pero ver mientras hacían el amor representaba una tentación demasiado grande. Me llevaban mucha ventaja para darse cuenta de que yo iba tras ellos. Cerca del muelle donde guardábamos una canoa, existía un claro. Cuando estuve lo bastante cerca para espiarles habían extendido su manta y se habían tumbado encima. El bebé dormía.
Alicia había recuperado en seguida su antigua figura después del nacimiento. Era imposible mirarla y saber que ya era madre. Parecía más joven y más vibrante que nunca. Tenía los pechos altos y su cintura estrecha. Poseía la línea perfecta del reloj de arena.
El cabello le caía esparcido por los hombros. Estaba sentada, con su fina blusa y su vaporosa falda, y abrazaba las rodillas como si mirase al lago. Garland se hallaba sentado junto a ella, inclinado hacia atrás apoyado en las manos. Así permanecieron un buen rato, y yo comenzaba a considerarme muy tonta y muy culpable por estar espiándoles. No cesaba de mirar detrás de mí para asegurarme de que no tenía cerca a Olsen ni a ningún otro criado que pudiera descubrir lo que hacía.
De pronto Garland se volvió y besó a Alicia en la nuca. Ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos como si aquel simple beso fuese la llave que abría la puerta al éxtasis. Yo

apretaba los dedos contra mi garganta y contemplaba fascinada cómo Garland acercaba los labios al corpiño de Alicia, desatando la cinta que lo sujetaba.
La fue despojando de sus ropas con tanta gracia y suavidad, que era como si se derritieran. Cuando ambos quedaron desnudos y se abrazaron, las dulces palabras que se decían, demasiado bajas para poder entenderlas, sonaban como un dulce canto religioso, con sus cadencias regulares y continuas. Observé cómo pasaban de la gran pasión a las caricias suaves, trasformando sus frases en risas.
Cuando ya había visto bastante y me volvía para regresar a la casa me hallé tan sin aliento y débil, que tuve miedo de dar un solo paso. Oía el llanto del bebé mientras ellos reían, y tuve que hacer varias aspiraciones profundas para recuperar el dominio de mí misma. Al fin fui capaz de caminar hasta llegar a Foxworth Hall.
Subí directamente a mi habitación y quedé allí tendida durante más de una hora, contemplando el techo, recordando con gran viveza la escena de amor que acababa de contemplar. ¡Cuánto se me había estafado! ¡Cuánto se me había quitado de lo que pertenecía a toda mujer y que yo no tendría nunca! Me sentí como si la suerte estuviera arrastrándome, empujándome por un agujero, hacia un destino que nunca hubiera querido aceptar.
Quizás algún día pintarían mi retrato con óleos oscuros y lo colgarían en las paredes de Foxworth Hall. Con mis ojos grises y mis labios pálidos y apretados con tanta fuerza, que parecían cosidos, contemplaría a mis descendientes. Mis tataranietos alzarían su mirada hacia mí y pensarían que había sido una mujer muy infeliz, una mujer perseguida por los otros rostros austeros de Foxworth Hall, una mujer afligida por su propia existencia. Y acertarían.
Mientras estaba todavía en mi habitación, oí que Garland y Alicia regresaban del lago. Reían, y sus voces eran alegres y fuertes. Ambos parecían tan jóvenes, que me sentí como si yo fuera la madrastra y Malcolm el padre de Garland.
Aquella noche, después de la cena, Garland y Malcolm tuvieron una larga reunión en la sala de los trofeos. Alicia y yo nos quedamos en el salón, atendiendo a los tres niños. Mal estaba enseñando a Joel y a Christopher sus juguetes, explicándoles su funcionamiento como si los pequeños pudieran entenderle. Entre ellos debía haber un fuerte sentimiento filial porque los menores estaban quietos, atentos y fascinados.
Alicia y yo hacíamos ganchillo. Ella era más hábil en ese menester de lo que creí al principio. Por lo visto había aprendido muchísimo de su madre antes de casarse con Garland. Sonreía a los niños y me sonreía a mí.
-Va a ser maravilloso para todos ellos crecer juntos, -vaticinó-. Se casarán con mujeres hermosas y brillantes y criarán a sus hijos en Foxworth Hall.
-Quizá sus esposas no quieran venir aquí, -objeté.
No podía soportar sus fantasías infantiles. Aunque la vida fuese para ella un jardín de rosas, eso no significaba que hubiera de ser lo mismo para todo el mundo.
-Claro que vendrán. No quiero decir que no vayan a existir algunas diferencias. Todo el mundo tiene sus peculiaridades; pero serán Foxworth y sus hijos continuarán las tradiciones.
-No somos de la realeza, -comenté-. Ni tú ni yo somos reinas.
Se quedó mirándome un momento y después sonrió como si tuviera que complacerme. Me era difícil creer la audacia que una mente tan simple originaba. Estaba a punto de decirle lo que pensaba de su sonrisa cuando Garland y Malcolm emergieron de su téte-a-téte, y se reunieron con nosotras.
Por la expresión que había en el rostro de Malcolm pude adivinar que sus discusiones habían sido intennsas, y también presentía que deseaba decirme algo; de modo que reuní a Mal y a Joel, diciendo que tenía que llevarlos arriba, y salí de la habitación. Malcolm me

siguió hasta el cuarto de los niños, cosa que casi nunca ocurría. Me estuvo observando mientras yo acostaba a los pequeños.
-¿Qué pasa? -le pregunté.
-Hemos estado discutiendo su testamento. Está' redactando uno nuevo, naturalmente.
-Es lógico. Tú ya esperabas que lo hiciera.
-Yo tendré la casa y el negocio cuando él muera. sin embargo, Alicia y Christopher podrán vivir aquí todo el tiempo que les plazca. Alicia recibirá tres millones de dólares de nuestras diversas inversiones, y Christopher dos millones, que yo administraré como crea más conveniente. Christopher dependerá de mí más de lo que yo creía.
-Todo eso debería satisfacerte, -dije.
-Mi padre reconoce mis habilidades financieras, algo que tú también deberías considerar.
Lo miré fijamente.
-Las cosas no me van tan mal con mis propias inversiones, -argumenté.
-Estás ganando una fracción de lo que debieras.
-Sin embargo, soy yo misma quien lo gana.
-Una estúpida terquedad. ¿Es acaso un rasgo de los Winfield?
-Más bien hubiera creído que es un rasgo de los Foxworth. Me repites continuamente lo cabezota que es tu padre, ¿y quién encontrarías más terco en sus ideas que tú mismo?
La cara de Malcolm enrojeció pero no dio media vuelta para salir de la habitación como yo esperaba que hiciera.
-Quería que supieras estos detalles, -continuó-, porque deseo que me digas si presientes o sabes si mi padre tiene alguna intención de cambiarlos. Parece que Alicia te lo cuenta todo. Estoy seguro de que te hablará de esto. Me parece que no se sentirá muy satisfecha con estas disposiciones de mi padre y utilizará sus encantos para conseguir que él le dé más.
-¿Pretendes que sea tu espía, que espíe a tu padre y a su esposa?
-¿Y no lo estás haciendo? -me preguntó bruscaMente.
Palidecí. Él sonrió, con una sonrisa fría y maliciosa que dejó una gran capa de hielo sobre mi corazón. No esperó que le respondiera.
-Es por tu propio interés y el de los chicos por lo que has de hacer lo que te pido, -dijo y salió de la habitación sin dirigir siquiera una mirada a los niños. Nunca, desde que nacieron, Malcolm había dado las buenas noches a sus hijos con un beso.
Los miré. Ambos dormían ya. Me alegré de que fuesen todavía demasiado pequeños para comprender las palabras de su padre. Pero, ¿qué les esperaba para cuando se hiciesen mayores y tuvieran que enfrentarse con lo que él les impusiese y exigiera de ellos?
Me quedé allí sentada deseando que pudieran seguir siendo bebés toda su vida.
Alicia quería trasladarse a la estancia del cisne y Garland decidió hacerlo. A ella siempre la había fascinado aquella habitación y su mobiliario y con frecuencia hacía preguntas al respecto. Malcolm se ponía muy nervioso cuando sacaba en la conversación ese tema; pero nunca creí que Alicia quisiera instalarse en el dormitorio que había pertenecido a la primera mujer de Garland. Una segunda esposa no debería querer revivir los recuerdos de la primera, pero ella, o era incapaz de comprenderlo, o no le importaba.
En cualquier caso, una noche, durante la cena, Garland anunció que Alicia iba a trasladar sus cosas a la habitación del cisne.
-Y la pequeña cuna cisne es perfecta para Christopher, -opinó ella.
Malcolm dejó de comer.
-Esa habitación era de mi madre, -dijo, como si nadie lo supiera.
-Y todavía lo es, -respondió Garland-. De tu nueva madre, -añadió mientras besaba a su mujer.
-Es difícil que pueda considerar como madre a una persona que es mucho más joven que yo, -replicó Malcolm con aspereza; pero ni a Garland ni a Alicia pareció importarles.

-No quiero cambiar absolutamente nada, -dijo ella-. Todo está muy bien conservado, limpio y pulido... Parece nuevo.
¡-Nadie ha dormido en esa habitación desde que mi madre me abandonó! -exclamó Malcolm.
-No debería conservarse como un museo, -Opinó Alicia, y se echó a reír.
Sé que no tenía intención de ser cruel, pero su observación se clavó como un cuchillo en el corazón de Malcolm. Hizo una mueca de dolor.
-Un museo. Eso me gusta. Un museo, -repitió Garland, y unió su risa a la de su mujer.
Más tarde Malcolm despotricó y desvarió criticando el modo repugnante en que su padre cedía a todos los caprichos y deseos de su nueva esposa.
-Le está consintiendo todo como se lo consintió a mi madre, -me dijo.
-¿Y cómo puedes saberlo? -respondí-. Tú eras muy pequeño.
-Era un niño precoz; veía, sabía. No había un vestido que ella deseara que no consiguiera. Tenía joyas suficientes para poder abrir una tienda. Mi padre creía que comprándole cosas sin parar podría tenerla contenta. Yo comprendía mucho más que cualquier otro chico de mi edad.
-Lo creo, -admití-. Tu padre siempre está diciéndome lo difícil que le resultaba a tu madre manejarte. Eres demasiado listo, según él. Ella no podía imponerte disciplina porque tú encontrabas siempre el medio de escabullirte de sus castigos o prohibiciones. Sabías que tu madre no tenía paciencia ni tolerancia para largas discusiones. Garland cree que ella huyó por ti.
-¿Eso dice mi padre? -apretó los dientes-. Era él quien no podía manejar a mi madre. ¿Supones que ella se habría marchado con otro hombre si él hubiese sido el marido firme y fuerte que hubiera debido ser? Pero si tenía incluso sus propios fondos personales, -añadió-, de modo que podía hacer las maletas y marcharse cuando quisiera y a donde quisiera.
Se detuvo de pronto y salió de la habitación como si hubiera hablado demasiado.
¿Podría ser por ese motivo por el que Malcolm quería ejercer un control completo de mi dinero tanto como del suyo? ¿Sentía él los mismos temores respecto a mí? ¿Tenía miedo acaso de que yo pudiera abandonarle, marcharme y hacer lo que quisiera, cuando quisiera...? ¿Algo que pudiera avergonzarle y, sobre todo, algo que le recordase lo que era su madre y lo que había hecho a su padre?
No me importaba lo que pudiera pensar acerca de mi suegro, ni tampoco lo que opinara respecto a los deseos de Alícia. Al día siguiente, las cosas de su madrastra fueron trasladadas a la habitación del cisne. Las puertas estaban abiertas. Cada vez que Malcolm y yo pasábamos juntos por delante, él apresuraba el paso como si la luz irradiada desde la habitaciónn hacia el pasillo le quemase. No miraba hacia adentro. Actuaba como si esa habitación ya no existiera. Por lo menos, eso es lo que yo pensé hasta que un día hizo una observación que me dejó pensativa.
-Es repugnante lo que ahora sucede en esa alcoba, -dijo, y comprendí que o bien había pasado frente A la estancia mientras ellos hacían el amor o bbienn pegado la oreja en la pared de la sala de trofeos para escucharles. ¿Podía haber hecho algo así? ¿Lo había hecho? La curiosidad me condujo un día a la sala de trofeos mientras él estaba en su oficina y ellos en la habitación del cisne.
A principios de nuestro matrimonio, Malcolm había dejado bien sentado que la sala de trofeos era su santuario privado, una pieza masculina en todos los sentidos de la palabra. Siempre que pasaba a la sala y asomaba la cabeza olía humo de cigarro. Pensé que el olor se había impregnado en las paredes. En cierto aspecto, me recordaba el estudio de mi padre, pero había muchas diferencias. Mi padre tenía una cabeza de venado con grandes astas. Se la había regalado un cliente satisfecho. La sala de trofeos de Garland y Malcolm era solamente eso, una habitación llena de feos animales.

Había una cabeza de tigre y otra de elefante, con la trompa alzada. El padre de Garland los había abatido en un safari. Garland tenía en su haber un oso pardo, un antílope y un puma, a los cuales cazó durante viajes de caza en el Oeste americano. Malcolm acababa de comenzar su propia colección. Dos años antes consiguió un oso gris. Ahora hablaba de ir a un safari en Africa tan pronto como los negocios le permitieran ausentarse durante un tiempo. Garland le decía a menudo que podía permitirse esas vacaciones, que él vigilaría los negocios mientras estuviese fuera; pero Malcolm no quería ni oír hablar de ello.
En la pared del fondo se hallaba una chimenea de piedra de seis metros de largo por lo menos. Había ventanas a ambos lados con cortinas de terciopelo azul. La repisa de la chimenea aparecía llena de cosas procedentes de diversas expediciones de caza. Arrimado a una pared había un sofá de cuero marrón oscuro y una butaca a juego. Frente al diván, dos mecedoras y un sillón de cuero negro con una mesita al lado. Se veían ceniceros, esparcidos por todas partes.
Una vez dentro, cerré las puertas con suavidad y me acerqué a la pared de la izquierda, al otro lado de la cual Garland y Alicia yacían en la cama cisne. Pero cuando apliqué el oído, como había hecho con frecuencia en mi propia habitación, casi no pude percibir sus voces. Esta pared era demasiado gruesa. Frustrada al no poder confirmar mis sospechas, me marchaba ya cuando vi un retrato de Garland, mucho más joven, vestido con traje de safari, un pie alzado sobre los restos de un tigre. El cuadro estaba torcido. Lo moví, con la intención de enderezarlo, y descubrí un agujero en la pared.
No era muy grande, pero resultaba evidente que había sido horadado minuciosamente con algún instrumento afilado. Miré por el orificio y vi a Garland y a Alicia desnudos en la cama cisne. Di un respingo y retrocedí, observando a mi alrededor la sala de trofeos, aterrorizada ante el peligro de ser descubierta. .
¿Desde cuándo existía allí aquel taladro? ¿Lo hizo Malcolm tan pronto como Alicia se instaló en la habitación del cisne? ¿O llevaba tiempo en aquel lugar hecho quizá por un chico de cinco años?
Dejé el retrato tal como lo había encontrado y salí sigilosa de la sala de trofeos, con la aguda sensación de ser un ladrón que había robado algún gran secreto. Nunca revelaría a Malcolm lo que acababa de descubrir. Estaba segura de que él negaría saber nada de aquello; y lo peor sería mi propia vergüenza al permitir que él se enterase de que yo había descubierto que estaba más interesado en el modo de hacer el amor de Garland y Alicia que en el nuestro.
¿Tanto le había seducido la esposa de su padre? ¿Le excitaba espiarles en la misma medida que me excitaba a mí? Mis preguntas encontraron respuesta un día caluroso de verano.
Alicia y yo habíamos acabado de dar la comida a los niños. Era una de las escasas ocasiones en que Garland iba a la oficina. Christopher ya tenía año y medio. Joel contaba dos y medio y Mal había cumplido cinco. Malcolm decidió que contratásemos un tutor que impartiera a Mal y a Joel la primera enseñanza en El aula del ático, que había sido la de Malcolm y sus antepasados, sería ahora el aula de la nueva generación. A este fin contrató a un caballero maduro,, Mr. Chillingworth, un maestro dominical retirado. Mal le odiaba, y yo pensaba que era demasiado frío y severo para una criatura pequeña; pero Malcolm consideró que era la persona perfecta.
-Disciplina, eso es lo que necesitan en sus años tempranos. Es cuando formarán los hábitos de estudio para el resto de sus vidas. Simon Chillingworth es perfecto para esa tarea. Él fue mi maestro dominical, -terminó.
A pesar de ello, cada vez que Mr. Chillingworth venía para dar clase a Mal, éste se resistía, agarrándose muchas veces a mi falda y suplicándome que no lo hiciera ir arriba. Pero Malcolm se mostró implacable. Lo único que yo podía hacer para calmar el miedo de Mal era permitir que Joel subiera con él, aunque era demasiado pequeño para recibir lecciones.

Malcolm aprobaba que Joel estuviera presente en la clase porque creía que aprendería algo por el hecho de estar presente.
Mr. Chillingworth llegaba después del almuerzo para sus tres horas y media de tutoría, y Mal y Joel subían al ático con él. En aquel día especial de verano, me dio pena que tuvieran que subir a la calurosa aula y ofrecí el salón del norte, el más fresco, a Mr. Chillingworth. Pero no quiso saber nada de ello.
-Hay brisa suficiente que entra por las ventanas de la buhardilla, -declaró-, y quiero utilizar las pizarras y los pupitres. Además, los niños han de aprender a soportar las molestias. Les hace ser mejores cristianos.
Vestí a los pequeños con las ropas más ligeras que pude y moví la cabeza en un gesto compasivo. Alicia casi lloraba por ellos. Juró que aquella noche hablaría con Malcolm; pero yo se lo prohibí.
-No necesito que hables en mi nombre, -le dije-. Y no estoy del todo en desacuerdo con mi marido, -añadí.
Era mentira; pero la idea de que Alicia lograse que Malcolm hiciera algo que yo había deseado me enfurecía.
-Muy bien, -repuso-, pero esos pobrecillos...
Llevó a Christopher arriba para que durmiera la siesta y volvió poco después, quejándose todavía del bochorno que nos agobiaba dentro de casa. Yo me retiré al fresco salón para leer un poco, pero ella estaba demasiado inquieta y abrumada por el calor para relajarse.
-Olivia, -me dijo-, ¿nunca has deseado bañarte en el lago?
-¿Bañarme en el lago? No, ni siquiera tengo traje de baño, -respondí, y volví a mi libro.
-Podríamos ir para un chapuzón rápido sin trajes, -dijo.
-¿Sin trajes de baño? Sería difícil, -respondí-; y además no tengo ganas de hacerlo.
-¡Qué lástima! Bueno, -decidió-, me parece que yo sí voy a hacerlo.
-No quiero ni oír hablar de ello, -objeté-. Es algo que una dama no debe hacer, -añadí.
-Pamplinas, -respondió-. Garland y yo lo hemos hecho con frecuencia.
Sé que palidecí, pues les había espiado en una de aquellas veces. Ella no pareció darse cuenta de mi aspecto culpable. Salió para coger unas toallas y se encaminó al lago.
Tan pronto como oí que se cerraba la puerta de entrada miré por la ventana y la vi apresurándose en su camino hacia el agua. Sin embargo, antes de que desapareciera de la vista, Malcolm se acercó con su auto. Me sorprendió que regresara a casa tan temprano, pero imaginé que tal vez quería comprobar el progreso de la educación de Mal. Vi que contemplaba a Alicia alejándose.
Entonces, ante mi gran sorpresa, en vez de venir directamente a casa, la siguió en aquella dirección. La ardiente brisa estival agitaba las cortinas de encaje; los insectos que intentaban huir de los rayos directos del sol golpeaban las persianas con sus cuerpos frágiles. Por un momento, no fui capaz de moverme.
Entonces, abandoné corriendo el salón y salí por la puerta principal. Iba aprisa pero caminaba con sigilo, como era mi costumbre cuando quería espiar a Alicia y Garland. ¿Cuáles eran las intenciones de Malcolm? ¿Por qué la había seguido? Antes de llegar al lago oí la voz de ella y me agaché detrás de una gran mata para vigilar.
Alicia ya estaba desnuda y en el agua. Malcolm se encontraba de pie en la orilla, y se había quitado la chaqueta y la camisa.
-No te acerques más, -le advirtió ella, cruzando los brazos sobre el pecho y manteniéndose hundida en el agua-. Vuelve a casa, Malcolm.
Él se echó a reír.
-A lo mejor me llevo tus ropas, -dijo haciendo un movimiento en dirección a las prendas de Alicia.
-¡No te atrevas a tocar nada! ¡Vete!

-Vamos, Alicia, seguramente no te divierte estar ahí dentro tan sola.
-He venido nada más que a darme un chapuzón para refrescarme. Garland llegará a casa en cualquier momento.
-No, está ocupado en negocios en Charlottesville. Tardará bastante en regresar a casa.
-Vete, -repitió ella, pero Malcolm no se movió.
-A mí también me gustaría refrescarme, Y es más divertido hacerlo en compañía.
-Entonces vete a buscar a tu esposa, tráela y deja de perseguirme.
-Escucha, no es posible que estés completamente satisfecha con ese viejo.
-Garland no es un viejo, -protestó ella-. En muchos aspectos es veinte años más joven que tú. Él sabe cómo reír y divertirse. Tú no tienes idea de nada que no sea ganar dinero. No sabes ni siquiera tratar adecuadamente a tu mujer.
Malcolm se quedó mirándola; pero no continuó desnudándose. Las palabras de Alicia le habían ofendido.
-Sólo eres una niña, -le dijo despacio, con ira creciente-. Te casaste con mi padre porque es rico y esperas que muera pronto, dejándote una fortuna..., pero las cosas no serán así. Te lo prometo.
-Vete de aquí, -insistía ella.
-No creo que sea eso lo que de verdad deseas, -respondió Malcolm, dulcificando su voz. Dejó caer los pantalones y ella se adentró más en el agua.
-¡Vete!
-Ya te lo he dicho; yo también tengo calor.
Se deslizaron los calzoncillos. Una vez desnudo, comenzó a entrar en el agua en dirección a Alicia.
-No pensarás gritar, -dijo Malcolm-. ¿Acaso te interesa que vengan los criados? Garland quizá no lo comprendería.
-Eres un diablo, -dijo ella: nadó hacia la derecha y él la siguió.
-Eres tan hermosa, Alicia, -exclamó Malcolm-. Tan hermosa... Hubieras debido ser mi mujer, no la de él.
Alicia no esperó que Malcolm llegara a su lado. Pateó y nadó hacia la orilla. Él la persiguió; pero cuando la joven llegó al borde del lago se volvió hacia mi marido.
-¡Déjame tranquila! -chilló, y su ímpetu le hizo detenerse en el agua-. A partir de este momento, Malcolm, déjame tranquila o me obligarás a contar a Garland cómo estás siempre intentando seducirme.
¿Qué estaba diciendo Alicia? ¿No era ésta la primera vez que Malcolm hacía algo así?
-Hasta ahora te he protegido y no le he contado nada para que la familia disfrute de paz, ¡pero se acabó! Te odio y te desprecio, Malcolm Foxworth. No eres ni la mitad de hombre que tu padre. ¡Ni la mitad! -vociferó.
Salió del lago, recogió sus ropas y su toalla en la que se envolvió rápidamente, y se encaminó hacia unos matorrales, por fortuna lejos de donde yo estaba.
Observé a Malcolm. Se quedó mirándola un momento y después comenzó a salir.
-Mi madre no lo creía así, -murmuró, con voz solamente audible para mí-. Huyó con algún hombre que no valía ni un centavo.
Y se dirigió hacia sus ropas en vez de perseguir a Alicia. Ella estaba ya casi vestida y se encaminaba a la casa. Yo me agaché un poco más detrás del matorral. Estaba desolada, no tenía a nadie y era traicionada una y otra vez. Poco a poco, con gran lentitud, me desplomé en el suelo y comencé a llorar en silencio. ¿Dónde estaban la seguridad, la verdad, la honradez? Malcolm me había utilizado para sus propósitos y me había perseguido por mi dinero, el cual todavía confiaba Poder controlar. Entre nosotros no había ni el más ligero cariño.

Después de vestirse emprendió cautelosamente el camino de regreso a casa, cuidando de no estropear su costoso traje entre las zarzas. Hablaba consigo mismo cuando pasó por mi lado.
-Pagará por este día de insultos, y lo pagará con creces, -murmuraba-: Esa pequeña consentída, esa' mujerzuela no es posible que ame a un tipo viejo como mi padre. Está haciendo su juego. A partir de ahora yo jugaré el mío con más sutileza.
A partir de aquel momento, cuando Garland no estaba presente, Malcolm trataba a Alicia con asco, desdén y una rudeza que bordeaba la crueldad. Algunas veces me sentí impulsada a defenderla, a enfrentar a Malcolm con la escena que había visto en el lago; pero nunca lo hice.
A pesar de que hubiera rechazado a Malcolm, yo estaba enfurecida con ella por ser tan hermosa y tentadora. Dejé que el fuego ardiera entre ellos, el fuego de la ira y la pasión de Malcolm, un fuego que la quemaba y chamuscaba.
Garland debía estar ciego de amor o era demasiado escéptico para creer cualquier cosa que su mujer le contara sobre Malcolm, pues nunca me enteré de que se enfrentara con su hijo. De todos modos, a medida que pasaba el tiempo, me pareció que algo le sucedía. Garland y Alicia todavía eran apasionados y cariñosos el uno con el otro, pero él parecía envejecer rápidamente. Observé que hacía siestas más largas, solo. Su apetito voraz disminuyó. En su segundo invierno en Foxworth Hall tuvo un resfriado prolongado y fuerte que casi terminó en pulmonía.
Durante todo ese tiempo, Alicia no cesaba de acercárseme buscando guía. Yo sabía que intentaba llegar a mí, lograr que yo la ayudase, sobre todo en lo que concernía a su relación con Malcolm; pero permanecí distante, fría y sin mostrar interés. Aquello que yo había deseado que sucediera estaba comenzando a suceder. Desapareció la alegría de su voz. Ya no era bulliciosa y enérgica. Dejó de salir con sus jóvenes amigas y pasaba más tiempo sola, esperando que Garland regresara a casa o se despertara de una larga siesta. Rehuía a Malcolm cuanto le era posible. Se ocupaba afanosamente de Christopher, que ya tenía casi dos años y medio. Ella fue quien 'inició a Mal en el piano, con gran disgusto de Malcolm. Tanto mi hijo mayor como el pequeño demostraban un talento natural para la música; pero su padre tenía la idea de que los músicos eran hombres débiles y afeminados que ganaban poco dinero.
Pensé que, con aquellas lecciones, Alicia se vengaba de Malcolm. Permití que prosiguieran porque a los chicos les encantaba y porque molestaban a mi marido.
Durante algún tiempo, yo fui una espectadora, observando la infelicidad, complaciéndome un poco en ello; en cierto modo contribuía a aliviar mis propias penas.
No comprendí que mi placer egoísta permitió el crecimiento de algo más. Sin darme cuenta, había abierto Foxworth Hall a más demonios del corazón y la mente, que se instalaron en las sombras y esperando su oportunidad para actuar.
No tardaría mucho en presentarse la oportunidad, y los demonios causarían con su llegada más miseria de la que yo jamás imaginé que pudiera alentar en las habitaciones vacías y frías de Foxworth Hall.

IX. DÍAS DE LUTO

Transcurrían los meses, cada uno de ellos parecido al anterior, lleno de las tensiones que yo creía eran resultado de la actitud de Malcolm hacia Alicia. La beligerancia de él era visible en los comentarios, a menudo mordaces, y en su modo de ignorarla. Se mostraba más irritable respecto a muchas cosas, en especial el amor de Mal hacia la música. Una tarde llegó temprano a casa y encontró a nuestro primogénito frente al piano, con Alicia a su lado, enseñándole las escalas. Yo estaba tejiendo un suéter para Joel y complaciéndome al

ver la intuición de Mal para escoger las notas adecuadas. No había duda alguna de que tenía un talento que, bien desarrollado, podía convertirlo en auténtico músico.
Malcolm oyó el piano y vino al salón, con la rabia encendida en los ojos. Yo alcé la mirada de mi trabajo justo cuando él cruzaba furiosamente la puerta. Cerró el piano con tanta violencia que casi le pilló las manos al pobre Mal. Pensé que hacía aquello para que el chico terminase definitivamente sus lecciones de piano. Alicia dio un grito sofocado y abrazó a Mal mientras ambos alzaban la mirada hacia la airada y dominante figura de Malcolm.
-¿Qué es lo que dije en cuanto a ceder a estos caprichos musicales?
-Pero, Malcolm, el chico tiene talento. Es un prodigio. Mira lo que puede hacer a su edad. Deja que te lo mostremos, -suplicó Alicia.
-No me importa lo que pueda hacer con un piano. ¿Le hará eso un hombre competente en los negocios? ¿Le permitirá ocupar mi puesto? Estás convirtiéndole en un ser blando y afeminado. Échalo de esa banqueta, -ordenó, pero Alicia no soltaba al chico-. Mal, levántate, -le mandó Malcolm.
Mal se separó de Alicia y se levantó, con los labios temblorosos. Temía llorar, sabiendo que eso todavía enfurecería más a su padre. Por lo general, sollozaba en silencio, respirando profundamente y sacudiendo los hombros. Joel, que estaba sentado en el suelo jugando con Christopher, alzó la mirada con el mismo terror en los ojos. Los dos muchachos compartían ese miedo hacia su progenitor. Cada vez que Malcolm gritaba a uno, el otro respondía también. Christopher se limitó a interesarse por aquella actividad y por los ruidos repentinos. Alicia se volvió hacia mí, esperando que yo acudiera en su ayuda.
-¿Qué estás haciendo? -pregunté.
-Ese muchacho ha de aprender a no desobedecerme jamás. Le ordené que ocupase su tiempo libre con las lecciones escolares, y no tocando el piano.
-Mal no te desobedece, -dije-, si su madre y su abuela le permiten que haga eso.
-¡Está desobedeciéndome a mí! -repitió Malcolm-. Sabe lo que yo le ordené.
Alargó la mano y agarró a Mal por la nuca, casi alzando del suelo al aterrorizado niño, y lo arrastró fuera del salón, hacia la librería, para darle una paliza. Al momento, Joel comenzó a llorar. Christopher parecía confuso.
-¡Malcolm, no lo hagas! -le gritó Alicia.
-Preocúpate de tu propio vástago, -le respondió él escupiendo las palabras-. Y deja que yo cuide de mis hijos.
Alicia se cubrió la cara con las manos y después alzó su mirada hacia mí. Joel se había acercado corriendo a mi butaca abrazándose a mi pierna.
Cómo puedes permitirle que haga una cosa semejante? -preguntó Alicia.
-No le puedo prohibir que exprese su opinión sobre sus propios hijos y especialmente en su propia casa.
-Pero tú eres la madre. Deberías tener algo que decir, ¿no lo crees?
-¿Estás intentando provocar una discusión entre mi marido Y yo? -le dije.
Sabía que no era así; pero quería que ella pensara que yo lo creía.
-Por supuesto que no, Olivia. ¡Oh, Dios mío! -exclamó-. Me siento responsable. He estado animándole y tú lo has permitido, -añadió como si acabara de darse cuenta-. No debiste hacerlo si sabías que iba a terminar así. ¿No temes por el pequeño Mal?
-Estará muy bien, -le respondí-. Si desea algo con empeño, ni su padre podrá detenerle. En ese aspecto se parece más a mí. Intenta ignorar a Malcolm. Aléjate de él, -añadí dando a mis palabras otro significado-. La casa es bastante grande.
-Sin embargo, lo siento tanto por el niño...
Estaba llorando. Se levantó y salió de la habitación. No la llamé para consolarla; me satisfacía que hubiera grandes divergencias entre Malcolm y ella. Mientras existieran esas

diferencias, yo estaba libre de temores en cuanto a que ella respondiera a los avances amorosos de mi marido.
Las cosas cambiaron entonces de nuevo.
Cuando llegó el tercer cumpleaños de Christopher, Garland y Alicia organizaron una fiesta e invitaron a unos cuantos matrimonios que tenían niños de las edades de Christopher, Mal y Joel. El vestíbulo de Foxworth Hall parecía un patio de escuela. Había chicos por todas partes. Alicia dispuso juegos y colgó cadenetas de colores y globos. Mrs. Wilson hizo un gran pastel de aniversario adornado con brillantes animalitos de todas clases.
Malcolm se fue a trabajar por la mañana pero Garland se quedó en casa para colaborar en la fiesta, algo que Malcolm consideró ridículo para su padre.
-Es un hombre absurdo en cuanto se refiere a Christopher, -me dijo Malcolm aquella mañana después del desayuno, mientras Garland y Alicia se habían alejado de la mesa para preparar la fiesta-. Se comporta como un hombre en su chochez. Cualquiera creería que es su primer hijo.
-Quizá se siente orgulloso no sólo de haber podido tener un hijo, sino de que sea además un chiquillo tan guapo y tan brillante, -comenté.
Malcolm frunció el ceño y sus ojos se estrecharon. Por primera vez comprendí que estaba celoso de la atención que Garland dedicaba a Christopher. Le pregunté:
-¿No te dedicó tu padre la misma atención?
-No. Fue todo lo contrario. Tenía que suplicarle que me llevase en sus viajes de negocios. Después de marcharse mi madre, él estaba tan débil que hasta me culpó de que ella nos hubiese dejado. Nunca le he perdonado eso. Mi madre me quería más que a nada en el mundo, y fueron las incapacidades de mi padre lo que la obligaron a dejarme. No lo comprendes, cada vez que me mira a los ojos ve a Corinne. Sabe que nunca pudo conseguir que ella le amase como me amaba a mí. Oh, cuánto debió odiarle... De otro modo, nunca me habría abandonado. Jamás le perdonaré que me hiciera perderla.
Por primera vez en muchos años sentí auténtica comprensión por mi marido, y alargué la mano para coger la suya, temblorosa.
-Pero pasó más tiempo contigo cuando eras mayor, ¿no es cierto? -pregunté, esperando calmar su agitación.
-Eso no ocurrió hasta que yo tuve edad suficiente para poder aliviarle en algunas de sus responsabilidades de negocios. Me envió de una escuela privada otra hasta que ingresé en la Universidad; hacía cual quier cosa para mantenerme fuera de su vista. Cuando estaba lejos de casa, nunca me escribió ni respondió ninguna de mis cartas. Durante unas vacaciones de Navidad, volví del pensionado y me encontré con un hogar lleno de sirvientes; pero mi padre se había marchado a uno de sus safaris. En ningún momento se le ocurrió llevarme con él. Yo no tenía amigos, de modo que me pasé aquellas vacaciones vagando por Foxworth Hall, escuchando el eco de mis propios pasos.
-Malcolm, -le dije viendo que estaba en vena para hablar de su pasado, algo que rara vez hacía-, siempre he querido preguntártelo. Después de marcharse tu madre, ¿te escribió alguna vez? ¿Supiste de ella?
-Ni una palabra, ni una postal, nada. Cuando yo era joven pensé que mi padre me escondía sus cartas, y permanecía largas horas en mi habitación escribiéndole largas misivas, que nunca se echaron al correo. Le rogaba que volviera a mi lado. ¡Solamente tenía cinco años! ¡La necesitaba! No era capaz de comprender qué podía retenerla de que regresara junto a su amante hijo. Si en este momento pudiera hablar con ella, eso sería todo lo que querría saber.
-¿Y de qué te serviría? -pregunté.
-Tú no lo puedes entender, -me respondió y prefirió dejarme en vez de continuar la conversación.

El día de la fiesta del cumpleaños de Christopher me sorprendió verle regresar a casa a tiempo para los festejos. No hubiera sido impropio de él ignorar una fecha especial para el chico aunque con ello hiriese a su padre. Lo que me sorprendió fue su manera de mirar a Alicia al encontrarla en el vestíbulo dedicada a entretener a los niños invitados.
Alicia llevaba uno de esos vestidos sin forma con los que las mujeres parecían más bien muchachos, aunque no había nada que le aplastara los pechos, los cuales se marcaban contra el ligero tejido. Se había peinado con el cabello recogido en lo alto y llevaba dos hilos de perlas enormes. En una fiesta, con gente a su alrededor, Alicia se mostraba de nuevo alegre y radiante. Tenía el mismo aspecto del día que llegó a Foxworth Hall. Incluso Garland se veía recuperado; la expresión de cansancio, de agotamiento, que tuvo en los últimos tiempos, había desaparecido como si fuera una máscara.
Las risas de Alicia resonaban en la gran estancia. Los niños se hallaban encantados con su cariño y simpatía. La seguían, queriendo llamar su atención. Nuestros dos hijos iban delante, entonando su nombre.
Malcolm se quedó como una estatua, contemplándola. Yo esperaba ver aquella expresión desdeñosa característica, aquella mirada de odio en sus ojos; pero, en vez de eso, observé que su rostro se suavizaba y se relajaban sus labios. Parecía uno de los niños, enamorado de ella.
Algo salvaje y terrible germinó en mi corazón. Malcolm estaba mirándola con esa clase de anhelo que solamente un hombre enamorado puede experimentar por una mujer. Lo que yo creía había muerto, se hallaba todavía latente. Había permanecido en hibernación, dormido como un oso gigantesco, esperando la primavera. La belleza de Alicia era esa primavera. Le tentaba, despertaba en él fuertes sentimientos y le incitaba a perseguirla de nuevo.
Lo percibí en la manera que tuvo de dirigirse a ella cuando se pusieron a hablar. Lo vi en los ojos de Malcolm, que no se separaban de su persona mientras deambulaba por el vestíbulo, dirigiendo la fiesta. Se le veía feliz, sentado en una butaca, bebiendo té y observando a Alicia toda la tarde.
Mucho después de terminar la fiesta y marcharse los invitados, Malcolm seguía en el vestíbulo observando a Alicia que supervisaba la limpieza. Garland, cansado por la actividad, se retiró a su habitación para descansar. Yo cuidé de bañar a los niños y prepararlos para que se acostaran.
Alicia anunció que se retiraba a la habitación del cisne para relajarse con un buen libro.
-¿No crees que ha sido una fiesta maravillosa? -me preguntó.
-Los niños se han divertido, -admití-. Sin embargo, me pregunto si un niño de tres años puede apreciar una fiesta así.
-Oh, Olivia, algunas veces hablas como Malcolm, -suspiró.
Lamenté que él no estuviera lo bastante cerca para oír aquello.
La observé mientras subía la escalinata y después fui a recoger mi labor de punto para llevarla a mi habitación. No me apresuré a subir. Los sirvientes querían consultarme sobre la cristalería y Mrs. Wilson deseaba comentar los menús para la semana siguiente.
Lo que sucedió entonces me fue contado después por Alicia; pero, en aquel momento, ella estaba tan histérica, que fue difícil entender nada.
Estaba yo a medio camino subiendo por la escalera, cuando oí su grito. Fue seguido por un estrépito fuerte contra la pared de la habitación del cisne. Corrí los peldaños que faltaban para llegar arriba y continué corriendo por el pasillo hasta la puerta de su dormitorio. Llegué a tiempo de ver a Garland desplomándose en el suelo y apretándose el pecho con la mano. Estaba en camisón; al parecer se había despertado y había' venido corriendo, descalzo, hasta la habitación del cisne.
Alicia se hallaba tendida en la cama, con el camisón rasgado desde el hombro derecho hasta la cintura, los pechos al descubierto. Malcolm se encontraba de pie, al lado del cuerpo

desplomado de su padre, con los puños muy apretados, su cara roja como un pimiento y los ojos desorbitados. En su mejilla derecha había un largo arañazo.
-¿Qué ha sucedido? -chillé.
-¡Rápido! Llama al médico, -ordenó Malcolm, recuperando un poco el control al verme.
Miré a Alicia, que lloraba histéricamente e intentaba cubrirse con el trozo rasgado de su camisón. Garland no se movía, de modo que corrí hasta el teléfono más cercano, el de la sala de trofeos, y llamé al doctor Braxten.
Cuando el médico llegó, Malcolm ya había arrastrado el cuerpo de Garland a su dormitorio y le había colocado en la cama. Alicia, con una bata sobre el camisón roto, se encontraba al lado de Garland, sollozando y sosteniendo su mano fláccida.
-¿Qué ha pasado? -preguntó el doctor Braxten, apresurándose hacia la cama.
Malcolm, antes de responder, me miró a mí y después a Alicia.
-Ha tenido una especie de ataque y ha gritado. Cuando hemos llegado ya estaba así, -explicó.
El médico colocó el estetoscopio sobre el pecho de Garland y auscultó su corazón.
Después comprobó los ojos y el pulso.
-Debe haber sido un ataque al corazón, -dijo dulcemente-. Lo siento. No puedo hacer nada.
Alicia gimió y se arrojó encima del cuerpo de Garland.
-¡No! ¡No! ¡No! -chilló-. No puede ser. Acabamos de celebrar el aniversario de nuestro hijo. ¡Por favor, no! ¡Por favor, Garland, despierta! ¡Demuéstrales que no has muerto! ¡Garland! ¡Garland!
Sus sollozos eran tan intensos, que estremecían la cama.
Malcolm dio media vuelta y se marchó. No me miró al salir.
-Me pondré en contacto con la funeraria, -dijo con suavidad el doctor Braxten-. Es mejor que vengan lo antes posible.
-Muy bien, -aprobé.
-Vino a verme hace algunas semanas, -explicó el doctor Braxten-, y le dije que el estado de su corazón no me gustaba; pero él me hizo prometer no contarlo a nadie, especialmente a Alicia. Era ese tipo de hombre.
-Sí, -dije, comprendiendo los motivos de Garland. Nunca quiso admitir su edad. Hacía todo lo posible para que la vida de Alicia fuese color de rosa.
-¿Cómo está Alicia? Podría darle algo que la ayudase a dormir. -preguntó el médico.
Yo me acerqué a ella, sin atreverme a tocarla. Finalmente, rocé su hombro con la punta de mis dedos.
-Alicia, el doctor quiere saber si deseas que te suministre algo que te ayude a dormir.
Ella negó con la cabeza y después se levantó lentamente separándose del cuerpo de Garland. Tenía la mirada ausente y la dirigió confusa a su alrededor, recorriendo la habitación, como si estuviera soñando. El doctor se acercó a ella.
-Será mejor para usted que vuelva a su propia cama, -le aconsejó el médico-. Dormir es la única cura para un dolor tan grande.
Ella asintió y le permitió que la ayudara a ponerse en pie. Mientras la acompañaba a la puerta, se volvió para mirar el cadáver de Garland y comenzó otra vez a llorar histéricamente. Yo les seguí y cerré la puerta detrás de mí.
No veía a Malcolm por ninguna parte. Se había retirado a alguna dependencia de la casa, pero de momento no estaba interesada en localizarlo. Fui con el médico y con Alicia a la habitación del cisne. Ella permitió que el doctor Braxten la acostase como si fuera una niña.
-Debería usted quedarse un rato con ella, aconsejó.
-Claro que me quedaré, -respondí.

Yo también me sentía muy aturdida por los acontecimientos; pero no era mujer que perdiera el control y la dignidad. Me complacía que el médico percibiera mi eficiencia para cuidarme de todo en medio de una crisis. Alicia, en el fondo, parecía más una chiquilla.
-Voy a avisar al servicio fúnebre, -murmuró-. Llámeme si me necesita.
-Gracias, doctor Braxten.
-Lo siento, -me dijo-. Era un buen... Lo siento, -añadió.
Y se marchó. Miré a Alicia en la cama. Había vuelto la cara contra la almohada y sollozaba suavemente. Me acerqué a la puerta y la cerré con llave. No quería que nadie nos estorbara durante un rato. Entonces volví junto a la cama cisne y me senté al lado de la que ya era la viuda de Garland.
-Alicia, -dije-, he de saber lo que ha ocurrido aquí antes de que se produjera esa escena terrible. ¿Qué estaba haciendo Malcolm en tu dormitorio? -Sus sollozos se intensificaron-. Alicia, has de contármelo. Ahora no tienes a nadie más, –a nadie, -pensando que era un buen argumento para mencionar en esos instantes.
Di en el clavo, porque sus sollozos disminuyeron y comenzó a volverse hacia mí. Se apretó la cara con las manos como deteniendo las lágrimas y después se cubrió el rostro con la sábana.
-Ha sido horrible, horrible, -comenzó a decir.
-¿Qué cosa ha sido horrible?
-Estaba aquí leyendo, en la cama, tan satisfecha por la fiesta y por lo feliz que todo el mundo había sido. Garland... -estalló otra vez en llanto-. Garland estaba tan orgulloso, era tan feliz...
-¿Qué ha sucedido aquí? -pregunté insistente.
-No había cerrado la puerta con llave. Algunas veces..., algunas veces Garland viene a mi lado a media noche, -dijo-. Cuando oí que la abrían, pensé que sería él; pero era Malcolm, -dijo mirando rápidamente a la puerta, y su rostro se retorció como si toda la escena reviviera ante sus ojos.
-¿Qué quería?
-Quería... -Se detuvo como si contármelo fuese la cosa más indecente que podía hacer-. Me quería a mí, -dijo con ira creciente-. Se acercó a mi cama. Yo le advertí que no debía estar aquí. Se echó a reír y me respondió que no me preocupase, que Garland se hallaba durmiendo. Me dijo cosas terribles: que Garland era ya demasiado viejo para satisfacerme, que ahora yo le necesitaba a él, a Malcolm, más que nunca, y que todo estaba bien, puesto que él es el hijo de Garland.
-¿Y qué hiciste?
-Le contesté que saliera de aquí, o llamaría a Garland; pero él no se marchaba del dormitorio. Me senté, preparándome para chillar si se acercaba más. Él debió de darse cuenta porque corrió hasta la cama y me tapó la boca con la mano, apretándome contra la almohada y..., me manoseó brutalmente. Intenté apartarlo de mí, y me rompió el camisón. Durante la lucha, derribé esa pequeña lámpara de la mesita y conseguí dar un grito. Garland lo oyó y llegó a la puerta a tiempo de ver a Malcolm intentando cubrirme con su cuerpo.
-Eso es lo que había supuesto yo
-Garland se acercó corriendo a la cama y apartó a Malcolm. Comenzaron a pelear. Garland le maldijo y Malcolm comenzó a decir las cosas más terribles sobre la primera esposa de Garland, esta habitación, su virilidad... Cayeron al suelo y siguieron luchando; pero sin darse puñetazos. Finalmente, Malcolm se libró de la presa de Garland y se fue andando a gatas hacia la puerta; pero su padre estaba tan furioso que no le permitió escapar. Lo agarró otra vez y estuvieron luchando hasta que Garland dio un grito. Se escurrió por los brazos de Malcolm y se desplomó en el suelo donde.... donde... ¡Oh, Dios mío! ¿Es verdad? ¿Garland ha muerto?

-Es cierto, -respondí.
-Garland. Garland, mi Garland.
Cayó hacia atrás, sobre la almohada y comenzó a sollozar de nuevo. Sabía que lloraría hasta agotarse y se quedaría dormida. No podía hacer nada más por ella. La dejé allí y salí en busca de Malcolm.
Le encontré en la sala de trofeos y pensé que habría estado vigilándonos todo el rato a través del agujero de la pared.
Se hallaba sentado en una butaca de cuero, la mirada fija en la puerta, el rostro tenso y pálido y los ojos desorbitados y enloquecidos, como si estuviera contemplando su propia muerte. Sus manos se asían con tal fuerza a los brazos de la butaca, que pude ver las venas hinchadas debajo de los nudillos. Parecía estar aferrándose a la vida.
-¿Qué has hecho? -le pregunté.
-Déjame tranquilo.
-¿Sabes lo que sucederá cuando la gente se entere de esto?
-Nadie sabrá nada. No ha sido por culpa mía. De todos modos, era un hombre enfermo. El médico lo confirmará. Y ahora, vete y déjame en paz, -me ordenó, hablando a través de los dientes apretados.
-Eres una persona odiosa, Malcolm. Después de esto nunca serás un hombre feliz.
-Ha sido culpa de ella, -respondió-. No mía.
-¿Culpa de ella? Casi me eché a reír.
-Vete, -repitió.
Sacudí tristemente la cabeza.
-Me das lástima.
En aquel momento, sentía de verdad lástima de él. Aunque su cara lo disimulara, yo sabía que los remordimientos le perseguirían hasta el fin de su vida. Más adelante le cambiaría en diferente modo, pero ahora su culpabilidad actuaría como un cuchillo, clavándose en su corazón. Era obvio que intentaba paliar su propia angustia culpando de todo a Alicia. En su mente retorcida, ella era la responsable porque se le había resistido y había llamado a Garland en su ayuda. En su mente retorcida la mujer siempre era la responsable, nunca el hombre.
Algún tiempo después, me dijo que Alicia le tentaba, le atormentaba. Por eso recibió lo que se merecía. Culpaba de ello al tipo de mujer que ella era. La odiaba y la amaba de la misma manera que odiaba y amaba a su madre.
Lo dejé en aquella habitación oscura, sentado en las sombras.
El funeral revistió importancia a pesar de que Malcolm había confiado en que fuera modesto. Acudieron gentes de todas partes, algunas de ellas recorrieron largas distancias. Conocidos de negocios, antiguos amigos, parientes, y muchas personas que sentían curiosidad por la muerte de uno de los hombres más ricos de la región.
Malcolm quería que el cuerpo de su padre fuese incinerado, y a continuación se celebrase una ceremonia corta y sencilla; pero Garland, previendo la indiferencia de su hijo, había dejado instrucciones concretas al pastor, por escrito; y cuando el reverendo Masterson sacó el documento, Malcolm no pudo hacer nada para contradecirle. Se celebraría el ceremonioso funeral y se gastaría el dinero que fuera preciso.
La única cosa afortunada, desde el punto de vista de Malcolm, fue el estado en que se hallaba Alicia, antes, durante y después del funeral. Permanecía bajo la influencia de fuertes calmantes y se movía como una sonámbula en una pesadilla; con el rostro ceniciento, los ojos ausentes, sin oír ni ver a nadie, sin decir nada. Su madre, que se encontraba muy enferma, no pudo realizar el viaje. Como yo le había dicho la noche que Garland murió, Alicia no tenía a nadie más que a mí.

Me cercioré de que se vistiera de manera adecuada, de que tomara algún alimento y de que Christopher fuese atendido. La guié por el cementerio y permanecí a su lado, a veces sosteniéndola literalmente para que se mantuviera en pie. Pude observar cómo nos observaba la gente, cómo percibieron mi preocupación por ella y cómo se impresionaron por mi manera de cuidarla.
Mrs. Whipple, una mujer de mediana edad que había sido la secretaria personal de mi suegro durante muchos años, me dijo:
-Garland le estaría muy agradecido por la ayuda que está prestando a Alicia. La quería tanto, tanto...
-Hago lo que es justo, -le respondí-. No hace falta que nadie me lo agradezca.
-Por supuesto, -replicó.
Los asistentes acudieron a consolar a Alicia; pero ella los miró como si fueran transparentes o invisibles. La muerte de Garland los había convertido en extraños. En cierto modo, todos aquellos que ella había conocido por medio de su marido, o a causa de su matrimonio, murieron, dejaron de existir. Alicia ya había comenzado su transición a otro mundo, un mundo sin Garland, sin sus risas y sin su amor, un mundo lleno de ecos y recuerdos. Quizá yo me agarraba a ella con tanta fuerza porque comprendía, mucho mejor que ella misma, el mundo en el que estaba a punto de entrar. Casi era como si yo le diese la bienvenida a ese mundo, comprendiendo que iba a unirse a mí y, a partir de ese momento, ambas sufriríamos de una misma soledad.
Durante el mes siguiente, Alicia fue prácticamente una inválida. Bajo una gran tensión todavía y tomando medicamentos, era necesario recordarle a menudo cosas simples que debía hacer, como bajar a desayunar o a cenar. Escogió por sí misma vestidos más oscuros y más simples. Seguía estando muy pálida. Su corazón roto le había oscurecido la mirada y los ojos parecían tan vacíos como los de algunos de los animales disecados que se exhibían en la sala de los trofeos. La única cosa que ponía un poco de luz en su rostro era Christopher. De no haber sido por el niño, Alicia probablemente no hubiera salido de su habitación.
Durante los días del luto, Malcolm se comportó como si Alicia no estuviera ya en la casa. Cada vez que la veía, miraba a través de ella, más allá de ella. Jamás le hablaba y ella tampoco le dirigió la palabra a él. Malcolm no me hizo ninguna pregunta sobre ella. Yo sabía que ése era su modo de huir de su propia culpa. Quizá Malcolm esperaba que Alicia languideciese y muriera y que la responsabilidad de él por lo que había ocurrido nunca fuese revelada.
Naturalmente ella favoreció esa actitud, caminando por la casa como un fantasma, vestida de negro, de gris oscuro o de azul marino, sin maquillaje, con el cabello recogido atrás severamente y siempre evitando la mirada de Malcolm.
Nuestras cenas, cuando Alicia venía, eran como fiestas de funeral. Ella comía despacio, de forma mecánica. Malcolm, inmóvil en su asiento, miraba frente a él formulándome a veces alguna pregunta o haciendo un comentario. Jamás había una conversación larga; tan sólo preguntas y respuestas escuetas. Aunque Alicia comiera, los dedos le temblaban al pinchar la comida con el tenedor. Cortaba la carne con lentitud y esfuerzo, como si el cuchillo no cortase. No se daba cuenta ni de cuándo había terminado. Malcolm se levantaba de repente y se alejaba de la mesa, y ella alzaba la mirada, sorprendida. Era como si en aquel momento comprendiera que estaba allí, sentada.
Miraba patéticamente el lugar de Garland. La ausencia del plato y los cubiertos la apenaba cada vez que se sentaba a la mesa para cenar. Yo estaba segura de que ése era el motivo por el que se resistía a venir.
Y cuando miró a Malcolm, vi su mirada confusa. Supuse que estaba intentando situar los acontecimientos en alguna perspectiva, organizarlos de modo que pudiera enfrentarse a

ellos. Malcolm parecía tan Sereno y tranquilo como siempre. Ella no pudo apreciar ningún cambio en él. Quizá todo había sido un sueño, y Garland iba a bajar a cenar en cualquier momento. Una vez me pareció que ella estaba esperándole. Hubo que decirle que comenzara a cenar.
Malcolm no permitió que esta presencia fantasmal en las cenas le turbara. Tenía buen apetito. Nada le debilitaba. Si estaba atormentado por cualquier pesadilla, nunca lo supe. Parecía satisfecho con la situación presente, en especial con la situación que existía entre Alicia y él.
Pero la actitud de ella empezaba a crisparme los nervios y estaba asustando a los niños.
Un día, me decidí por fin a que tuviéramos una conversación seria. Consideraba que ya era suficiente. Confiaba que, una vez se hubiera recuperado de la muerte de Garland, pensaría en abandonar Foxworth Hall. Me pareció lógico desear empezar de nuevo en algún otro lugar, una vez se hubiera aclarado la situación financiera. Alicia podía encontrar otro marido. ¿Qué hombre no desearía una mujer hermosa y rica, con un niño tan bello?
-Ninguno de nosotros se siente feliz después de lo sucedido, -le dije-; pero aún tienes responsabilidades. Todavía eres Mrs. Garland Christopher Foxwórth y, como esposa de Garland, deberías sobreponerte a tu aflicción y comenzar a cuidar de tu hijo como es debido.
Alicia estaba a punto de llorar; pero no se lo permití, aunque me daba mucha pena verla allí sentada en la cama, con un aspecto tan frágil como un polluelo de petirrojo. La desesperación le había robado todo el color de la cara.
-¿Qué clase de ejemplo estás dando a Christopher? ¿Y a Mal y a Joel? -continué-. Todos ven lo que eres y lo que estás haciendo. Tu actitud está convirtiendo esta casa en un depósito de cadáveres.
-Oh, Olivia, no puedo acabar de convencerme de que Garland se ha ido.
Se apretó las manos y comenzó a retorcerlas como si estuviera escurriendo unas invisibles ropas mojadas.
-Ha muerto y no debería ser una sorpresa tan grande. Hace algún tiempo tuve contigo una discusión acerca de tu matrimonio, y ya te comenté que él moriría mucho antes que tú. No parecía importarte.
-Me importaba. Pero no podía creer que sucediera.
-Intenté advertirte que vivías en un mundo de sueños. Ahora estás viviendo en la realidad, tal como yo he tenido que vivir desde el primer día que entré en esta casa.
Alzó la mirada bruscamente. Eso sí lo comprendió.
-Eres mucho más fuerte que yo, Olivia. No tienes miedo de nada; tú no tienes miedo de estar sola.
-La vida te hace fuerte. Si no permites que te endurezca, te matará. ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres abandonar a tu hijo?
-¡No!
-Entonces sacúdete esta autocompasión y sé una madre para tu niño.
Asintió con lentitud.
-Sé que tienes razón. Estoy en deuda contigo por muchas cosas... Desde el primer día que llegué aquí supe que eras una mujer inteligente y sensata. Malcolm nunca te intimida, haga lo que haga.
-Vístete, baja a cenar y acaba con esta complacencia tuya en el dolor, -le ordené.
Quizás hubiera debido dejar que se quedara para siempre con su luto. Quizás hubiera debido animarla a eso. Mi breve charla fue demasiado efectiva. Cuando bajó a cenar aquella noche inició una recuperación bastante rápida. El dolor, por mucha melancolía que infunda, se suaviza poco a poco. Y aquella noche Alicia apareció en la mesa como si acabase de despertar de un largo sueño. Se había pintado las mejillas y los labios, vestía un

brillante traje azul y llevaba uno de los collares de diamantes que Garland le regaló. Ya me había olvidado de lo hermosa y encantadora que podía ser. En el momento en que Alicia entró en el comedor, me di cuenta de que había resucitado algo más que la hermosura de Alicia. Los ojos de Malcolm se desorbitaron; su cara fúnebre se desvaneció. No sólo volvió a mirarla de un modo intenso, sino que, antes de que terminase la cena, le habló directamente. Adoptó sus maneras altivas mientras le explicaba algunos de los detalles de la situación financiera de Garland y cómo pensaba invertir el dinero de ella.

-Pasará algún tiempo todavía antes de que las cosas se hayan aclarado por completo, -dijo Malcolm-; pero pronto podré tener una buena sesión contigo y explicarte tu situación económica.

-Gracias, -le respondió Alicia.

-¿Por qué se necesita tanto tiempo? -pregunté yo-. Cuando mi padre murió, las cosas fueron más rápidas.

-No estaban tan complicadas. Mi padre insistió en incluir algunas cláusulas difíciles que los abogados han de elaborar. Nuestro dinero está invertido en diferentes campos. Tu padre era un comerciante, no un inversionista. Su fortuna ya debería haberse duplicado en este momento, -dijo con toda intención.

-Está bien, Olivia, -intervino Alicia-. Estoy segura de que no se tardará mucho.

Malcolm se mostró muy complacido con aquel comentario. Era casi como si ella hubiera acudido en su defensa. Si quiere ser la tonta, pensé, que lo sea.

Su recuperación continuó. Cuidó de Christopher y, como antes, dedicó la mayor parte del tiempo a todos los niños. Salió para comprar ropa nueva para ella y para su hijo, y cada día estaba más fuerte, más espléndida e incluso más bonita.

Vi cómo observaba Malcolm la recuperación de Alicia. Aunque no se decían más que lo necesario, me sorprendió comprobar lo cortés que ella se mostraba con él. Yo pensé que le culpaba de todo lo ocurrido, y que seguramente le despreciaba. ¿Cómo podía siquiera mirarle? ¿Es que no había odio ni ira en ella? ¿Era Alicia tan inocente y tan pura que la venganza no podía encontrar un rincón en su pecho? Su tolerancia, su blandura, el retorno de su felicidad, me enfurecían. Yo había esperado incluso que ella planeara algo contra Malcolm; que acudiera tal vez a mí para llevar a cabo un plan que le obligase a darle más dinero, ya que eso sería lo que más podía herirle, un aumento de la liquidación.

Pero Alicia se mostraba confiada y paciente. ¿No comprendía acaso lo peligroso que era ser amable con un hombre como Malcolm? Cuando ya no pude soportarlo por más tiempo, me enfrenté con ella y quedé atónita ante lo que opinaba.

-Malcolm también debe estar sufriendo, -argumentó-. Era su padre. Y tendrá que vivir con eso.

-Fíjate en lo bien que está viviendo con eso, -respondí-. ¿Le ha frenado un poco siquiera? Se ocupa de los negocios con el mismo vigor que antes. ¡Incluso se siente más satisfecho porque Garland no está a su lado inquiriendo acerca de lo que hace.

-A lo mejor lo finge.

-¡Fingirlo! ¿Sabes quizá que Malcolm no quería gastar ni la mitad de lo que se gastó en el funeral de Garland? ¿Sabes que todavía se está quejando de ese despilfarro?

Alicia me sonrió como una monja que rehúsa admitir la violencia y la crueldad en el mundo que Dios creó. Todo tenía una razón, un propósito, que se explicaría en el más allá. Era incapaz de enfrentarse a la realidad y de admitir la existencia del mal en el corazón de los hombres.

-Comprendo sus motivos. Le resultaba un trance demasiado duro y quería que fuese un funeral sencillo para que le resultara más fácil soportarlo.

-Eres tonta, -declaré-. A Malcolm solamente le importaba su coste, y no el significado. ¿Por qué no insistes en que apresure las cuentas de tu herencia?, ¡Quién sabe lo que estará haciendo para estafarte!
-Yo no sabría ni por dónde empezar, Olivia. Nunca he tenido cerebro para los negocios. Estoy segura de que Malcolm cumplirá los deseos de Garland, -terminó.
-¿Quieres languidecer aquí para siempre jamás, esperando? Eres joven, todavía muy hermosa. ¿No imaginas una nueva vida para ti y para tu hijo?
-No sé, -dijo mirando a su alrededor-. No me imagino abandonando Foxworth Hall. El espíritu de Garland todavía permanece en esta casa. ¿No debe su hijo crecer aquí?
Me senté, frustrada ante tanta simplicidad, ante una confianza y una fe tan inocentes.
-¿Has pensado en volver a casarte? -sugerí-. ¿Crees que si tuvieras un nuevo marido él querría venir a vivir aquí? ¿Supones que Malcolm lo toleraría?
-Oh, no quiero pensar en un nuevo marido, -sonrió como si esa idea fuera absurda.
-Estás cometiendo un error, -le advertí-. Deberías estar haciendo planes para tu futuro y el de tu hijo. Nadie va a hacerlos por ti, y menos Malcolm. Olvida el pasado.
-Hay tiempo para eso. No creo que nadie tuviera tanta prisa.
-Yo la tendría.
-No, tú no la tendrías.
-Te aseguro que sí, -afirmé acalorándome de ira-. Yo lo haría. Y algún día desearás haberme escuchado.
Algún día que iba a venir mucho antes de lo que suponía yo.

X. MALCOLM SE SALE CON LA SUYA

Alicia nunca se olvidó de mis palabras de advertencia aunque fingía no haberlas oído. Continuó moviéndose por la casa como una niña grande, y su inocencia y vivacidad iluminaban las sombras siniestras de Foxworth Hall. Cada vez que Malcolm hablaba con ella, o que ella se veía obligada a hablarle, Alicia tenía el aspecto de una jovencita armada de valor para ir al dentista. Escuchaba lo que tuviera que escuchar; decía lo que tuviera que decir, y después se alejaba. Su sonrisa y su alegre voz retornaban como le ocurriría a alguien que hubiera pasado por lo peor y ahora pudiera seguir con su vida.
Sin embargo, las veladas eran diferentes. Cuando Christopher concluía de comer y Alicia terminaba su cena y dejaba a su hijo, de tres años, en el cuarto de los niños, evitaba cualquier contacto con Malcolm. Transcurrido algún tiempo, incluso cualquier contacto conmigo. Si no salía de la casa con alguna excusa, se retiraba a la habitación del cisne para leer y relajarse, según parecía.
Con frecuencia, si yo pegaba la oreja a la pared de mi dormitorio, la oía sollozar y hablar como si Garland estuviera allí a su lado en la cama. Casi podía creer que un amor tan apasionado como el de ellos les permitía cruzar el abismo entre la vida y la muerte y unir sus manos cada noche para disfrutar de unos preciosos momentos.
-Oh, Garland, Garland, te echo tanto de menos, -se lamentaba-. Qué duro es estar aquí sin ti, cuánto te añora el pequeño Christopher. Garland, amor mío...
Sentí pena de ella, pues comprendí por qué tenía tan pocos deseos de irse y a qué se debía que no apremiara a Malcolm para que arreglara las cuentas de su herencia haciendo posible la marcha. Mientras estuviera aquí, mientras durmiera en la habitación del cisne, Garland permanecería vivo en su mente. Cuando abandonase Foxworth Hall, Garland quedaría finalmente en su tumba. Una noche oscura a mediados del invierno, me despertó el sonido de sus gritos, sólo que no eran gritos de aflicción, sino de miedo. Confundida, salté de mi cama y apliqué el oído a la pared. Los gritos se hicieron ahogados, casi inaudibles. Me puse

la bata y me acerqué a la puerta de la habitación del cisne. Escuché y llamé suavemente a la puerta.
-Alicia, Alicia, ¿estás bien?
No hubo respuesta, de modo que intenté girar el pomo pero la puerta estaba cerrada con llave. Volví a llamar y esperé. Sin embargo, solamente hubo silencio. Quizás estaba soñando, pensé, y regresé a mi cama.
Por la mañana, Alicia estaba diferente, más parecida a como se había mostrado durante el luto. No bajó a desayunar hasta después de que Malcolm se hubo marchado, y comió muy poco.
-¿Estás enferma? -le pregunté.
-No, -respondió sin dar más explicación.
Continuó comiendo con poco apetito y después dejó el tenedor.
-La verdad es que parece que te encuentras enferma. Y lo has dejado casi todo en el plato.
-No me hallo enferma, -repitió.
Me miró con los ojos llenos de lágrimas. Contuve la respiración, esperando que me contase un gran secreto; pero se limitó a morderse el labio y levantarse de la mesa.
-Alicia, -la llamé.
No se volvió sino que regresó a su habitación, donde permaneció la mayor parte del día.
Y repitió ese comportamiento de cuando en cuando durante las semanas siguientes. Algunas veces estaba habladora, llena de energía, y yo pensaba que volvía a ser la de antes. No quería, o no podía explicar por qué.
Una semana después, volvieron a despertarme sus gritos. Esta vez eran agudos pero cortos. Cesaron antes de que yo hubiera decidido ir hasta su puerta. Por la mañana estaba triste y cansada, y se movía como en sueños. Tanto Malcolm como yo habíamos terminado de desayunar de modo que ella lo hizo sola.
Pasó también toda la tarde sola en la habitación del cisne. Hasta que guiada más que nada por la curiosidad, fui a verla.
Estaba tendida en la cama, totalmente vestida, con la vista clavada en el techo. No me oyó llamar ni abrir la puerta, ni siquiera se percató cuando me acerqué a ella.
-Alicia, -le dije-. ¿Estás enferma? ¿Es quizás algo que va y viene?
Ella me miró como si estuviera acostumbrada a que la gente apareciera de pronto a su lado en la habitación. En su cara no había sorpresa.
-¿ Enferma?
-Hoy has dejado otra vez de comer y no has pasado ni un momento con Christopher. Has estado aquí arriba horas y horas, al parecer ahí tendida en la cama y vestida.
-Sí, -admitió-, estoy enferma.
Se volvió hacia el otro lado, ansiosa por que yo me marchara, pero me hallaba decidida a saber lo que estaba ocurriendo.
-¿Qué te pasa? ¿Sientes dolores? ¿Te despiertas con dolores todas las noches?
-Sí, estoy sufriendo.
-¿ Dónde sientes dolor?
-En el corazón, -me respondió.
-Oh, -dije, moviendo la cabeza y mirándola-. Creo que seguirá siendo así hasta que te marches de esta casa.
Comenzaron a temblarle los labios y se cubrió el rostro con las manos.
-Llorar no te ayudará, -le advertí-; nada te ayudará si no haces lo que te digo. Si quieres marcharte, apremiaré a Malcolm para que termine con esas cuentas, deliberadamente prolongadas, de tu herencia. Francamente, creo que sería lo mejor para todos. ¿No te das cuenta del estado de depresión en que puedes caer y...?

-Oh, Olivia, -exclamó volviéndose de súbito hacia mí, separando las manos de su cara y con el aspecto más alterado que jamás le había visto-. Tú eres tan inteligente, tan fuerte. ¿No sabes lo que está sucediendo? Seguramente lo presientes.
Me quedé mirándola, incapaz de hablar durante Un momento. Alicia se mordió el labio inferior y movió la cabeza como si estuviera prohibiéndose decir nada más.
-¿Qué? -pregunté-. Cuéntamelo.
-Tú lo sabías. Siempre lo has sabido. Lo esperabas", Lo vi en tu cara, pero tenía miedo de contarte nada.
-Malcolm, -dije.
Miré a mi alrededor la habitación del cisne, comprendiendo instintivamente que este cuarto, esta magnífica cama, este ambiente sensual eran en parte responsables. ¿Por qué se había quedado aquí después de la muerte de Garland?
-Dime lo que ha sucedido.
Aspiró profundamente y se secó las lágrimas que le caían por las mejillas.
-Ha estado viniendo a mí por las noches, y forzándome a aceptarle, -confesó, hablando casi en un susurro.
Apreté los puños con tanta fuerza que las uñas se me clavaron en las palmas de las manos. Naturalmente yo sabía en el fondo de mi corazón lo que ella iba a contarme. La obligué a hacerlo para castigarme, y también para castigarla a ella. Aquello que casi sucedió en el lago, lo que Garland había impedido con su muerte, había sucedido al fin. A partir del día en que yo, en pie al lado de Malcolm, puse los ojos en Alicia, al salir de aquel carruaje con Garland, supe que era inevitable. Lo percibí en la manera que Malcolm la miró y en cómo la observaba cuando ella se movía por esta casa, con su espléndido cabello castaño por los hombros y el cuello, y sus ojos brillantes de vida y energía.
-¿Por qué no cerraste la puerta con llave?
-Lo hice, pero Malcolm tenía un duplicado. Siempre lo ha tenido. No lo usó hasta después de la muerte de Garland. Nunca te lo he contado; pero antes de que Garland muriese, Malcolm vino aquí una noche. Él sabía que yo dejaba la puerta abierta para mi marido. Le oí. Naturalmente, al principio pensé que era Garland; pero cuando alcé la mirada y vi que se trataba de Malcolm, fingí estar profundamente dormida.
Se acercó al borde de mi cama y se quedó allí quieto, mirándome durante un largo rato. Yo pensaba que, si me movía, aunque fuese muy poco, él podía.... él me atacaría, de modo que me quedé todo lo inmóvil que pude. Sentí que me tocaba el cabello suavemente y le oí suspirar. Después se volvió y salió sigilosamente de la habitación, con el mismo silencio que había entrado.
-¿Nunca se lo dijiste a Garland?
-No. Tenía miedo de lo que pudiera hacer. Y, ya ves, tenía razón. Todo acabó en tragedia. Oh, Olivia, Olivia...
-De modo que ahora cerraste la puerta con llave pero Malcolm entró de todos modos. ¿Por qué se lo has permitido esta vez? Garland ya ha muerto.
-Me dijo que haría daño a Christopher. Que encontraría la manera, pues para él sería fácil, ya que no había nadie que pudiera impedirle hacer lo que quisiera, ya no, me dijo. Y algunas veces se ponía violento.
Me senté a su lado con el corazón palpitante. Evoqué la primera noche que vino a mí, recordé lo rudo que había sido. Alicia tenía toda la razón en temer que pudiera hacer daño a Christopher. Malcolm era capaz de gran violencia para conseguir lo que quería.:.
-¿Cuánto tiempo hace.... cuánto hace que acude a tu habitación?
-Ha estado viniendo de vez en cuando desde hace más de un mes.
-¿Un mes? No me había dado cuenta de que ello hubiera estado ocurriendo durante tanto tiempo. ¿Hasta cuándo hubiera podido Alicia estar callada?

Se sentó.
-La primera vez que vino, yo pensé que era un sueño, una pesadilla. Era a altas horas de la noche y Entró con tanto sigilo, que no le oí hasta que estuvo junto a mí, en la cama. Me volví y allí se encontraba él, desnudo. Me abrazó y apretó su boca contra la mía antes de que yo pudiera proferir ni una palabra, ni un grito, y la tuvo así durante tan largo rato que pensé que me iba a ahogar.
-¿Y entonces, qué? -pregunté.
-Me llenó de terror, no por el daño que me estaba haciendo, sino por su manera de actuar, por las cosas que decía.
-¿Qué cosas?
-No me llamaba Alicia mientras me acariciaba el cuerpo y besaba mis pechos.
Por un momento pensé que no podía respirar. Me apreté las palmas de las manos contra la garganta e intenté tragar saliva. Yo sabía lo que Alicia iba a contar ahora; pero me aterrorizaba oírselo decir.
-Me llamó Corinne. Yo creía que Malcolm estaba soñando, caminando en sueños, de modo que intenté razonar con él, explicarle que yo no era Corinne, que debía despertar y volver a su habitación; pero no me escuchaba. Continuó con su empeño, sin rudeza; Pero con persistencia, con intensidad. No servía de nada intentar rechazarle, Malcolm es demasiado fuerte. Cuando traté de resistir, me sujetó los brazos con violencia, y cada vez que gritaba apretaba su boca contra la mía tan duramente y de un modo tan brutal que llegué a temer por mi vida. Tuve que ahogar mis gritos y permitirle que abusara de mi. Fue horrible, horrible, -dijo cubriéndose la cara con las manos.
-¿Y qué sucedió cuando todo terminó? ¿Te seguía llamando Corinne?
Alicia alzó la cabeza y negó con un movimiento.
-Cuando todo terminó y él quedó satisfecho, sabía muy bien dónde estaba y quién era yo. Entonces fue cuando me dijo que nunca hablase de lo ocurrido si no quería que hiciese daño a Christopher. Yo esperé y rogué que con aquello se terminase todo; pero ha vuelto una y otra vez. Estuvo aquí la noche pasada, -añadió, y volvió a taparse la cara con las manos.
-Yo acudí a tu puerta al escuchar tus gritos. ¿No me oíste cuando llamé?
-Sí; pero él me tenía cogida por la garganta y apretaba con tanta fuerza que no podía respirar. Después acercó su cara a la mía y me prohibió proferir ni un sonido. Yo sabía-que me mataría si lo hacía.
-¿Y por qué no has venido a contármelo antes?
-Ya te lo he explicado. Temía por Christopher. Parece que Malcolm siempre consigue lo que quiere de una manera o de otra. Aunque tú hubieras impedido lo que él quiere, se habría vengado, ¿no te das cuenta? Lo siento, Olivia. Sé que hubiera debido decírtelo, pero estaba asustada. Por favor, perdóname.
No podía culparla de estar asustada. Muchas veces yo misma tenía miedo de Malcolm.
Durante unos momentos me quedé allí sentada en silencio, pensando en aquella habitación, en lo que Malcolm había hecho. Era como si el espíritu de su madre continuase viviendo allí y que aún le atormentara. Parecía increíble que él volviera a Alicia después de la terrible escena fatal con su padre. Yo sabía que Alicia se había sentido segura porque no podía creer que Malcolm lo intentara de nuevo después de haber causado con ello la muerte de Garland.
-¿Comienza siempre llamándote Corinne?
-Sí.
-¿Y acaba sabiendo que eres Alicia?

-No siempre. Algunas veces se marcha sin haberme llamado Alicia. Sencillamente se levanta y se va como si estuviera sonámbulo. En cierta ocasión, la tercera vez que vino, me obligó a hacer algo terrible. Está loco.
-¿Qué te obligó a hacer?
-Cogió uno de esos viejos camisones del armario y me obligó a ponérmelo antes de que él..., antes de que él se metiera en la cama conmigo. Tuve que caminar por la habitación y sentarme ante el tocador. Me puso el cepillo en la mano y se sentó en la cama mientras yo me cepillaba el cabello. Incluso me obligó a ir al cuarto de baño y salir de allí como si me estuviera preparando para acostarme. Me sentía enferma al hacerlo; pero no pude negarme. Cuando vacilé se enfureció todavía más.
«Horrible, -pensé-. Horrible y demencial.» Di media vuelta y miré la pared que separaba la habitación del cisne de la sala de trofeos. Después, muy enfadada, volví a encararme con Alicia.
-Tenías que haber hecho subir todas esas ropas al ático cuando te instalaste aquí.
¿Cómo podía, Alicia, prever lo que Malcolm la obligaría a hacer?
Sin embargo, no podía dejar de pensar que ella era responsable. Había sido demasiado confiada e inocente. La miré. Le había hecho todas las advertencias. Prácticamente le había rogado que me escuchara; pero fue testaruda y tonta, insistiendo en aferrarse a un muerto.
Quizá me estaba mintiendo; tal vez Alicia disfrutaba con lo que Malcolm hacía, y luego se sentía culpable por ello. Sabía que era ese tipo de mujer, era de las que exhibían su sexualidad como una ropa interior picante.
-¿Has hecho algo que pudiera tentarle? ¿Le has invitado alguna vez a venir a esta habitación?
-Oh, no, no. Eso no debes pensarlo jamás, Olivia. No he hecho nada, nada, -protestó-. De hecho, una vez me siguió hasta el lago cuando yo iba a bañarme e intentó que hiciera el amor con él. Huí corriendo y le dije que, si no cesaban sus avances, se lo diría a Garland.
-¿Por qué no lo hiciste?
-Yo no quería que sucediera lo que acabó sucediendo. ¿Crees que soy responsable de la muerte de Garland, que si le hubiera hablado antes de Malcolm quizá la habría evitado? ¿Lo crees, Olivia?
-No lo sé. Tal vez sí y tal vez no. Quizás hubiera fallecido antes, -la miré con suspicacia-. ¿Por qué me lo has contado finalmente, si tienes miedo de lo que Malcolm pueda hacerle a Christopher?
-Porque ahora tenía que hacerlo.
-¿Cuál es la causa? ¿Qué diferencia hay ahora?
-Oh, Olivia, -vaciló-. ¡Estoy metida en un lío tan terrible!
Y comenzó a llorar de nuevo.
-No puedo ayudarte si no conozco todos los detalles, -dije-. ¿Por qué estás metida en un lío?
-Estoy en un aprieto porque...
Sentí que todas las sombras de Foxworth Hall se juntaban a mi alrededor para ahogarme en sus tinieblas.
-porque estoy embarazada de Malcolm.
Me levanté y me acerqué a la ventana. Vi abajo a Olsen que recortaba el seto, y pensé: «Aquí estoy con toda esta tierra, esta magnífica casa, dos hijos guapos, una riqueza mayor de lo que puede imaginarse..., y soy una de las mujeres más desgraciadas del mundo.» No era justo; se trataba de una broma cruel. Deseaba despertar y descubrir que todo aquello, mi matrimonio con Malcolm, la muerte de mi padre y de Garland, la violación de Alicia, era tan sólo un terrible sueño. Incluso aceptaría con gusto volver a casa de mi padre con la perspectiva de ser una solterona para el resto de mi vida.

-Por favor, Olivia, no me odies, -suplicó Alicia.
Yo la odiaba, efectivamente; no podía evitarlo, la odiaba. Y siempre la odiaría y odiaría a las mujeres como ella.
Cerré los ojos, me erguí y conseguí dominarme. Juré que nada que Malcolm Neal Foxworth hiciera o pudiera hacer me reduciría jamás a ser un alfeñique llorón como Alicia era ahora. Me volví hacia ella despacio. Vio la decisión en mi cara y se sentó en la cama.
-¿Lo sabe Malcolm?
-Sí, -respondió-. Esta mañana se lo he dicho.
-¿Esta mañana? ¿Cuándo esta mañana? Ha estado conmigo para desayunar y se ha marchado antes que tú bajases.
-No he podido dormir. Quería decírselo la noche pasada, antes de que se marchara de mi habitación; pero Malcolm era otra vez como un hombre caminando en sueños y no me hubiera respondido, -bajó la mirada-. De modo que he ido a su habitación antes de que se levantase.
-¿Has ido a su habitación? -Después de cuanto había sucedido, eso no me hubiera parecido -importante; pero, durante todos los años de nuestro matrimonio, yo jamás había ido a su dormitorio mientras él estaba allí-. ¿Has ido mientras él dormía?
-Sí. Me quedé de pie junto a su cama esperando que me viera. Cuando abrió los ojos me miró como si fuese un fantasma. Tardó un buen rato en darse cuenta de que era yo. Al principio se mostró muy enfadado porque había ido a su cuarto; pero tenía que decirle lo que él había hecho, ¿no crees? Se lo solté antes de que pudiera decirme nada.
-¿Y qué ha respondido? -le pregunté al recordar lo calmoso y lo normal que había sido el comportamiento de Malcolm durante el desayuno.
Pero, entonces caí en la cuenta de que ésa era su «cara de póquer». su manera fría y controlada que le permitía ser más listo que muchos otros en el mundo de los negocios.
-Al principio ha sonreído, -dijo Alicia-; pero con tanta frialdad que me ha hecho estremecer. Después ha dicho muchas cosas terribles, como si todo hubiera ocurrido por mi culpa. Yo quería gritar, chillar, llorar, pero tenía miedo de despertar a toda la casa, -confesó-. Malcolm me ha dado un ultimátum. No sé qué hacer, -se apresuró a añadir-. Estoy segura de que hará lo que ha dicho si no estoy de acuerdo con él. Tengo miedo, tengo miedo por mí y por Christopher.
Entonces comprendí que ella había decidido acercarse a mí en busca de ayuda. Había estado todo el día allí tumbada intentando la manera de pedírmela. Y yo le había facilitado las cosas al acudir a verla.
-¿Cuál ha sido el ultimátum?
-Quiere que me quede aquí y que tenga el hijo en secreto. Después, Christopher y yo hemos de irnos. Nos dará todo el dinero que Garland nos dejó. Ha explicado que está invertido en acciones, pero él liquidará la cantidad que necesitemos para comenzar de nuevo en otra parte y entonces nosotros controlaremos por completo nuestros fondos.
-Pero, ¿por qué tener el niño en secreto? ¿Qué diferencia hay si te marchas ahora y lo tienes en cualquier otro lugar donde nadie te conozca?
Alicia bajó la mirada. Había algo más, otra cosa más terrible todavía que iba a añadir.
-Malcolm quiere el bebé, -explicó Alicia.
-¿Qué?
-El pequeño ha de ser suyo, vuestro, -habló rápidamente-. Me ha dicho que, si no estoy de acuerdo, me acusará de ser una cazafortunas. Afirma que, como he quedado embarazada después de la muerte de Garland, podrá conseguir que sus abogados me arrastren por los tribunales demostrando que soy una mujer de poca virtud que se casó con un hombre viejo para conseguir riqueza y que después de la muerte de su marido se entregó a Malcolm para lograr más riqueza todavía haciéndole chantaje. Declaró que no le importaba que eso

significase publicidad para los Foxworth. A él no puede perjudicarle; me perjudicaría solamente a mí. Me ha amenazado con expulsarme de- aquí sin un céntimo, arrojarme a un escandaloso juicio. Me rodearía de mala reputación y nadie querría ser visto a mi lado. Los tribunales y la publicidad matarían a mi madre, la cual, como sabes, está muy enferma. Yo no sabría cómo luchar contra él. No tengo abogados, carezco de relación con ese tipo de personas. Garland cuidó de todo y, después de morir él, Malcolm ha estado ocupándose de mis asuntos legales. Aquí estaría yo, una viuda con un niño de tres años, a merced del frío mundo.

-¿Malcolm quiere el bebé? -repetí.

-Sí. Dice que ya sabe que será una niña. Tengo que instalarme en el ala norte y permanecer allí encerrada hasta el momento del parto. Después podré marcharme con Christopher y mi dinero intacto, -se retorció las manos y me miró con ojos llorosos-. Oh, Olivia, ¿qué debo hacer? ¡Has de ayudarme a decidirlo! ¡Debes hacerlo!

Me quedé mirándola y, durante un largo rato, me sentí inútil. Malcolm Neal Foxworth siempre conseguía lo que quería, de un modo o de otro. Deseaba una hija. Ahora ya la tenía. En mi mente no existía duda alguna de que el bebé de Alicia sería una niña.

Y todo esto había ocurrido delante de mis ojOs. Yo lo había presentido, lo había sospechado, pero no me permití creerlo, y ahora tenía que tragarme la amarga píldora-de la verdad. No podía cerrar la puerta, o mirar hacia otro lado. Yo tenía parte en todo ello porque no lo había evitado en su momento. Era como una madre que tiene que hacerse responsable de las acciones de su hijo, que necesitaba guía. Malcolm había usado y abusado de Alicia de la peor manera que un hombre puede abusar de una mujer, y ella no fue capaz de protegerse.

Y lo peor era que ahora estaba embarazada con un bebé que debía haber sido mío. Si a los Foxworth les nacía una hija, debía ser mía y no de Alicia.

Sentía envidia de ella; pero no me inspiraba respeto. En aquel momento se desvaneció toda mi comprensión por su desliz.

-Olivia, -repetía Alicia-, ¿qué voy a hacer?

-¿Hacer? -dije-. Me parece que ya has hecho bastante.

La miré y sus ojos se desviaron culpables. Ella sabía que no debía haber permitido que las cosas llegaran tan lejos. Lo sabía ahora; pero confiaba en que yo le diera alguna solución que la salvase.

Miré mi propio reflejo en el espejo del tocador y vi que ya tenía esa dureza que me caracterizaría durante el resto de mi vida. Mis ojos grises me contemplaban severos. Mis labios parecían dos colinas gemelas de cemento.

-¿Olivia? -su voz era suplicante.

-No puedes hacer nada, -sentencié-, sino lo que quiere Malcolm. Comienza a recoger tus cosas. Hay que hacer planes y preparativos. Ve diciendo a la gente que estás pensando en abandonar Foxworth Hall, de modo que cuando te ocultes nadie te echará de menos.

-Pero, ¿y qué hay de Christopher? Alguien puede verlo.

-Christopher no irá contigo, -le dije, formulando los planes a medida que hablaba.

-¿Qué? ¿Qué estás diciéndome?

-Harás correr la voz que vas a emprender un largo viaje durante el cual Christopher se quedará aquí con nosotros. Cuando regreses, te marcharás para siempre de Foxworth Hall. Este viaje será para preparar tu nueva vida. Nadie necesita conocer los detalles, en especial los sirvientes. En todo caso, les daremos la impresión que estás buscando un nuevo marido, -añadí, satisfecha con ese toque.

La cara de Alicia era un estudio de sorpresa y desaliento.

-¿Alejarme de mi hijo? ¿Todos estos meses? Pero si es muy pequeño; sólo tiene tres años. Ya ha perdido a su padre. Necesita a su madre. Sé que está cerca de Mal y de Joel y disfrutará de su compañía; pero...
-No se les permitirá acercarse al ala norte, -proseguí, ignorando sus objeciones-. Te alojarás en la habitación del fondo, la que dispone de cuarto de baño contiguo, aquel que te pareció tan excitante a causa de la puerta en el armario que conduce al ático.
-Pero casi todo aquello es polvoriento y cerrado. No es un lugar donde yo pueda vivir.
-Aprovéchalo lo mejor que puedas, -dije. Necesitaba hacerle ver que tenía alguna culpa y responsabilidad por lo que estaba sucediéndoles a ella y a su hijo.
-¿Pero y las clases de Malcolm y Joel que se dan al fondo? ¿Y Mr. Chillingworth?
-Eso tendrá que interrumpirse ahora, ¿no es verdad? -dije, satisfecha al tener un motivo para hacerlo-. Es obvio que Malcolm tendrá que estar de acuerdo con ello. Habrá que enviar los niños a la escuela. De todos modos, será mejor que estén lejos de la casa. Habrá muchas menos posibilidades de que descubran algo.
-Las doncellas, los sirvientes... -objetó Alicia.
Estaba aferrándose a todo lo que podía para apartar su destino. Me divertían sus preguntas frenéticas, su esperanza de encontrar un motivo que impidiese que los planes de Malcolm se llevasen a cabo.
-Los criados que ahora tenemos serán despedidos. Se marcharán creyendo que tú te vas, incluso creyendo que yo estoy encinta, -añadí.
Me encantaba el hecho de que pudieran creer aquello. Era casi como si estuviera realmente embarazada.
-¿Incluso Mrs. Wilson?
-Todos. Quizá no será necesario con Olsen. No está mucho en la casa y es algo corto de entendimiento. No creo que importe mucho, me gusta su manera de cuidar los jardines.
-Pero una doncella nueva tendrá que venir hasta mí, Olivia. Lo sabrá.
-Ninguna doncella subirá a tu habitación. Yo iré.
-¿Tú?
-Yo te llevaré todo lo que necesites, -dije. Alicia dependería de mí en todo: su comida, sus ropas, su jabón, incluso su cepillo de dientes.
-El médico, -balbuceó, pensando que ya había encontrado una salida.
-No necesitaremos al médico. Más adelante, haremos venir una comadrona. Eres joven y estás llena de salud. No habrá problemas.
-Tengo miedo, -murmuró Alicia.
-¿Y qué otra alternativa tienes?
Con cada frase, yo sentía que aumentaba mi poder, mientras mi cerebro trabajaba rápidamente para solucionar los detalles. Por vez primera, desde que había venido a Foxworth Hall, me sentía al mando. Sí, ahora yo era la verdadera dueña.
-Tenías razón al creer que Malcolm podía llevar a cabo sus amenazas. ¿Y cómo te sentirías teniendo que cuidar del hijo de Malcolm después de todo lo que te ha hecho? No podrías evitar vengarte en el pobre bebé de toda tu frustración y dolor, -aseguré.
-Yo nunca...
-¿Una mujer pobre con dos hijos a su cargo en vez de uno?
-No sé si podré hacer lo que Malcolm quiere, -se contempló las manos- en el regazo y después alzó la mirada; su expresión era cada vez más resignada-. Sólo si tú estás a mi lado para ayudarme.
-Ya te he dicho que lo haré; pero no voy a pasarme todo el tiempo en el ala norte haciendo de niñera tuya, -añadí-. No has de pensar, también en esto, que el mundo es un sueño.
Alicia asintió, resignada ya a su destino. Hablar con ella en aquellos términos hizo que me sintiera todavía más poderosa. Yo podía no ser tan delgada y tan hermosa como Alicia;

pero, finalmente, se había demostrado que su belleza era una debilidad y una falta. La había conducido a un sendero de dolor, un sendero que yo nunca escogería para mí.
En cierto extraño modo, pensé en ella de la misma manera que solía pensar en las muñecas miniatura de la casa guardada en la urna de cristal. Solía sentir frustración porque no podía moverlas físicamente. Nada más podía imaginar sus movimientos. Pero a Alicia sí podía moverla. Podía lograr que sonriese o que hiciera muecas. Podía hacerla reír o llorar. Estaba en mis manos tan indefensa como una muñequita.
-Hablaré con Malcolm, -dije-. Y le exigiré que me lo cuente todo, que me lo explique, incluso los detalles financieros.
Alicia alzó la cabeza esperanzada. Ya estaba sucediendo. El corazón le latía con ansiedad. Yo había impulsado la sangre por sus venas al proferir una simple frase.
-Quizá consigas hacerle cambiar de opinión, convencerle de que sería más conveniente que yo me marchase en seguida.
-Quizá. Pero no confíes demasiado en eso. Malcolm nunca ha cambiado de opinión en nada.
-Pero a ti te escucha.
-Nada más que cuando quiere y si conviene a alguno de sus propósitos.
-Sin tu colaboración, esto no resultaría. Puedes negarte a seguir sus planes.
-Podría; pero la alternativa no es muy agradable para ti, ¿no es cierto, querida? -dije, pues si había algo que ahora no estaba dispuesta a tolerar era que ella tomase las decisiones por mí-. Malcolm llevaría a cabo sus amenazas.
-Ahora has de mirar las cosas de otro modo. Sin mí, saldrás de esta casa sin un céntimo.
La sonrisa esperanzada se desvaneció. Yo me sentía como un titiritero. Había tirado de un hilo y la había hundido en un estado de depresión. A partir de ese día, Alicia no caminaría por Foxworth Hall caminando y deslizándose alegremente, a menos que yo lo quisiera.
No sería bulliciosa y vivaz, si yo no decidía que lo fuese.
Se desplomó en la cama y comenzó a llorar.
-Yo no haría eso tampoco, Alicia. Has de mantenerte fuerte y sana. Si, después de pasar por todo este trance, le sucediera algo al bebé...
-¿Qué?
Parecía aterrorizada, los ojos desorbitados, los labios prietos.
-No sé lo que podría hacer Malcolm; porque creería que tú lo habías dañado o matado a propósito.
-Yo nunca haría, nunca sería capaz de hacer algo así.
-Claro está que no; pero Malcolm estaría convencido de lo contrario. ¿No te das cuenta? Tendrás que comer bien y estar animada.
-Pero, Olivia, me sentiré.... prisionera.
-Sí, -admití-. Lo sé. Todos estamos prisioneros de una manera o de otra, Alicia. Irónicamente, tu belleza te ha convertido en una cautiva.
Hice intención de marcharme.
-Pero algún día me hará libre, -declaró en tono desafiante.
Me volví hacia ella, sonriente.
-Así lo espero, mi querida Alicia. Sin embargo, en estos momentos puedes considerarla como tu cerradura y tu llave. ¿Quién sabe lo que Malcolm podría hacerte la próxima vez que te mire? Sabemos lo que ve y no queremos que abuse más de ti. Cuando estés en aquella habitación del ala norte, te hallarás todavía más indefensa que ahora, ¿no es verdad? -pensé en voz alta.
Esa perspectiva intensificó el terror en su rostro.

-¿Y qué puedo hacer? No voy a arañarme la cara. No puedo convertirme en gorda y fea en una noche.
-No, no puedes. Pero, si yo estuviera en tu lugar, me cortaría el cabello cuanto antes.
-¡Mi cabello! -exclamó llevándose las manos a la cabeza con toda rapidez, como si ya estuvieran cortándoselo-. No podría hacer eso. Garland amaba mi cabello. Se pasaba horas a mi lado, peinándolo entre sus dedos, acariciándolo, oliéndolo.
-Pero Garland ha muerto, Alicia. Además, algún día te crecerá. ¿No es cierto? -le respondí-. ¿No es cierto? -insistí esperando su respuesta.
-Sí, -respondió Alicia, casi inaudible.
-Después de que hayas dicho que te marchas, y cuando te encuentres instalada en el ala norte, te llevaré las tijeras. Yo misma te lo cortaré. Ella asintió despacio; pero con eso no bastaba. -He dicho que yo lo haré por ti.
Alzó la mirada.
-Gracias, Olivia.
Sonreí.
-Haré lo que pueda, -prometí-. Pero has de comprender siempre que yo también me encuentro en una situación muy peculiar e incómoda.
-Lo sé. Y lo siento. Créeme.
-Te creo, -respondí-. Ahora duerme un poco y más tarde hablaremos acerca de lo que se ha de hacer
Ella se tumbó y yo salí de la habitación del cisne cerrando suavemente la puerta. Subí hasta lo alto de La escalinata y miré hacia abajo el vestíbulo de la gran casa. Recordé la primera mañana que había estado aquí en pie mirando hacia abajo, y cómo me había sentido creciendo en estatura a cada paso. Yo tenía que ser la dueña de esta gran mansión. Desde aquella mañana, habían sucedido muchas cosas, amenazadoras para mi autoridad y posición; no obstante, mientras ahora empezaba a bajar los escalones sentía, de un modo irónico, que había crecido, más alta, más fuerte, más sabia.
Mrs. Steiner, que salíade la habitación de Malcolm la cual había limpiado y ordenado, me sorprendió. Caminaba con tanta suavidad que casi sospeché que había estado escuchando en la puerta de la habitación del cisne mientras Alicia me lo contaba todo.
-¿Está enferma Mrs. Foxworth? -preguntó.
Cuando los sirvientes hablaban conmigo siempre se referían a Alicia como Mrs. Foxworth. Yo sabía que ellos hubieran querido decir «la joven Mrs. Foxworth o incluso tomarse la libertad de llamarla por su nombre de pila. Le dirigí una mirada furiosa, y ella retrocedió encogiéndose.
-Quiero decir, -se justificó-, que me gustaría ber cuándo debo ir a hacer su habitación.
-Hoy no será necesario que la arregle.
-Muy bien, ma'am, -respondió.
Comenzó a andar.
-Tiene dolor de cabeza, -añadí-; pero no es nada grave.
Mrs. Steiner asintió. La observé mientras bajaba rápidamente la escalera, ansiosa por poner distancia entre ella y yo. Seguramente no le importará que la despida. Aunque haya estado aquí durante tanto tiempo y le paguemos bien. Malcolm ya se preocupará de que tanto ella como los demás reciban una buena indemnización. Y después yo le diría cuánta servidumbre necesitaba. Naturalmente tendrían órdenes estrictas de permanecer alejados del ala norte.
Había muchas cosas de las que ahora tendría que cuidar Malcolm. En numerosos aspectos, tendría que aceptar mis órdenes. Yo esperaba con anhelo sus explicaciones acerca de lo ocurrido, pues le expondría las confesiones de Alicia tan pronto como volviera a casa. Estaba segura de que él estaba esperando el momento y el lugar oportunos para decirme

cómo estaban las cosas y de qué modo serían. Pero yo estorbaría su estrategia y haría todo lo posible por conseguir mi parte de provecho.
Todo dependería de mí, incluso Malcolm, en aspectos que él no comprendía ni preveía. Yo llevaría un control firme. Era una pequeña compensación por las cosas de que carecía, y que siempre había soñado conseguir; pero no le había mentido a Alicia al decirle que todos estamos prisioneros de una manera o de otra. Lo que yo había decidido después de que Alicia me contara todo lo sucedido, era aceptar mi prisión y, al hacerlo, convertirme en la dueña de mi propia cárcel.

XI. LA DECISIÓN DE MALCOLM DE ACUERDO CON LA MíA

Con su arrogancia habitual, Malcolm no demostró remordimiento alguno, ninguna culpa o vergüenza. Cuando llegó a casa aquella noche, le seguí a su estudio privado, al cual se retiraba cada noche antes de la cena, era un lugar prohibido para todos los de la casa excepto para él y la doncella que lo limpiaba una vez por semana. Al abrir de par en par la gran puerta de roble sin haber llamado siquiera, Malcolm pareció sorprendido y enfadado.
-¿Qué estás haciendo aquí, Olivia? -preguntó en tono severo.
Adopté una hermética expresión en la cara y un desdén altivo en la voz.
-He venido para hablar sobre tu nuevo bebé, -dije.
Después le enfrenté con la historia de Alicia. Escupí' cada uno de los detalles mientras rabiaba por dentro por su lujuria y audacia. El cielo se hallaba cubierto por una tempestad de verano, furiosa y oscura. Por las ventanas que había detrás del escritorio de Malcolm, se veían pasar las nubes densas y electrizadas, amenazando con descargar y destruirnos. Pero aquellos nubarrones no estaban tan cargados ni furiosos como mi espíritu, y si alguien destruía ese día alguna cosa, yo sería ese alguien.
-Estás exagerando este asunto, Olivia, -sentenció Malcolm mientras alineaba los lápices sobre su escritorio.
Mientras yo hablaba, la luz de la lámpara de sobremesa le hacía brillar el rostro y le oscurecía los ojos. La tempestad estaba afectando el sistema eléctrico y las bombillas parpadeaban. Con las ventanas herméticamente cerradas para impedir que penetrara la lluvia intensa que ahora golpeaba con violencia las ventanas y arañaba los cristales, parecía que hubiéramos quedado atrapados juntos. Malcolm continuó revisando los papeles que había encima de su mesa. Incluso en ese momento parecía tranquilo y controlado. Tenía seca la frente, y la cara lisa. Miraba sus documentos, fingiendo que aquella situación carecía de importancia. Yo esperé paciente mientras él distribuía los folios formando dos pilas.
Sabía por qué estaba ignorándome. Era una batalla de voluntades. Yo me hallaba decidida a no gemir, ni chillar, ni representar el papel de la esposa ultrajada, aunque fuera ése el que él me había asignado. La histeria solamente conseguiría debilitarme haciéndome perder el dominio y la dignidad. Por fin alzó la mirada hacia mí.
-Olivia, yo quería otro hijo, una niña, y ahora voy a tenerla, -me dijo en tono calmo.
-¿Qué derecho tienes a suponer que yo aceptaría en mi casa el hijo de tan horrible pecado? ¿Has creído que podrás conseguir lo que te propones sin mi colaboración? -pregunté.
Mi voz se mantenía baja, tenía los brazos apoyados delante de mi cuerpo y las manos suavemente enlazadas. No permití que mi postura revelase la tensión que existía dentro de mí. Había aprendido de Malcolm a disimular mis sentimientos con una coraza.
-Yo diría que tú tendrías que estar en favor de mi propósito, -manifestó con sarcasmo, y se arrellanó en su butaca-. Recuerda, Olivia, que cuando acordamos nuestro matrimonio quedó entendido que tú me proporcionarías una gran familia, y dejé muy claro ese requisito. Yo

tenía, y tengo, ideas muy concretas respecto de lo que debe ser una mujer Foxworth. Tú sabías lo que yo quería; pero me has fallado en ese aspecto.
-Esa consideración es injusta. No ha sido por que yo no quisiera tener más hijos, -dije, inclinándome hacia delante, las manos en las caderas.
-A pesar de todo, mi querida Olivia, el hecho es que tú no has tenido más hijos. No podías, o no querías, eso no importa.
-¿De modo que por eso te decidiste a violar a la esposa de tu padre? -pregunté, sonriendo sarcástica.
Malcolm sonrió también, para demostrarme que no podía ser intimidado. Cuánto había llegado yo a odiar aquella mueca fría y calculadora...
-Puedes creer que ha sido así, si ello te complace.
-¿Qué quieres decir con eso de si me complace? Alicia me lo ha contado todo, -dije.
-¿Y qué esperabas que ella dijese? Olivia, a veces puedes ser tan ciega... ¿Qué crees que estaba pasando aquí, incluso en vida de mi padre? ¿Supones que un hombre de su edad podía tener satisfecho el apetito de una chica como ésa? Alicia muy pronto comenzó a lanzarme miradas incitantes, y encontraba la manera de encontrarse a solas conmigo en la casa, tentándome con un movimiento de sus hombros, un vislumbre de piel desnuda aquí, otro poco de piel desnuda allí. ¡Cuántas veces encontró excusas para venir a la biblioteca, e incluso..., a mi habitación! -exclamó alzando las cejas.
-Estás inventando todo eso para justificar tu horrible acción.
-¿De verdad? -preguntó burlón.
-Sí. Yo sé que procuró alejarte de ella, que tú la perseguías incluso cuando Garland estaba vivo, -Malcolm sonrió otra vez, y sentí la necesidad de borrar aquella sonrisa de su cara, entonces clavé mis ojos en los suyos-. ¡Yo fui testigo de ello!
-¿Ah, sí? ¿Y qué es, exactamente, lo que viste?
Vi la preocupación en sus pupilas, en el modo en que las cejas convergieron en una nueva curva, en Las arrugas de su frente.
-Una tarde en el lago. La seguiste e intentaste abusar de ella; pero ella te rechazó. Yo estaba entre los matorrales; lo vi y lo escuché todo.
Dejé caer cada palabra como si fuesen piedras duras y frías golpeando en su compostura.
-Estúpida, -la ira cubrió su cara convirtiendo sus facciones en granito-. Creías que espiándome podrías saber la verdad. Y sólo te enteraste de la mitad. Alicia se insinuaba, me tentaba. ¿Por qué crees que vine temprano aquella tarde y me fui al lago? Ella me lanzó toda clase de insinuaciones, indicando que estaría allí, que nadaría desnuda. Quería que yo fuese allí para atormentarme. Formaba parte de su placer. Después, -continuó Malcolm-, no estaba tan ansiosa por rechazarme.
-Eso es ridículo. Aquel día, antes de ir al lago, me pidió que la acompañase.
Lo miré con firmeza. Le había cogido de lleno en una mentira.
-Sabiendo en todo momento que tú no irías. Era su manera de hallarse segura de que tú no estarías por allí en el momento que yo apareciera. Pero no previó que espiarías, -dijo con aire pensativo.
-¡Eres un mentiroso! Me di un puñetazo en el muslo para dar más énfasis a mi acusación.
Malcolm frunció el ceño, pero no cedió.
-¿Lo soy? ¿Por qué crees que la muerte de Garland la ha trastornado tanto? Es más responsable de ella de lo que tú supones. Quería que yo fuese a su dormitorio aquella noche.
-¿Que ella lo quería? ¿Que lo quería? Vi el camisón rasgado; estaba claro que lo habías hecho tú. ¡La forzaste, fue una violación!
Malcolm mantuvo su sonrisa fría y confiada.

-Ella lo quiso así. Disfrutaba con la violencia. La lucha la ayudó a acallar su conciencia cuando después se entregó de buen grado.
-¡Estás loco!
-No, Olivia, no estoy loco. Tú sí que lo estás; sabes y entiendes muy poco de cómo se comportan los hombres y las mujeres... Sí, muy poco, porque eres una mujercita pequeña, excepto, naturalmente, en tamaño.
Malcolm sabía cómo herirme. Intentaba culparme a mí de su infidelidad. Pero si el pecado y la lujuria representaba conocimiento, yo prefería quedarme en la ignorancia.
-No creo ni una palabra de lo que dices, -farfullé.
-Puedes creer lo que te plazca. No deseas admitir eso, Olivia, porque no quieres enfrentarte con el hecho de que, en muchos aspectos, eres un fraude como esposa. Además de no poder darme más hijos, tampoco puedes darme un amor cálido, tierno. No está en tu naturaleza; nunca lo ha estado. Acepté eso mientras consideré que podrías llenar las otras necesidades. Llevas bien una casa; tienes una imagen adecuada ante la comunidad, pero no puedo recordar ni una sola vez que pasara por delante de tu dormitorio y sintiera el impulso de entrar, -añadió.
No pude soportarlo ni un momento más.
-Sí, quizá mi naturaleza sea así, pero cuando entraste en mi alcoba nunca encontraste una mujer como tu madre.
-Eres despreciable, -declaró Malcolm.
-Soy lo que soy, del mismo modo que tú eres lo que eres, -dije recuperando el control-. Las amenazas han dejado de tener importancia. Los dados han sido echados. Arriba, en la habitación del cisne, está esa mujer, embarazada con tu hijo, una criatura que será nuestra a los ojos del mundo. Así es como será; yo me haré cargo de todo, yo dispondré hasta el último detalle, la forma de conducir a término esta bufonada, -dije, saboreando el poder que tenía sobre Malcolm.
-¿Lo que quiere decir...?
-Lo que quiere decir que seguiremos tu asqueroso' plan, pero seré yo quien lo lleve a cabo. Alicia se esconderá en el ala norte hasta que nazca el bebé. Y se comunicará a todos que se marcha para realizar un importante viaje familiar. Christopher se quedará contigo y tú lo tratarás como si fuese uno más de mis hijos. Cuando finjamos la partida de Alicia, quiero que estés presente, Malcolm. Después, despediremos a los sirvientes, a todos excepto Olsen. Les darás un año de salario... como indemnización.
Sabía que mis ojos grises eran glaciales, penetrantes, hirientes como dardos.
-¡Un año de salario!
-No. ¡Dos de salario! Quiero que se marchen muy, muy satisfechos. Cuando Alicia regrese y se esconda en el ala norte, contratarás nuevos criados para que realicen las tareas domésticas. Y te asegurarás bien de que ninguno se acerque a esa zona de la casa.
Contemplé cómo se iba enfureciendo.
-Además, tú no has de poner jamás los pies en el ala norte mientras ella se encuentre allí. Si lo haces yo acabaré al instante con esta charada y me enfrentaré con las indignidades a que dé lugar la denuncia. Lo digo en serio, Malcolm. ¿Está todo entendido y aceptado?
Le miré intensamente sin vacilar. Malcolm comprendía que no podía mentirme a la cara en esto; sabía que lo vería en sus ojos.
-No tengo ningún interés en ella aparte de procurar que traiga al mundo un bebé sano.
-En ese caso, ¿estamos de acuerdo? -insistí.
-Sí, sí.
Por vez primera, aprecié debilidad en Malcolm. Tenía los hombros caídos. Estaba ojeroso. Me regocijé con mi poder recién hallado, saboreando cada momento.

-Bien, -dije al fin-. Voy a hacerme cargo de ella en todo. Tú no tendrás nada que ver con Alicia. Te informaré del momento en que necesitemos los servicios de una comadrona para que la busques y la traigas.
-Yo iba a sugerirlo.
-Pero no lo has hecho, ¿verdad, Malcolm? Yo he pensado en ello, -dije, encantada conmigo misma y ansiosa por continuar revelando mi complicado plan.
-Después que haya tenido el bebé, tendrá que marcharse inmediatamente con su situación financiera arreglada tal como Garland quería que fuese. Un trato es un trato, -dije dando a mi voz toda la frialdad que sentía.
Volvió a formarse en Malcolm aquella sonrisa sarcástica.
-Poner esa riqueza en manos de una niña...
-Una niña que ha de tener tu bebé, -respondí, y se desvaneció su sonrisa-. Si es lo bastante crecida y lo bastante capaz para alumbrar a tu hijo, también puede tener una porción de tu fortuna.
-Francamente, Olivia, estoy emocionado al ver tu preocupación maternal por ella, -comentó Malcolm, intentando desesperadamente recuperar el poder ocultándose tras una coraza de sarcasmo.
Pretendía frenarme poniéndome en contra de Alicia. Pero era yo quien dominaba en indiferencia y autocontrol.
-Mi preocupación se refiere a lo que ahora es, en lo que la has convertido, -dije con la mayor indiferencia que pude.
-¿Y qué es?
-Una mujer, algo que tú aprecias demasiado.
-Estás loca con tus ideas, -dijo Malcolm, y movió la cabeza, pero sabía que yo tenía razón.
Me levanté, arrogante y confiada, dominándole. Malcolm estaba hundido en su butaca. La tormenta comenzaba a amainar. Incluso podía ver un poco de luz crepuscular que se filtraba entre las nubes grises, tan grises como el color que, en ese momento, tenía la cara de Malcolm.
-Y ahora otro asunto, -planteé-. Las clases para los chicos en el ático tendrán que cesar.
-¿Por qué? Estarán lo bastante lejos de ella y sólo permanecerán allí parte del día, -objetó Malcolm.
-No podemos arriesgarnos a que Mr. Chillingworth descubra algo, y los niños nunca han de saber que ella está aquí. ¿Te imaginas si Christopher descubriera a su madre encerrada? Mal y Joel han de creer que la criatura que nacerá es su hermano o hermana. Jamás han de imaginar que Alicia está esperando para dar a luz.
-Será una niña, -afirmó Malcolm-, y será su hermana.
-Medio hermana, -corregí-. Pero ellos creerán que lo es del todo. No podría soportar que mis hijos creyesen que su padre produjo un hijo con la esposa de su propio padre. Hay pecados y pecados. Ni tus generosas donaciones a la Iglesia pueden aliviar la mala intención de lo que has hecho, -agité un dedo ante él como un rígido maestro dominical.
Agitó la cabeza. Estaba derrotándole. Lo percibía, eso me hacía sentir más fuerte.
-¿Y qué hay de su educación?
-Serán enviados a un colegio, como los chicos normales. Despide mañana mismo a Mr. Chillingworth, haz lo necesario para que entren en la escuela pública, -dije, poniendo énfasis en la palabra «pública».
Frunció el ceño y me miró con ojos llenos de ira; pero cuanto más odiosa era su mirada, más satisfecha me sentía yo.
-¿Algo más? -preguntó en tono amargo.
-Transferirás un millón de dólares en un fondo para cada uno de nuestros hijos hasta que lleguen a los dieciocho años.

Malcolm casi saltó de su butaca.
-¿Qué? Estás loca por completo, ¿A santo de qué debo hacer eso?
-Con el fin de que ellos tengan un control sobre sus vidas y no se encuentren totalmente bajo tu dominio, -dije, declarando lo que era obvio.
-Eso sí que no lo haré nunca. Sería una pérdida absurda de dinero. ¿Qué pueden saber los chicos de esa edad acerca de manejar una fortuna semejante?
-Vas a hacerlo y lo harás inmediatamente, Ordena a tus abogados que lo preparen y tengan los documentos listos para final de semana. Los documentos me serán entregados para que yo los guarde seguros, -dije.
Hice un gesto en el aire con las manos, como él solía hacer a menudo, para indicar que no toleraría más discusiones sobre ese asunto.
-¿Un millón de dólares para cada uno? -Malcolm estaba enfrentándose con el hecho inevitable de que no podía hacer mucho en el asunto.
-Considéralo como.... una multa, -sugerí.
Se quedó mirándome, y en su rostro, más que odio, había una expresión sorprendida, la de un hombre que se da cuenta, quizá por primera vez, de que su antagonista es formidable. Yo creo que, a su extraña manera, incluso me respetó en aquel momento, a pesar de que detestase lo que yo estaba exigiendo.
-¿Hay algo más? -preguntó con cansancio y derrota en la voz.
-De momento no. Ambos tenemos muchas cosas que hacer. Debemos poner manos a la obra.
Nunca olvidaré cómo me sentía cuando di media vuelta y salí de la biblioteca. Era como si dejase a Malcolm en mi estela, envuelto en la sombra que yo proyectaba. Fue la primera vez que no me molestó mi estatura, pues tenía la sensación de haberla superado. Había salvado lo que podía haber sido para mí un tiempo muy triste y trágico e incluso estaba sacando beneficio de ello. Malcolm, que siempre se había salido con la suya y lograba ser el ganancioso, había tenido que ceder. Él perdía mucho más que yo.
Salí del vestíbulo y miré hacia arriba la escalera curvada en dirección a la habitación del cisne en la que Alicia esperaba para saber su sentencia y su destino. No iba a ser Malcolm quien subiera a decírselo, sino yo. Yo comenzaba a subir la escalera; yo llevaría las noticias y las órdenes, yo haría que las cosas ocurriesen, que la gente se moviera y cambiase. Yo tendría la facultad de mover las sombras y las luces en Foxworth Hall. Yo cerraría puertas y abriría ventanas, permitiría unas cosas e impediría otras. Yo decidiría cuándo debía entrar el sol y cuándo tenían que cerrarse las cortinas. Yo distribuiría la felicidad y el placer, la tristeza y el dolor del mismo modo que la doncella sirve la sopa.
Abrí la puerta de la habitación del cisne sin llamar previamente. Ahora podía imponer este tipo de indignidades a voluntad. Alicia, que acababa de tomar un baño y se había lavado su hermoso cabello, se apresuró a envolverse en una toalla y alargó el brazo para coger su bata.
-Siéntate, -le ordené.
Se acercó a la cama y se sentó en ella, obediente como una niña. Vacilé cuando me miró con sus grandes ojos, mostrando miedo y prevención en su cara. Me tomé tiempo, acercándome a la ventana para contemplar el cielo gris blanquecino del crepúsculo. Había cesado la lluvia y las nubes se deslizaban ligeras hacia el Este.
Al ver ese cielo cambiante, me sentí más llena de energía. Tenía la sensación de que la Naturaleza me contagiaba su poder. Al igual que ella, yo podía pasar de un extremo a otro, casi al instante. Me aproximé al tocador y miré los polvos y perfumes.
Aquellos olores eran atractivos y femeninos. Llenaban el aire con promesas de amor y sensualidad. Daba la impresión de que aquella coqueta fuese mágica. Cualquier patito feo podía sentarse ante ella y, momentos después, quedar transformado en la mujer más

atractiva y seductora, una mujer que podía romper los corazones de los hombres simplemente dándoles la espalda o dejando de sonreírles. Seguramente, cada vez que Malcolm aspiraba estos perfumes florales, su mente divagaba en pensamientos y sueños eróticos. Los aromas flotaban en el aire, mucho después de que Alicia hubiera pasado por una habitación o bajado la escalera. Malcolm, detrás de ella, seguiría sus huellas como un perro hechizado por su olor a promesa. Todo eso tendría que acabar de golpe. Me volví para enfrentarme con Alicia.

-Cuando vayas al ala norte, -comencé-, no puedes llevarte ninguna de estas cosas contigo.

Era mi manera de decirle que todo se había decidido según deseos de Malcolm.

-Entonces, ¿voy a quedar encerrada hasta que nazca el bebé? ¿No podrías hacerle cambiar de opinión? -preguntó, y su voz estaba matizada de derrota y resignación.

-No, -le dije-. Es la única manera de que Christopher y tú lo dejéis todo. Tendrás que hacerlo tal y como te digo.

Alicia se cubrió la cara con las manos, pero no lloró.

-Deberías secarte el cabello, -observé-, antes de que te enfríes. Si ahora te pones enferma, aunque solamente sea un resfriado, es lo peor que puede ocurrir.

Alicia asintió, con el aspecto de una persona en trance. Tenía perdida la mirada, los hombros caídos. Se contempló las manos, pequeñas, unidas con fuerza en actitud de súplica. Sobre su cabeza había caído un velo de condena; pero yo no sentía necesidad alguna de ofrecerle palabras de consuelo o de esperanza.

Me disponía a salir de la habitación.

-Olivia, -gritó al tiempo que se levantaba-. Tengo miedo.

-Pronto pasará, -le dije-, y dejarás de tenerlo. Créeme, lo sé.

La dejé, encogida y sola, con su cara pálida, y su belleza infantil ajada por la preocupación.

Esperaba con impaciencia llevar a cabo mis planes. Había decidido que el confinamiento de Alicia empezaría apenas el embarazo comenzara a notarse, alrededor de los tres meses. Eso me daba tiempo, y a ella también, para preparar a los chicos frente a lo que iba a suceder. Una mañana, en mayo, después de haber dicho a Alicia todo lo que debía decirle, entramos en el cuarto de los niños.

La estancia era soleada y estaba caliente. Era la pieza más cálida y luminosa de la casa. Mal se hallaba sentado en el suelo, rodeado de libros infantiles. Joel estaba de rodillas jugando con sus coches y camiones. Christopher, en su sillita, se chupaba el pulgar, y contemplaba a los dos chicos mayores.

-Hemos de deciros algo, -empecé a prepararlos. Alicia permanecía a mi lado, retorciéndose las manos y temblando como un pajarito.

-¿Qué mamá, qué? -preguntó Mal.

-Algo bastante triste, me parece.

Los tres se acercaron y, con los ojos muy abiertos, se quedaron mirando a Alicia, la cual se encontraba a punto de llorar.

-¿Me permites que lo diga yo, Olivia? -me susurró.

-No, -respondí-. Yo soy quien está aquí al cargo de todo.

Alicia se sentó en la mecedora y los chicos se encaramaron a su regazo. Ella les rodeó con los brazos y los apretó contra su pecho mientras Christopher le cubría de besos y mis hijos se unían a él.

-Alicia va a dejarnos.

Se quedaron mirando, sin decir nada. Parecía que no lo habían entendido.

-Alicia va a dejarnos, -repetí.

-No te creo, -gritó Joel.

-Yo tampoco, -se le sumó Christopher, mirando con los ojos desmesuradamente abiertos a su madre, que estaba llorando.

-¿Por qué? -preguntó Mal, con la vocecita empañada de pena.
Se estaba convirtiendo en un hombrecito inteligente y sensible. Llevaba ya mucha ventaja, en la lectura y la escritura, a otros muchachos de su edad y era casi quince centímetros más alto que ellos. Su estatura iba a ser tan elevada como la de Malcolm.
-¿ Por qué? -preguntó otra vez-. ¿Está enfadada con nosotros?
Christopher hundió su cara entre los pechos de Alicia y ésta rompió en sollozos. Joel se cubrió las orejas con las manos y dijo:
-Alicia no puede irse, ha de tocar el piano conmigo hoy.
Joel era todavía un muchachito débil y pequeño que sufría de alergias. Una mota de polvo le provocaba toses y estornudos durante horas, algo que Malcolm no podía soportar.
Mal bajó del regazo de Alicia y se acercó a mí, como un soldado de juguete mirando a su general.
-¿Por qué? -gritó con todas sus fuerzas.
-Vosotros, hijos, sois demasiado pequeños para poder comprenderlo, -dije, imprimiendo calma y compasión en mis ojos y en mi voz-. Cuando seáis mayores, estas cosas tendrán sentido para vosotros. Si dependiera de mí, Alicia podría quedarse aquí para siempre. Pero vuestro padre no lo quiere.
De repente, la carita de Mal se derrumbó y corrieron las lágrimas por sus mejillas.
-Le odio, -vociferó-. ¡Le odio! ¡Le odio! ¡Nunca nos permite nada de lo que queremos!
Joel se había puesto histérico. Tosía sin poder controlarse, y Alicia comenzó a darle golpes en la espalda intentando tranquilizarle, mientras Christopher seguía acurrucado contra su pecho.
-Por favor, por favor, -balbuceaba mi hijo entre toses-, ¿podemos irnos con ella?
-No, -dije con severidad-. Yo soy vuestra madre Y vosotros tenéis que estar aquí conmigo.
-¿Y Christopher? -preguntó Mal.
-Se quedará aquí durante algún tiempo hasta que Alicia se instale en su nueva casa, -expliqué. Al oír mencionar su nombre, el hijo de Alicia alzó la mirada hacia mí y, a continuación, hacia su madre.
-Mamita, -gritó tartamudeando de terror-. ¿No voy a irme contigo?
-No, cariño, no, -respondió ella entre sollozos-. Pero pronto vendré a recogerte. Y entonces estaremos juntos para siempre. No será por mucho tiempo, Christopher, vida mía. Y tendrás a Olivia que cuidará de tí. Y a Mal y a Joel para jugar, -se volvió hacia mis hijos-. Por favor, por favor, recordad que os quiero a todos y que siempre os querré. En mi corazón, no dejaré de estar con vosotros, vigilando tus prácticas de piano, observando tus artísticos dibujos, y cuando os vayáis a dormir por las noches, yo os besaré en mis sueños.
Al día siguiente, informé a los criados de la próxima partida de Alicia. Pude ver la tristeza en sus caras Y después, mientras bajaba la escalera, oí a Mary Stuart y A Mrs. Steiner que hablaban en el comedor mientras preparaban la mesa para la cena.
-Se va la luz de esta casa, -comentaba Mrs. Steiner-. Créeme.
-Me da muchísima pena que se marche, -dijo Mary-. Siempre tiene una sonrisa para nosotras, no es como la otra, la alta.
Así era como nos distinguían. «La otra, la alta.»
-Si quieres saber mi opinión, la alta se ha salido con la suya. No quería a la joven Mrs. Foxworth, desde el principio, y lo más probable es que se propusiera librarse de ella el día que murió Garland Foxworth. Sin embargo, no podría culparla. Yo tampoco querría a una mujer joven y hermosa como Alicia a mi alrededor para que mi marido estuviera viéndola todos los días. Especialmente si tuviera un aspecto como el que tiene la alta, -dijo Mrs. Steiner, alzando la voz para dar mayor énfasis a sus palabras.
-Seguro que sí, -dijo Mary.
Yo estaba convencida de que sonreía al afirmarlo. Podía percibirlo en su voz.

Buen viaje a todos vosotros, pensé. Y decidí que anticiparía el momento de informarles de que sus servicios ya no eran necesarios.
Una tarde, llamé al vestíbulo a Mary, a Mrs. Steiner, a Mrs. Wilson y a Lucas. Me senté en una de las butacas de respaldo alto, apoyándome en los brazos del mueble. Mantuve la cabeza erguida. Llevaba el cabello tirante, recogido en un moño alto, semejante a una corona. Se reunieron alrededor de mí y me contemplaron con miedo y curiosidad. Yo era como una reina a punto de dirigirse a sus súbditos.
-Como sabéis, -comencé-, Mrs. Garland Foxworth se marchará de Foxworth Hall el próximo mes. Permanecerá ausente durante algún tiempo, y, cuando regrese, permanecerá tan sólo el tiempo necesario para recoger a su hijo y partir de nuevo. Para siempre, -añadí-. Lo he estado meditando bien y he decidido que ya no necesitaremos los servicios de ustedes.
Mrs. Wilson palideció. Mrs. Steiner asintió con la cabeza, con los ojos contraídos, como si hubiera estado esperando algo así. Lucas y Mary Stuart parecían asustados.
-¿Nuestros servicios? ¿Significa que nos licencia a todos? -preguntó Mary con incredulidad.
-Sí. Pero he decidido, que a manera de indemnización reciban el salario correspondiente a dos años, -añadí, asegurándome de que comprendiesen que era mi generosidad la que les proporcionaba un finiquito tan espléndido.
-¿Cuándo hemos de irnos? -preguntó Mrs. Steiner con tono glacial.
-Deben abandonar la casa el mismo día que se marche Mrs. Garland.
Los preparativos finales consistían en trasladar a Alicia de la habitación del cisne y guardar todas las cosas y vestidos que no necesitase durante su confinamiento. Supervisé el empaquetado, dándole órdenes, aprobando y desaprobando cada uno de los objetos, cada prenda que ella quería llevarse al ala norte.
-No hay necesidad de que te lleves tus ropas formales, -le dije al verla delante del espejo apretando contra su pecho un vestido vaporoso de color azul-. No irás a fiesta alguna durante cierto tiempo, y no podrás disponer que tus vestidos sean lavados y planchados con la misma regularidad de antes. De lo que tú no puedas lavar en el cuarto de baño tendré que cuidarme yo personalmente, de modo que no cojas ni una pieza que no sea absolutamente necesaria.
Contempló sus ropas con tristeza. Yo no podía creer que poseyera tanta. Ignoraba la frivolidad con que había gastado el dinero de Garland. ¿Se creía Alicia que era una revista de modas andante que tenía que cambiar su guardarropa todas las temporadas? Un despilfarro y una vanidad semejantes eran los que la habían colocado en su situación actual.
-Pero me gusta tener buen aspecto, -dijo Alicia.
-De todos modos, pronto no podrás ponerte nada de eso, -añadí.
-Pero no me quedan vestidos maternales, Olivia. Después de nacer Christopher, los di todos a una institución de caridad. ¿Qué voy a usar como vestidos pre-mamá?
-Te daré algunos de los míos.
-Pero los tuyos son tan..., tan grandes, Olivia.
-¿Y que importa el aspecto que tengas dentro de esa habitación, Alicia? Sólo te veré yo. Ya no te vistes para llamar la atención de nadie. Lo único que importa es que te sientas cómoda y abrigada.
Imaginar a Alicia perdida dentro de mis vestidos pre-mamá me hizo sonreír de pronto. Ahora sabría lo que es no ver el reflejo de la belleza en el espejo. Ahora, también ella, sería torpe y sin atractivo. ¿Y qué era más adecuado sino que llevase mis ropas prematernales? Después de todo, iba a tener al que sería mi hijo.
-Claro está, -añadí-, que yo también llevaré vestidos pre-mamá.

Me miró asombrada. ¿Es que no se le había ocurrido eso? ¿Creía acaso que yo me movería por la comunidad tal como era y después, de repente, informaría que había tenido un hijo? ¡Qué boba e ingenua era Alicia! En ella no existía astucia, no había engaño aunque fuese necesario para su supervivencia.
-Ah, -dijo comprendiendo al fin.
Volvió a mirar sus elegantes vestidos, blusas y faldas, hasta que redujo todo lo que podía llevarse al ala norte a lo que cabía en un baúl y dos maletas.
El día que Alicia hizo su falsa partida de Foxworth Hall, reinó la tristeza. Era una jornada gris y lluviosa. El cielo lloraba haciendo eco a los niños. Aunque se trataba del primer día de verano, en la casa se sentía un frío invernal. Tuvimos que encender las luces y cerrar las ventanas.
Los sirvientes, que habían empaquetado sus propias cosas, estaban firmes al pie de la escalera cuando Alicia bajó, y yo detrás de ella, llevando su maleta. Nunca la había visto con un aspecto tan encogido y gris, parecía un ratoncito triste. Insistí en que los niños permanecieran arriba en su cuarto. No quería que se produjesen escenas de despedida demasiado cargadas de emoción. Christopher apenas había tenido consuelo durante muchos días, y mis hijos también estaban muy deprimidos. Pero yo insistí en que Malcolm estuviera presente en esta penosa y breve pantomima. Al llegar al pie de la escalera, le entregué la maleta a Malcolm y él la agarró torpemente, de mala gana, pero temeroso de contradecirme en esta coyuntura. Los ojos de Alicia se llenaron de lágrimas cuando llegó el momento de decir adiós, ya que ella estaba despidiéndose de veras de cada uno de ellos. Miró a su alrededor el enorme vestíbulo como alguien que sabe que tardará mucho tiempo en volver a verlo. Su actuación fue muy convincente porque sólo era actuación a medias. Vería el vestíbulo a su regreso, aunque tendría que limitarse a darle una ojeada mientras subía camino del ala norte.
Se acercó para abrazar a Mrs. Steiner; pero yo la cogí del brazo y la empujé hacia el coche que la esperaba.
-No hay tiempo para sentimentalismos, -apremié.
De pronto, Alicia quedó desplomada en mis brazos.
-Por favor, por favor, déjame que me despida de Christopher una vez más, -suplicó.
Malcolm me susurró al oído.
-¿Debo- seguir aquí y contemplar este histerismo?
-Acomódala en el coche, Malcolm, -ordené.
Alicia tuvo que ser llevada hasta el vehículo, medio a rastras, medio a cuestas. Tan pronto como la maleta estuvo dentro del portaequipajes, di unos golpecitos en la ventana y ordené al conductor que se marchase. Los neumáticos giraron en el barro húmedo y el automóvil cobró vida. Oí detrás de mí que se abría de golpe la puerta principal y los chicos gritaban: «¡Espera, espera!», mientras se lanzaban escalones abajo liberándose de los brazos de los sirvientes que les sujetaban. Mal iba a la cabeza del grupo, agarrando a Joel con una mano y a Christopher con la otra, prácticamente arrastrándolos. Persiguieron el auto durante un trecho, chillando y llorando.
-Ve a buscar a tus hijos, Malcolm, -le insté-, todos ellos.

XII. LA PRISIONERA Y SU CARCELERO

Alicia regresó aquella misma noche, después de haberse marchado los criados.
El taxi se acercó en la oscuridad. En el cielo, quedaban todavía algunas nubes, que cubrían la luna y las estrellas. Era como si ya no hubiese luz en el mundo.
Malcolm y yo esperábamos en un salón frontal, al igual que habíamos esperado a su padre el día que llegó acompañado de Alicia. Los chicos lloraron hasta caer rendidos, juntos los

tres, acurrucados, buscando consuelo al vacío que se producía en ellos después de irse Alicia. Yo quería consolarles, ciertamente, ser una madre para el pequeño Chris y un apoyo para mis propios hijos. Deseaba que me amasen como la amaban a ella; pero sabía que no podía ser así de alegre y cariñosa, que no era capaz de trotar, de saltar, ni de organizar tontos juegos de rimas. No obstante, yo los amaba a mi manera y los convertiría en jóvenes fuertes y honrados. Cuando fuesen mayores, apreciarían los valores que les había transmitido.

-¿Qué hora es? -preguntó Malcolm.

Señalé al otro lado de la habitación sin responderle. La casa estaba tranquila, silenciosa, con excepción del tic tac del gran reloj antiguo y el viento de la noche que se filtraba entre las persianas, penetrando entre las rendijas de las ventanas. Malcolm dio un golpe seco a su periódico, doblándolo cuidadosamente para examinar las columnas de las cotizaciones de Bolsa.

Habíamos estado sentados allí durante dos horas, perdidos en nuestro propio silencio. Si uno de los dos respiraba profundamente, el otro alzaba la cabeza sorprendido. El único comentario de Malcolm durante la última media hora se refería a unas acciones suyas que habían aumentado diez puntos. Imagino que lo hizo para poner de relieve que él obtendría mucho más provecho de mi dinero del que sacaba yo.

Vi entonces los faros del taxi que rasgaban la oscuridad y se paraban delante de la casa. Malcolm no se movió.

-Alicia ha vuelto, -dije y Malcolm gruñó-. Llevarás su baúl arriba. -Alzó la mirada sorprendido-. Bueno, ¿y quién esperas que lo haga? Lucas se ha marchado, ¿o es que ya te has olvidado de que hoy hemos despedido a los sirvientes y no tendremos un nuevo chófer hasta mañana?

Me levanté y fui a la puerta principal. Alicia salió del vehículo despacio, de mala gana, sabiendo lo que la esperaba en Foxworth Hall. Podía ver que estaba agotada por el viaje y la tensión. El chófer sacó el baúl y las maletas.

-Déjelas ahí, -me apresuré a decirle, pues era imposible permanecer mucho rato fuera-. Mi marido las entrará.

Malcolm había aparecido detrás de mí, en los escalones. Yo cogí la maleta pequeña de Alicia.

-¿Cómo está mi Christopher? -preguntó en el momento de salir del auto-. ¿Me ha echado de menos?

-Christopher es ahora responsabilidad mía, -le dije secamente-. Está en la cama, que es donde debe estar. -La cogí del brazo y la acompañé mientras subía la escalera-. Ve directamente al ala norte, -le indiqué-, y haz el menor ruido posible. No has de despertar a los chicos.

Ella no me respondió. Caminaba como un criminal condenado, y sólo hizo una pausa al pasar cerca de Malcolm, que iba a recoger el baúl y la maleta grande.

Caminando con gran suavidad, ambas cruzamos como fantasmas el vestíbulo silencioso, apenas iluminado. El ruido más fuerte lo produjo el roce del vestido de Alicia cuando dimos la vuelta a la rotonda y nos encaminamos, con la mayor rapidez posible, hacia el ala norte, cruzando pasillos y pasando por delante de muchas habitaciones solitarias de Foxworth Hall. Alicia se paró en la puerta de la estancia que se hallaba al fondo del pasillo. Me acerqué impaciente por detrás. ¿Creía ella acaso que era la única que estaba tensa y turbada?

-Si no entras en seguida, -dije-, esto se hará todavía más difícil para ti.

Ella me miró con odio por primera vez. Naturalmente no sería la última.

-He estado meditando durante todo el camino hasta la estación, en el tren, y en el camino de regreso, -dijo-. Pensando que quizá tú disfrutas con todo esto.

Contrajo los ojos.
-¿Disfrutar con esto? -Di un paso hacia la derecha, y mi sombra la envolvió en la penumbra; ella retrocedió como si pudiera sentir mi peso sobre ella-. ¿Disfrutar teniendo que fingir que tu bebé es mío? ¿Disfrutar al saber que mi marido me ha sido infiel, no una vez, sino muchas? ¿Crees que he disfrutado al tener que despedir a unos criados leales y fieles que he pasado años entrenando? ¿Te imaginas que puedo disfrutar al tener que mentir a mis hijos y ver que el tuyo se tragaba las lágrimas y la infelicidad hasta que cayó exhausto y tuve que acostarlo?
Mi voz era fina, casi histérica. Ella abrió los ojos desorbitadamente, y después su rostro se contrajo y sus labios temblaron.
-Lo siento, -murmuró-. Es sólo que estoy...
-No podemos permanecer aquí fuera hablando mientras yo estoy cargada con esta maleta, -dije-. Malcolm ya sube con el baúl.
-Sí, sí. Lo siento, -repetía ella, mientras abría la puerta.
Yo había dejado encendida la lámpara que había encima de la mesa que se encontraba entre las dos camas. Arrojaba un débil resplandor amarillento sobre el pesado mobiliario oscuro. Mi donación para dar calor y belleza al ambiente había sido la alfombra oriental de color rojo con fleco dorado. Ayudaría a aliviar la tristeza del cuarto, que era grande pero agobiante a causa de los muchos muebles amontonados en él.
En el ático, encontré un par de pinturas que me parecieron adecuadas a las circunstancias, y las colgué en las paredes, que se hallaban empapeladas en color crema con una bandada de aves blancas.
Uno de los cuadros representaba unos demonios grotescos que perseguían a gente desnuda en cavernas subterráneas, y el otro tenía unos monstruos sobrenaturales que se dedicaban a devorar almas lastimosas en el infierno. Las dos pinturas tenían unos brillantes colores rojos.
Alicia se dirigió directamente a la cama de la derecha y se quitó el abrigo. Las dos nos volvimos cuando Malcolm dejó el baúl a la derecha de la puerta. Miró primero a Alicia y después a mí. La furiosa mirada que le dirigí bastó para apresurarle.
-Voy a buscar la otra maleta, -dijo.
Aunque era un hombre fuerte, la indignidad de tener que cargar con el equipaje, subirlo por la escalera y transportarlo por los pasillos hasta llegar a aquella habitación, se le hacía insoportable. Respiraba fatigosamente y sudaba.
-Apresúrate, -le dije, aumentando su indignación.
Gruñó y desapareció.
-¿Cómo voy a comer aquí arriba? -preguntó Alicia.
-Te subiré la comida todos los días, cuando nosotros hayamos terminado. De este modo los criados no sospecharán.
-Pero la cocinera...
-No habrá cocinera hasta que te hayas marchado. Yo seré quien cocine. -Inclinó la cabeza y abrió mucho los ojos sorprendida-. No me mires así, -añadí-. Yo solía cocinar para mi padre.
-No quería insinuar que no fueras capaz de cocinar. Lo que me ha sorprendido es que quieras hacerlo.
En aquel momento, pensé que, durante todo el tiempo que Alicia había vivido allí, jamás mencionó que supiera cocinar. Su madre debía haberla mimado, pensé, no dándole nunca oportunidad de trabajar en la cocina y aprender algo. Y después se presentó Garland y remachó el clavo. Alicia no tenía que levantar ni un dedo para encontrarse las cosas a punto.

-Bueno, ahora no hay mucho donde elegir, ¿no crees? -Desvió la mirada-. ¿No crees? -repetí.
-No. Supongo que no.
-Naturalmente no podré entretenerme en preparar comidas especiales. No va a ser uno de esos lujosos restaurantes a los que Garland te llevaba, -dije ásperamente.
Me acerqué a las dos ventanas frontales y cerré más las cortinas.
-No esperaba comidas especiales, -replicó ella.
Ya se estaban envenenando las cosas. Alicia comenzaba a perder su suavidad, su gentil aspecto, su cálida envoltura de inocencia.
-Los alimentos serán nutritivos, teniendo en cuenta tu estado. Eso es lo más importante, ¿no crees?
Asintió rápidamente.
-Oh, Olivia, ¿qué voy a hacer aquí dentro? -preguntó, mirando a su alrededor-. El aburrimiento me matará.
-Te traeré revistas. Los sirvientes ignorarán que no son para mí, y vendré a visitarte siempre que pueda.
Alicia pareció agradecida por mis palabras.
-Me gustaría tener una radio, o una gramola.
-Nada de eso. Ese ruido, incluso aquí dentro, podría ser percibido desde fuera.
Abrí mucho los ojos para dar énfasis a mis palabras, con la sensación de estar hablando con un niño.
-¿Y si la llevara arriba, al ático? -suplicó.
Estuve pensándolo.
-Sí, supongo que, en ese caso no importaría. Te traeré una radio y una gramola. Tus discos todavía están abajo. De todos modos, nadie querrá escucharlos.
Ni a Malcolm ni a mí nos gustaba la nueva música de jazz que ella escuchaba sin cansarse, y se me ocurrió pensar que no debíamos haberlos dejado aquí cuando empaquetamos sus cosas. Por fortuna, ninguno de los antiguos sirvientes se había dado cuenta o preocupado por ello.
-Gracias, Olivia, -dijo Alicia.
Ya había comenzado a comprender que yo podía proporcionarle pequeños placeres y momentos ffelícess y que, del mismo modo, podía quitárselos.
La ayudé a desempaquetar y a colocar las ropas en el armario. Malcolm volvió con la maleta grande. Después de depositarla en el suelo, se quedó de pie en la puerta, observándonos.
-Eso es todo, Malcolm, -dije, despidiéndole como podría despedir a cualquier criado.
Palideció y se mordió el labio inferior. Vi la rabia en sus ojos y presentí la frustración que sentía. Después vaciló.
-¿Quieres decir algo antes de irte? -le pregunté-. ¿Deseas disculparte acaso?
-No. Parece que tú estás diciendo todo lo que hay que decir.
Dio media vuelta y se alejó de la habitación. Oí resonar sus pasos al alejarse por el pasillo. Cuando me volví a Alicia, la encontré con la vista clavada en mí.
-Malcolm ya ha sido debidamente informado de que ha de permanecer alejado de ti durante tu..., tu estancia aquí, -dije.
-Bien, -me respondió, con una sincera expresión de alivio en su rostro.
-Sin embargo, no soy lo bastante ingenua para creerme lo que Malcolm dice. Ya he visto cómo te mira.
Alicia dirigió sus ojos hacia la puerta como si Malcolm estuviera allí todavía y ella quisiera comprobar mis impresiones.
-Seguramente él...

-Has de entender, querida, que eres muy vulnerable, aquí sola en esta habitación, lejos de todos, con los ruidos ahogados por las gruesas paredes. No puedes gritar pidiendo ayuda; no puedes exponerte. ¿A dónde huirías? -Alcé las manos y me volví de una pared a la otra-. ¿Subirías al ático? Eso sería todavía peor.
-Pero tú te enterarías si algo...
-Durante la noche, cuando yo me haya dormido, puede deambular por estos oscuros pasillos, deslizarse descalzo; y, si viniera aquí, tú no gritarías y llamarías la atención hacia este lugar. Imagínate si Christopher descubriera que te hallas aquí escondida.
-Cerraré la puerta con llave, -decidió Alicia con rapidez.
-Antes también cerraste la puerta con llave, querida. Cerrar las puertas con llave no mantiene alejado a Malcolm Foxworth.
-¿Qué tengo que hacer? -Alicia parecía frenética.
-Como ya te dije cuando discutimos todo este asunto, has de cambiar tu apariencia, no debes parecerle atractiva, no has de recordarle a nadie, -dije en tono despreciativo.
Alicia se quedó mirándome. Yo le cogí el cabello.
-Lo siento, -dije-, pero no queda otro remedio.
-¿Estás segura? ¿Estás segura?
-Sí, lo estoy.
Comenzó a llorar en silencio.
-Siéntate en la silla, -le ordené.
Ella miró la silla como si estuviera a punto de subir al cadalso. Después, se acercó y se sentó, las manos en el regazo y los ojos llenos de lágrimas.
Saqué unas grandes tijeras del bolsillo de mi suéter y me puse detrás de ella. Primero le solté el pelo, liberando las mechas y alisándolas para exponerlas delicadamente. Su contacto era sedoso y agradable. Podía imaginar a Malcolm acariciándole el cabello horas y horas mientras soñaba al lado de Alicia. Mi cabello, hiciera lo que le hiciera, nunca había tenido ese tacto; y jamás, durante nuestras relaciones sexuales (era difícil llamarles actos de amor), Malcolm me había tocado la cabellera.
Agarré un grueso mechón con el puño izquierdo y lo alcé manteniéndolo estirado. Alicia frunció el ceño por mis tirones brutales. Después, cerré las tijeras alrededor y continué cortando mechas, lo más cerca posible del cráneo, a trasquilones. Lo hacía deliberadamente, Para que le creciera desigual. Mientras yo iba cortando, las lágrimas seguían deslizándose por las mejillas de Alicia, pero no hizo ningún sonido. Coloqué cuidadosamente los mechones sobre un chal de seda, los envolví e hice un nudo.
Cuando terminé, ella se apretó el cráneo con las palmas de la mano y profirió un solo grito de dolor.
-Ya sabes que volverá a crecer, -le dije, procurando poner simpatía en mi voz.
Ella se volvió y otra vez me miró con odio; pero yo le sonreí. El corte había cambiado radicalmente su apariencia. Parecía un muchacho. Había eliminado la corona de su belleza. Era como si hubiera ahogado el fuego detrás de sus ojos.
-Si ahora Malcolm te viese, no contemplaría lo mismo, ¿no crees?
Alicia no me respondió. Se limitó a contemplarse en el espejo. Transcurrió un momento, habló más con su imagen que conmigo.
-Todo esto es como una pesadilla, -dijo-. Por la mañana me despertaré y Garland estará a mi lado. No es más que un horrible sueño. -Dio media vuelta, y en su rostro apareció una sonrisa salvaje-. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que todo es un sueño, Olivia?
-Me parece que no, querida. Vale más que no te quedes ahí sentada fingiendo que lo es. Mañana por la mañana vas a despertarte en esta habitación y tendrás que enfrentarte con la realidad de lo que es y de lo que será. La mayoría de la gente hemos de hacerlo todos los días de nuestra vida. Cuanto más fuerte seas, menos dependerás de vivir en la fantasía.

Alicia asintió de mala gana, con una expresión de derrota total. Casi podía leer sus pensamientos.
-Garland no estará contento de que todo acabe así, lo sé. Christopher y yo éramos la luz de su vida. ¡y pensar que mi hijo duerme en la misma casa y no ha de saber que estoy cerca de él... Es demasiado cruel, demasiado cruel...
Comenzó a llorar de nuevo.
-Sin embargo, así han de ser las cosas. Ahora me marcharé, -dije-. Mañana vendré más temprano que de costumbre, porque los nuevos sirvientes no llegan hasta la hora del almuerzo. Recogí el hatillo con sus cabellos cortados y ya me iba cuando me llamó:
-Olivia.
-Dime, querida. -Me volví hacia ella.
-Por favor, déjame un rizo. ¿Aunque sólo sea un pequeño rizo de mi cabello.
Benévolamente, le entregué un brillante bucle castaño.
-No me odias, -susurró-, ¿verdad que no?
Y en sus ojos vi miedo.
-Claro que no te odio, Alicia. Solamente odio en lo que te has convertido, como seguramente tú también lo odias.
Abrí la puerta y salí. La cerré suavemente detrás de mí y di la vuelta a la llave. El sonido de sus sollozos moría en la oscuridad del pasillo mientras yo iba apagando las luces. Las sombras que acechaban llenaron en seguida el espacio, alzando una muralla negra entre Alicia y su hijo dormido, que esperaría en vano a su madre en un mundo de luz y vida.
Recorrí aprisa el pasillo hasta llegar a la rotonda. Por los ruidos que llegaban, supe que Malcolm estaba todavía en la planta baja, probablemente en la biblioteca, en su despacho. Le imaginé allí sentado mirando con odio hacia la puerta, quizás a la expectativa de mi llegada.
Pero esta noche no tenía ningún interés en hablar con él. Todo lo que había de hacerse ya estaba hecho. Me hallaba cansada. Fui hacia mi habitación; pero me detuve en la puerta de la sala de los trofeos. Algo me vino a la mente, lo que se me ocurrió me pareció deliciosamente vengativo y satisfactorio. Abrí la puerta, encendí las luces y me dirigí al escritorio ante el que solía sentarse Malcolm cuando subía aquí para estar solo. Puse en el centro de la mesa escritorio el chal que contenía los cabellos cortados de Alicia y deshice el nudo para que el montón de hermosos rizos castaños quedase expuesto a la vista.
Cuando llegué a la puerta, me volví para mirar una vez más el cabello amputado sobre el escritorio de Malcolm, y sonreí satisfecha, apagando después las luces. Permanecí allí unos instantes escuchando los ruidos de la casa. Aquella noche cada crujido parecía amplificado. El viento rodeaba la gran mansión, cubriéndola con un frío envoltorio. Se necesitarían muchos días de cálido sol veraniego para descongelar el muro helado del enorme edificio. Y durante todo aquel verano, Alicia permanecería sentada en una habitación oscura, llena de muebles, debajo del gran ático, esperando el nacimiento de un hijo que no había deseado y del que no sería madre. En realidad, era una condena de prisión, y yo era la carcelera.
Ese papel no me gustaba; pero Malcolm me lo había impuesto, y yo sabía que la mejor manera de derrotarle era desempeñarlo mucho mejor de lo que él pudiera esperar. Malcolm lamentaría toda su vida aquella noche, lamentaría lo que me había hecho y lo que me obligaba a hacer a Alicia.
Me dirigí de prisa a mi dormitorio y procuré dormirme en seguida, ya que el sueño se había convertido en el único y verdadero escape de la locura de Foxworth Hall. Por ironía, esto era igual para Alicia que para mí.
Pasaban las semanas como yo le había predicho que iban a ser para ella, penosas y lentas. Todos los días, en cuanto entraba en la habitación, Alicia me suplicaba que le permitiera ver a su Christopher.

-Si no aquí dentro, -rogaba-, por lo menos déjale... que esté delante de mi ventana para que yo pueda echarle una ojeada, verle... No puedo soportarlo por más tiempo
-Christopher se ha acostumbrado al fin a tu ausencia. ¿Por qué perturbarle ahora? Si le quisieras de verdad, Alicia, dejarías las cosas tal como están.
-¿Dejarlas? Soy su madre. Se me rompe el corazón. Parece que los días son cada vez más largos. ¡una semana aquí dentro es como un año!
Por la mañana, se quejaba de mareos. Por las tardes, lloraba por Christopher. Siempre estaba cansada, y la mayoría de las veces la encontraba tumbada en la cama, mirando fijamente el techo. Sus mejillas, en otro tiempo sonrosadas, palidecieron, y aunque yo insistía en que se comiera todo lo que le llevaba, su cara comenzó a tener un aspecto demacrado. Después de dos meses encerrada en aquella habitación se le formaron círculos oscuros alrededor de los ojos.
Solía llevar un pañuelo en la cabeza. Después de haberla encontrado una docena de veces con ese pañuelo, cada vez que entraba le pregunté la razón.
-Porque no puedo soportar verme con el cabello de esa manera cuando paso delante del espejo, -explicó.
-¿Y por qué no tapas el espejo? -sugerí. Sabía que todas las mujeres eran presumidas; y las de su estilo muchísimo más. A pesar de no poseer cosméticos y de haberle cortado el cabello, supuse que todavía se sentaría delante del espejo imaginando que se hallaba en la suite de su hermoso dormitorio preparándose para una velada con Garland, o planeando lo que se haría cuando el cabello le creciera nuevamente y ella estuviera fuera de aquel lugar.
Acabó aceptando mi sugerencia y envolvió el espejo con una sábana. La disipación de su belleza formaba parte de la dura realidad que ahora quería esquivar. Sin embargo, cuando entré con la bandeja de la comida y vi la sábana delante del espejo, no hice ningún comentario.
Ella me miró desde la cama, con los ojos brillantes por las lágrimas de rencor y aburrimiento. Ya no llevaba el pañuelo; no había motivo alguno para usarlo ya que el espejo estaba anulado.
-Creía que te habías olvidado de mi cena, -me acusó.
En sus palabras había una nueva aspereza. Su rabia la hacía pronunciar las consonantes con exageración, y la voz había bajado de tono, sonando casi masculina.
-¿Cena? Esto es el almuerzo, Alicia, -dije.
Al darse cuenta, el horror y la sorpresa quedaron retratados en su cara.
-¿El almuerzo? -Miró el pequeño reloj colocado en una catedral de marfil sobre la cómoda-. ¿Solamente el almuerzo? -repitió.
Se sentó con lentitud y me miró con sus ojos azules vidriosos, asustados. Yo sabía que ella había llegado a considerarme como su carcelera. Cuando se le ocurría algo nuevo para hacer, tenía que pedirme permiso.
Su vida ya no le pertenecía.
-¿Cómo está Christopher? ¿Me echa mucho de menos? ¿Pregunta por mí todos los días? -inquiría, pendiente de mis respuestas.
-Algunas veces, -le respondía yo-. Mis hijos le ayudan a distraerse.
Alicia asentía, intentando patéticamente alejar de su mente la imagen del niño. Yo pensaba también en él, el hermoso Christopher de cabellos dorados, en su rostro que recuperaba la alegría después de los primeros meses separado de su madre. Sus ojos resplandecían otra vez cuando por las noches le leía sus historias favoritas, antes de acostarlo. Ciertamente yo estaba comenzando a pensar en Christopher como en uno de mis propios hijos. Él y ellos jugaban muy bien juntos en el cuarto de los niños. Mal y Joel lo adoraban.
Christopher parecía tener todo el esplendor de su madre en los tiempos felices. Pero esa maravillosa alegría no era seductora y lujuriosa, sino brillante y abierta, compasiva e

inocente. Era más cariñoso que ninguno de mis dos hijos. Algunas veces pensaba que se debía a que llevaban sangre de Malcolm. Todas las mañanas Christopher corría hacia mí, chillando:
-Quiero centenares de besos, quiero centenares de abrazos... ¡Huy...!
Un día, cuando le acosté para la siesta, sus bellos ojos azules me miraron y me preguntó:
-¿Puedo llamarte mamita alguna vez?
Naturalmente, a Alicia no le conté nada de eso. Mantuve siempre la conversación centrada en ella misma.
-Hoy tienes un aspecto sucio, Alicia. Deberías cuidarte mejor, -le reñí.
Se volvió bruscamente hacia mí y me habló con los dientes apretados.
-Estoy así porque vivo un día tras otro dentro de este..., de este armario.
-Esto es mucho mayor que un armario.
-Y el único sol que consigo ver es el que entra por las ventanas de arriba. Ayer estuve sentada bajo sus rayos hasta que pasó y me dejó en las sombras. Me siento como una flor hambrienta del alimento del sol, una flor que se marchita dentro de un armario. Muy pronto estaré seca y muerta y podrás prensarme entre las páginas de un libro. -Y en su voz había una mezcla de ira y autocompasión.
-Ya no estarás aquí mucho tiempo, -la animé-. No te hace ningún bien estar sentada dándole vueltas a tu frustración, -comenté en un tono de voz indiferente, lo cual la enfureció todavía más.
-¿Y si saliera a pasear en secreto? Podrías alejar a los niños de la casa y...
-Pero, Alicia, ¿y los criados? ¿Cómo podría explicarlo si te vieran? ¿De dónde les diría que has venido? ¿Quién les contaría que eras? Y si los niños oyeran comentar algo... ¿No lo entiendes? Lo que me pides es del todo imposible. -Alicia asintió-. Lo siento por ti, -continué-. Confío que lo comprendas. ¿Lo entiendes, verdad?
Ella alzó su mirada hacia mí con ojos escrutadores e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.
-Nadie disfruta con todo esto, y yo menos que nadie. Piensa en el futuro y podrás sobrellevar el presente, -le aconsejé.
De pronto se le ocurrió otra cosa.
-Haz que se marchen todos los criados, -sugirió, y en su rostro apareció la excitación de una idea nueva y, según ella, inteligente-. Dales unas vacaciones, aunque sea para un fin de semana. Eso es todo lo que necesito, uno o dos días de aire fresco. Por favor.
-Son unos pensamientos ridículos. Te aconsejo que te controles, -le dije, mientras tomaba mi propia decisión-. Lo único que conseguirás será enfermar y quizás hasta perder el niño. Anda, come y alimenta al mismo tiempo al bebé que llevas dentro de ti, -añadí, y salí de la habitación antes de que siguiera hablando del asunto.
Cuando aquella noche volví junto a ella con la cena, parecía haber cambiado. Se había bañado y vestido, y llevaba una linda camisa azul. Se hallaba sentada en la cama como si estuviera en la parte trasera de un coche y de viaje.
-Oh, -exclamó al verme-, ya hemos llegado al restaurante. ¿Qué vamos a comer?
Estaba fingiendo que iba en coche con Christopher. Me asombró, pero no dije nada.
Alicia me miró esperanzada, confiando que yo me convirtiera en parte de la fantasía. Dejé la bandeja sobre la mesa y la observé creando aquella situación imaginaria, levantándose y andando como si se dirigiese a la mesa de un restaurante. Parecía más animada, más feliz.
Me habló como si fuese la camarera. De pronto me di cuenta de que había algo extraño en todo ello. Alicia no estaba fingiendo solamente por distracción. Alicia estaba viviendo realmente la experiencia de este viaje. Continuaba su conversación como si yo no estuviera allí, o como si yo realmente fuese una extraña. No me gustó; pero no supe qué hacer al respecto.
Me despidió diciendo:

-Ahora ya puede llevarse todo eso, -refiriéndose a los platos sucios de la cena.
Y comenzó a dar de comer a un Christopher imaginario, explicándole que después del restaurante iríanal parque, donde verían animales y subirían a los caballitos. Comprendí que el ático era para ella el parque. Se había puesto el vestido más bonito que tenía, entre los que yo le había permitido llevarse. El vientre no era aún muy abultado para impedirle usarlo, y había rasgado una tira de una combinación beige, que ató a manera de cinta en los cortos mechones de su cabello.,
-¿Te encuentras bien? -le pregunté.
Se interrumpió.
-Perdona, Christopher, -dijo a la silla vacía que tenía al lado-. La camarera quiere saber algo. ¿Qué dice usted? -preguntó, canturreando la pregunta.
Apreté los labios y erguí la espalda. Alicia tenía una sonrisita demencial. ¿Creía acaso que yo iba a seguirla en aquella payasada? No repetí la pregunta. En lugar de hacerlo di media vuelta y llevé la bandeja con los platos hacia la puerta.
-Ha dicho que ya no tienen helados, -dijo Alicia a su hijo inexistente-. Pero no te preocupes. Quizás encontraremos algún carrito de helados en el parque. Y nunca más volveremos a este restaurante, ¿eh?
La oí que se reía mientras yo cerraba la puerta detrás de mí. Locura, pensé, y por primera vez desde que ella había regresado de nuevo a Foxworth, sentí el anhelo de que volviera a marcharse.
Continuaron las representaciones. La habitación al final del ala norte se convirtió en el mundo ilusorio de Alicia. Unas veces, cuando yo llegaba, ella y su invisible hijo estaban en un coche; otras, iban en el ferry. En ocasiones, había subido al ático. Tenía en marcha el gramófono y fingía que estaban en un teatro de marionetas. Había hecho dos muñecas con unos calcetines y utilizaba el armario como escenario de títeres.
Cada vez que entraba me llamaba algo distinto.
O bien era la camarera, o el acomodador que recogía los billetes en el teatro de marionetas, o un técnico del ferry... Lo que fuese, pero nunca Olivia. Ahora ya no veía el miedo en su cara cuando yo entraba. Me miraba con una sonrisa expectativa en el rostro, esperando mi reacción ante su nuevo invento.
Y así siguieron las cosas. Un día, al entrar, me encontré que había quitado la sábana del espejo. Ya no le molestaba verse y comprobar en lo que se había convertido, porque ella no veía la imagen real. Veía aquello que imaginaba. Con un cepillo en la mano se quedaba de pie frente al espejo y cepillaba el aire como si el cabello le cubriese los hombros.
Lo más irónico de esta situación era que su tez volvió a recuperar su espléndido tono de melocotón. Sabía que algunas mujeres se embellecían durante el embarazo. Yo no había sido una de ellas; pero Alici había conservado toda su hermosura durante el en barazo de Christopher. Y ahora, ayudada por sus visiones, sucedía lo mismo con éste.
-¿Qué estás haciendo? -le pregunté.
Se volvió de espaldas al espejo. No me había oído entrar.
-Oh, Olivia, Garland me ha dicho que ni la propia Venus pudo tener un cabello tan hermoso como el mío. ¿Te imaginas? Los hombres llegan a ser muy extravagantes con sus elogios. No saben lo que eso puede hacer a una mujer. Yo le dejo hablar. ¿Por qué no? ¿Qué daño hace a nadie? Desde luego a Venus le da igual, -Se ‘echó a reír, pero su risa era tan rica y exuberante como solía ser cuando Garland estaba vivo.
«Se está volviendo loca, -pensé-. Embarazada y encerrada aquí, se está volviendo loca.» Pero yo no tenía la culpa. Era otro pecado que Malcolm debería soportar. Quizás él había esperado que esto sucediera, tal vez lo había esperado incluso. Ella daría a luz al niño, y él se quedaría con el bebé. Pero, en aquella situación, no podría entregar a Alicia su gran

fortuna. Habría que encerrarla. Y él lo tendría todo: el niño, el dinero... y adiós Alicia. Además, adoptaríamos a Christopher.
Semejante puesta en escena me enfureció. Una vez más, Malcohn Neal Foxworth se saldría con la suya derrotando a todos, incluso a mí. Yo no podía permitirlo.
-Alicia, Garland está muerto. No puede haberte dicho eso ahora. Has de acabar con esto, deja ya esas ridículas ficciones antes de que te vuelvas loca. ¿Me oyes? ¿Entiendes lo que te digo?
Ella continuó en pie, sonriente. Solamente oía lo que quería oír.
-No hay nada que él no esté dispuesto a comprarme, nada que no sea capaz de hacer por mí, -dijo-. Es terrible, lo sé; pero me basta mencionar algo que veo o necesito, y al día siguiente, o el mismo día, él lo ha mandado traer. Estoy tan mimada, pero no puedo evitarlo... De todos modos, -prosiguió, volviéndose al espejo y cepillando el aire-, Garland dice que le gusta mimarme. Afirma que es feliz mimándome y que yo no tengo ningún derecho a privarle de ese placer. ¿No es maravilloso?
-Te he traído vestidos maternales, Alicia, -dije.
Pensé que si la ponía frente a eso quizá la haría volver rápidamente a la realidad. Coloqué el montón de vestidos en la cama.
-Míralos y escoge, -la invité-. Ya no puedes llevar esas ropas.
Ella no se volvió.
-¡Alicia!
-La noche pasada Garland me dijo, me dijo... «Alicia, no me pidas la luna o me volveré loco intentando alcanzarla para ti.» -Se echó a reír-. ¿Debería pedirle la luna, Olivia?
-Las ropas pre-mamá, Alicia, -insistí.
Ella continuó ignorándome. Finalmente salí de la habitación confiando en que ella se enfrentara con las ropas y se diera cuenta de lo que había que hacer.
Aquella noche, sin embargo, permanecí desvelada en la cama pensando en sus escapadas demenciales. Naturalmente, su pretendida vida había de tener lugar en tiempo presente, pensé; pero había algo en la manera de referirse a Garland que parecía ir más allá de la locura; algo fantasmal, como si él, realmente, hubiera acudido a verla cada noche.
De pronto se me ocurrió un terrible pensamiento. ¿Y si Malcolm había desobedecido mis órdenes y la visitaba? ¿Y si ella le había mirado y considerado como si fuese Garland? ¿Y si Malcolm estaba aprovechándose de la locura de Alicia e iba a su habitación a media noche, después que yo estaba dormida? Alicia no se daría cuenta de que el hombre que abrazaba no era Garland sino Malcolm. Aquella posibilidad me impidió dormir.
En algún momento, durante la noche, me pareció oír pisadas en el pasillo. Cuando asomé la cabeza, Malcolm ya habría tenido que deslizarse por la esquina del vestíbulo y dirigirse al ala norte. Volví a mi dormitorio, me puse la bata y las zapatillas, y salí con sigilo de mi habitación. Iba a acercarme al ala norte y abrir sencillamente la puerta; pero se me ocurrió algo mejor. Si Malcolm estaba allí dentro, no quería darle oportunidad de abandonar la cama de Alicia. Podía oírme cuando yo anduviera por el pasillo o moverse con rapidez cuando yo girase la llave en la cerradura.
Por ello, en vez de acercarme por el corredor, me fui a la entrada principal del ático. Encendí la pequeña luz que iluminaba la escalera, cerré la puerta con sumo cuidado, confiando en que ni Malcolm ni ninguno de los criados me oyese, y comencé a subir. Mi intención era cruzar el ático y bajar por la escalerilla que daba a la habitación de Alicia. Les observaría un rato en la cama, y después me enfrentaría con ellos.
Pero cuando me hallaba en el ático, vagamente iluminado por la luz de la escalera, ésta se apagó de pronto y me encontré sumida en la más profunda oscuridad. Vacilé, no sabiendo si avanzar o retroceder. Impulsada por mi primera intención, proseguí, tanteando el camino con cuidado.

Creía acordarme bastante bien de cómo era para avanzar en las tinieblas. Entonces oí a mi derecha un ruido de carrerillas. Me sentí llena de pánico. Estaba segura de que eran ratones. Los imaginaba corriendo por encima de mis pies, haciéndome caer, paseándose sobre mi cara y mi cuerpo. De pronto me sentí desfallecer. Aquel ruidito parecía girar dentro de mi cabeza. ¡Tenía que salir de allí!

Me volví bruscamente y me encontré frente a una persona que estaba en pie entre las sombras. Apenas pude ahogar un grito, cuando reconocí un antiguo maniquí para vestidos. Pero había dado un salto tan brusco hacia atrás, que tropecé con un baúl y caí chocando contra una percha llena de vestidos viejos, que hice caer al suelo. Al intentar ponerme en pie, tanteé el suelo con las manos. ¡Toqué algo peludo! ¡Una rata! Aumentó mi pánico y avancé a gatas, derribando un montón de libros viejos. Hacía tanto calor que casi no podía respirar.

Me levanté; pero había perdido el sentido de la orientación. Fuese hacia donde fuese, parecía topar contra un muro. Me envolvía la oscuridad, que cada vez me presionaba con más fuerza, hasta que me sentí incapaz de moverme hacia ningún lado. El terror me inmovilizó. Los pies me pesaban como el plomo, tenía las piernas trabadas. Me propuse caminar, pero no pude dar ni un solo paso. Comencé a sollozar en silencio.

Los ratones enloquecieron, corriendo por encima de los muebles, entrando y saliendo de baúles y armarios. Todo el ático parecía vivo, lleno de los horribles roedores. Imaginé las formas vagas de los antepasados de Malcolm arañando las paredes para emerger, revividos por mi alboroto. Esta era una casa que no toleraba debilidades ni miedos. Cuando ellos lo olfateaban en alguien, procuraban destruirlo.

Me acerqué a la pared más próxima y fui palpando en dirección a lo que confiaba fuese la escalera del frente. Chocaba nerviosa con viejos muebles y jaulas de pájaros, y tropezaba con los baúles. Mis manos agarraban cosas que se convertían en criaturas de sangre caliente y palpitante, aunque en el fondo supiera que había tocado prendas de vestir o el brazo de un sillón. Después, se me enganchó el cabello en la puertecilla abierta de una jaula, y ésta cayó sobre mí. Cuando agarré el mástil del soporte, me pareció que era una larga serpiente negra. Todo se había hecho siniestro y tenía vida.

No sé cuánto tardé en llegar a la escalera. Hube de recurrir a toda mi capacidad de control para serenarme y poder continuar; pero, al fin, reconocí la cima de la escalera y bajé.

Tan pronto como abrí la puerta y salí al pasillo, me sentía tan feliz que quería gritar. Corrí hacia el ala sur, a refugiarme en mi habitación. Cuando me vi frente al espejo, tenía el aspecto de una loca furiosa. El cabello alborotado, la bata manchada, la cara sucia y las manos negras por el polvo y la mugre. Sabía que nunca podría volver a subir al ático. En mis pesadillas, no obstante, lo visité con frecuencia; pero sólo el pensar en abrir la puerta y comenzar a subir la escalera, me llenaba de pánico.

Después de asearme volví a la cama. Durante largo rato estuve desvelada, agradecida por la comodidad y el calor de mi dormitorio. Después, recordé mi propósito original. Al poco, tuve la seguridad de oír otra vez pasos en el corredor. Corrí a la puerta. Me pareció como si Malcolm acabase de entrar' en su cuarto. Esperé atenta para escuchar el clic de su pestillo; pero no percibí nada.

En lugar de atraparlo y confrontarlo como había querido hacer, yo misma me había atrapado, y confrontado arriba, en aquel viejo y aterrador- ático lleno del pasado retorcido de los Foxworth. Ahora ese ático me perseguiría, pensé.

Esta casa tenía un medio para proteger a los suyos. Envolvía a Malcolm en silencio mientras recorría sigiloso el pasillo. Estaba segura de ello. Las paredes conocían la verdad pero no podían contármela.

Vacilé un momento y después cerré la puerta y regresé a la cama. No me quedé dormida hasta la madrugada, y entonces me despertaron los pasos fuertes y arrogantes de Malcolm cuando se dirigía a desayunar.
Al reunirme con él, intenté leer en su cara si había alguna huella de haber visitado a Alicia durante la noche. Mantenía su palabra hasta el momento, y no me preguntaba nada sobre ella, haciendo como si ya no estuviera con nosotros.
Estaba sentado en su extremo de la mesa, leyendo el periódico matinal, e ignoró mi llegada, como de costumbre. Después que la doncella me hubo servido café, le hablé.
-¿Has oído algo extraño la noche pasada? -le pregunté.
Dejó el periódico con una expresión de asombro.
-¿Extraño? ¿Qué quieres decir con eso de extraño? -preguntó como si se tratara de un término extranjero.
-¿No has sentido como si alguien caminase por el ala norte?
Se quedó mirándome un momento y después, con sus ojos inescrutables, se inclinó hacia delante para poder hablar sotto voce.
-La puerta está cerrada, ¿verdad? No puede salir y merodear por ahí, ¿verdad?
-Claro que no puede. Pero eso no quiere decir que alguien no pueda entrar allí, ¿no te parece? -repliqué, y mi voz era tan baja como la de Malcolm, pero más áspera.
-Y ahora, ¿qué quieres decir con eso? -preguntó, irguiéndose bruscamente.
-¿Has violado nuestro acuerdo? -exigí.
-Te aseguro que no necesito pasar mi tiempo escurriéndome por esta casa. Y confío en que tú también tengas otras cosas que hacer que andar por ahí acechando para descubrir..., alguna Violación, como dices.
-No tengo por qué acechar. Solamente hay un lugar en la casa que me preocupa en estos momentos, -dije sintiendo tensión en la cara.
Malcolm desvió la vista de mi penetrante mirada y meneó la cabeza.
-¿Te ha dicho algo? ¿Ha inventado algo? Una mujer como ésa, encerrada en aquella habitación, sola, es evidente que ha de soñar despierta, -dijo sonriendo de un modo ridículo, y sus labios se curvaron tanto que tenía aspecto felino.
-¿Cómo sabes que sueña despierta? -me apresuré a preguntar.
-Por favor, Olivia, tus esfuerzos infantiles para actuar de detective son mucho más ridículos de lo que puedes imaginar. No encontrarás mis huellas dactilares en esa habitación.
Cogió de nuevo el periódico y lo dobló, asegurándose de mostrarme su desdeñosa sonrisa antes de ocultarse detrás de las páginas.
-Así lo espero, -dije.
Si estaba preocupado, no lo demostró. Volvió a su lectura, terminó de desayunar con la rapidez de costumbre y se marchó a su trabajo dejándome como guardiana de la locura que su propia locura había creado.

XIII. REGALO DE NAVIDAD

A medida que las hojas verdes del verano se iban secando, se encogían y caían, y los árboles alargaban sus brazos solitarios hacia el cielo, cada vez más desnudos, mi propio embarazo comenzó a crecer. Todo el verano había deambulado por la casa intentando recoger almohadones de diferentes tamaños y formas para representar mi papel de embarazada. Encontraba un cojín en la sala y pensaba: «Sí, éste tiene el tamaño de tres meses.» Descubrí algunos más en el ala norte. Pero Foxworth Hall era una mansión tan austera y poco adornada que, en el séptimo mes, cuando el bebé tenía que notarse ya bien, tuve que ir a la habitación del cisne para encontrar un almohadón lo bastante grande para ser mi hijo en aquella fase. Sí, había estado de acuerdo en mantener la farsa de que era yo

quien había de parir en diciembre. Y qué irónico resultaba que el bebé tuviera que nacer el día de Navidad.
Tan pronto como «mi estado» se hizo visible, supe que había llegado el momento de explicar a los chicos el próximo nacimiento. Mal y Joel, tal como yo había insistido, habían estado asistiendo a la escuela pensionado de Charleston desde setiembre. Christopher se había quedado en casa conmigo. Yo añoraba tanto a mis niños y él echaba tanto de menos a Alicia, que nos hicimos muy amigos, casi como si fuéramos de verdad madre e hijo. Estaba pendiente de él por la mañana, al mediodía y por la noche. Fue la única alegría de mi vida durante esos meses duros y extraños. Solíamos jugar a brujas; pero Christopher insistía siempre en que yo fuese una buena bruja. Y, ciertamente, a medida que iba gestándose el bebé, yo presentía que ese hijo sería un regalo de Dios, como lo era también Christopher. Decidí que el momento más apropiado para comunicárselo a los niños sería anunciarlo en la comida del Día de Acción de Gracias, para que Malcolm estuviera presente y compartiera las alegres noticias. Aquel Día de Acción de Gracias tendríamos mucho por lo que estar agradecidos.
Como sólo disponía de dos criados, estuve ocupada toda la mañana ayudando a preparar una fiesta muy especial. Hasta el mediodía, cuando llegó la hora de sentarse a comer, yo estaba exhausta, sintiendo plenamente el «peso de mi embarazo». Mientras Malcolm trinchaba el pavo, tostado a la perfección, yo alcé mi copa y la hice sonar golpeándola ligeramente con la Cuchara.
-Hijos, hijos. En este día feliz, tengo que anunciaros algo muy importante. Habréis notado que mi figura ha ido cambiando en los últimos tiempos. Pues bien, éste es el secreto. Pronto nacerá otro niño en nuestra casa, un niño que ha de llegar cerca de Navidad. Dios en verdad nos está haciendo este año un gran regalo navideño.
Malcolm arrojó a la mesa el cuchillo de trinchar, enrojecida la cara y mirándome con furia.
-Olivia, ¡me correspondía a mí anunciar esto! ¡Cómo te atreves a tomar parte en este asunto!
Entorné los ojos y puse en mi voz toda la frialdad del viento de noviembre que se llevaba las hojas secas.
-Según ya discutimos, Malcolm, recordarás que yo estoy a cargo de todos los asuntos concernientes al nacimiento de nuestro nuevo hijo.
-Madre, ¿será niña o niño? -interrumpió Joel.
-No seas bobo, -intervino Mal-, eso no se sabe hasta que nace.
Mal se parecía cada vez más a Malcolm. Le encantaba ser el más listo, el más sabio y con frecuencia abusaba de su poder con Joel. Christopher estalló en sollozos.
-Por favor, no dejes que venga nadie más, Olivia. No quiero que un bebé te ocupe todo el tiempo. No quiero perder otra mamita, -gemía.
Le consolé diciéndole:
-Nadie te remplazará nunca, Christopher, ningún niño ni ninguna niña pequeña.
-Será una niña, -tronó Malcolm.
Me miró furioso y reanudó su tarea de trinchar el pavo, con una especie de viciosa concentración dedicada a mí.
La rabia de Malcolm cubrió con una capa de silencio nuestra comida del Día de Acción de Gracias. Los niños parecían acobardados; Christopher me miraba sin cesar, buscando seguridad en mí con expresión suplicante. Malcolm no hacía más que reprender a nuestros hijos por la manera en que sostenían tenedores y cuchillos. ¡Por qué no los dejaría tranquilos! Acusaba a Joel de cortar la carne como un afeminado, y cuando Mal le replicó gritando: « ¡Yo creía que tú querías una niña!», Malcolm se limitó a un bufido de disgusto y siguió comiendo su puré de patatas.

Ayudé a la criada a despejar la mesa. Podía ver cómo me dirigía miradas de soslayo, preguntándose por qué mis noticias no habían provocado una celebración más festiva. Pero yo endurecí mi mirada. Las criadas no tenían que ver mi tristeza. Tan pronto como los chicos se fueron a su cuarto a dormir, y Malcolm, como de costumbre, salió porque tenía que atender «algunos negocios en la ciudad», preparé una cesta de excursión con comida del Día de Acción de Gracias para llevársela a Alicia. Solía llevarle la cena antes de comer nosotros. Aquel día eran las ocho de la noche. Sabía que estaría hambrienta.
Mientras subía la escalera por lo que me parecía la millonésima vez, apoyé el cesto encima de mi bulto almohadillado.
La primera vez que Alicia me vio con mi vientre falso, se echó a reír. Naturalmente, ella tenía que llevar mis vestidos pre-mamá y yo pensaba que si alguien tenía un aspecto cómico, precisamente era ella.
Alicia había intentado torpemente subir el dobladillo; pero la mayoría de las faldas le arrastraban por el suelo; los cuerpos colgaban de sus pequeños senos, y sus brazos parecían perdidos dentro de las mangas. Como en su primer embarazo, no tenía manchas en la cara. Me parecía ver a una niña vestida con ropas de mujer. Le había crecido el cabello; pero lo había estado recortando de modo que le llegaba solamente hasta la base del cráneo.
Abrí la puerta y estampé una sonrisa alegre en mi cara.
-Fiesta del Día de Acción de Gracias, Alicia.
Atacó vorazmente la comida sin saludarme siquiera mientras me arrancaba la cesta de las manos. Cogió el pedazo de pavo, dio un mordisco en la carne, y suspiró. Después, delicadamente, recogió el relleno con los dedos y lamió hasta la última migaja.
-¿No te está aumentando mucho el apetito ahora? -me preguntó.
Parecía excitada, igual que una escolar que comparase notas.
-¿Cómo?
Realmente no comprendí su pregunta. Ella seguía sonriendo entre mordiscos. Nunca la había visto devorar la comida de esa manera.
-Tu apetito, -repitió-. ¿No es absolutamente enorme? Algunas veces pienso que podría estar comiendo todo el día, y siento tentaciones de acercarme a las ventanas y gritarte que me subas más alimentos. Podría comer cualquier cosa, cualquier combinación y en la cantidad que sea, incluso productos sin cocinar. La noche pasada soñé en un bistec, helado y galletas. ¿Tú no sientes esos deseos? -me preguntó inclinando la cabeza a un lado y presionando con su índice derecho la mejilla. últimamente se había comportado con más normalidad, y ahora me preguntaba si su locura estaría volviendo.
-¿Por qué habría de tener tanto apetito? -pregunté, no sabiendo si sonreír o enfadarme.
Ella no me respondió. Rió y volvió a su comida. ¿Estaba intentando fastidiarme? ¿Era su modo demencial de vengarse de mí?
-Yo no como ni más ni menos que siempre, -le dije en tono seco, y salí de la habitación.
Ella se estaba riendo todavía cuando cerré la puerta y di la vuelta a la llave.
Sin embargo, a partir de ese día, cada vez que iba a su habitación para llevarle sus cosas, ella se las arreglaba para hacer algún tipo de comentario respecto a mi embarazo y al suyo. Ignoraba cualquier cosa que yo le dijera y actuaba como si fuese yo la que estaba volviéndose loca. Hasta que sentí la necesidad de aclararle las cosas.
-¿Te das cuenta de los motivos que tengo para hacer esto, verdad? -le planteé un día después de permanecer un rato en la habitación.
Ella estaba sentada junto a la ventana, dedicada a su interminable labor de tejer botitas de color rosa, mantas y ropitas. Ya tenía una pila suficiente para equiparar a seis bebés, pero continuaba haciendo punto sin parar. Lo más peculiar era que ella también parecía estar segura de que este bebé sería una niña, como si Malcolm, junto con su semilla, la hubiera impregnado con su obsesión. El sol del frío invierno asomaba por las ventanas, iluminando

la habitación sin caldearla. Naturalmente, los almohadones que yo llevaba atados en mi vientre me mantenían con calor. Di unos golpecitos a mi barriga para que ella comprendiera lo que yo quería decir con «hacer esto». Alzó su mirada, y en sus ojos danzaba la alegría.
-Estás haciendo esto, -dijo-, porque Malcolm Neal Foxworth exige una gran familia; y, sobre todo, porque está reclamando una hija.
-Pero tú eres quien va a tener el niño, Alicia. Los síntomas reales son tuyos, no míos.
La sonrisa desapareció de su cara.
-¿No te gustaría estar embarazada? -me preguntó en tono agudo y mordaz.
-Eso no es lo que importa en este momento, ¿no crees? -dije, intentando intimidarla.
Si había alguna razón por la que no toleraba sus preguntas raras, era porque me situaban a la defensiva. Yo era la mujer pura; ella era quien había pecado. Yo era quien iba a rescatar a su hijo del pecado y hacerle íntegro y limpio.
Su expresión cambió. En todo caso, se hizo más agresiva.
-sí, Olivia, sí lo es. Ése es el punto. Tú tendrás este niño; deberías sentirlo. Ponte la mano en el vientre y nota cómo se mueve dentro de ti, cómo absorbe tu fuerza. Come por él, duerme por él y ruega por él como lo harías por un niño que llevaras en las entrañas.
Dijo aquello con más decisión y energía que ninguna cosa durante todo el tiempo que había permanecido en aquella habitación. Sus ojos se contraían, su boca era firme.
Retrocedí. Sentía como si me costase respirar, cada vez más.
-¿Por qué no abres una ventana?
Se levantó y se acercó a mí.
-Es vida. Siente la vida.
Me cogió la mano y puso la palma sobre su vientre. Por un momento, permanecimos ambas inmóviles mirándonos a los ojos. Me contemplaba con tanta intensidad que yo no desviaba la vista, y entonces..., sentí movimiento en su vientre y lo experimenté como si lo estuviera sintiendo en el mío propio. Iba a retirar la mano; pero ella la mantuvo apretada.
-No, siéntelo, quiérelo, conócelo. Es tuyo, -dijo-. Tuyo.
-Estás celosa, -dije al fin y conseguí separarme de ella-. Estoy haciendo esto solamente para..., limpiar tu pecado y el de Malcolm y para convencer a la gente de que la criatura es mía. Y será mía...
Retrocedí hasta la puerta, cogí el picaporte, a mi espalda, y salí de allí deslizándome apresurada por el pasillo, alejándome perseguida por aquella mirada loca en los ojos de Alicia.
Esa noche, cuando volví a entrar en mi dormitorio y cerré la puerta con llave, no me desaté los almohadones de la barriga. Me tendí en la cama con las manos sobre el vientre, recordando cómo Alicia había sujetado mi mano sobre el suyo. En las puntas de mis dedos y en la superficie de mi palma, cosquilleaba todavía la electricidad.
Y, como si la memoria hubiera quedado retenida en mi mano, sentí el movimiento que había sentido en Alicia, solamente que ahora lo percibía en mi vientre falso. ¿Estaba acaso tocando un espíritu dentro de mí? ¿Me asignaba Dios este papel y me llenaba con su espíritu? De pronto me asustó sentir una cosa semejante. Salté de la cama y me quité el relleno.
Sin embargo, después de haberme dormido aquella noche, me desperté con la extraña sensación de que otra vez había movimiento dentro de mis entrañas. Era un sueño, me dije, nada más que un sueño. Pero tardé mucho rato en volver a dormirme. Incluso imaginé oír el llanto de un bebé.
Mal y Joel permanecieron en casa el final de la semana del Día de Acción de Gracias, y el lunes por la’ mañana hice las maletas y los mandé de regreso a la escuela. Durante el mes siguiente, esperé con creciente ansiedad el nacimiento de mi bebé, mientras Christopher

estaba cada vez más preocupado. Incluso se volvió taciturno y caprichoso, muy diferente a lo que solía ser, alegre y bullicioso.
-Ahora eres la bruja mala, Olivia. Y yo me comeré tu bebé.
El día que llevamos a casa el árbol de Navidad, comenzaron los dolores de parto de Alicia. Los chicos todavía no habían venido para sus vacaciones, y Christopher y yo estábamos adornando el árbol.
Justo cuando estaba colgando una bola en lo alto de una rama, oí un grito distante. Lo dejé caer todo y corrí al ala norte, dejando a Christopher al cuidado de la doncella.
-¡Alicia! -grité al entrar precipitadamente en la habitación-. Te he oído gritar desde la rotonda. ¿Qué es lo que haces...?
-Olivia, -gimió-, por favor, ayúdame, el bebé está viniendo.
De pronto, Malcolm apareció detrás de mí.
-Olivia, ahora soy yo quien toma el control. Ve inmediatamente a tu habitación, -me ordenó-; estás a punto de dar a luz.
Su voz era tan severa y firme, que le obedecí sin rechistar, por primera vez en muchos meses.
Permanecí en mi dormitorio durante doce horas, lanzando gritos de dolor para que los oyesen las dos criadas que teníamos y Christopher, mientras Alicia, ahogados sus ayes por Malcolm y la comadrona que él había llamado, se esforzaban en el ala norte. Al alba del día siguiente, Malcolm apareció en mi puerta trayendo un bulto llorón en una mantita rosa. Se acercó a mi cama y dejó el bebé a mi lado.
-Es una niña, -me comunicó con orgullo y arrogancia en la voz.
Abrí el bulto y vi el recién nacido más hermoso que había contemplado en mi vida. Su tez no estaba enrojecida. Parecía como si hubiera sido concebido de forma inmaculada y alumbrado sin la angustia del proceso del nacimiento humano. Sería muy fácil amar a este bebé, tan hermoso y dulce. Mi corazón se llenó de gozo. Sí, la aceptaría como mi propia hija, y sería mi hija. Y me amaría.
-Es el bebé más bello del mundo, ¿no es verdad? Manitas y pies con hoyuelos, cabello dorado y rizado, ojos del azul más intenso..., mi madre debió ser igual que ella cuando nació, -dijo Malcolm arrullándola con una gentileza que nunca había oído en su voz-. Corinne, mi dulce y hermosa hija, ¡Corinne!
-¡Corinne! -Estaba escandalizada-. Seguramente tú no... ¿Cómo puedes- llamar a esta niña inocente con el nombre de una madre que declaras odiar?
-Tú no lo entiendes. -Movió la cabeza y agitó la mano delante de su cara, como si estuviera alejando telarañas-. Tendré presente en todo momento lasmaneras traidoras y engañosas de las mujeres bellas, para no permitirme confiar en ella demasiado. A pesar de lo que ya la quiero, cada vez que mis labios digan «Corinne» recordaré a mi traidora madre, que prometió estar a mi lado y quererme hasta que fuese un hombre. Nunca más volverán a herirme igual, -concluyó con el mismo tipo de seguridad que tenía cuando hacía sus declaraciones sobre el mundo de los negocios.
Su extraña manera de pensar me produjo un escalofrío en la espalda. ¿Cómo podía suponer un carácter así en esta pequeña criatura dulce y angelical? ¿Qué iba mal en Malcolm? ¿Es que nunca cambiaría? En aquel momento, lo odié con todo mi ser, y me prometí que intentaría por todos los medios proteger a aquella niña de la perversión de Malcolm. Cuidaría y querría a esta hija, como si lo fuera de verdad. Puede ser que ella hubiera heredado el linaje de los Foxworth sin mi ascendencia para compensar su locura; pero yo la educaría con mi carácter y le impediría que se convirtiera en una mujer como Alicia o como la primera Corinne.
-Sal de mi habitación, Malcolm, -le ordené en tono frío-. Estás enfermo y no quiero oírte hablar así nunca más respecto a nuestra hija.

Se marchó y yo fui feliz explorando el perfecto cuerpo de mi niña, presentándome a ella y asegurándole mi amor y mis cuidados. Conté los delicados dedos de sus pies, sus diez deditos, largos y esbeltos. Sí, ella sería todo aquello que yo nunca pude ser, y también todo lo que yo era. Por medio de este bebé especial, yo podría vivir la vida que nunca había vivido, porque ella sería amada por todos los que la conocieran. La acuné en mis brazos, cantándole una nana. Después me dormí a su lado. Había sido un largo y difícil día.
El sol invernal estaba en su cenit cuando abrí las cortinas de mi dormitorio. La pequeña Corinne, como un angelito que era, había dormido seis horas seguidas, cosa que yo nunca había oído que hiciera un recién nacido. La niñera entró y le dio su biberón.
-Déjeme hacerlo a mí, -insistí.
No abrigaba intención de conservar durante mucho tiempo niñera alguna. Yo misma quería criar a esta criatura. Entonces recordé a Christopher. Tenía que ir a verlo, y presentarle a Corinne. Debía haberse sentído muy solo y desconcertado. ¡Le había abandonado junto al árbol de Navidad sin explicación alguna! De mala gana, pasé a Corinne a las manos de la enfermera y corrí a buscar a Christopher.
No estaba en su dormitorio. No estaba en el cuarto de juegos. Con una reciente sensación de temor, corrí hacia el ala norte. Abrí la puerta de golpe. La habitación estaba vacía, perfectamente limpia y ordenada. Alicia y cualquier señal de que hubiera estado allí, habían desaparecido.
-¡Christopher! -grité mientras bajaba corriendo la escalera- ¡Christopher! ¿Dónde estás? ¡Por favor, Christopher, ven junto a tu Olivia!
El eco de mi voz resonaba en los pasillos silenciosos y vacíos. Me senté en el sofá del salón y lloré como no había llorado en mi vida. Christopher se había marchado sin despedirse siquiera. Alicia había reclamado a su hijo y Malcolm los había hecho marchar sin ningún adiós. Juré en aquel momento que nunca en la vida permitiría que me ocurriera lo mismo con Corinne.
La Navidad a la que vinieron Joel y Mal fue una Navidad en todo diferente a lo que hubieran podido ver o imaginar. Malcolm planeó la fiesta más grandiosa, más esplendorosa y más original que jamás se celebró en Foxworth Hall. Incluso superó a Garland, a quien con frecuencia acusaba de ser derrochador y extravagante. Pronto aprendí que, cuando se trataba de Corinne, Malcolm olvidaba su habitual tacañería. Ni los deberes profesionales ni el sentido del ahorro tenían nada que hacer ante lo que él consideraba las necesidades de Corinne.
Por un lado, la lista de invitados fue mucho más larga que la de otras fiestas de Navidad. Reunió a casi quinientas personas, muchas de las cuales eran simples conocidos. Apenas si quedó alguien que fuese terrateniente, propietario de un negocio, o destacado profesional, en un radio de setenta kilómetros, que no recibiera una invitación, la cual, para subrayar la importancia de Corinne, tenía un diseño y una redacción especial:

«Corinne Foxworth le invita cordialmente a su primera fiesta de Navidad que se celebrará en Foxwort Hall.»

Así se decía en letras doradas en la parte superior de la cartulina.
Instaló un bar en la entrada y encargó varias cajas de champaña del más caro. Con el burbujeante líquido, se llenaron cuatro enormes surtidores de cristal, y unos grandes cuencos de plata recibían la centelleante bebida, que seis camareros ofrecían continuamente en copas a los invitados que iban llegando. Camareros y camareras, con sus uniformes en blanco y negro, entraban y salían de la sala de baile cargados con bandejas de plata rebosantes de delicados hors d'oeuvres, pequeñas rebanadas de pan untadas con caviar,

crackers con rosados trozos de salmón, y las gambas más grandes que yo había visto en mi vida, ensartadas en palillos dorados.
El anterior árbol de Navidad fue sustituido por otro de casi ocho metros de altura, engalanado con millares de luces y relucientes adornos. La estrella que lucía en lo alto era de plata maciza, y Malcolm rodeó la base con docenas y docenas de regalos para Corinne, envueltos en brillante papel de obsequio. Tuve que recordarle que añadiera los presentes para Mal y para Joel.
Malcolm triplicó, para la ocasión, el número de sirvientes auxiliares. Se les encontraba a distancia de metro y medio entre sí, ofreciendo bebidas y comida o recogiendo los platos y las copas utilizadas. En la pared del fondo, se instaló una mesa de doce metros, sobre la cual había asado de buey, de jamón y de pavo. Pollos, salmón cortado, bandejas de caviar, fuentes de langostinos e hileras de colas de langosta. Todo estaba preparado ostentosamente y colocado en servicio de plata. Había ramilletes en cada superficie adecuada y, en algunos puntos, se colocaron mesas sobre las que lucir las enormes flores de Pascua. Gastó el dinero sin miramiento alguno.
Contrató una orquesta de diez músicos e hizo construir para ellos un escenario provisional en el rincón izquierdo del vestíbulo. Incluso había una cantante que interpretó la música más moderna, algo que Malcolm apenas toleraba. Había planeado esta fiesta como un importante asunto de negocios y no me confió ninguno de los detalles.
Parecía que también hubiéramos encargado el tiempo para aquella fiesta de Navidad, pues estuvo nevando suavemente y los grandes copos fueron un complemento al festivo ambiente. Uno de nuestros vecinos del valle enganchó un caballo a un trineo y paseó montaña arriba a algunos de los invitados, todos ellos envueltos en pieles y cantando canciones navideñas, mientras sonaban las campanillas.
Los mayordomos y las doncellas recogían los abrigos y los sombreros en la puerta y conducían a los invitados hacia la fuente de champaña para que pudieran brindar con Malcolm por el nacimiento de Corinne. Mi marido bebió mucho más de lo que le había visto beber en su vida.
Había encargado también centenares de velas rojas que parpadeaban alegres en candeleros de plata. También estaban encendidas las cinco gradas de las gigantescas arañas de cristal y oro. Las resplandecientes luces creaban una red de belleza deslumbradora, que se extendía de los espejos hasta los cristales y las joyas de las damas.
Parecía la escena de una película protagonizada por reyes de las cortes europeas. La opulencia creaba una sensación de magia. Daba la sensación de que iba a aparecer el Príncipe Encantador dando el brazo a la Cenicienta.
Los invitados lucían sus más ricos vestidos, sus joyas y pieles más caras. El aire estaba electrizado por la excitación, las risas y las charlas animadas.
Con el propósito de celebrar el nacimiento de Corinne, Malcolm había contratado a un fotógrafo profesional para que la retratara en su cuna y en los brazos de él. Aquellas fotos habían sido ampliadas a tamaños enormes y se habían colocado en marcos dorados, media docena de los cuales se exhibían en la entrada, sobre trípodes, para que la gente que viniera pudiera ver en primer lugar a la hermosa hija de Malcolm Foxworth. El fotógrafo había sabido realzar el azul de los ojos de la niña y el esplendor de su cabello dorado. Nadie pasaba por delante de su imagen sin comentar su perfecta complexión y sus rasgos delicados.
De hecho, la belleza de Corinne pronto se convirtió en una especie de tópico. Algunas personas, como Beneatha Thomas y Colleen Demerest, fueron muy tendenciosas con sus pensamientos, o más bien con sus celos. Cuando me paré para hablar con ellas y algunas de sus amigas, descubrí que habían estado analizando con todo detalle una de las fotografías de Corinne.

-Descubro en ella mucho de Malcolm, -dijo Beneatha-, pero no logro ver nada de ti.
Por el modo de mirarse y sonreír entre sí, recordé mi primera fiesta con la sociedad de Virginia, y lo torpe y boba que me habían hecho sentirme. Estaba decidida ahora a proteger a Corinne y no permitir que llegara nunca a sus oídos lo que me había sucedido a mí.
-Estoy segura de que será una espléndida belle y muy alta, -dijo Colleen, subrayando la palabra «alta».
Algunas mujeres se volvieron para disimular sus risitas y muecas; pero yo me erguí adoptando una postura más firme, más altiva y audaz. Ellas no tenían hijas como Corinne. Que esperasen que ya verían.
Maliciosamente comenté:
-Sí, ya me he dado cuenta. Y se parece a mí en carácter. No llora ni gime, de modo que no será débil y dependiente como tantas mujeres de hoy en día. Espero que posea mi curiosidad intelectual y dotes de observación para que, cuando llegue a nuestra edad, tenga temas formales sobre los que opinar.
Y las dejé allí plantadas y boquiabiertas. Sin embargo, otras personas hicieron comentarios sobre los rasgos de Corinne. Escuché opiniones acerca de sus ojos azules y su cabello dorado, y de su gran parecido con los Foxworth. Me encontraba caminando detrás de Dorothea Campden, cuyo marido era presidente de una gran fábrica textil que Malcolm estaba negociando comprar, y la oí decir que Corinne era una prueba de que los niños se parecen más a menudo a sus abuelos que a sus propios padres.
-Y en el caso de esta niña, es una bendición, -dijo-. Por lo menos por parte de la madre.
Todos los que formaban parte de su grupo contuvieron la respiración cuando me acerqué a ellos inmediatamente después de haberse hecho aquel comentario.
-Una bendición, ¿en qué sentido, Dorothea? -pregunté.
Era una mujer bajita, de mediana edad, que luchaba con los años, tiñéndose el pelo, usando ropas diseñadas para chicas jóvenes y aplicándose cremas para la piel, con fórmulas de las llamadas milagrosas, para borrar las arrugas. La dominaba con mi altura y ella retrocedió encogiéndose, poniéndose la mano en el cuello como si yo hubiera amenazado con ahogarla.
-Bueno..., yo.... yo quería decir que se parece tanto a la madre de Malcolm
-No me había dado cuenta de que eras tan vieja, Dorothea, que podías recordar a su madre.
-Bueno, pues, sí, la recuerdo, -dijo, pasando rápidamente su mirada de una mujer a otra, en busca de alguna ayuda que la rescatase. ¡Cómo disfruté poniéndola nerviosa!
-Naturalmente, los niños cambian a medida que crecen, ¿no es verdad? ¿Podría alguien reconocerte si mirase tus retratos de bebé? -pregunté; entonces, alcé con afectación la mano hasta mi boca, como si hubiera dicho un disparate-. Oh, lo siento, Dorothea. ¿Ya se habían inventado las cámaras fotográficas cuando eras una niña, Dorothea?
-¿Qué? Bueno... claro, yo...
-Perdóname, -dije-. Veo que los Murphy acaban de llegar. -Y di rápidamente media vuelta para dejarla allí balbuceando.
-Qué grosera... -comentó alguien del grupo, y se acercaron a ella rodeándola como pollitos alrededor de una gallina herida.
Di vueltas por el salón, interrumpiendo a veces conversaciones parecidas, o con la sensación de haber aparecido en el momento en que se estaba murmurando despectivamente sobre mí. Me divertí bastante acosando y siendo mordaz con aquellas mujeres insípidas. No pasó mucho rato sin que, al mirar a mi alrededor, me pareciera que la mayoría de ellas me miraban furiosamente y llenas de odio. Pero ya no me importaba. Ahora tenía a Corinne y se me conocería como la madre de la niña más hermosa del Estado.
De alguna manera, lo que estaba haciendo llegó hasta oídos de Malcolm, el cual me agarró del brazo y me empujó hasta la biblioteca. Me acordé de cuando, en aquella primera fiesta,

él entró allí del brazo de aquella «fresca». La ira y el dolor me hicieron revivir. Ahora no estaba de humor para uno de sus arranques.
-¿Qué es eso que no puede esperar? -exigí.
-Eres tú y lo que estás haciendo ahí fuera, -dijo, con los ojos desorbitados y algo inyectados en sangre, pues el champaña se le había subido a la cabeza.
-¿Lo que estoy haciendo ahí fuera? Sabía a lo que se refería; pero fingí ignorancia y adopté una expresión de inocencia.
-Insultando a todas esas mujeres, dándoles a entender lo que piensas de ellas, ofendiendo incluso a las esposas de algunos importantes asociados de negocios, -añadió como si yo hubiera estado blasfemando delante de un clérigo.
-Por lo que a mí concierne, -comencé-, estas mujeres de la llamada alta sociedad son...
-No me importa lo que tú creas, -me cortó con brusquedad-. Ésta no es tu fiesta para que la arruines. Es la fiesta de Corinne. Estamos haciéndolo por Corinne. Queremos darle un buen principio; a ella, ¡no a ti!
-¿Corinne? ¿Estás loco? También es mi hija, pero todavía un bebé. Yo no quiero que crezca para ser una frívola cosa mimada como esas mujeres que están ahí.... como era tu madre. Además, ella no se da cuenta de lo que estamos haciendo, -observé-. Y todo este despilfarro por una niña tan pequeña.... a pesar de lo preciosa y maravillosa que es..., me parece un pecado.
-No es un pecado, -respondió Malcolm, golpeándose la palma de la mano izquierda con el puño derecho; nunca le había visto tan animado en una discusión-. Esto es lo que ella se merece.
-¿ Se merece? -Me eché a reír.
-Estás celosa, -me dijo, señalándome-. Estás celosa de un bebé, celosa de Alicia por tener una criatura tan hermosa, envidiosa de sus ojos azules, de su cabello dorado y de su espléndida complexión. Bueno, pues no voy a consentirlo, te lo advierto. ¡No lo consentiré!
Sus manos estaban apretadas en puños. Pensé que se hallaba lo bastante furioso y borracho para llegar a golpearme; pero no le permitiría que me intimidara de esta manera.
-No, Malcolm, eres tú quien estás celoso. Celoso de mí y de mi hija.
-¿Qué? -La idea pareció confundirle, y retrocedió como si hubiese sido yo quien le golpeara-. Ella es hija mía y no tuya. No lleva ni una gota de tu sangre. Y eso me alegra.
Su mirada era odiosa y mezquina, pero ahora no le permitiría que me hiriese.
-Oh, no, Malcolm, estás en un error. Tú querías que yo fuese la madre de esta niña. Y lo seré. Y hay mucho de mí en ella, hay desde el momento en que acepté participar en tu plan. Pero, ahora, Malcolm, no es solamente tu esquema; es tu vida y la mía, y la de nuestros hijos y nuestra hija. Es nuestra familia y yo soy una Foxworth tanto como tú mismo.
Pasando por su lado, me dirigí hacia la puerta de la biblioteca.
-Vuelvo a la fiesta, -manifesté-. Tú puedes quedarte aquí y continuar esta discusión contigo mismo.
Se calmó y me acompañó; pero de tanto en tanto me lanzaba furibundas miradas amenazadoras. Yo le ignoré. A las doce en punto hizo bajar a la niñera con Corinne. Yo había hecho que se quedaran los niños, aunque estaban ya exhaustos, y los cinco nos situamos delante del gran árbol de Navidad para una fotografía familiar.
Malcolm sostenía a Corinne, y los dos chicos se situaron uno a cada lado mío y me cogían de la mano.
Centellearon las luces y la multitud de invitados aplaudió. Malcolm se hallaba resplandeciente de orgullo contemplando a su hija. Corinne estaba despierta pero no lloraba.
-¡Sabe que es su fiesta! -declaró Malcolm, y me dirigió una penetrante mirada. La gente rió ante la jovialidad del padre.

-Un brindis, -anunció uno de los asociados de negocios de Malcolm, que más bien parecía un secuaz suyo; alzó su copa de champaña, y los camareros se deslizaron rápidamente entre los invitados ofreciéndoles la bebida-. Por los Foxworth, -propuso-, y en especial por su hermosa hija, Corinne. Feliz y venturosa Navidad... Feliz Año Nuevo.
-¡Bien, bien! -Le hizo coro el público, y se vaciaron las copas.
La banda inició Deck the Halls with Boughs of Holly y Malcolm pasó entre sus invitados exhibiendo su bella hija recién nacida.
Acerqué a los muchachos contra mí.
-Mi padre la quiere más a ella que a nosotros, -dijo Mal.
Era tan perceptivo. Me daba esperanzas.
-Has de aprender a vivir con eso, Mal. Los dos habéis de aprenderlo, -le respondí.
Abracé con fuerza a mis dos hijos apretándolos sobre mi pecho. Los amaba muchísimo, y mi cariño y mi protección eran suficientes para tres niños. Ninguno de ellos quedaría marginado. Los besé en la cabeza y los abracé de nuevo, mientras los tres observábamos a Malcolm, al otro lado del gran salón, que sonreía con júbilo y sostenía en alto a su espléndida hija, de modo que Corinne parecía un querubín que hubiera volado desde el árbol de Navidad.

XIV. CORINNE

Desde la noche de la fiesta navideña, Malcolm demostró en todo momento que su amor por Corinne no conocía límites. Los niños lo sabían y les dolía profundamente. Yo intenté una y otra vez compensarles, asegurarles que, para los padres, todos los hijos son preciosos, que siempre serían amados por mí y también por Malcolm, aunque a él no le fuese tan fácil demostrárselo. Creo que los chicos se alegraron de regresar a la escuela en Año Nuevo, ya que se sentían muy desplazados por los mimos que su padre dedicaba sin cesar a Corinne. Malcolm se quedaba ahora en casa la mayoría de las veladas, al contrario de lo que había hecho hasta entonces. Mostraba gran alborozo y se regocijaba cerca de Corinne, mientras que, como de costumbre, criticaba y disciplinaba severamente a Mal Y a Joel. Yo sufría por ellos. Eran buenos chicos, dulces y cariñosos, y sabía que se sentían perdidos ante las atenciones que Malcolm prodigaba a Corinne. Cuando ellos se marcharon, yo me sentí libre para dedicar también más atención a Corinne. Pero Malcolm insistió en que la niñera que había contratado al principio continuase en casa. Cada vez que iba a alimentar o incluso a alzar a Corinne, aquella mujer estaba acechando detrás de mí, intentando tomar el control, frunciendo el ceño con desaprobación por la manera que yo tenía de tratar a mi hija. Aquello me enojaba.
Una mañana, mientras Mrs. Stratton estaba dando el biberón a Corinne, estallé:.
-Le he dicho muchas veces que yo soy la única que alimenta a la niña. ¿Cómo se atreve usted a desobedecer mis órdenes?
-Ma'am, -me replicó con tono sarcástico-. Nunca se me ha advertido que yo tenga que seguir las órdenes de usted. Al contrario, Mr. Foxworth me dio instrucciones detalladas acerca de cómo deseaba que se llevase a cabo cada aspecto de los cuidados del bebé.
-¿Qué? -Me dejó sin habla-. Quiero que salga usted de esta casa hoy mismo. Ya no son necesarios sus servicios.
-Temo existe alguna confusión, Mrs. Foxworth, -insistió Mrs. Stratton-. Cuando Mr. Foxworth me contrató, llegamos al acuerdo de que el bebé quedaría indefinidamente bajo mis cuidados.
Yo estaba furiosa pero no quería que mi rabia infectase a mi dulce e inocente hija, de modo que me volví y salí de la habitación. Durante toda aquella mañana, estuve andando por los

pasillos de Foxworth Hall, llena de agitación y decidida a recuperar el control de la situación quitándoselo a Malcolm.
A la tarde, tuve mi segunda sorpresa: llegaron los decoradores. De nuevo era algo que Malcolm había contratado sin mi conocimiento. Se dirigieron a la habitación contigua a la de Malcolm y comenzaron a hacer planes para la instalación de la nursery personal de Corinne. Malcolm había decidido que ella no utilizara el cuarto de los niños. Había encargado nuevo mobiliario y, por la intensidad con que trabajaban los operarios, me di cuenta de que Malcolm había exigido que todo se hiciese con la mayor celeridad. Una vez más, ningún gasto era excesivo cuando se trataba de Corinne. Y yo no tenía que intervenir al elegir los colores del nuevo papel de pared, la alfombra, ni el estilo de los muebles. Los decoradores apenas reconocieron mi presencia.
Estuve furiosa todo el día. Intenté hablar con Malcolm en su oficina; pero él muy rara vez se ponía al teléfono. Durante las primeras semanas de vida de Corinne llamaba de cuando en cuando para preguntar por ella, pero solía comunicarse con Mrs. Stratton. Si en alguna ocasión yo le había llamado, su secretaria me respondía que se hallaba en una reunión, o que no estaba en su despacho. No importaba que dejara un mensaje para que él me llamase. Y cuando le preguntaba al respecto, me respondía que estaba tan ocupado que no le había sido posible hacerlo; de modo que dejé de telefonear a su oficina.
Aquella noche, cuando él llegó temprano a casa, yo le esperaba en la puerta de la biblioteca. Hubiera regresado antes; pero había ido a una tienda especializada en ropas de bebé para comprar a Corinne cinco nuevos equipos de ropa para dormir. Con los paquetes bajo el brazo, la cara encendida por la excitación, entró en Foxworth Hall con la intención de subir inmediatamente al lado de la niña.
Me divertía su manera de hablar a Corinne cuando se acercaba a ella. Era como si esperase que la chiquilla entendiera sus palabras, sus promesas, los planes para su educación. Algunas veces, cuando le oía hablando a Corinne, sentía un escalofrío. Era como si creyese que ella era su madre, a la que hubieran dado de beber el líquido de la mítica fuente de la juventud hasta hacerla retornar a su estado infantil. En la mente de Malcolm, Corinne era un bebé; pero tenía la comprensión de una mujer adulta para las cosas que se le decían, en especial las cosas que le decía él.
-¡Malcolm! -grité cuando pasaba de largo por mi lado camino de la escalera espiral.
A menudo subía esos escalones como un muchacho de diecinueve años, atraído al ala sur por un amor magnético y abrumador, conducido por la adoración que sentía por su hija.
-¿Qué quieres? -exclamó, impacientándose por mi presencia.
Durante el mes anterior, me había ignorado. Cuando se hallaba en casa, permanecía con Corinne; y, cuando ella dormía, él se dedicaba a su trabajo. Algunas veces, si me miraba, parecía hacerlo a través de mí, como si yo no estuviera.
-He de hablar contigo ahora mismo, -dije-. No puede esperar.
-¿Qué es lo que no puede esperar? -preguntó haciendo una mueca.
Jugueteaba con las cajas que llevaba en las manos. Ni siquiera se había sacudido la nieve de los hombros y la espalda. Los copos se estaban derritiendo en su cabello dorado, haciendo brillar los mechones bajo las luces. Pero parecía que no se daba cuenta o no le importaba.
-Por favor, entra, -dije, y retrocedí. Oí que gruñía con desagrado; pero se apresuró a entrar y depositó los paquetes sobre su escritorio.
-Bueno... ¿Qué es lo que pasa? Sacudió la cabeza y se quitó de los hombros las gotas de la nieve derretida.
-Quiero que Mrs. Stratton se marche ahora mismo, Malcolm.
-Mrs. Stratton es una profesional. Una persona especializada en cuanto se refiere a cuidar bebés. Corinne solamente tendrá lo mejor.
-¿Y crees que hay algo mejor que yo? Soy su madre. ¡Y también la madre de tus hijos!

-Con los chicos es diferente, -dijo Malcolm, mirándome como a una idiota corta de entendimiento.
-¿Por qué razón? -inquirí.
-¡Simplemente es distinto!
Malcolm odiaba que le contradijeran. Yo pensaba que tan sólo allí, en su propia casa, se le contradecía alguna vez. Ninguno de sus empleados o sus secuaces se atrevería a hacerlo. Debió parecerle una amarga ironía que su propia esposa fuese la que más le desafiaba. La actitud de Malcolm hacia las mujeres no permitía un respeto y un trato de igualdad.
-Es un despilfarro extravagante, -dije, agitando la cabeza-. Esa mujer se aburrirá aquí si es tan buena profesional como dices. La mayor parte del tiempo yo estaré...
-Tú no estarás haciendo nada, -interrumpió en tono airado-. Deja a Corinne en las manos de Mrs. Stratton. Para eso le pago un salario. Ella tiene mis instrucciones. No le impidas llevarlas a cabo.
-¿Qué errores he cometido yo con tus hijos?
No estaba dispuesta a permitirle que se saliera con la suya. Si quería ponerme las cosas difíciles y desagradables, yo haría lo mismo con él. Intentó ignorar la pregunta; pero yo insistí:
-¿Qué errores, Malcolm?
-Muchos. -Hizo un ruido desdeñoso-. Fíjate en los chicos.
-¿Qué hay de malo en ellos?
-Qué no hay de malo en ellos, eso deberías preguntar. Son débiles, perezosos, no se interesan por el mundo de los negocios, un mundo que les ha proporcionado todo esto, -dijo haciendo un amplio gesto-. Tú los has envenenado de modo que no pueden soportar estar delante de mí.
-Eso es culpa tuya, -le interrumpí-. Les aterrorizas.
-Simplemente porque les exijo que se porten como deben, -continuó-. Quiero que sean unos hombres, no unos niñatos de mamá. Mal todavía da vueltas alrededor de aquel piano cuando no estoy en casa. No lo niegues, -me conminó-. Y Joel..., Joel es tan frágil y blandducho como una niña pequeña.
-Pero eso no tiene nada que ver con...
-¡Ya basta! -Dio un puñetazo sobre la mesa-. Basta, -repitió en un tono de voz mucho más bajo; pero también más amenazador-. Mrs. Stratton se quedará aquí hasta que yo la despida. Es lo que quiero. Yo estoy gastando mi propio dinero. No intervengas.
-¡Corinne también es mi hija!
Sus labios se torcieron en una sarcástica sonrisa.
-¿Realmente, Olivia? ¿Te has olvidado ya? Corinne es mi hija. ¿No lo sabes? Es una Foxworth de los pies a la cabeza, -añadió, como si al enviar a Alicia fuera hubiera despojado a Corinne de la herencia de su madre; en su trastorno mental, la niña era creación suya nada más-. Corinne merece lo mejor, y eso es lo que tendrá a partir de ahora. Tú no puedes comprenderlo, -añadió, agitando la cabeza y mirándome como si debiera compadecerme-. Tu padre te trató más como un muchacho que como una hija. De todos modos, esto no debería preocuparte. Tú dedícate a tus cosas y deja que Mrs. Stratton haga su trabajo. Cuida de los chicos. Con ellos te basta, -añadió en tono amargo, y recogió sus paquetes.
No sabía cómo ganar aquella discusión. De momento, quedé silenciosa.
Malcolm estaba a punto de salir de la biblioteca.
-¡Espera! -grité-. ¿Y qué hay de esa nueva nursery que has mandado hacer para ella?
-¿Qué pasa con la nursery?
-Debo insistir en que me informes de tales decisiones antes de tomarlas. No permitiré que vuelvas a avergonzarme de esta manera.

Malcolm se volvió y me miró como si yo fuese un insecto fastidioso e impertinente. Plegó hacia dentro la comisura derecha de sus labios y meneó la cabeza.
-Cuando accedí a seguir tus planes respecto a esa niña, lo hice bajo la condición de que, a partir de ahora, yo estaría a cargo de esta casa y las cosas irían del modo que yo considerase adecuado. Tú estuviste de acuerdo también en que la niña sería mía, y ciertamente lo es. Ahora es solamente Dios, y no tú, quien podría quitármela. -Hice una pausa para recuperar el' aliento y clavé en mi marido una mirada como una daga-. Te permitiré que tengas tu nueva nursery, Malcolm; pero con una condición. Mal y Joel tendrán también una habitación nueva, una estancia propia, para que la utilicen siempre que deseen cuando están en casa de vacaciones. Y cada una de esas habitaciones tendrá un gran piano.
-Muy bien, -aceptó Malcolm con expresión de total desprecio y disgusto-. Ha dejado de importarme cómo quieres criar a tus hijos. De todos modos, ya los has malcriado y son unos afeminados.
Salió con paso airado de la habitación y oí sus fuertes pisadas cuando subía la escalera corriendo hacia su hijita.
Tampoco yo tenía espera todos los días para ir a la habitación de Corinne. La niña era más hermosa cada día y mi corazón rebosaba un amor creciente por ella. La primera vez que sus labios sonrieron estaba mirándome, y yo supe que ella percibía mi amor y mis cuidados. Cuando su sedoso cabello dorado fue lo bastante largo, lo até con lindas cintas de color de rosa. Corinne parecía una princesita de cuento de hadas. Comprendí ese amor que todo el mundo experimentaba hacia aquellas niñas bonitas y delicadas que yo contemplaba en mi juventud. Su belleza parecía hacer vibrar una cuerda especial en el corazón, dejando un sonido tan adorable como el arpa de un ángel.
Durante el verano en el que Corinne casi había llegado a los tres años, Malcolm hizo otra vez algo sin mi aprobación. Sustituyó a Mrs. Stratton por alguien que había hecho venir de Inglaterra.
Se llamaba Mrs. Worthington, y era una solterona de cincuenta y cuatro años que, según Malcolm, había sido institutriz de los hijos de los duques de Devan. Aquella mujer me desagradó desde el principio, y tampoco yo le gusté. Estaba claro que mi marido le había dicho que yo no contaba para nada en las decisiones que se tomaran respecto a Corinne. La recién llegada no me prestó ninguna atención; intentó asumir el control de la vida de la niña como si yo estuviera muerta. Jamás me consultó nada. Estableció un programa y lo siguió con el mayor escrúpulo.
Durante la primera semana, Corinne se rebeló y me pidió que despidiéramos a Mrs. Worthington.
-Quiero estar contigo, mamá, -me dijo llorosa-. No me gusta la otra señora.
-Corinne, cariño mío, ya sabes que yo preferiría que únicamente estuviéramos nosotras dos. Pero tu padre insiste. Cree que es importante para ti tener una institutriz, y aunque yo no esté de acuerdo, él no cederá. Lo mejor para ti será obedecer a Mrs. Worthington.
A pesar de la antipatía que me inspiraba Mrs. Worthington, supe apreciar en seguida su talento, de modo que quise que Corinne tuviera todas aquellas gracias que nunca serían mías. El programa de Mrs. Worthington consistía en lecciones sobre etiqueta, elocución y danza. Irónicamente, Corinne también tuvo que aprender a tocar el piano.
Era una mujer segura y algo arrogante, con una estatura de casi metro setenta. Aunque sus ropas eran conservadoras y victorianas, tenía algunos vestidos bonitos, blusas y faldas, confeccionados en tafetán y otros finos tejidos de seda y algodón. Jamás la vi sin el cabello meticulosamente sujeto. Se levantaba muy temprano todas las mañanas, como si tuviera que ser recibida en audiencia por la reina.
No llevaba maquillaje y dedicaba todo su tiempo personal a leer en su habitación o a dar paseos solitarios por las tierras de Foxworth Hall. A menos que el tiempo fuese inclemente,

caminaba a diario como una forma de ejercicio. Tenía mucho cuidado con lo que comía y cuándo. Y, a pesar de su edad, conservaba una esbelta figura.
Yo misma me convertí un poco en su alumna, ya que aquella mujer no hacía nada sin convertirlo en una lección para Corinne, tanto si se trataba de sostener correctamente el tenedor como de caminar con la postura adecuada, saludar a la gente..., fuese lo que fuese, siempre se volvía hacia Corinne y se aseguraba de que la niña comprendiese y apreciase lo que ella hacía.
Malcolm decidió que, al contrario de lo que había ocurrido con los chicos, que no pudieron bajar a sentarse con nosotros a la mesa hasta que no tuvieron por lo menos cinco años, Corinne comiera con nosotros, como experiencia para su aprendizaje.
Esto fue origen de una de las muchas discusiones que Malcolm y yo sostuvimos sobre la crianza de la pequeña. La primera vez que acudió al comedor sólo tenía tres años. Los muchachos y yo alzamos sorprendidos la mirada cuando Mrs. Worthington apareció llevándola cogida de la mano. Malcolm sonrió y dio unos golpecitos en la silla que tenía al lado. Corinne echó a correr hacia su asiento; pero Mrs. Worthington la detuvo.
-Corinne, -dijo, y la niña vaciló.
Quedé pasmada ante tanta obediencia. No hacía más que una semana que Mrs. Worthington estaba con nosotros y, a pesar de los sentimientos de Malcolm por Corinne, yo ya había observado cierta voluntariedad en ella. Era como un azulejo joven revoloteando de un lado a otro sin mucha concentración.
Me parecía que sus brillantes ojos azules rebosaban malicia. Había algo endiablado en su belleza y en la manera en que pronto había aprendido a utilizarla para manejar a Malcolm y someterlo a sus caprichos. Él no podía resistir ninguna de sus demandas. Bastaba que Corinne mirase algo para que su padre fuese a buscarlo. Cuando salían a pasear en coche, la niña regresaba con los brazos llenos de juguetes. Algunas veces volvía con un vestido o unos zapatos nuevos. Entraba en la casa brincando, y sus pequeñas risas resonaban por el vestíbulo. Malcolm insistía en que cada día fuera cepillado cien veces el dorado cabello de Corinne, el cual brillaba con un resplandor que le daba aspecto angelical. Lo llevaba largo, en mechas sueltas que le llegaban más abajo de los hombros. Nunca perdió la tez luminosa que tenía al nacer. En todo caso, al crecer se hizo más bella y más sugestiva.
Me sentía fascinada por todos los movimientos de aquella chiquilla, ya fuese su manera de corretear por la casa, como un pajarito, apenas rozando las alfombras con sus menudos pies, o la forma de llevarse la comida a la boca, tocando sus labios tan delicadamente, actuando como si supiera que era una especie de pequeña princesa.
Pensé que era una niña muy inteligente que comprendió en seguida que su padre quería que obedeciese a Mrs. Worthington, y que si aprendía bien lo que ella le enseñaba, todavía tendría más control sobre su padre. Malcolm se mostraba encantado con los progresos de la niña, y si, delante de él, hacía algo tal Y como Mrs. Worthington le había dicho que lo hiciera, sonreía complacido.
De modo que, desde el principio, Corinne fue una alumna brillante. Se paró y se volvió para mirar a Mrs. Worthington que estaba en pie, firme y rígida, con las manos enlazadas delante de ella, esperando que su pupila volviese al umbral, lo cual Corinne hizo al instante.
-Caminamos hasta la mesa, -dijo-, como debe hacerlo una dama. Y recuerda de qué modo has de sentarte, -añadió.
Corinne se irguió alzando la cabeza con la característica arrogancia de los Foxworth. Los chicos y yo la mirábamos fascinados. Malcolm se levantó y le separó la silla, cosa que no había hecho nunca para mí, ni tan siquiera durante la primera semana de nuestro matrimonio. La nena se volvió en seguida hacia Mrs. Worthington, la cual asintió, y Corinne dijo:
-Gracias, papá.

Fue como si el cielo se hubiese abierto y toda la luz y la gloria se hubieran vertido dentro de nuestra casa. Malcolm estaba radiante. Miró a Mrs. Worthington con expresión de gratitud y respeto. Corinne ocupó el lugar en la mesa. Su educación había comenzado.
Más tarde, cuando todos los niños estaban ya acostados y Mrs. Worthington se había retirado, bajé a la biblioteca e interrumpí a Malcolm.
Teníamos una gran tormenta de verano. Las gotas de lluvia golpeaban las ventanas y los truenos hacían vibrar los cristales. Las luces parpadeaban y el viento se tiltraba por las rendijas, creando una sinfonía de sonidos discordantes. Detrás de la silueta de mi marido, veía las descargas de los relámpagos en un cielo negro como el carbón; pero él, como siempre que estaba trabajando, permanecía indiferente a cuanto le rodeaba. Mi aparición le estorbó más que aquella terrorífica tormenta.
-¿Qué pasa ahora? -preguntó alzando impaciente la mirada.
Arrugó la frente para demostrar que le molestaba. Impertérrita, continué avanzando por la biblioteca hasta llegar junto a su escritorio.
-Comprendo lo que Mrs. Worthington está intentando hacer al traer a Corinne a comer con nosotros; pero, ¿cómo puedes permitirlo después de haber prohibido a los chicos que se sentaran a la mesa hasta cumplir los cinco años? ¿No te das cuenta de que ellos lo están viendo y creerán que es.... que es un favoritismo poco natural?
-¿Favoritismo poco natural? ¿De qué estás hablando? ¿Es que has de oponerte a todo lo que hago? -preguntó; se apoyó en el respaldo de su butaca y adoptó una actitud de razonamiento y control como si quisiera hacerme comprender que yo era la que estaba equivocada-. ¿Cuántas veces tendré que explicártelo? Las chicas han de educarse de manera diferente. Socialmente se espera más de ellas. Aunque a ti no te dieron esas oportunidades, eso no significa que Corinne no haya de tenerlas. ¿No proporcioné a los chicos un tutor privado? -preguntó de pronto, y antes de que pudiera responderle, añadió-:. Hasta que tú enredaste las cosas de tal manera que tuve que despedirlo.
-¿Que yo enredé...? -Casi no pude pronunciar las palabras por efecto de la ira-. Fue tu proceder el que les arruinó las cosas a ellos; y, de todos modos, nunca aprobé a ese hombre.
-Precisamente lo que yo digo, -insistió Malcolm incorporándose-. Conspiraste hasta encontrar una oportunidad en que poder librarte de él. Tú has negado a los chicos su oportunidad especial, no yo, -remachó-. Ya te he dicho una vez, y vuelvo a decírtelo, que en cuanto se refiere a Corinne, tanto si se trata de su educación como de sus vestidos... sea lo que sea, yo tomaré todas las decisiones. Y ahora deja de entrometerte.
Tuvimos una discusión parecida cuando Mrs. Worthington comenzó la educación musical de Corinne. Pero, por mucho que yo quisiera hacer ver el contraste entre cómo trataba a Corinne y la forma que lo hacía con los muchachos, Malcolm nunca lo admitió.
Siempre se las arreglaba para terminar la discusión acusándome de tener celos.
En cierto modo llevaba razón. Mientras veía a Corinne creciendo y convirtiéndose en una bella joven que recibía todos los beneficios y oportunidades que la enorme fortuna de Malcolm podía proporcionarle, no podía evitar hacer comparaciones pensando en mí cuando tenía su edad. Naturalmente, veía mucho de Alicia en Corinne a medida que el tiempo pasaba. Pensé que también Malcolm lo vería, y que cada vez que la mirase no podría dejar de pensar en la adoración sentida por la mujer de su padre.
Cuando la niña cumplió diez años, a Malcolm le apenó tener que enviarla a una escuela privada, porque ello significaba que no estaría en casa cuando él regresara del trabajo. Y, ciertamente, también a mí me entristeció muchísimo. Con la ausencia de Corinne, parecía que el sol se había nublado para siempre en Foxworth Hall. Me sentía más sola que nunca. Malcolm casi nunca estaba en casa, excepto durante las vacaciones escolares. Siempre se hallaba fuera, «de negocios», casi todas las noches. Oh, sabía muy bien qué tipo de negocios era el de Malcolm. Oía las lenguas chismosas de la ciudad, y aunque en realidad

yo no tenía amigos (¡cómo iba a tenerlos, si todo el mundo sabía lo que mi propio marido pensaba de mí, y de qué forma me trataba!), me avergonzaba de Malcolm y estaba decidida a proteger a mis hijos de lo peor que había en él.
Quizá por eso encontré tanto consuelo en Dios, en la Biblia, Y más tarde, en la Iglesia, que me dio apoyo, compañía y acabó siendo mi salvación. Fue mi primo john Amos quien me condujo de nuevo a la religión. Su madre había muerto y yo era su única familia, como él la mía. Acudió a visitarme y me animó a rezar con él. Mientras permanecimos sentados y silenciosos en el salón de invitados, me sentí en verdad colmada del Espíritu Santo, tal como me había prometido John Amos. Insistió en que yo fuese a la iglesia más a menudo; y, antes de regresar al Norte, me dejó escrito un programa para realizar mis lecturas diarias de la Biblia. Había rechazado durante tanto tiempo rendir mi voluntad a Malcolm que sentía gran alivio y gratitud cuando aprendí a rendir mi voluntad a Dios.
A mi marido le molestaba aquella devoción. Echaba de menos a Corinne tanto como yo; pero el único consuelo que él encontraba estaba en sus visitas a la escuela. Jamás iba a ver a los chicos a sus pensionados. Yo acudía siempre que me era posible, y ellos me escribían largas cartas contándome sus actividades. Malcolm no lo sabía, por supuesto; pero Mal estaba siguiendo un curso instrumental y Joel había ingresado en la orquesta.
Mis hijos también adoraban a Corinne. Estaban tan fascinados por su belleza y encanto como el propio Malcolm, pero no podían evitar sentirse celosos por la relación que existía entre su padre y ella. Por aquel entonces, Corinne se hallaba muy mimada, en tanto que los chicos, a pesar de vivir con gran riqueza, habían crecido casi sin afecto. Malcolm nunca les había dado cosas con la facilidad y el entusiasmo que ponía en sus regalos a la niña. Cuando llegaron a la adolescencia, insistió en que trabajasen durante los veranos en uno de sus Bancos, sirviendo como mensajeros y realizando otras tareas modestas.
Sin embargo, y -a pesar de tener motivos para ello, los chicos nunca sintieron resentimiento hacia Corinne. Por el contrario, la mimaban también, y estaban ansiosos de hacer cosas para ella y comprarle regalos. La llevaban a navegar, a montar a caballo y, cuando Mal fue lo bastante mayor para conducir, la acompañaba a donde ella quisiera, en el momento en que lo deseara. Joel, en particular, estaba siempre a su disposición cuando los tres coincidían en casa. No había nada que rehusara hacer por su hermana, y ella lo sabía y se aprovechaba de ello.
Durante unas vacaciones del Día de Acción de Gracias, cuando nos hallábamos todos juntos, reuní a los chicos aparte en un salón de la parte frontal de la casa y discutí el asunto con ellos. Malcolm se había llevado a Corinne a Charlottesville para hacer compras, ya que decía que todas sus ropas estaban pasadas de moda, y eso era muy importante para ella a pesar de tener tan sólo once años.
Hice que Mal y Joel se sentaran en un sofá y me quedé en pie delante de ellos, como si fuese uno de los conferenciantes de su escuela. El invierno había avanzado ya la primera nevada. Fue ligera, y el cielo siguió brillante. La nieve puso a todos de buen humor anticipando la llegada de la Navidad. Los muchachos y la niña habían comenzado a adornar nuestro gran árbol, aunque Corinne se pasaba la mayor parte del tiempo, sentada en una silla francesa de alto respaldo dictándoles lo que quería, y dónde debía colocarse, y Joel iba de un lado a otro como un esclavo, estirándose y esforzándose por sujetar un adorno acá y otro allá.
-Mal, -comencé-, pronto cumplirás dieciocho años y, tal como os dije hace tiempo, cada uno de vosotros, al llegar a esa edad, tendréis acceso a un fondo en fideicomiso, lo cual os proporcionará una gran independencia; pero la independencia exige tener bien desarrollado el sentido de la responsabilidad. -hice una pausa para comprobar su interés.
Mal, como de costumbre, me miraba intensamente, sentado tan rígido y quieto como una estatua. Tenía las piernas tan largas que parecía sentirse incómodO en aquel blando sofá

con cojines color azul claro; pero no profirió ni una sola palabra de queja. Joel, en cambio, se movía, tamborileaba en el brazo del diván, pasaba los dedos entre su fino cabello dorado, se inclinaba hacia delante y después daba un salto hacia atrás.,
-Lo sé, madre, -dijo Mal-. Papá me ha hablado de ello hace poco. Ayer, después de llegar, tuvimos una discusión, -dijo.
Mi hijo mayor tenía la voz profunda y fuerte de Malcolm.
-¿Ayer? ¿Y qué te ha dicho? -pregunté.
-Me ha pedido que le traspase el dinero para que pueda continuar invirtiéndolo de forma adecuada.
-¿Qué le has contestado? -le pregunté.
Joel dejó de moverse y alzó la mirada, con la ansiedad en su rostro. Los muchachos siempre habían sido muy sensibles a mis sentimientos.
-Le he dicho que lo hablaría contigo, -repuso Mal, y sonrió tímidamente.
¡Cuánto se parecía a Malcolm; pero, oh, Dios mío, cuánto tenía también de mí! Le sonreí, y Joel me correspondió con otra sonrisa amplia.
-Bien. Eres un buen chico, Mal. No debes devolver nunca ese dinero a tu padre. Podría ser que se lo apropiara y lo gastara todo en Corinne, -dije; Joel comenzó a reír; pero le contuvo mi mirada-. No pretendo ser jocosa, hijos. Os he llamado aquí porque creo que tenéis que dejar de mimar tanto a vuestra hermana. Os está utilizando, se está aprovechando de vosotros. Y no creo que sepa apreciar todo lo que hacéis por ella. Ha sido complacida en exceso. Os digo esto por el bien de los tres. Vuestro padre no atiende a razones. Cuando se trata de Corinne está ciego; pero vosotros dos podéis ser de una ayuda inestimable si no os mostráis tan dispuestos a hacer todo lo que a ella se le antoja.
Comencé a pasear delante de mis hijos.
-No es demasiado tarde para ayudarle; pero ya podéis imaginar en qué tipo de mujer se va a convertir si esto continúa. No tiene ningún sentido del dinero y de su valor; cree que todo el mundo está nada más que para servirla, en especial vosotros dos, y no me gusta la manera en que se aprovecha de ello.
Miré por encima del hombro para ver cómo era tomada mi pequeña conferencia. Ambos parecían graves y pensativos, aunque Joel tenía el aspecto más infeliz.
-Yo quiero a vuestra hermana. No me interpretéis mal, -aclaré-. Pero no bromeaba hablando de la herencia que os corresponde. Vuestro padre es capaz de dejárselo todo a Corinne, y no supongáis ni por un momento que ella no tiene su parte de confabulación. Ya sé que posee un aspecto inocente e infantil; pero detrás de esos ojos limpios, piensa como una Foxworth.
Me paré y me quedé mirándolos. Mal asintió y Joel se apoyó en el respaldo, cruzando los brazos delante de su angosto pecho. Seguía teniendo dificultades para aumentar de peso, y continuaba flaco y frágil.
-¿Qué deberíamos hacer? -preguntó Joel.
Su voz era fina, suave, aguda y casi femenina. A menudo pensaba que hubiera sido mejor una linda muchacha, aunque quizá no tan bella como Corinne.
-Reflexionad un poco cuando ella os pida algo. Enseñadle a abstenerse y a tener paciencia. Ayudadla a convertirse en una persona mejor. -Mal asintió y después lo hizo Joel-. En cuanto a vuestro padre, y sus demandas del patrimonio que os pertenece, continuad diciéndole que estáis discutiéndolo conmigo. Que él venga a hablarme, -dije.
-Y si quiere quedarse con esos fondos, ¿por qué nos los cedió? -preguntó Mal.
-Eso es algo que él y yo decidimos hace muchísimo tiempo, y hay acuerdos que no pueden romperse. Las razones no importan en este momento. Lo único que tenéis que comprender es que no estáis tan indefensos como algunas veces podéis pensar, no lo estaréis mientras yo sea la dueña de Foxworth Hall, -añadí.
Mal asintió con un gesto reflexivo; pero Joel seguía preocupado.

Me daba cuenta, con tristeza, de que podía crear dos campos opuestos en Foxworth Hall: Mal, Joel y yo contra Malcolm y Corinne. Sabía que era desagradable tanto para los chicos como para mí, de modo que no insistí.
-Todo mejorará con el tiempo, -concluí sonriente. Pero yo sabía que no sucedería así.
Las vacaciones continuaron siendo una ocasión festiva para nosotros. Significaba que los hijos estarían en casa, y para Malcolm, representaba que vendría su princesita. A pesar del desagrado que me producía la relación de Malcolm con su hija, y su actitud implacable con los hijos, también yo sentía impaciencia por su llegada. Corinne traía luz y vida a Foxworth Hall. A sus trece años, era ya una pequeña señorita, y muy popular con sus compañeras. Pude comprobar que todas rivalizaban para acaparar su atención y su amistad. Había pocas cosas que valorasen más que una invitación para pasar la noche o asistir a una fiesta en Foxworth Hall.
Nuestras celebraciones de Navidad continuaron realzadas por el lujo y la esplendidez, sólo que ahora estaba Corinne en ellas como una joven damita, y Malcolm conducía cada una de esas fiestas del mismo modo que si fuera un baile de debutantes. Cada vez, Corinne era presentada a nuestra alta sociedad. Se invitaba a todas sus amigas y también a sus padres. Siempre le compraba un vestido nuevo y caro para la ocasión. Las jóvenes invitadas sabían lo que se esperaba de ellas. Se presentaban vestidas de gala, los padres con smoking y las madres con trajes largos. Había mucho brillo y encanto. Las mujeres y las adolescentes lucían Joyas caras. La gente venía en coches magníficos; por todas partes había flores de alto precio cultivadas en invernaderos, y la fiesta era tan variada y tan rica como lo había sido aquella primera Navidad cuando Malcolm presentó a la recién nacida Corinne.
Malcolm seleccionaba con cuidado los amigos de su hija, invitando sólo a los que le parecían «lo bastante buenos». Nuestra lista de invitados era revisada con más minuciosidad a medida que pasaban los años. Hasta que Corinne llegó a los dieciocho, ya que entonces sucedieron muchísimas cosas importantes.
Pero antes de ese momento, la adoración de Malcolm por su hermosa hija crecía día a día. No sólo la hacía que la fotografiasen continuamente, sino que enCargó que pintaran su retrato, algo que no se ocupó de hacer conmigo. El cuadro con la imagen de Corinne fue colocado en su sala de trofeos para su contemplación privada. A los ojos de Malcolm, Corinne era perfecta.
Una noche, padre e hija se hallaban solos, sentados a la mesa para cenar. Los chicos no habían regresado todavía de sus pensionados. Corinne estaba en casa porque Malcolm realizó el viaje exprofeso para traerla. Se encontraba sentada como una damita, muy bien educada, gracias a la tutoría de Mrs. Worthington, y describía acontecimientos de la escuela. Malcolm la escuchaba fascinado, con la barbilla apoyada en la mano y el codo sobre la mesa ‘con una sonrisa permanente en el rostro. Parecía hipnotizado por los resplandecientes ojos azules de Corinne y su risa musical. Les espié por la rendija de la puerta. Los sentí lejos de mí.... mucho más que en la distancia real. Era como si se hallasen en su propio mundo privado. Los envidié, envidié la manera en que la niña captaba la atención de Malcolm.
Cuando ella terminó su historia, se inclinó hacia delante, como guiada por un instinto, y besó a su padre en la frente. Lo hizo de un modo tan rápido y espontáneo, que fue un acto casi celestial.
Malcolm le cogió la mano.
-¿Quieres a tu papá? -Malcolm estaba serio, como si no se hallara seguro.
-Oh, sí, papaíto. -Hizo un mohín de coquetería y le sonrió.
-Entonces prométeme que te quedarás siempre conmigo y yo te prometo que todo esto será tuyo. -Hizo un amplio gesto con la mano.
Corinne alzó la mirada hacia el alto techo, y lanzó una risilla tonta.

-Lo digo en serio, -insistió Malcolm-. Todo lo que poseo irá a manos de mi princesa. ¿Te quedarás conmigo para siempre?
-Claro que sí, papá, -repuso ella, y le besó en la mejilla-. Pero, ahora, ¿verdad que me harás un favor?
-Cualquier cosa, tesoro, cualquier cosa que desees.
-¿Sabes ese cuarto especial, arriba, papaíto? ¿Ése que siempre está cerrado con llave? Quiero que sea mi habitación. ¿Puede ser mi dormitorio? Oh, por favor, dime que sí y llevaré allí todas mis cosas yo misma, -dijo Corinne, aplaudiendo entusiasmada; la excitación había arrebolado su cara.
-¿Qué habitación? -preguntó Malcolm, y levantó la vista con una media sonrisa en su rostro, sin prever lo que Corinne iba a decirle.
-Esa habitación con la cama en forma de cisne. Oh, qué bella es...
Malcolm enrojeció violentamente, pero sus labios palidecieron.
-No, no, -dijo con los dientes muy apretados-. No debes entrar en esa habitación. No es una estancia que deba usarse.
-Pero, ¿por qué?
En su cara se vio la desilusión, algo a lo que Corinne no estaba acostumbrada. Apretó las manos y se golpeó las caderas con los puños. Las manos de Corinne siempre habían traicionado sus sentimientos. Algunas veces parecían ser criaturas independientes, girando y retorciéndose por su propia voluntad.
-Es una habitación mala, una habitación corrompida, -explicó Malcolm sin darse cuenta de que al decir aquello sería todavía más tentadora para ella.
-¿Por qué? -insistió Corinne.
-Porque el fantasma de la segunda esposa de mi padre vive allí, -dijo Malcolm, esperando que aquella declaración la asustara; pero Corinne abrió los ojos desorbitadamente, y juntó las manos en actitud de súplica-. Y no era una mujer buena.
-¿Por qué no era una mujer buena? -preguntó ella, casi en un susurro.
Eso no importa. Eres todavía demasiado joven para saber algunas cosas, -dijo Malcolm.
-Pero, papá, ya soy una chica mayor. Sabemos que los fantasmas no existen. No creo que esa habitación esté encantada y tenga uno. Déjame trasladarme allí, y si eres tan bobo que te preocupa el hecho de que haya fantasma, Yo me encargaré de echarlo.
-Deseo que dejemos este asunto ahora mismo, Corinne. Exijo que lo dejemos, -gritó Malcolm.
-Pero yo quiero esa habitación, -se empeñó ella-. Es la más bonita de la casa, y debe ser para mí.
Y huyó de su padre, con las lágrimas rodando por sus lindas mejillas.
A partir de aquel momento, cuando Malcolm se ausentaba durante todo el día, yo permitía que Corinne visitara la habitación del cisne. Su interés por ella me parecía fascinante. Le gustaba sentarse frente al largo tocador y fingir que era una mujer mayor, la dueña de Foxworth Hall, que se preparaba para un gran baile.
Yo sabía lo que Corinne hacía allí dentro porque la espiaba por el agujero que había detrás del cuadro en la sala de trofeos de Malcolm. Naturalmente, ella jamás lo supo. Se sentaba delante de la coqueta y se cepillaba el cabello con el cepillo que había sido de Alicia. En una ocasión, después de haber cerrado la puerta con llave, se desnudó y se puso uno de los camisones de su abuela. Ató muy fuerte los lazos del corpiño para que no se le escurriera. Vi cuánto disfrutó con la sensación de su contacto, cómo las palmas de sus manos acariciaban la tela, desde sus pequeño senos hasta el bajo vientre. Cerraba los ojos y tenía una expresión de éxtasis que me pareció que iba mucho más allá de lo que alguien de su edad era capaz de sentir. Caminó de un lado a otro como si fuera la princesa en que la había

convertido Malcolm, y se metió después en la cama cisne. Acabó durmiéndose allí, llevando el camisón de seda plateada.
Observé sus pequeños pechos en movimiento ascendente y descendente y pensé en Alicia haciendo el amor con Garland en aquella misma cama. Quizá Malcolm tenía razón; quizás había fantasmas allí dentro; tal vez existía algo maligno que atraía a la pequeña Corinne.
No impedíque continuara entrando allí; no la privé de utilizar algunas de las cosas de Alicia y de la madre de Malcolm. En mi corazón presentía que no era el fantasma de Alicia o de la primera Corinne, lo que habitaba en aquel dormitorio; parecía que era el propio diablo, venido para corromper a cualquier joven inocente que lo ocupase.

XV. EL DÍA MÁS NEGRO

-¡Mamá, ya soy una mujer!
Yo estaba en el jardín, cortando los últimos crisantemos de finales de verano. Aquel año las flores eran espléndidas, porque durante el verano había tenido conmigo en casa a todos los hijos y a menudo habíamos trabajado juntos arrancando malas hierbas, regando y poniendo fertilizantes. Mis hermosas plantas se alzaban altas y orgullosas, algunas de ellas más arriba del metro y medio, exhibiendo deslumbrantes colores de lavanda, rojo sangre y amarillo sol. Mal bromeaba insistiendo en que participara en la feria del Condado.
-Serás la reina de las flores, madre, puedes estar segura.
Corinne también había insistido para que presentara mis flores; pero yo era reacia. Quería que fuesen solamente para nosotros, para nuestra casa, para dar brillantez a nuestras vidas y reflejar la felicidad que mis hijos traían a la siniestra mansión de Foxworth Hall. Setiembre llegó, demasiado pronto, y al cabo de una semana mis hijos se habrían marchado de nuevo, Joel y Corinne a sus respectivos pensionados, Mal de regreso a Yale, donde estaba comenzando a realizar todo lo que el ambicioso Malcolm le había imbuido desde el día en que nació. Yo aspiraba el penetrante perfume de las flores cuando vi a Corinne, excitada, que se acercaba corriendo hacia mí, con su cabello dorado flotando detrás de ella como un chal tejido con rayos de sol.
-¡Mamá, ya soy una mujer!
-Cariño, ¿de qué estás hablando?
-¡Mamá, ya estoy encinta!
El corazón se me paró y di media vuelta rápida, sorprendida y temblorosa.
-Mamá, tengo mi...
Su rostro estaba sonrojado y sus grandes ojos azules rebosaban de maravilla y excitación. Sonreía tímidamente.
-Mamá, ahora soy realmente una mujer. Ya tengo el período.
Me incliné y cogí sus manos entre las mías. Me había dejado sin habla. Corinne tenía solamente catorce años y ni siquiera sabía la diferencia entre ser una mujer y estar encinta. Pero se hallaba muy excitada y orgullosa. Me sentí feliz por ella. ¡Qué distinto había sido para mí! Yo no había tenido mi período hasta los dieciséis años, y por aquel entonces mi madre había muerto y no tenía nadie con quién compartir el secreto de mi cambio.
-Mamá, hazme una corona de flores para celebrarlo. En los viejos tiempos, ¿no solías hacerlo para celebrar grandes acontecimientos?
Corinne comenzó a recoger las flores que yo había cortado, enlazando los tallos, juntando capullos de todos los colores para hacer una festiva corona. La contemplaba con una mezcla agridulce de envidia y amor. Ya que, cuando yo era niña, la única corona que pasar a ser mujer me proporcionó, fue una estéril corona de espino. Ciertamente yo me había sentido avergonzada con la venida de mi menstruación, y hubiera querido ocultarlo a mi padre y a los sirvientes. Sentía tanto pudor de que alguien lo descubriera, que aquella noche

me puse de rodillas ante la cama pidiendo a Dios que me permitiera seguir siendo una niña para siempre. No había querido ser mujer, y por buenos motivos: no me había servido de nada desde el punto de vista afectivo, con excepción de mis queridos hijos, quienes ahora, precisamente, estaban a punto de embarcarse en sus vidas de adulto, alejándose de mí. Y aquí estaba Corinne, que era ya el tipo de mujer que yo nunca había sido, y que jamás sería.
Se acercó y se sentó en la roca que adornaba el centro de nuestro jardín.
-¿Vas a hablarme ahora sobre el amor, mamá? ¿No te parece que estoy a punto? Oh, llevo tantas ansias dentro de mí que me siento como si fuese a estallar.
-¿Amor, Corinne? Si aún eres una niña.
-Pero, mamá, tengo tantas dudas. Estoy tan... -Inclinó la cabeza y se apartó el cabello hacia atrás, sujetando brillantes nomeolvides en sus dorados rizos-. Tengo tanta curiosidad por saberlo todo.
-Cuando un hombre te besa, mamá, ¿no te mueres por dentro?
-Cariño...
-Cuando te toma en sus brazos, -se abrazó ella misma, brincó y bailó un vals alrededor de las flores-, ¿no te sientes como si el suelo estuviera danzando contigo? Mamá, ¡tengo que saberlo! Me moriría si tuviera que pasar el resto de mi vida en Foxworth Hall. Quiero casarme. Quiero amor. Quiero ir a bailar todas las noches. Deseo hacer cruceros por tierras exóticas, donde las mujeres no llevan blusas y los hombres baten los tambores. Oh, ya sé que papá nunca lo aprobaría, él quiere que yo sea siempre su niñita; pero tú sabes que eso no puede ser. También tú has de haber deseado estas cosas, mamá. Debes haber deseado a un hombre que te hiciera elevarte, que te prometiera amor para toda la vida, que cambiara el mundo y te hiciera temblar cada vez que tocase tu mano. ¿Te hizo papá sentir eso?
-Tu padre...
-Es tan atractivo... Apuesto que sí, apuesto... -Corinne me abrazó por la cintura y comenzó a danzar conmigo dando vueltas por el jardín-, apuesto a que tú estabas loca por él.
Paré el baile y me senté en la roca para recuperar el aliento. ¿Podía Corinne ver el dolor en mis ojos? ¿Loca por él? Sí, estuve loca..., me sentí loca con un ansia desesperada de amor. ¿Pero qué conseguí en su lugar? La consumación de nuestro matrimonio, que hubiera debido ser cálida y maravillosa, fue literalmente una violación. Me atacó con el nombre de su madre en los labios. Ésa fue mi iniciación. Yo nunca poseí el amor de Malcolm.
Corinne estaba mirándome muy fija, con una extraña expresión en sus azules ojos, a la expectativa, casi asustada.
-Mamá, -dijo-, prométeme que alguien me amará, algún maravilloso hombre joven ganará mi corazón. Prométemelo.
De pronto por sus ojos pasó una nube oscura y ella se inclinó, sintiendo el dolor de un espasmo.
-Ser mujer causa dolor también, el cual acompaña las alegrías, y debes acordarte de esto. Sabes, Corinne, las relaciones entre un hombre y una mujer son más complicadas de lo que tú puedas imaginar. No son siempre flores ni están presididas por el arco iris, aunque nosotras desearíamos con todo el corazón que así fuese. Como siempre nos han dicho los poetas, el amor se parece a una rosa que tiene espinas duras y dolorosas debajo de sus hermosos y brillantes pétalos. Para algunas, las espinas casi no son perceptibles, ya que la rosa es grande y su aroma intenso: mas para otras la rosa es pequeña y se marchita casi antes de florecer, y nos quedamos con un arbusto de espinas, como pequeños alfileres que se clavan en el corazón...
-Pero, mamá, el dolor ya ha desaparecido. Ya sé que tú lo sabes todo de la vida, y que estás intentando protegerme. Pero mi corazón me dice algo que sé que es verdad. Estoy segura de que voy a ser una de esas chicas afortunadas especiales, quiero decir una de esas mujeres que conocen un amor excepcional, puro y resplandeciente, un amor verdadero para

toda la vida. Y sé que, cuando llegue, yo estaré dispuesta, y haré lo que sea para reclamarlo como mío. Oh, mamá, puedo adivinar que las cosas no siempre son agradables entre papá y tú. Pero eso no quiere decir que a mí haya de sucederme lo mismo, ¿verdad?
Sabía que sería diferente para ella, como lo había sido para Alicia y para Corinne. Cuánto la envidiaba... Cuánto soñaba para ella...
-¿Verdad, mamá? ¿Verdad que será distinto para mí?
Miré su cara, su boca generosa, como el pétalo de una rosa, entreabierta en una interrogación.
-Claro que sí, Corinne, claro que será diferente para ti. Posees todos los dones ansiados por las mujeres: belleza, dulzura, inocencia y un corazón amante...
La estreché con fuerza contra mí para disimular las lágrimas que acudían a mis ojos. ¡Oh, cuánto deseé que fuese de verdad mi hija! Pero era mía. Lo era por obra de mi amor, el cual había creado al fin algo hermoso, recibiendo, como premio, la flor más esplendorosa en toda Virginia.
-Vamos, cariño, entremos. ¿Has atendido ya tu situación?
-Oh, mamá, claro. Mrs. Tethering me ha dado lo necesario, y, como puedes suponer, todas mis compañeras no hablan de otra cosa. ¡Oh, estoy tan contenta de que esto haya sucedido justo antes de volver a la escuela! ¡Puedo haber salido de allí como una niña, pero regresaré siendo una mujer!
Corinne volvió a la casa como deslizándose, y justo cuando subíamos los escalones frontales, Mal se acercaba por el camino montado en una brillante y rugiente motocicleta negra. Las dos nos paramos Y nos quedamos mirándolo boquiabiertas. Malcolm había prohibido repetidas veces a Mal que tuviera una moto. Había sido motivo de amargas disputas entre ellos, Malcolm intentando obligar a Mal a ocuparse tan sólo del mundo de los negocios, y Mal insistiendo en que debía «correrla un poco». Yo traté de permanecer al margen de esa cuestión, ya que, en realidad, esas máquinas me asustaban y me parecían muy peligrosas; pero Mal deseaba con toda su alma tener una, y había recibido el dinero que Yo obligué a Malcolm a destinar a los chicos cuando Corinne nació. Y ahora, se había comprado una motocicleta. Sonreí interiormente, satisfecha en cierto modo al ver que Malcolm no se había salido con la suya y que no había quebrantado el espíritu de mi hijo como hizo con el mío. Me sentí orgullosa de Mal, tan brillante y tan guapo, más sensato de lo que correspondía a sus años, y también amante de la diversión. Sentía complacencia de que hubiera realizado sus deseos. Ofrecía un gallardo aspecto sobre su motocicleta, y Corinne saltaba excitada al ver a su hermano mayor montado en aquella máquina.
-Eh, Corinne. ¿Quieres dar un paseo?
Hizo girar el manillar. Su joven cuerpo viril era realzado por el caballo de hierro. Llevaba botas de cuero con placas metálicas y un hermoso pañuelo de seda blanca, como un piloto de la Gran Guerra.
-Oh, mamá, mamá, ¿puedo ir?
-Corinne, todavía eres una joven. Es muy peligroso. No te permito...
-¡Madre! -exclamó Mal-. Solamente la llevaré a dar una vuelta por la avenida. No seas anticuada.
-¿Puedo? Oh, por favor... ¿Sí, mamá?
-¿Crees que es propio de una señorita?
-El hermano de Lucy McCarthy tiene una moto y a veces la acompaña a la escuela. Y los McCarthy son ricos e importantes. Hasta papá lo dice, y...
Mal volvió a revolucionar el motor. El aire se llenó de estruendo. No quería que Malcolm saliera para ver el motivo de tanto alboroto.
-Madre, -terció Mal, pateando el polvo con su bota de cuero-, no será más que una vueltecita por la avenida. Dejaré a Corinne junto a la puerta de entrada y ella puede regresar

caminando. Además, si no me dejas que la lleve, voy a pasearte a ti en mi moto, aunque sea a la fuerza.
Los dos se echaron a reír sin parar; y yo, asustada como estaba, acepté:
-Pero sólo una vuelta por la avenida.
-Oh, gracias, gracias, mamá, -chilló Corinne, y subió en la gran motocicleta agarrándose con fuerza a la cintura de Mal.
Tuve que admitir que, juntos, ofrecían una estampa deslumbrante. Corinne, con su cabello rubio, sus ojos azules y sus brazos delicados alrededor de su hermano, y Mal, con su chaqueta de cuero, las botas y el pañuelo blanco.
-Conduce con cuidado, -aconsejé, pero la ruidosa máquina ya estaba en marcha, levantando gravilla y arena a su paso.
Mientras contemplaba cómo desaparecían por el borde de la colina, sentí una presencia fría en la nuca.
-¿Qué ha sido eso? -inquirió la voz seca y airada de Malcolm.
Di media vuelta para enfrentarme con él. Su ira ya se había convertido en una fuerza combustible que se revelaba solamente en su rostro, rojo como la sangre; había furia en sus ojos desorbitados, y apretaba los puños junto a las caderas. Tenía el aspecto de una estufa-sobrecalentada a punto de estallar.
-¿He visto realmente lo que me ha parecido ver? -preguntó.
-Malcolm, hace mucho tiempo que no puedo imaginar siquiera lo que tú ves, -repliqué.
Me senté en la mecedora del porche. Mi marido estaba tan enfadado que parecía una parodia de sí mismo. No pude escapar a la tentación de hurgar en su tormento.
-¿Qué es lo que crees haber visto? -pregunté.
-Acabo de ver, -respondió furioso-, que una chiflada mujer de media edad permitía a su preciosa y joven hija trepar a una moto conducida por el primer hijo idiota de esa mujer. ¡He prohibido mil veces la motocicleta! Y he visto que, sin dedicar ninguna atención al bienestar y a la buena crianza de los chicos, ha consentido que se subiera a esa peligrosa máquina y se alejasen rugiendo como gamberros por la avenida. Después he podido contemplar también que esa mujer chiflada de media edad sonreía.
-Estaba sonriendo, -repliqué, irguiéndome en toda mi estatura y poniendo un gran orgullo maternal en mi voz-, porque pensaba en la posibilidad de dar yo misma un paseo en esa máquina.
-Eres mucho más estúpida de lo que yo pensaba, Olivia. Fuiste lo bastante boba cuando me obligaste, con extorsión, a dar a esos muchachos unos bieness para que los recibieran a la ridícula edad de dieciocho años. ¿Has visto cuánta responsabilidad económica y sensatez tienen? ¿Éste es el joven al que se supone debo pasar el liderazgo de un imperio de un billón de dólares? Te lo advertí, te lo advertí. Deja que yo controle el dinero, deja que yo controle los gastos; pero, no, tú tenías que..., tenías que hacerme chantaje para que les permitiera dilapidar una pequeña fortuna. Y es lo que Mal ha comenzado a hacer..., dilapidar. Yo insisto..., ¡exijo! que le ordenes que se apresure a vender..., esa cosa y que intente recuperar la mayor parte de su precio.
-No sé cómo puedo hacer tal cosa, -respondí con voz calmada, pues sabía que cuanta más tranquilidad y suavidad pusiera en mis palabras, más se enfurecería Malcolm.
-¡Qué! ¿Por qué no?
-El dinero es suyo y puede hacer con él lo que le plazca. No ha de pedirme permiso cada vez que quiera comprarse algo. Eso le quitaría la independencia, y es muy importante que la asuma en esta fase de su vida, -Observé-. Tú la tenías a su edad.
-¡A su edad yo tenía mucha más sensatez! -Me miró rabioso-. ¿Estás disfrutando con esto, verdad? ¿Es para ti una especie de venganza enfermiza, verdad?
-Claro que no, -negué, aunque lo que él decía era verdad en cierto modo.

-Esto será un gran peso sobre tu conciencia, -me advirtió, agitando amenazador su dedo ante mí-. Al final lamentarás no haberme escuchado, -añadió exhibiendo aquella confianza Foxworth que yo había terminado por odiar.
Dirigió su mirada a lo lejos y se quedó silencioso un momento. Yo no dije nada. Después, volvió otra vez a mirarme. Presentí que había logrado calmarse lo suficiente para poder proseguir.
-Así que ahora esperas que yo envíe a mi hijo mayor de regreso a Yale sobre una maldita motocicleta. Estás socavando debajo de mis pies, Olivia. Tú sabes los planes que tengo para Mal. No puedo permitirle que se vaya en una máquina recién inventada, como hace la gentuza. Y Joel..., fíjate en qué lo has convertido.... en un músico afeminado. ¡Te lo advertí! Acabará siendo un inútil, un inútil, lo repito.
-Alicia creía que Joel era un prodigio, -le recordé en tono áspero-. Ella le llamaba genio musical, y lo es, Malcolm. Lo apreciarías si tuvieras la sensibilidad necesaria para saber que el talento se muestra de muchas formas, y no solamente en la capacidad de ganar dinero.
Sus labios tenían un temblor amargo. Los ojos le brillaban como ascuas, cuyo resplandor aumentaba al crecer la rabia detrás de ellos. Las venas de sus sienes se veían hinchadas bajo la piel. Apretó la mandíbula, tragó saliva y avanzó un paso, irguiendo los hombros, hinchando el pecho.
-Estás utilizando a mis hijos para herirme. No lo niegues. Estás moviéndolo igual que un látigo contra mi espalda desnuda, y experimentas una horrible satisfacción cada vez que lo descargas. Pero ten cuidado, -advirtió-. Tu venganza rebotará contra ti.
-No intentes echarme a mí la culpa, -repliqué, pues los días en que me intimidaba habían quedado lejos-. Nunca he animado a los chicos para que te desobedecieran. Son así porque tú nunca has pasado con ellos el tiempo suficiente para darles ejemplo. ¿Cuántas veces te he pedido, más bien te he suplicado, que les dedicaras más atención, que fueses un verdadero padre para ellos? Pero no. Tú tenías tus propios puntos de vista severos acerca de cómo ha de ser la relación entre vosotros, castigándolos por lo que sentías en cuanto a tu propio padre. Pues bien, ahora estás cosechando lo que sembraste. Tú pusiste las semillas y no yo. Y si la cosecha no es de tu gusto, la culpa es tuya, no mía.
-Por lo que a mí respecta, mis hijos pueden perderse, -dijo enfurecido-. Pero todavía tengo a mi hija. Es mía, Olivia, ¡mía! ¿Me oyes? Y no le permitiré que vaya por ahí sobre peligrosas motocicletas como cualquier mujerzuela adolescente. No consentiré que la pongas en contra de mí. ¡No toleraré que amenaces su joven vida dejándola ir por ahí montada sobre esa cosa!
-Ya vuelven, Malcolm. No les arruines este día con tu estúpida rabia.
Corinne subía corriendo por la larga avenida, agitando la mano para saludarnos. Estaba todavía a tanta distancia, que pensé que sus gestos alocados eran resultado de su excitación. Una nube oscura cubrió el sol, y sólo pude ver sus manos blancas revoloteando como pequeñas palomas, llamándome... Los brillantes ojos azules, ‘como zafiros resplandecientes, destacaban en su cara ahora pálida. ¡Si lo hubiera sabido! ¡Si hubiera podido saber lo que acababan de contemplar aquellas pupilas!
-¡Mamá! ¡Papá! ¡Mamá! ¡Papá! Corrí hacia ella. Supe al instante que algo terrible había sucedido.
-¡Malcolm! -chillé-. ¡Malcolm, ven en seguida! Corinne de pronto quedó callada, y cayó de rodillas, llorando.
-¡Corinne! -gritó Malcolm-. Cariño mío, ¿qué pasa? ¿Estás herida? ¡Oh, Dios mío!
-Oh, papá, papá, es Mal. Es Mal, él..., oh Dios mío..., oh Dios mío, -sollozaba.
-Tú estás bien, mi vida, -gimió Malcolm, sosteniéndola en sus brazos.
-¿Qué le ha ocurrido a Mal? ¿Qué le ha pasado a mi hijo? -gemí.

él... Oh, Dios mío, mamá, me dijo que me bajase y entonces..., entonces él..., iba tan aprisa..., oh, mamá...
-¿Dónde está mi hijo?
-La moto salió rugiendo, mamá. Todo ha sucedido con tanta rapidez. Mal se alejaba corriendo por la carretera y entonces...
-¿Qué?
No reconocí mi voz. Parecía la de un animal.
-Y entonces la moto se alzó, como si fuese a volar, y la vi saltar por el despeñadero... Oh, Dios mío, Dios mío.... ha habido una terrible explosión y se ha alzado una gran nube de humo... Yo he venido corriendo a casa a buscar a papá.
Yo también comencé a correr. Por el camino, por la carretera...
-¡Mal, hijo mío! ¡Mal!
Pude ver el humo que se elevaba formando una enorme columna oscura. En el fondo del despeñadero, rugía un fuego, como un sol encendido. Intenté correr hacia allí; pero los poderosos brazos de Malcolm me detuvieron.
-Déjalo, Olivia. Ahora ya no puedes ayudarle. -Su voz era fría y cortante.
Yo le arañaba los brazos como una demente. Tenía que llegar junto a Mal.
-¡Es mi hijo! -chillé-. ¡Tengo que salvarle!
Malcolm me sacudía, mientras contemplaba el humo negro que se elevaba del barranco. Alzó entonces la mirada al cielo, que de repente se me antojó más frío y distante. Y cogió a Corinne, que estaba llorando en silencio, viendo cómo el humo ennegrecía el cielo. El día quedó teñido de negrura y, a partir de entonces, todos mis días han sido negros. Mal. Mi primer hijo. Mi primer amor. Mal. Quería desgarrar la tierra, destruir el suelo hasta que no quedase nada. Malcolm y Corinne me miraron fijamente, como si mi dolor fuese insoportable para ellos.
-Debo ir a su lado, -dije, poniéndome en pie, pero Corinne me abrazó por la cintura, y Malcolm me miró; sus fríos ojos azules eran como hielo que quemaba mi alma.
-Ya es demasiado tarde, Olivia. Tú has permitido que tu hijo muriese. Mal está muerto.
-El Señor nos lo ha dado, el Señor nos lo ha quitado.
El día que enterramos a Mal parecía que el mundo entero nos acompañaba en nuestro duelo. El cielo estaba oscuro y airado, y se oía el trueno distante, como si Dios estuviera puntuando su frase para recordarnos que su ira era todopoderosa y que podía aplastarnos como hormigas con una exhalación.
Había centenares de personas en el funeral: muchos conocidos de Mal, de Joel y de Corinne, y asociados de Malcolm... Entre los asistentes, tan sólo había una persona por parte mía, John Amos, mi único pariente vivo, que había tomado el tren desde Connecticut tan pronto como recibió mi telegrama. Habíamos mantenido correspondencia durante años y vi al joven John Amos progresar en su camino para dedicarse por entero a Dios, pasando de ser predicador a caballo, como se les llamaba, a pastor sin congregación. Pero aquel día tenía una, ya que estaba atendiendo el servicio del funeral para mi adorado Mal.
El grito silencioso que había resonado en mi cabeza durante tres días no se calmó por las palabras de John Amos.
-Nuestro querido Mal se ha ido a un lugar mejor. Su auténtico Padre le ha llamado junto a él en la flor de la juventud, le ha acogido en su regazo, y allí su alma inocente descansará en paz toda la eternidad. Su Padre le ha reclamado.
Malcolm me miró, y sus fríos ojos azules intentaron penetrar a través de mi velo negro. Nos hallábamos en pie al lado de la tumba, Y Corinne y Joel estaban entre nosotros dos. El muchacho se agarraba a mi mano, y la niña a la de su padre. En los dos largos días transcurridos desde el horrible accidente, Malcolm no me había dirigido la palabra; pero yo podía ver en su mirada que intentaba culparme a mí de la muerte de Mal, dándome a

entender que, si yo no hubiera desobedecido sus órdenes y permitido la motocicleta, mi querido hijo todavía estaría a mi lado. ¡Era tan injusto que me hubiera sido arrebatado Mal! Deseaba cortarme el pelo, las manos, las piernas, suplicaba a Dios que me llevase a mí y devolviera la vida a aquel maravilloso muchacho. El mundo estaba desequilibrado, y en verdad me culpaba. ¿Poseía Malcolm tanto poder que podía contar con la ayuda de Dios para castigar a quienes le desafiaban? Había permanecido aislada en mi habitación, y Corinne y Joel entraban para consolarme; pero también ellos sufrían muchísimo. ¿Y cómo podía consolarlos yo? Mal estaba muerto. ¿Mal muerto? ¿Mi favorito muerto? Con los ojos de la mente yo le veía de pie en la nursery, mirándome con aquellos ojos inquisitivos, su cara grave, su postura firme.

-¿Nos llevará papá a pasear en coche? -preguntaba-. Prometió que lo haría.

-No lo sé, Mal. Tu padre hace promesas que después olvida.

-¿Por qué no las escribe entonces? -preguntó, pues ya tenía un cerebro muy lógico.

Y ahora estaba muerto. Cuando comenzaron a caer gotas de lluvia y el trueno se acercaba cada vez más, mi querido Mal fue descendiendo a su tumba, y uno después de otro, Malcolm, yo, Joel y Corinne cogimos un poco de tierra ‘y la arrojamos sobre su ataúd. El velo ocultaba mis lágrimas pero estaba tan débil que casi no podía andar. Deseaba saltar a la tumba junto a él, quedar cubierta de tierra, aislada del mundo. Pero tenía que seguir, tenía que mantenerme fuerte, como John Amos me había dicho, para Corinne, para Joel. Malcolm había permanecido distante incluso de su hija, y ella estaba desconcertada, confusa. Los dos pensaban si su amor había muerto junto con Mal.

Joel era el más desconsolado. Apenas decía nada; pero permanecía a mi lado, atento a cada palabra mía, a cada gesto que yo hiciera, como si creyese que de alguna manera yo podía cambiar los acontecimientos y hacer volver a su hermano. ¡Habían estado tan cerca, a pesar de las diferencias de edad y de carácter-.! Sabía que Joel dependía de Mal y seguía su ejemplo, el parachoques entre él y su padre, un padre ante el cual se sentía aún aterrorizado. Era fácil verlo; no dijo nada durante todo ese tiempo, no le hizo ningún gesto, no le ofreció ninguna palabra de consuelo. Corinne se hallaba fuera de sí a causa del dolor, culpándose, como yo me culpaba, deseando poder hacer retroceder el reloj y que Mal volviese a estar a nuestro lado. Fue John Amos, y no Malcolm, quien intentó consolarla, mitigar su culpabilidad, calmar su aflicción. De todos los Foxworth, tan sólo Malcolm permanecía erguido, digno y solo en su pena.

Al día siguiente, regresó a sus negocios. John Amos se quedó, leyéndonos pasajes de la Biblia, sosteniendo la mano de Corinne cuando lloraba, acariciándola, actuando como el amante padre que Malcolm siempre había sido para ella. John Amos se había convertido en un hombre alto, larguirucho. Su cabello castaño oscuro era tan fino que estaba quedándose calvo prematuramente, lo cual le otorgaba dignidad y madurez. Tenía la cara pálida y severa de los ministros de Dios, ojos castaños y boca dura, pues los labios eran tan rectos que producían la impresión de haber sido trazados con una regla. Aunque sólo tenía treinta y un años, parecía mucho más viejo y era más sabio de lo que correspondía a su edad.

Por mis cartas, John sabía lo importantes que eran mis hijos para mí, y tenía alguna idea sobre mis relaciones y las de Malcolm, con Corinne. Estaba enterado de cuáles eran mis sentimientos hacia Malcolm.

Hallaba en él una comprensión profunda, tal vez debida a que éramos consanguíneos. Se daba cuenta de que yo me culpaba, y de que Malcolm me culpaba a mí, y no quiso que cargara sola con todo el peso.

-Olivia, -dijo, y su voz calma, cálida y serena era un bálsamo para mi espíritu-, es el Señor quien nos llama a su lado, el que hace justicia. Se ha llevado el hijo que Malcolm no sabía apreciar; quizá su mensaje iba destinado a tu marido, para que aprenda a estimar lo que es

suyo en vez de querer controlarlo. Pues ya ves dónde acaba ese control. No te culpes, Olivia. Los designios de Dios son misteriosos muchas veces, pero siempre son justos.
A Malcolm no le gustaba John Amos, pero a mí eso no me importaba. Por el contrario, el hecho de que no le agradase hacía que fuesen más evidentes para mí el valor y la importancia de quien era familia, amigo y guía espiritual. Por eso, después del funeral, cuando John Amos se hizo cargo de todo, ayudándome con los sirvientes, haciendo preparativos para las visitas de condolencia, consolándonos a todos, decidí que se quedase con nosotros en Foxworth Hall. Corinne tenía que regresar a la escuela. Se veía con toda claridad que estaba deseando abandonar esta casa de luto triste y oscura. Quería a Mal tanto como cualquier joven pueda amar a su hermano; pero en alguien tan lleno de vida, amor y esperanza, la sombra de la muerte no se detiene por mucho tiempo, al contrario de lo que nos ocurre a quienes carecemos ya de esperanzas y sueños. El día que Corinne se marchó, propuse a John Amos que se quedase a nuestro lado. Pareció muy halagado ante la idea. No se sentía feliz con el trabajo que hacía en esos momentos. Le llamé al salón.
-Me gustaría que te quedases en Foxworth Hall, -comencé-, y te convirtieras en algo así como mi ayudante. Oficialmente serás considerado nuestro mayordomo; pero tú y yo sabremos siempre que serás mucho más para mí.
La profunda aflicción que sentía me debilitaba. Tenía la impresión de haber sido moldeada bajo una nueva forma y mi cuerpo era como una armadura que escondía un corazón y una voluntad flojos e impotentes. No podía seguir viviendo en la mansión a solas con Malcolm. Se me hacía imposible tener que luchar con él y sus planes megalomaníacos día tras día. Necesitaba una aliado, alguien que me diera fuerzas, que me ayudase, que estuviera a mi lado. Necesitaba a John Amos. Y él era un hombre de Dios, un ser piadoso, temeroso del Señor, que rechazaría y torcería las malvadas intenciones de mi marido, al cual yo no permitiría que condujera a otro de mis hijos a la muerte, ni podía consentirle que se apoderase de la vida de Corinne como él tenía intención de hacer.
-Por favor, John Amos, ¿te quedarás aquí? Eres un gran consuelo para mí. Siento que tú eres realmente mi familia, la única que me queda, y necesito tu fuerte mano cristiana para que me guíe. John asintió pensativo.
-Siempre te he admirado, Olivia, -dijo-, he admirado tu fortaleza en los propósitos, tu firmeza; pero, más que nada, he admirado tu fe en Dios y en sus caminos. Incluso ahora, en tu desgracia, no culpas al Señor de no ser misericordioso. Eres una inspiración. Muchas mujeres deberían ser como tú, -declaró asintiendo con la cabeza, como si acabase de llegar a una conclusión importante.
Yo comprendía por qué Malcolm no simpatizaba con él. Porque tenía su mismo estilo para hacer declaraciones con aire de seguridad; pero Malcolm llegaba a sus conclusiones partiendo de una fe arrogante en sí mismo, y John Amos las establecía basado en una profunda fe en la voluntad de Dios.
-Gracias, John. Pero, en contra de lo que crees, yo también soy una mujer con debilidades. Necesitaré a alguien a mi lado que me ayude a educar a mis hijos y a mantener esta casa como debe ser y con el espíritu adecuado.
-Lo comprendo, y no podría encontrar un propósito más digno. Comprendí hace ya mucho tiempo que mi vocación se dirigía en direcciones que los demás tienen miedo o se resistían a tomar. El Señor tiene particulares medios para reclutar a sus soldados, -sentenció sonriente.
-Creo, -le dije al tiempo que le dirigía una mirada-, que hoy ya has visto algo de lo que te he estado describiendo en mis cartas. Comprenderás por qué algunas veces me siento aquí tan sola.
-Sí. Y cuentas con mucho más que mi comprensión. Cuentas con mi simpatía y mi devoción. -Y sus ojos castaños, aunque no eran brillantes ni ardientes, se hicieron

profundos; avanzó un paso-. Te juro, Olivia, -dijo-, que mientras yo esté aquí, a tu lado, nunca más te sentirás sola.
Esbocé una leve sonrisa y alcé la mano. John la cogió y, al estrechármela, hizo un juramento conmigo y con Dios Todopoderoso. Era la cosa más alentadora que me había sucedido en muchos años. Cuando comuniqué a Malcolm aquella noticia, tuvo su característica reacción. Se había retirado a la biblioteca. El velo de silencio caído sobre Foxworth Hall planeaba como el pesado aire húmedo antes de una lluvia de verano. Las luces eran débiles; fuera, se veía un cielo nublado, sin estrellas. Implacables ráfagas de viento arañaban las ventanas. Yo tenía la sensación de que se trataba de una bestia viciosa y vengativa.
Malcolm estaba en pie, dando la espalda a la puerta, con las manos enlazadas a la espalda, mirando unos libros del estante superior. No se volvió cuando entré, aunque yo sabía que había escuchado mis pasos. Esperé un momento.
-He tomado una decisión, -dije al fin-. He decidido contratar a mi primo, John Amos, para que sea nuestro mayordomo.
Malcolm dio media vuelta. La expresión de su rostro era casi horrible, una mezcla de dolor y de ira alteraba sus facciones. Jamás su boca había estado tan torcida, ni sus ojos fueron tan fríos.
-¿Qué mayordomo? Ya tenemos un criado. -Hizo que aquellas palabras corrientes sonaran como obscenidades.
-Un hombre que también sirve de chófer. No es adecuado, y representa una economía tonta, poco digna de una casa tan importante como la nuestra, -repliqué en tono severo.
-¿En este momento estás pensando en la servidumbre?
Parecía sorprendido y alterado al mismo tiempo.
-¿Acaso no has ido tú a trabajar hoy, y has recibido llamadas de negocios. ¿No has dado órdenes a tus subordinados? ¿Es que te has dedicado sólo a pensar en Mal? -le pregunté en tono acusador.
Movió la cabeza; pero no para negar lo que yo le había dicho, sino para dramatizar su disgusto.
-Ese hombre no me gusta. Es muy... Tiene un aspecto demasiado astuto.
-A pesar de ello, lo he contratado. El gobierno de la casa siempre ha sido, y será, de mi incumbencia. Necesitamos alguien que se ocupe en exclusiva de las responsabilidades de mayordomo, y John Amos es adecuado para asumirlas. Se trata de un hombre decente y religioso, que comprende las necesidades de las personas de nuestra clase. Ha aceptado el puesto y comenzará en seguida.
-Será mayordomo tuyo en todo caso, no mío, -decidió Malcolm desafiante.
-Como quieras. Te aseguro que, con el tiempo, llegarás a apreciarlo, -añadí con calma.
Me dio la espalda y se dedicó de nuevo a sus libros.
-Joel se marchará por la mañana, -dije.
Malcolm no se volvió.
-Eso es bueno, -respondió sin mirarme-. Es preferible que regrese a la escuela y se ocupe de sus estudios en vez de andar por aquí alicaído. Sólo serviría para hacer que nos sintiéramos más deprimidos. -E hizo un movimiento con la mano como si me despidiera; pero yo me erguí más.
-Joel no vuelve a la escuela, -informé.
Mis palabras hicieron dar media vuelta a Malcolm.
-¿Qué? ¿Que no vuelve a la escuela? ¿Qué quieres decir? ¿A dónde irá?
-Antes de la muerte de Mal, dio una audición para una orquesta y quedaron impresionados con su talento. Le han ofrecido un puesto para participar en la gira que hacen por Europa. Joel ha de ir directamente a Suiza.

Malcolm se enfureció.
-¡Orquesta! ¡Suiza! -exclamó, agitando las manos al pronunciar cada palabra-. Un Foxworth, músico profesional, ganando salarios miserables y viajando con un puñado de tipos afeminados..., sin voluntad..., bohemios... ¡Ni hablar! No quiero ni hablar de ello, ¿lo oyes?
-Sin embargo, es lo que Joel desea, -dije, estimulando otra vez su furia con mi voz serena-. No obligaré aotro de mis hijos a llegar hasta los límites para demostrar que puede vivir su propia vida, y no la que tú le impones.
Los ojos de Malcolm se contrajeron y permaneció silencioso durante unos momentos.
-Joel ha de comprender muy bien, -dijo, poniendo una carga de odio y de malignidad en cada palabra-, si sale de esta casa para emprender una aventura semejante, jamás podrá volver a ella.
-Lo comprendo muy bien, padre.
Nos volvimos los dos y vimos a Joel en la puerta de la biblioteca. Estaba allí, de pie, con una maleta en cada mano. No sabía que quería irse aquella misma noche.
-Iba a entrar para decirte lo mismo que tú has dicho.
-Y lo he dicho en serio, -declaró Malcolm, señalándole con el dedo-. Si abandonas tu educación formal para irte por Europa a soplar un cuerno, te borraré de mi testamento.
Durante largo rato, Joel y Malcolm estuvieron mirándose con fijeza. Fue como si padre e hijo se vieran por primera vez y comprendieran realmente cómo eran. Si Joel sentía algún temor, no se revelaba ni en sus ojos azules ni su rostro dulce. En todo caso, tenía el aspecto de un mártir perdonando al tirano violento y odioso que estaba sentenciándolo a muerte. En sus labios aparecía una leve sonrisa.
-Tú nunca me has comprendido, padre; ni comprendiste a Mal, -dijo sin enfado en la voz-. A ninguno de los dos nos impulsaba tu ansiedad por perseguir el todopoderoso dólar.
-Eso es porque siempre habéis tenido muchos dólares, -replicó Malcolm-. Si hubierais sido pobres ahora no estarías ahí con tanta insolencia y desafío.
-Es probable, -admitió Joel-. Pero no he nacido pobre y soy lo que soy. -Me miró-. Adiós, madre. Te echaré mucho de menos. Por favor, acompáñame hasta la puerta. Hay un coche fuera esperándome.
-¿Vas a permitir esto? -preguntó Malcolm.
Cuando miré a Joel, vi tanto de mí misma en su rostro que era como si yo estuviera abandonando Foxworth Hall, como si me escapara, huyendo de la pena y del tormento, de las sombras que parecían ancladas en la mansión.
-Eso es lo que Joel quiere, -dije en tono suave, mirando a mi hijo-. Cuenta con edad suficiente para tomar sus propias decisiones. Tiene derecho a hacer su elección.
-Esto es una locura y tú tienes la culpa, -me acusó Malcolm, señalándome con el dedo-. Se sumará a tu ya pesada carga de remordimientos.
-¿Qué? -Avancé unos pasos hacia él, sintiendo que el rostro me ardía de rabia-. ¿Estás intentando poner la ceniza sobre mi cabeza? ¿Tú, que has traído el pecado a esta casa, que lo has hospedado aquí? Tú has comido al lado del pecado, y has caminado con él y has dormido con él, -añadí-. Tú has atraído la ira de Dios a la familia Foxworth, no yo. Si alguien ha de cargar con la culpa, ese alguien eres tú, -respondí, señalándole a mi vez con el dedo acusador.
Malcolm miró a Joel y se volvió de espaldas. Me acerqué a mi hijo y nos encaminamos hacia la puerta principal cogidos del brazo. John Amos, asumiendo alguna responsabilidad, había llevado el baúl de Joel al coche. Cogió las maletas y las sacó también.
Joel y yo nos paramos en el umbral de la gran puerta de Foxworth Hall y miramos hacia fuera, al coche y a la oscuridad que ahora nos rodeaba.

-Siento dejarte en este momento de aflicción, -se lamentó Joel-; pero temo que, si no me marcho ahora, nunca lo haré. Mal hubiera querido que me fuera. Casi puedo verle, de pie junto al piano, sonriendo, y animándome a seguir. -Y sonrió ante la imagen.
-Sí, creo que sería así, -admití.
Yo también veía a Mal, y la evocación llenó mi corazón de un dolor pesado, como si el pequeño pájaro gris de la ansiedad aleteara alocado dentro de la jaula de mis costillas. Pero oculté estos sentimientos a Joel.
-Cuánto te echaré de menos, -le dije, cogiendo sus manos entre las mías y llevándolas a mis labios para besarlas-. Tú eres mi único hijo, mi querido Joel, ahora tan sólo te tengo a ti. Ve con Dios, y que seas feliz.
-Gracias, madre.
Se inclinó y me besó en la mejilla. Le mantuve abrazado largo rato, y después corrió hasta el coche. Se despidió otra vez con la mano y entró en el vehículo.
John Amos y yo permanecimos en el umbral, contemplando cómo el auto se alejaba en la fría noche de otoño, viendo desaparecer sus faros traseros igual que dos brillantes estrellas rojas muriendo en el Universo.

TERCERA PARTE
XVI. SOMBRAS Y LUZ

Lloré. Lloré la pérdida de Mal; lloré por el gozoso verano feliz cuando todos mis hijos estaban cerca de mí, fuertes y alegres, un tiempo que nunca volvería. Durante aquel invierno, largo y triste, solamente las notas ocasionales de Corinne trajeron un poco de luz, aunque parecía recuperarse muy mal de la muerte de Mal, y alguna carta de mi Joel. El que, en otro tiempo, era un muchacho débil y asustado, se había encontrado a sí mismo en Europa. Signore Foxworth, el brillante joven pianista, decía el periódico italiano que nos envió. Monsieur Foxworth, un talento con un futuro prometedor, se afirmaba en la Prensa francesa. En mi corazón floreció de nuevo el orgullo, contra el que John Amos me aconsejaba:
-El orgullo precede siempre a la caída, Olivia, recuerda las palabras de Dios, deja que sean tu guía.
Mi orgullo, sin embargo, no era por propia presunción, sino satisfacción por el único hijo que Dios me había dejado.
Me complacía en enarbolar ante la cara de Malcolm las excelentes críticas sobre las dotes musicales de Joel.
que tu hijo era un fracaso, Malcolm, -le decía con desdén-. ¡Pero fíjate cómo le adora el mundo!
Algún tiempo después, un día aciago, el primero de la primavera, justo cuando el mundo, y yo con él, habíamos comenzado a abrir de nuevo los brazos a la vida, llegó un telegrama. Jamás había recibido buenas noticias en un telegrama, así que me senté y me quedé mirando el sobre amarillo, temblorosa, sin atreverme a abrirlo.
-Joel, -susurré sin querer, pues antes de abrir el sobre, presentí lo que podía haber dentro.

HERR MALCOLM FOXWORTH

LAMENTO PROFUNDAMENTE INFORMARLE QUE SU HIJO JOEL QUEDó SEPULTADO BAJO UN ALUD STOP NO HEMOS PODIDO RECUPERAR SU CUERPO NI EL DE SUS CINCO COMPAÑEROS STOP RUEGO ACEPTE MI MÁS SINCERA CONDOLENCIA

Arrugué el telegrama en mi mano y me quedé con la vista fija a través de la ventana. No lloré ni gemí. Para este segundo hijo, no me quedaban lágrimas. Las había vertido sin parar por Mal, y ahora mi corazón estaba seco, estéril. Mi lamento fue como un grito en el desierto; un desierto interior que no permitía el crecimiento de nada, un desierto donde la única pasión es el viento que levanta la arena, la cual amortaja todo lo que vive. Una vez más mi mundo se había hecho gris, de un gris sin esperanzas.
Malcolm también actuó de un modo extraño. Al principio, no quiso creer que Joel estuviera muerto. Le mostré el telegrama arrugado cuando llegó de un viaje de negocios. Apenas cruzó la puerta principal, se lo entregué para que lo leyese.
-¿Qué significa eso? -preguntó-. ¿Sepultado bajo un alud?
Me devolvió el telegrama como si se tratara de un proyecto de negocios que rechazase, y se alejó para ocuparse de su papeleo en la biblioteca.
Pero cuando llegó la documentación oficial, un informe de la Policía, ni él ni yo pudimos negarnos la evidencia. Entonces lloré; entonces se desgarró mi corazón; entonces encontré el pozo escondido de mis lágrimas debajo de mi alma apergaminada. Me abrumaron los recuerdos, y lo único que veía por aquella gran casa eran Mal y Joel sentados uno al lado del otro, paseando juntos.... jugando o comiendo Algunas veces, un movimiento de sombras me hacía creer que veía sus caras en la oscuridad. En otras ocasiones, visitaba en secreto la nursery, y era como si viese a los tres, Christopher, Mal y Joel; el mayor representando el papel de maestro y los dos pequeños escuchando con toda atención. Cogía sus viejos juguetes y los apretaba contra mi pecho, llorando con desconsuelo.
Malcolm se encerró en la biblioteca. Fui incapaz de preparar el memorial de Joel, y si no hubiese sido por John Amos, mi sensible Joel no habría tenido la adecuada despedida que le abriera las puertas de la casa de Dios. Aquel familiar mío me ayudó tanto que incluso fue hasta el pensionado de Corinne para darle la noticia personalmente y traerla a Foxworth Hall. La mañana de la función fúnebre Corinne y yo nos pusimos los mismos vestidos negros que habíamos llevado en el sepelio de Mal, y bajamos como dos fantasmas por la escalera. Un carruaje con crespones alquilado por nuestro nuevo mayordomo, nos esperaba delante de la entrada. John aguardaba con gran entereza junto a la puerta del vehículo.
-Temo que Malcolm no va a acudir, -dijo-. Me ha pedido que os escolte allí.
Alcé el velo y miré a mi alrededor. Los sirvientes esperaban, todos vestidos de negro, dispuestos a asistir a la ceremonia religiosa y llorar la pérdida del muchachito que habían visto crecer y convertirse en hombre. Pero el padre no se veía en ninguna parte.
Entré con brusquedad en la biblioteca de Malcolm. Estaba sentado a su escritorio, pero de espaldas a la mesa. Había girado la butaca y se hallaba de cara a la ventana.
El cielo presentaba un color gris pálido y el aire se había vuelto más bien frío para ser ya de marzo. Era un día sin promesa de sol, un reflejo de mi vida.
-¿Cómo te atreves a faltar al funeral de tu hijo? -grité.
No se movió ni acusó mi presencia de modo alguno. De pronto me asusté por él. ¿Sentí lástima? ¿Lástima de un hombre que había intentado destruir el espíritu de sus hijos? ¿Lástima de Malcolm Foxworth? Parecía tan pequeño y perdido, rodeado de todas sus posesiones, sus trofeos de caza, sus libros de negocios, sus valiosas piezas de arte, los fantasmas de todas las mujeres que había seducido en su estudio. Me incliné hacia él y le toqué suavemente la espalda.
-Malcolm, -dije con dulzura-, es el funeral de nuestro hijo, tu hijo. -Alzó la mano despacio y después volvió a dejarla caer-. ¿Cómo puede ser que no asistas?
-No es correcto, -dijo al fin, y su voz me sonaba extraña, como un eco distante y vacío-. Un funeral sin cadáver. ¿Qué estamos enterrando? -balbuceó.

-Es un servicio religioso en memoria suya, en honor de su alma, Malcolm, -dije, dando la vuelta hasta casi hallarme delante de él; a pesar de lo cual no se volvió hacia mí y se limitó a menear la cabeza.
-¿Y si le encontrasen vivo después de haber celebrado esta ceremonia? No pienso pasar por esa burla. No quiero tomar parte en ello, -explicó, la voz carente aún de energía, el rostro impávido.
-Pero ya has visto el informe de la Policía. Has leído los detalles. Es un documento oficial, -dije.
¿De qué servía ahora ignorar la realidad? ¿Por qué, entre toda la gente, era Malcolm quien intentaba hacerlo? Tal vez pensó que podía posponer la realidad, posponer la dolorosa culpa. Supongo que él creía que, si asistía al servicio religioso, ya no habría medio alguno de esquivar la verdad.
-Vete, -me ordenó-. Déjame solo.
-Malcolm, -comencé-, si tú...
Giró en su asiento, los ojos inyectados en sangre, el rostro tan desfigurado por la ira y el dolor, que casi no pude reconocerle. Retrocedí un paso. Era como si estuviera poseído por alguna criatura tenebrosa, quizá por el propio diablo.
-Vete, -repitió-. Déjame solo. Y volvió a girar la butaca. Me quedé mirándolo durante largo rato y después me alejé de él, abandonándolo allí, solo en las sombras, inmóvil con suspensamientos.
La mayoría de la gente que había acudido al funeral de Mal asistió al servicio religioso de Joel. Nadie vino a preguntarme dónde estaba Malcolm, pero oí las murmuraciones a mi alrededor, y algunos interrogaban a John Amos. Corinne permaneció a mi lado, pero parecía perdida y desamparada sin tener a su padre para apoyarse en él.
Malcolm permaneció encerrado en la biblioteca durante muchos días y, cosa rara, no permitió que nadie que no fuese John Amos le llevase comida y bebida. Siempre que entré a hablar con él, le encontré sentado en la penumbra, mirando fijamente por la ventana. Apenas respondía. Más adelante, mi primo me dijo que Malcolm estaba pasando por una transformación religiosa.
Una noche, hacia finales de semana, me hallaba yo sentada a solas con John durante la cena. Corinne no tenía apetito, y se fue a hablar con su padre, confiando en animarle y barrer las nubes melancólicas que cubrían Foxworth Hall. Había querido mucho a sus hermanos; pero era joven, tenía el mundo ante ella y quería comenzar a vivir de nuevo.
De pronto salió enfurecida del estudio de Malcolm.
-No hay nada a hacer, -declaró-. ¡Papá no dejará de lamentarse! ¡Nadie olvidará! Yo también quiero a Joel y a Mal, pero deseo vivir, poder reír otra vez, ¡tengo que hacerlo!
John estaba leyendo un pasaje de los salmos. A menudo permanecíamos un rato sentados juntos y leíamos la Biblia. Hablábamos de las escrituras y él encontraba el modo de relacionarlas con nuestras vidas-.
-Mamá, -suplicó Corinne-. ¿Estoy muy equivocada si quiero vivir y ser feliz de nuevo? ¿Es malo que me apetezca ir otra vez a las fiestas, ponerme vestidos bonitos y ver a mis amigos?
John Amos alzó la mirada de la Biblia, pero no dejó de leer. Corinne se quedó allí en pie, impaciente, hasta que el sacerdote llegó al final de un párrafo e hizo una pausa.
-No consigo que papá me hable, -explicó-. Ni siquiera acude a la puerta.
Pasó la mirada de mí a John Amos, el cual dejó la Biblia en su regazo y se apoyó en el respaldo de la silla. Algunas veces, cuando veía que observaba a Corinne, me daba la impresión de un experto estudiando una joya delicada, girándola una y otra vez para descubrir cómo la luz se refleja en ella.

-En este momento, tu padre se encuentra entregado a una profunda meditación, -dijo-. No deberías perturbarle.
-¿Pero cuánto tiempo ha de durar esta meditación? No come con nosotros; no duerme en su habitación, y ahora ni siquiera me habla, -protestó.
-Tú, más que nadie, deberías sentir pena por él, -le dije. Mi rostro era severo-. Y apreciar lo que está sufriendo.
-Lo hago. Por eso quiero que salga, pero no abre la puerta cuando golpeo con los nudillos y le llamo. No puedo soportarlo.... no aguanto más esta horrible tristeza.
-En momentos tan tristes, -repuso John Amos-, no deberíamos pensar en nuestro propio bienestar. Hacerlo es una muestra de egoísmo. Deberíamos estar pensando en la pérdida de tu hermano, -concluyó en tono suave pero firme.
-He pensado mucho en él. Pero está muerto. ¡Y no puedo hacer nada para hacerle volver! -exclamó, los ojos desorbitados, la cara llena de una energía contenida.
-Puedes rezar por él, -sugirió John con dulzura, y me di cuenta de que su voz calmada y su tono piadoso aumentaban la desilusión de Corinne.
-Ya lo he hecho. ¿Cuánto tiempo he de estar rezando? -Se volvió hacia mí.
-Puedes seguir rezando hasta que dejes de pensar en ti y lo hagas sólo en él. No me sorprende que ahora estés de esta manera. Tu padre te ha mimado y te ha hecho egocéntrica, -le dije.
Puso mala cara. Yo sabía que estaba muy frustrada. No toleraba que la contrariasen, y ahora todo a su alrededor le causaba contrariedad.
-únete a nosotros en la plegaria, -la invitó John, haciendo un gesto hacia la silla vacía de Corinne.
-Voy a volver a intentar que mi padre me hable, -dijo, y dio media vuelta.
-¡Corinne! -grité.
-Está bien, -intervino John-. Déjala marchar ahora. Yo hablaré con ella más tarde. -Y volvió a la lectura.
Permanecí sentada con él, recé, estudié la Biblia y esperé. Las luces estaban reducidas al mínimo y por todas partes había velas encendidas. Foxworth Hall se había convertido en una tumba. A través del silencio imperante, resonaba el eco de las más ligeras pisadas.
La melancolía no solamente estaba prendida en las paredes de Foxworth Hall, volviéndolo todo gris y triste; también colgaba de los árboles, llenando el mundo con telarañas de aflicción. Estuvo lloviendo de forma intermitente durante varios días, y las gotas golpeaban las ventanas y el tejado, martilleando nuestra pena y haciéndola más profunda.
John Amos fue un gran consuelo durante esos días. Vestido de negro, con su cara pálida y ascética, se movía por la casa con la gracia y el silencio de un monje. Daba órdenes a los sirvientes con un gesto, con una mirada. Nadie alzaba la voz por temor a destruir el aire solemne que él creaba al entrar en una habitación. Parecía deslizarse por el suelo, escurrirse por las paredes y aparecer en cualquier esquina. Algunas veces era como si se materializase en una habitación. Incluso las doncellas que recogían los platos y los vasos se esforzaban por mantener el mayor silencio, observándole atentas con el rabillo del ojo para asegurarse de que John no mostraba desaprobación en su cara.
Una noche, después de cenar, John me trajo el café. Colocó la taza delante de mí como si estuviera hecha de aire, y retrocedió. Yo contemplé la larga mesa y pensé en Malcolm que todavía se negaba a salir de su biblioteca.
-¿Cuánto tiempo tiene intención de permanecer allí? -pregunté.
Estaba comenzando a sentir la misma impaciencia de Corinne.
-Se ha convertido en Job, -respondió John Amos con voz estentórea.

Me pareció un profeta del Antiguo Testamento prediciendo el destino de Malcolm. Me habló como si estuviera dirigiéndose a toda una congregación de fieles seguidores, sin mirarme de un modo personal, y continuó:
-Ahora, cuando pregunta por qué Dios le ha abandonado, conoce ya la respuesta. El Señor ha destruido sus dos hijos, le ha quitado su semilla masculina, su linaje Foxwort, algo que él adoraba casi tanto como la propia vida.
-Habéis hablado acerca de eso? -le pregunté, Me fascinaba que pudiera producirse una transformación en Malcolm. Siempre le había creído moldeado con tanta solidez que se agrietaría y desmoronaría ante cualquier cambio.
-Hace apenas una hora hemos estado arrodillados uno al lado del otro, -informó John-. He recitado las Plegarias y le he dicho que Dios estaba colérico y airado: que sólo podíamos confiar en que contuviera un poco su venganza. Sabiendo lo que sabía de su vida, le he hablado de Betsabé y el rey David, de cómo éste le dio la espalda a Dios atrayendo la ira divina a la casa de David.
-Ahora ya no te culpa a ti, ni a tus hijos, por lo que les ha Sucedido; se culpa a sí mismo, está intentando conciliarse. Comprende que del único modo que puede conseguirlo es entregándose a Jesucristo nuestro salvador, -dijo John, alzando los ojos al cielo-. Recemos por nuestros semejantes, -agregó.
Ambos inclinamos la cabeza, él junto a mí, de pie, y yo sentada a la mesa.
-Oh, Señor, ayudadnos a comprender vuestros designios y a prestarnos mutua ayuda. Perdonad nuestras debilidades y permitidnos crecer más fuertes con nuestro trabajo.
-Amén, -contesté yo.
El ambiente de la casa cambió cuando Malcolm salió al fin de su exilio autoimpuesto. En verdad era un hombre distinto. Físicamente parecía más débil y más viejo. En muchos aspectos, me hacía recordar a Garland durante el último año de su vida. Ya no se mantenía tan erguido, ni caminaba con su acostumbrada seguridad y arrogancia. Cuando hablaba conmigo o con los sirvientes, su voz era más baja y a menudo su mirada se perdía en la lejanía, como si mirando a las personas cara a cara expusiera su culpabilidad.
No recuperó su antiguo semblante, sano y viril; sus ojos azules se apagaron, igual que bombillas eléctricas agotadas. Se movía por Foxworth Hall como una sombra más, envuelto en un ambiente funerario, y pasaba la mayor parte del tiempo leyendo la Biblia o hablando con John Amos. Algunas veces nos reuníamos los tres y estudiábamos el Buen Libro. John solía leer casi siempre y también comentaba lo leído.
Tenía el presentimiento de que Dios nos había enviado a John Amos, que sus cartas anteriores y su llegada al funeral de Mal, formaban parte de un plan divino para Malcolm y para mí.
Corinne representaba el mayor reto para John. Era rebelde. Solía decir:
-Si Dios fuera bondadoso, no nos pediría que renunciáramos a los placeres que el mundo nos ofrece.
-¿Quién ha dicho que Dios es bondadoso? -preguntó John Amos.
Pero Corinne se limitaba a reír y a alzar los hombros.
-Yo creo que Dios nos ha hecho para que encontremos felicidad en la tierra, -decía, meneando la cabeza. Algunas veces incluso le hacía unas cosquillitas en la barbilla a John Amos y le aconsejaba que se animase-. Dios dijo hágase la luz.
Observé que Corinne no entraba en ninguna habitación sin que él la vigilase y le hablase, hasta conseguir que ella le respondiese. Parecía estar tan pendiente de la muchacha como Malcolm lo había estado en otros tiempos.
No era extraño que John subiera alguna cosa al dormitorio de Corinne. Pero muy pronto ella volvió a la escuela y otra vez nos quedamos solos los mayores.

-Es tan bueno que estés aquí con nosotros en estos momentos, cuando tanto te necesitamos, -le dije a John-. Incluso Malcolm lo cree así, y yo estoy contenta por ello.
-Yo también me alegro de estar en esta casa, Olivia.
Aquel verano Corinne se convirtió en una joven muy bella. Cada día se parecía más a Alicia. Los rasgos Foxworth que había heredado complementaban las facciones delicadas que su madre poseía. A medida que avanzaba el verano, su cabello se hacía más dorado, sus ojos tenían el azul profundo del cielo estival y su tez era tan suave como una nube de verano. Parecía que algún inspirado artista divino la hubiera concebido. Corinne sabía lo bella que era. Yo veía su creciente seguridad. Se revelaba en su modo de andar, en la manera que echaba hacia atrás los hombros y sostenía alta la cabeza. Sabía el poder que su belleza le otorgaba. Yo me daba cuenta en su manera de mirar a los hombres, en su modo de coquetear con los ojos y la risa, dedicando sus coqueterías incluso a John Amos. Había llegado a ser importante para ella acaparar todas las miradas cuando entraba en una habitación.
La esplendidez del verano, dentro y fuera de la casa, me hizo sentir optimismo y esperanza. A causa de nuestra nueva confianza en Dios, la relación entre Malcolm y yo era más cordial y amable. Marchábamos unidos por un camino de creciente fe y devoción. De modo que, cuando llegó la carta de Alicia, presentí que formaba parte del designio divino. Reconocí inmediatamente la escritura. El sobre iba dirigido a Malcolm, y, cuando miré el remitente, me entró una gran excitación. A través del desarrollo de Corinne, de niña a mujer, Alicia había estado presente entre nosotros. Y ahora, cuando la joven se parecía tanto a su madre y Alicia ocupaba gran parte de mis pensamientos, había llegado su misiva. Por el nombre que utilizaba, supe en seguida que había vuelto a casarse.
Sostuve la carta en la mano durante largo rato, pensando cuál sería la reacción de Malcolm cuando descubriera que yo había abierto la carta y la había leído. Pero pensé que, después de lo que había sucedido, y de todo lo que yo había hecho, cualquier cosa relacionada con Alicia me incumbía tanto como a mi marido. Él no tenía ningún derecho a intimidad si se trataba de aquella mujer. Abrí el sobre y saqué el perfumado papel color de rosa.

Querido Malcolm: En el momento en que recibas esta carta, estaré bastante cerca del fin de lo que ha sido una existencia más bien triste y desilusionada. Pero ten por seguro que con esto no quiero inspirarte compasión alguna. Estoy por encima de eso y he acabado por comprender y aceptar el hecho inevitable de mi muerte inminente. Como conozco tu afición por los detalles, te diré que me ha sido diagnosticado un cáncer de mama, el cual se ha extendido con demasiada rapidez para que pueda hallarse remedio. No hay ningún médico joven y brillante que entre en mi cuarto del hospital para realizar un prodigio. La muerte me tiene agarrada con fuerza. La Inexorable Segadora, como Garland solía decir, tiene colocada ya su mano alrededor de mi cuello. Pero basta de hablar de mí.
Volví a casarme poco después de salir de Foxworth Hall y retornar a Richmond. Me casé con un médico de medicina general de una pequeña ciudad, cuyos pacientes a menudo le pagaban con botes de mermelada y otras conservas. A pesar de mi dinero, vivimos con sencillez en la modesta casa de mi marido. Él no quería saber nada de mi fortuna. Ser el proveedor de la casa siempre fue motivo de orgullo para mi segundo y devoto marido.
De modo que seguí tu consejo e invertí mi capital en valores de Bolsa. Como no estaba versada en esos asuntos, no retiré parte de ella a tiempo de evitar el famoso Lunes Negro. Para decirlo de un modo simple: perdí toda mi fortuna en la Depresión. Como es lógico, al ser mi marido un hombre de gustos sencillos, no se lamentó de esta pérdida.
Poco después de eso, murió de una enfermedad crónica que se intensificó de repente. Debido a su carácter, guardó como un secreto la gravedad de su enfermedad hasta que ya no le fue posible ocultármela.

Sin embargo, todo esto me ha dejado con otra gran desilusión, trágica y profunda: mi imposibilidad de enviar a mi hijo a una escuela de medicina.
Christopher se ha convertido en un joven excelente, tan bien parecido como su padre. Es muy brillante, y el primero de su clase en el instituto. Todos sus profesores le animan para que prosiga su sueño de convertirse en médico.
Ahora, a punto de acabar trágicamente mi vida y desaparecida mi fortuna, sin tener a mi nuevo marido que hubiera podido ayudarme, no cuento con nadie a quien recurrir si no es a ti. Te lo suplico, piensa en mi petición; si no es por mí, por el bien de Christopher, o por la memoria de Garland.
Busca en tu corazón un rincón para Christopher. Acéptalo y envíalo a una escuela médica. Será para ti una fuente inacabable de orgullo.
Naturalmente, él no sabe nada de Corinne ni de los acontecimientos que condujeron a mi marcha de Foxworth Hall. Sabe que es hijo de Garland Foxworth y que tiene un hermanastro; pero aparte de eso conoce muy poco del ambiente de su familia. Te dejo a ti la decisión de contarle lo que creas oportuno.
Sé que Olivia querrá a Christopher y que él le corresponderá. Recuerdo de qué forma tan maravillosa lo trataba mientras yo estuve en el ala norte. Christopher es un joven educado y respetuoso, que sólo puede proporcionaros alegría y felicidad a los dos.
Malcolm, desde mi lecho de muerte te ruego que me concedas de corazón este deseo. Deja a un lado los resentimientos que puedas sentir hacia mí por la tristeza que todos experimentamos, y piensa nada más que en el hijo de tu padre, un muchacho deseoso de convertirse en médico. Ayúdale a alcanzar su objetivo
Sé que Dios te bendecirá por ello.
Confiada en tu bondad, cordialmente,
ALICIA.

Dejé la carta y suspiré. Los recuerdos de mis caricias al pequeño Christopher se agolparon en mi cerebro. Seguramente el regreso de este muchacho de cabello dorado era la manera que Dios tenía de perdonar nuestros pecados. Se había llevado a Mal y a Joel... pero ahora nos estaba dando a Christopher.
Incluso el final trágico de Alicia formaba parte de los planes divinos. Por lo que ella decía en su carta, no pude evitar sospechar que Malcolm debió haber invertido el dinero de ella en acciones inseguras como una forma de venganza. Estaba obligado a rectificar sus errores. Yo me hallaba decidida a convencerle de que lo hiciera. Antes de nada, lo consulté con John Amos, y él estuvo por completo de acuerdo.
Esperé a mi marido en un salón de la parte delantera, preparada para discutir el asunto. Volvió a casa de su trabajo algo más temprano que de costumbre, con aspecto fatigado.
-Malcolm, tengo que hablar contigo, -dije.
Sin responderme, me siguió hasta el salón y se sentó en el sofá de terciopelo azul. Yo permanecí en pie con la carta de Alicia en la mano.
-Hoy ha llegado una carta..., de Alicia, -le comuniqué, y por primera vez en semanas, se le iluminaron los ojos y su cara se llenó de interés.
-¿De Alicia? ¿Qué quiere?
Por un momento, su energía renovada y su evidente excitación me alteraron. Le hice esperar. Me encaminé hacia la butaca que estaba frente a él y me quedé pensando si me sentaba o no. Volví a su lado. Estaba casi en el borde del asiento.
-¿Te ha escrito a ti? -preguntó alzando la voz con ansiedad.
-No. La carta iba dirigida a tu nombre. Pero tan pronto he visto quién la mandaba la he abierto. Tengo derecho, -me apresuré a añadir.
-¿Qué es lo que quiere? -inquirió Malcolm.

-Se está muriendo de cáncer. Y se halla arruinada. Te daré la carta para que puedas leer los detalles, pero lo más importante es Christopher.
-¿Christopher? ¿Por qué?
-Tiene diecisiete años; se ha graduado en el instituto y quiere ser médico. Al parecer está capacitado para ello; pero Alicia ya no tiene dinero. Quiere que nos hagamos cargo de él y le enviemos a la Facultad de Medicina, -expliqué, y le arrojé la carta.
La cogió con ansiedad y examinó en seguida su contenido, cambiando varias veces la expresión de su cara hasta recuperar su severo aspecto característico.
-Lo siento por ella; pero el chico debería abrirse camino por sí solo en el mundo, -dijo.
-Creo que no, y lo mismo piensa John Amos. Los dos estamos convencidos de que es voluntad de Dios.
-¿Voluntad de Dios? ¿Cómo puede ser voluntad de Dios? ¿Es que tenemos que hacernos cargo de todos los desamparados? -preguntó haciendo un gesto hacia la puerta como si decenas de millares de huérfanos estuvieran esperando para entrar.
-Yo creo que no puede llamarse desamparado al hijo de tu padre, Malcolm. Es tu hermanastro, -dije, apretando los labios.
-Sólo porque ella despilfarró una fortuna, una... -Una fortuna que tú invertiste en su nombre y sobre la que jamás la aconsejaste adecuadamente, –le interrumpí-. Malcolm, fuesen cuales fuesen tus motivos en aquel entonces, ahora no importan ya. Se nos ofrece una oportunidad para rectificar los errores del pasado. Somos nosotros quienes malgastaremos esta oportunidad para hacer lo que es bueno y justo. Debes ponerte en paz con tu atormentada alma. Al cuidar del hijo de tu padre, un joven prometedor que ahora se encuentra en apuros, habrás avanzado un largo camino para lograrlo. Alicia se está muriendo. No podemos darle la espalda en unos momentos como éstos.
Me miró muy fijo durante un rato largo y después volvió a leer la carta.
-¿Qué tipo de matrimonio hizo al marcharse de aquí, si el marido, un médico, no dejó nada para Christopher? -preguntó, mirando el escrito como si, a través del papel, pudiera ver a Alicia y preguntárselo.
-Ése es un detalle al margen. De todos modos, Christopher no era hijo de su segundo marido. No lleva su sangre. Pero sí lleva la tuya. Razón de más para atenderle, Malcolm. Es la voluntad de Dios, -repetí.
Al cabo de un momento asintió despacio.
-Muy bien, -dijo, y volvió a sentarse-. Escribe y que así sea.
Lo dejé en el salón, con la carta en la mano, agarrándola con fuerza, y la mirada prendida en una visión del pasado. No quise preguntarle qué era lo que veía. Fui a informar a John de la decisión y él cuidó de la correspondencia y dispuso lo necesario para la llegada de Christopher.
Lo único que pidió Malcolm, fue que explicase la situación a Corinne. Yo sabía que él no confiaba en sí mismo para hacerlo. La llamé a mi dormitorio, algo que hacía muy pocas veces, y le mandé que se sentase y me escuchara. Corinne me miraba, a la expectativa, ardiéndole los ojos de interés. Me quedé un momento en pie, delante de ella, las manos enlazadas en la espalda, meditando muy bien lo que iba a decirle.
-Como ya sabes, tu abuelo paterno se volvió a casar cuando ya estaba entrado en años, y escogió una mujer mucho más joven que él.
-Sí, Alicia, -me dijo en seguida-, y ella dormía en la habitación del cisne.
-Alicia y Garland tuvieron un hijo, llamado Christopher. Sé que Mal y Joel hablaban a menudo de él. -Ella hizo un ligero asentimiento-. Tu padre nunca aprobó a Alicia, ni aprobó tampoco el matrimonio de su padre. Cuando tu abuelo murió, insistió en que su madrastra abandonara Foxworth Hall con su hijo. Y así lo hizo ella. Volvió a su casa, en Richmond,

donde se casó con un hombre que tuvo la desgracia de sufrir una grave enfermedad, y murió.
-Qué terrible, -exclamó Corinne.
-Sí, y más terrible quizás es que ella perdiera todos sus bienes en la tremenda crisis de la Bolsa y quedase empobrecida. Ahora hemos sabido que Alicia se está muriendo de cáncer. Su hijo tiene diecisiete años y es un muchacho brillante. Ella nos ha escrito pidiendo que lo aceptemos aquí y le proporcionemos una educación universitaria para convertirse en médico. Tu padre y yo hemos accedido, y muy pronto Christopher llegará a Foxworth Hall. Irá a Yale, el alma máter de tu padre, pero ésta será su casa hasta que se gradúe y establezca su gabinete.
Me miraba muy fija, para estar segura de que había terminado.
-Espléndido, -comentó al fin-. Y generoso.
-Es la voluntad de Dios, -le dije, y ella asintió-. Espero que te comportes de modo adecuado cuando él llegue. Haz que se sienta en su verdadero hogar. Recuerda que, a pesar de que sólo haya entre vosotros una diferencia de tres años, él es medio tío tuyo y debes verlo así.
-Será bueno tener en casa alguien con quien poder hablar, -manifestó-. Quiero decir alguien que no sea un adulto, -se apresuró a puntualizar.
Yo sabía lo que Corinne había querido decir: alguien que hablase de otras cosas que no fueran Dios y la melancolía.
-Sin embargo, Christopher es prácticamente un adulto. No le distraigas de su propósito. -Sonreí-. Era un muchacho tan maravilloso... Estoy segura de que se habrá convertido en un joven agradable. parece que vais a entenderos muy bien.
La besé en la frente. No la culpaba por su excitación. Desde las muertes de Mal y de Joel, Foxworth Hall se había convertido para ella en un caserón vacío. La llegada de Christopher traía una promesa de luz y vida nueva, no sólo para mi hija, sino también para mí. No podía evitar recordar aquel dulce niño que había sido Christopher, tan cortés y cariñoso, tan considerado hacia los demás. Como Corinne, me sentía llena de anhelo.
Christopher llegó un brillante día de verano, y parecía como si el sol hubiera entrado con él en la casa. Alicia había muerto hacía un mes. John Amos fue a Richmond como emisario nuestro, y se cuidó del funeral. Después de un período de luto adecuado, trajo a Christopher a casa.
Yo lo recordaba como un niño al lado de Mal y Joel, pero, en el momento en que apareció en Foxworth Hall, vi que aquellas cualidades generosas heredadas de Garland y aquellas cualidades bellas heredadas de Alicia se habían desarrollado. También vi en él algo de Mal y algo de Joel, y esas características me atrajeron aún más.
Se había convertido en un hombre alto y bien parecido. Cuando le vi fuera, de pie bajo el sol, su cabello dorado parecía tener un aura de luz. Presentí en él un carácter gentil, noble. Irradiaba una paz interior que puso calor en mi corazón.
Permaneció delante de la casa, con los ojos muy abiertos, pues era evidente que ya no se acordaba de Foxworth Hall. Según me contó John Amos, venía de una casita de cuatro habitaciones y al encontrarse con aquella enorme y grandiosa mansión, quedó deslumbrado. Nos miró a Malcolm y a mí con una expresión tan profunda de gratitud, que me hizo sentir vergüenza. No comprendía que la mitad de estas tierras y esta casa, y la mitad de los negocios de Malcolm, le pertenecían por derecho propio.
Después sentí pena de él, al verle allí inmóvil y boquiabierto, con sus dos maletas. Llevaba unos zapatos desgastados y ropas un tanto ajadas. Estaba a punto de indicar a John que llevase sus cosas a la habitación que le habíamos destinado, cuando Corinne apareció en la escalera.
Había bajado corriendo la primera mitad y entonces se detuvo de pronto en medio. Christopher alzó la mirada hacia ella. Corinne se había puesto su más lindo vestido, de

algodón azul claro. Su cabello dorado estaba recién lavado y rizado, de modo que resplandecía espléndido.
Vi que los ojos de Christopher centelleaban, sorprendido e interesado. Mi corazón dio un salto. ¿Presentirían acaso lo que eran el uno del otro? ¿Habría algo en su sangre que indicara su relación?
Los dos tenían el mismo tipo de cabello muy rubio y espeso y aquellos celestiales ojos azules, y una misma textura de piel de melocotón. Miré a Malcolm para observar su reacción ante la llegada del hermanastro. Había satisfacción en su cara al comprobar su propio linaje y el de Alicia en la cara de Christopher. Era evidente que aprobaba al hombre joven que tenía delante.
Ya no vacilé más.
-Christopher, bienvenido, -le dije, dando un paso hacia él-. La tristeza y la tragedia te han traído aquí; pero hemos de esperar que, con nosotros en Foxworth Hall, encontrarás la alegría y la felicidad.
Me hubiera gustado abrazarle, como lo hacía cuando era niño, pero me contuve. Después de todo, ahora era un hombre y prácticamente un extraño para mí.
-Gracias... -Podía ver que estaba esforzándose en encontrar una manera de dirigirse a mí, pues en su mente yo era, a fin de cuentas, su cuñada-. Olivia, -dijo y volvió a alzar su mirada hacia Corinne.
-Ésta es Corinne, nuestra hija. Corinne, baja y saluda como es debido a tu tío, -le indiqué, subrayando la palabra «tío».
Ella echó hacia atrás un rizo de su melena dorada, apoyó una mano en su pecho y bajó la escalera con la cara iluminada por una radiante sonrisa.
-¿Cómo estás? -preguntó Christopher, y le tendió la mano.
Corinne la cogió y a continuación me miró. Yo asentí, mientras ella le saludaba, retirando en seguida los dedos. Después todos miramos a Malcolm.
-Christopher, -comenzó mi marido-, John Amos llevará tus cosas a tu habitación y te mostrará dónde vas a residir. Cuando hayas terminado de deshacer el equipaje, me gustaría verte en la biblioteca, para que hablemos de tu residencia aquí y de tu educación universitaria.
Malcolm habló en un tono formal, casi frío. Sin embargo, eso no pareció desanimar a Christopher. Sonrió, con aquella sonrisa suya gentil y confiada, y dio las gracias a Malcolm. Después dejó que John Amos le guiase y subió a su habitación en el ala norte.
Hizo una pausa a mitad de la escalera, como si recordase algo importante, y se volvió para mirar a corinne, que estaba contemplándole a él. Christopher le sonrió y continuó subiendo. Malcolm ya había entrado en la biblioteca.
Dejé pasar un momento y después me volví hacia la muchacha.
-Recuerda lo que hemos hablado, -le dije, disimulando mi propio nerviosismo detrás de una máscara de severidad-. Es tu tío, -añadí, sintiendo la necesidad de subrayar aquel engaño-. No lo olvides.
Ella me miró con la expresión más extraña que jamás había visto en su cara.
-Claro, por supuesto, no me olvidaré. Fíjate en cuánto nos parecemos, -añadió con voz alegre, y corrió escalera arriba, detrás de ellos.

XVII. CHRISTOPHER GARLAND FOXWORTH

Christopher trajo a nuestras vidas un estallido de luz. Corinne, John Amos, Malcolm y yo, nos sentíamos atraídos hacia él como mariposas nocturnas hacia una lámpara. Nos fascinaba la esplendidez de su cabello, de su sonrisa radiante.

-Buenos días, Olivia, -decía al reunirse conmigo para desayunar-. Estás adorable esta mañana.
-No halagues ni gastes bromas a una mujer vieja, -respondía yo siempre.
-¿Halagar y bromear? -me respondía, y en sus ojos azules había la luz más pura, un azul claro como el que se encuentra en el fondo de los más frescos lagos de montaña-. Lo digo desde el fondo de mi corazón. -Y con una sonrisa juvenil y un apetito sano untaba con mantequilla las tortitas de bayas y decía-: Ya de niño, Olivia, recuerdo que eras la mejor de las cocineras. Siempre nos hacías galletitas, de las que tienen pasas. Eras muy bondadosa conmigo.
El corazón se me llenaba de gozo, de una alegría que ya había olvidado que podía existir en esta vida terrena.
Malcolm podía hablar con Christopher de los más complicados planes de negocios.
-No estoy seguro de que los ferrocarriles públicos sean la inversión del futuro, -diría Christopher-. Me parece que ya ha llegado la hora de mirar al cielo. La aviación será el transporte de los próximos tiempos.
-Quieres decirme que el hombre corriente irá volando alrededor de esta gran tierra nuestra... Me parece difícil de creer, joven.
-Eso ya está ocurriendo. Fíjate en cuántas compañías ofrecen sus opciones al público.
Christopher abría el The Wall Street Journal, y yo veía sus cabezas rubias inclinadas sobre el periódico mientras leían las cotizaciones.
-Vaya, hijo, creo que podrías tener razón, -acababa reconociendo Malcolm-. Tienes una buena cabeza para los negocios. ¿Estás seguro de que quieres desperdiciarla dedicándote a la medicina?
-Quiero ayudar a la gente, como mi padrastro hacía.
Incluso John Amos estaba impresionado con el conocimiento que tenía el muchacho de las escrituras sagradas. Adentrada la noche, todavía estaban repasando algunos pasajes, y discutiendo diversas interpretaciones. Christopher siempre veía al Señor como un ser misericordioso, en tanto que John insistía en que también era vengativo.
Era Corinne quien estaba más hechizada por aquel hermoso joven. Buscaba todas las oportunidades para estar con él. Solamente cuando yo entraba en la habitación y los veía sentados en el sofá, uno al lado del otro, susurrando y riendo, se acordaba de separarse un poco, de soltar la mano a Christopher, y seguir mi consejo de tratarle como se trata a un tío. Pero a mí me llenaba de gozo ver a esas dos radiantes criaturas que traían tanta alegría a la siniestra mansión de Foxworth, y les preparaba el té y les hacía galletitas, recordando siempre de ponerles pasas. Me parecía que Christopher tenía una paciencia infinita, respondiendo a las interminables preguntas de Corinne sobre su pasado, incluso cuando inquiría cosas que podían hacerle recordar momentos tristes. Parecía incapaz de enfadarse, y se mostraba siempre lleno de comprensión, generosidad, calor y simpatía.
Durante una cena, Corinne le preguntó acerca de Alicia. Malcolm se encontraba en su puesto habitual, a la cabecera de la mesa, y yo estaba en el mío, en el otro extremo. Corinne se sentaba ahora frente a Christopher, que ocupaba el lugar que había sido de Mal. Ella había bajado a cenar con cierto retraso, pues tardó mucho en decidir lo que debía llevar y en arreglarse el pelo.
Era una de nuestras noches veraniegas más calurosas; pero Malcolm todavía llevaba americana y corbata, lo mismo que Christopher. Mi marido nunca se quejaba de incomodidad. Mantenía una apariencia fría y relajada, casi ordenando a su cuerpo cómo debía comportarse. Aunque Christopher se sentía agobiado, no decía ni una palabra. Fuera, no soplaba ni la más leve brisa, de modo que ni una ráfaga de aire fresco entraba por las ventanas. Toda la refrigeración procedía de los ventiladores del techo.

Corinne comenzó a gastar bromas a su padre acerca de su corbata anudada con tanta firmeza.
-¿Por qué no os aflojáis los dos las corbatas y os quitáis la americana? -planteó-. Me parece que sería romántico.
Hizo rodar los ojos y suspiró. Yo había comentado a Malcolm que Corinne pasaba demasiado tiempo leyendo las revistas de modas y siguiendo las vidas de las estrellas de cine. Cada vez más, se comportaba como si Foxworth Hall fuese un decorado de Hollywood.
-No estamos representando comedias en ningún escenario, -replicó Malcolm, recordando mis observaciones, y yo asentí aprobadora-. Ésta es nuestra cena. Te sugiero que te preocupes de otras cuestiones que no sean la manera de vestir de los hombres de esta casa, Corinne.
-Algunas veces, papá es tan estirado, -le dijo a Christopher sonriendo sin inmutarse.
El muchacho no le devolvió la sonrisa, sabiendo muy bien cómo hubiera reaccionado Malcolm. Yo sabía que ella estaba exhibiéndose para Christopher, y aunque en los ojos de éste había una expresión de placer, mantuvo su decoro.
-En tu casa, Chris, -le preguntó-, ¿también eran así de estirados?
Arqueé las cejas. ¿Chris? Corinne vio mi gesto de represión. No se acortan los nombres de las personas mayores que tú, le había enseñado.
-Mi padre quería que nos vistiéramos adecuadamente para cenar, -repuso él-. Yo no diría que era estirado, ni lo diría tampoco del tuyo, -contestó el chico con mucha diplomacia.
Malcolm no demostró su reacción, pero yo sabía que estaba complacido.
-¿Y tu madre? Sé tan poco de ella... Se marchó contigo poco después de que yo naciera, -inquirió Corinne.
Cada vez que el nombre de Alicia se mencionaba, Malcolm y yo nos tensábamos sin poder evitarlo. Me preocupaba que de alguna verdad surgiera la verdad, que yo pudiera perder para siempre el cariño de estos dos jóvenes, los cuales jamás nos perdonarían la mentira vital que habíamos impuesto a Alicia. Me consolé pensando que fue lo mejor para todos. Y no había manera de que ellos lo adivinasen. ¿Quién podría descubrir nunca un engaño semejante?
-Creo que no deberíamos hablar de la madre de Christopher durante la cena, -intervine-. No puede ser muy agradable para él, considerando la tragedia de su muerte, -añadí.
Corinne se ruborizó.
-Oh, lo siento. Yo no...
-No te preocupes. Pero Olivia tiene razón, -dijo el chico.
A continuación hizo una pregunta a Malcolm sobre una de sus fábricas y el tema quedó olvidado; pero en el aire permaneció la tensión entre Corinne y yo durante el resto de la cena. Ella se irritó porque la había hecho parecer cruel ante Christopher; pero fue la manera más rápida que se me ocurrió para cortar aquel tema. Tenía tan pocas ganas como el propio Malcolm de hablar de Alicia delante de Corinne. Más tarde, oí cómo Christopher le aseguraba a Corinne que no le había ofendido. Iban andando por el pasillo en dirección al patio del este. Ignoraban que yo estaba lo bastante cerca para poder oír su conversación.
-Mi madre a veces es muy fría, -le dijo ella-. Incluso exasperante, -añadió, parpadeando con coquetería.
Él se echó a reír.
-No has de juzgar a tu madre con tanta dureza, Corinne, -le aconsejó-. Lo que ha dicho ha sido sólo para protegerme. Le preocupa herir mis sentimientos, -añadió en un tono de voz que sugería una relación entre maestro y alumna.
Pensé que estaba haciéndolo muy bien, en sus esfuerzos para mantener a la chica en su lugar, y me sentí orgullosa de él.

A la mañana siguiente, Christopher se acercó a mí en aquel mismo patio del este. Yo estaba disfrutando del día húmedo y encapotado porque corría una agradable brisa. Mientras se me acercaba, observé en su frente un ceño grave, aunque sonrió y me saludó cariñoso.
-Buenos días, Olivia, ¿puedo sentarme?
Dejé a un lado mi labor de punto de cruz cuando se acomodó junto a mí. Yo sabía que algo le preocupaba y, por un momento, temí que me hiciera interminables preguntas acerca de Alicia y los motivos que la habían hecho abandonar Foxworth Hall. Me disgustaba tener que mentirle, pues lo consideraba injusto. Sin embargo, ¿qué pensaría de mí, de Malcolm, de Alicia, e incluso de él mismo, si supiera la verdad?
-Parece que algo te preocupa, Christopher, -le dije cautelosamente-. ¿De qué se trata?
-Olivia, -dijo, y una expresión de dulzura cruzó por su cara-. Quiero que sepas lo reconocido que estoy por lo que Malcolm y tú estáis haciendo por mí. Todo es tan maravilloso aquí... Me siento como si hubiera encontrado un segundo hogar a pesar de haber perdido a mi madre. Y os agradezco que comprendáis que es difícil para mí hablar de ella. La noche pasada, durante la cena, percibí que tú me entendías muy bien, y después, cuando estuve pensando en ello, me di cuenta del porqué. Tú has sufrido una pérdida, quizá mayor que la mía. Los hijos sabemos que nuestros padres han de morir; pero tiene que ser espantoso perder dos hijos. -Alargó su mano y cogió la mía-. No me atrevía a hablarte de Mal y de Joel porque sé lo doloroso que es para ti. Pero creo que podemos compartir ese dolor. Recuerdo a Mal, tan serio y tan adulto. Cuando yo estaba aquí con ellos, me trataban como a un hermano. Y cuando mi madre estuvo lejos varios meses, tú fuiste una madre para mí, y yo te amé como si lo fueras. Nunca lo he olvidado. Y ahora yo la he perdido a ella y tú te has quedado sin tus dos hijos. Pero podemos tenernos el uno al otro, ¿no es verdad? Quiero decir que es como si yo hubiera encontrado una madre y tú hubieses hallado otro hijo. ¿Podemos ser así, Olivia? Siempre deseé tener hermanos y hermanas, y solía quejarme por no tenerlos. Pero cada vez que se lo pedía a mí madre, ella se alteraba y comenzaba a retorcerse los dedos... No sé por qué; nunca me lo explicó. Ahora tengo una segunda familia. Y adoro a Corinne, ¡será una hermosa mujer! La has educado muy bien, es dulce y encantadora. ¡Y me río mucho con ella! ¿Sabes?, no me importa que me persiga. Es halagador. Nada me honraría más que ser un verdadero hermano para Corinne, y, si tú me lo permites, un hijo para ti.
-Gracias, Christopher, -respondí.
Vi cariño y respeto en sus ojos. Aquel joven me conmovía más de lo que jamás podría expresarle. Era muy extraño que hubiera perdido a mis dos hijos propios y me hubieran dado los de Alicia. Juré que cuidaría de ellos y los protegería. Y aunque ya eran casi adultos, formábamos en verdad una familia, la clase de familia en la que yo había soñado.... hijos hermosos y tiernos, con el mundo a sus pies.
-No hay nada que pudiera gustarme más, Christopher, -agregué-, que el hecho de que te consideres mi hijo. Me siento honrada y satisfecha de ello.
Christopher sonrió y su hermoso rostro rebosaba amor e interés.
-Me habría gustado que mi madre no hubiera salido nunca de Foxworth Hall, pues ahora tendría muchísimos más recuerdos de Mal y de Joel. Me gustaría haber tenido la oportunidad de conocerles mientras crecíamos juntos; pero me doy cuenta de que todo ello está en el pasado y no sirve de nada resucitarlo. Mi madre me contó muy poco de su vida aquí. Ahora nosotros podemos crear nuevos recuerdos, ¿no es verdad, Olivia?
Christopher bajó la mirada y después la alzó hasta mí, con aquellos ojos azules de los Foxworth, pero los suyos eran más cálidos, más profundos, más expresivos.
-Haré que te sientas muy orgullosa de mí, Olivia...
Su dulzura y su afecto eran tan conmovedores, que se me saltaron las lágrimas. Había tenido muy poco amor en mi vida; pero creía que Christopher me amaba de verdad, como si

fuese su madre. Se me hizo un nudo en la garganta; y Christopher me había emocionado. Sonreí y di unos golpecitos en su suave mano.
-Christopher, -comencé-, si consigues lo que te has propuesto, me proporcionarás ese orgullo y esa felicidad que una madre siente gracias a su hijo. Me halagan tus sentimientos.
Desvié la mirada porque mi corazón estaba palpitando muy aprisa y estaba a punto de echarme a llorar.
Recordé las charlas que solía tener con Mal y con Joel. Algo de lo que me había sido arrebatado, volvía de pronto. Y, como para consolarme, la cálida brisa me acarició la cara, y se alejó la alargada nube esponjosa que había cubierto el sol. El calor me rodeaba por todas partes; pero el más importante, era el que había en mi corazón.
-Haré todo lo que pueda, -dijo Christopher.
Se inclinó para besarme en la mejilla. La calidez de sus labios permaneció sobre mi piel después que él se levantara. Reprimí mis grandes deseos de llorar y me volví hacia él solamente cuando ya se marchaba. Le contemplé mientras se dirigía a la casa. Después, alcé la mirada y vi a John Amos en una ventana del segundo piso, observándonos. Tenía las manos enlazadas en la espalda y su cuerpo parecía arrojar una sombra espesa, profunda.
Comencé a observar que vigilaba siempre a Christopher. Aparecía de improviso, acechando en una puerta, emergiendo de entre la penumbra. Daba la impresión de que buscaba algo en él. Con sus ojos inquisitivos, como escalpelos hurgadores, procuraba descubrir una pista, una señal, una insinuación. Cada vez que Malcolm y Christopher tenían una conversación y John Amos se hallaba cerca escrutaba al muchacho como un espía enviado de alguna tierra distante, lleno de suspicacia. Durante algún tiempo, no comentó nada; pero, cierto día, cuando había transcurrido alrededor de una semana de aquella conversación nuestra en el patio, vino a la puerta del salón del frente mientras yo estaba leyendo.
-Tengo que hablarte acerca de Christopher, -dijo.
Yo asentí y le indiqué que podía entrar. No se sentó, de modo que adiviné que sus pensamientos le preocupaban. Se quedó en pie un buen momento, con las manos detrás, y después se volvió hacia mí:
-Hay peligro en el paraíso, -comenzó.
-¿Qué te preocupa, John? -le pregunté, mostrándole cierta impaciencia, pues no me gustaba que hubiera venido a criticar a Christopher-. ¿Qué es lo que ha hecho? -demandé con aspereza.
-No ha hecho nada en concreto; pero yo soy un hombre precavido y quiero que tú también tengas cautela. Me preocupa que todos os hayáis encariñado con él de un modo tan rápido. Incluso Malcolm parece haber perdido su modo de ser-meticuloso y su mirada perspicaz. Sólo tú, Olivia, posees la intuición necesaria para ver lo que estoy sugiriendo, -dijo; se cubrió el labio superior con el inferior y entornando los ojos; después movió la cabeza muy despacio, como si confirmase sus propias declaraciones.
Medité en lo que acababa de decir.
-Pero no habrás observado nada...
-Lo he visto con Corinne. Están mucho tiempo juntos dando paseos por los jardines, en los columpios, hablando, riendo... -dijo como si hacer aquello fuese pecado.
-Pero son inocentes. Ella lo acompaña a todas partes como un obediente cachorrillo. No habrás observado ninguna indiscreción, ¿verdad?
-No. Sin embargo.... como te he dicho, me preocupa. Corínne está pasando mucho más tiempo y poniendo mayor atención en embellecerse. Se sienta delante de su tocador y se cepilla el pelo un centenar de veces antes de salir de su habitación.
Me acomodé en mi asiento.

-¿Es que la vigilas cuando se cepilla el cabello? No lo entiendo, -comenté, y de pronto John pareció turbado. Se le enrojeció la cara y abría y cerraba la boca sin pronunciar palabra-. ¿Por qué la vigilas tanto? -pregunté-. ¿Y cómo puedes hacerlo tan de cerca?
-Algunas veces deja su puerta un poco abierta y yo..., hago lo que puedo para... estar al tanto de los problemas que puedan surgir, Olivia, -se apresuró a justificarse-. Ya sabes que eso es lo que me importa.
Medité lo que había dicho John.
-¿Hay algo más que hayas visto y que creas deba yo saber? -pregunté, dándome cuenta de que espiaba mucho más de lo que yo podía imaginar.
-Sí, debo confesar que ayer los seguía porque me inquietaba un presentimiento.
-¿Qué? -exigí.
Cada vez me sentía más enfadada por las suspicacias de John Amos hacia aquellas jóvenes criaturas, hermosas e inocentes. ¿Estaba a caso intentando destruir la paz y la felicidad que al fin habíamos logrado tener en Foxworth Hall?
-¿Qué es lo que presentiste, John? -le interrogué.
-Los seguí hasta el lago. Se salpicaban y reían en el agua. Estuve observándoles en sus juegos, y quedé muy sorprendido al verles salir del agua. ¡Estaban nadando con la ropa interior! Olivia, ¡era obsceno! ¡Todo se transparentaba! ¡Lujurioso!
Debo decir que quedé muy sorprendida al escuchar aquello. Había educado a Corinne para que fuese una joven recatada, y no aprobaba que hubiera hecho tal cosa. Pero los disculpé. Después de todo, eran jóvenes, y teníamos una temperatura veraniega caliente y húmeda. Estaba segura de que solamente su exuberancia natural les impulsó a hacerlo.
-John Amos, -dije en tono severo-, no me gusta tu mente suspicaz. Después de todo, son de la familia, y en semejantes situaciones, la gente a menudo deja a un lado el recato. He oído decir que los hermanos y los primos a menudo se sienten muy a gusto juntos, libres de inhibiciones y sin tener vergüenza unos de otros, aunque tú y yo no lo hiciéramos. No saquemos las cosas de quicio, no es preciso exagerar.
El primer verano con Christopher llegó a su fin. Él se marchó a Yale. Corinne, ahora en el décimo grado, fue matriculada en el mejor colegio femenino de Nueva Inglaterra. Quería que se familiarizara con las viejas tradiciones de la costa Este y que aprendiese algo más que los bailes del Sur y los Derbys de Kentucky. Quería que estudiase latín y griego clásico, que llegase a ser algo más que una de esas lindas amas de casa con la cabeza vacía que gobernaban las mansiones de Virginia. Por una feliz coincidencia, la escuela de Corinne estaba en Massachussetts, a una hora más o menos de New Hayen. Para mí representaba un consuelo saber que un miembro de la familia se hallaba cerca de ella, en caso de que necesitara alguna cosa.
Lamenté de su marcha. Dejaron Foxworth Hall a la vez, pues iban a embarcar en el mismo tren hacia el Norte y Christopher se había ofrecido para acompañar a Corinne hasta el colegio y dejarla instalada allí antes de que él siguiera su camino hacia Yale. Me resultaba muy agradable comprobar lo pronto que se habían convertido el uno para el otro en la hermana y hermano que eran en realidad, aunque ellos lo ignorasen.
La gran casa parecía vacía sin su presencia, y volvió a imponerse nuestra aburrida rutina. Malcolm siempre en su trabajo, John Amos dirigiendo la servidumbre y explicándome la Biblia. Pero me consolaba pensar en mis hijos, pues los consideraba así.
Tal como me había prometido, Christopher me escribía todas las semanas unas cartas largas, interesantes, contándome todo lo que hacía y diciendo cuánto echaba de menos Foxworth Hall y los días felices que había pasado durante la última mitad del verano, Y Corinne enviaba notas simpáticas, describiendo su escuela y sus nuevas amigas. Se quejaba de que no hubiera muchachos por allí, lo cual me preocupó un poco, pues temía que se obsesionara con los chicos y se metiera en algún conflicto, pero me animé pensando que la

había preparado bien. Tenía que confiar en el fruto de la esmerada educación recibida. Creía que mi tutela dominaría cualquier tendencia heredada de su madre.
Todos esperábamos las vacaciones para que los chicos volvieran. Las del Día de Acción de Gracias eran demasiado cortas para que hicieran el largo viaje hasta Virginia; pero uno de los profesores de Christopher invitó a él y a Corinne a cenar en su casa. Me consoló que por lo menos estuvieran juntos. Todos aguardábamos ansiosos que llegase la Navidad. Se presentaron juntos, alborozados y felices, tan ansiosos y contentos como dos niños pequeños esperando la llegada de Santa Claus. Aquel año, nuestra fiesta fue espectacular.
El árbol tenía doce metros de altura y llegaba hasta la rotonda. Christopher y Corinne lo decoraron, invirtiendo en ello casi dos días enteros. Él estaba en la escalera y ella le iba dando los brillantes adornos. Colgaron incluso palomitas de maíz y arándanos agrios, metros y metros de guirnaldas blancas alrededor de las ramas, como un conjunto de bailarines danzando alrededor del árbol de mayo. La noche de la fiesta Corinne estaba excitadísima. Malcolm le había comprado un llamativo traje de noche de terciopelo rojo, y ella se recogió su pelo rubio en lo alto de la cabeza dejando caer los rizos en cascada. Yo había accedido a que llevase un poco de maquillaje, sólo un poco de fondo y un leve toque de lápiz de labios. He de reconocer que estaba deslumbradora. Parecía una princesa, una estrella de cine, una reina.
Malcolm, Christopher, John Amos y yo, así como los sirvientes, todos nos volvimos a mirarla cuando bajaba majestuosa la escalera. Nos sentimos muy orgullosos. Malcolm se hallaba a punto de reventar de gozo, y oí que Christopher, maravillado, soltaba un suspiro cuando ella llegó junto a nosotros, se dirigió a su padre con gesto alegre, le deseó Feliz Navidad y le dio un abrazo. Mientras tenía los brazos alrededor de él, guiñó el ojo a Christopher. Tan sólo John Amos tenía una mirada maliciosa y una expresión rígida. De pronto, me di cuenta de que estaba observando a Corinne. Vaya, ¡John Amos estaba celoso de Christopher! Ésa era la fuente de sus sospechas. Le cogí del brazo y le conduje hasta la gran sala de baile.
-Ven John Amos, vamos a asegurarnos de que todos los preparativos son perfectos. Nuestros invitados están a punto de llegar.
Nuestra fiesta fue un gran éxito. Corinne, muy metida en su papel de damita sofisticada y conocedora de la etiqueta, asumió el carácter de anfitriona mucho mejor que yo. Vi lo orgulloso que Malcolm se sentía de ella, cómo se acomodaba en su asiento o se echaba a un lado para observarla mientras ella se movía por el gran vestíbulo, saludando a la gente, riendo con unos y otros, diciendo la palabra justa y encantando a jóvenes y mayores. Vi sonrisas en sus caras y el encanto en sus ojos cuando ella les saludaba. Y no me importó que a mí nunca me hubieran correspondido de la misma manera. Yo no fui nunca aquel tipo de mujer. Pero mi Corinne sí lo era, y el reflejo de la gloria me parecía más dulce que la gloria misma.
Corinne llevaba a Christopher del brazo, y lo presentaba como su tío, que había estado ausente mucho tiempo y que ahora había aparecido y estaba preparándose para ser un famoso médico. También les decía lo orgullosa que se sentía de él. Mientras pasaban de un invitado a otro, Corinne se mostraba radiante, como un viento mágico que pusiera alegría de Navidad en todo lo que tocase.
Christopher, como siempre, era encantador, cumplimentando a las mujeres, haciéndoles que se sintiesen bonitas y atractivas. Tenía una palabra amable para todo el mundo, y siempre parecía sincero, en ningún momento falso. Buscaba y encontraba siempre la mejor cualidad de cada persona, y la ponía de relieve.,. Por cualquier parte que yo fuese, oía hablar de él y de Corinne, de la magnífica impresión que los dos producían.

Llegó a mis oídos el comentario que Mrs. Bromley hacía ante un grupo de mujeres, en el sentido de que le resultaba difícil creer que una persona tan enérgica y encantadora como Corinne pudiera ser hija mía.
Pero esta vez no sentí ninguna necesidad de interrumpirla y darle la réplica, como en una fiesta anterior. Sabía que se sentía celosa. En cambio yo experimentaba orgullo. No había en la comunidad un joven más atractivo ni una mujer más bella. Finalmente conseguía el éxito en mi papel de esposa de Malcolm.
Habíamos sobrevivido a nuestros problemas y tragedias; pero, al igual que la gran mansión, ahora estábamos en el pináculo de la comunidad. Éramos personas envidiadas y admiradas.
Cuando la orquesta comenzó los compases, Christopher condujo a Corinne a la pista. Era un vals, y su danza cortaba el aliento. Él la hacía girar por la pista como si hubieran nacido para bailar juntos. Todo el mundo se volvió para contemplarlos, satisfechos de ver aquella espléndida pareja deslizándose por el suelo como copos de nieve llevados por un dulce viento. Después, Malcolm, alto y digno, se acercó e interrumpió el baile. Corinne sonrió a Christopher cuando su padre ocupó el lugar de éste en el círculo bajo el aplauso de los invitados, y Malcolm bailó con Corinne. Pero, de alguna manera, había roto el hechizo, ambos parecían tiesos y un poco molestos; fue como si Malcolm hubiera querido competir con Christopher y demostrar que él era también un excelente bailarín. Pero no lo era. En aquel momento me di cuenta de que Malcolm había envejecido. Ya no poseía su vigor juvenil. Danzando con Corinne, parecía un viejo tonto.
Christopher se acercó a mí, sonriente.
-¿Me atrevo a interrumpirles, Olivia? Malcolm parece que se está cansando.
Yo sonreí y le di unos golpecitos en la mano.
-Adelante, Christopher, -le animé.
Entró en la pista, y cuando tras dar un toquecito en el hombro de Malcolm, Corinne flotó a sus brazos, los invitados rompieron en aplausos.
Entonces vi que John Amos me miraba como un dios airado intentando tomar venganza por la felicidad que yo había encontrado. Volvió a contemplar a los dos jóvenes bailarines y alzó una ceja, con alarma y suspicacia.
-No hay mayor ciego que el que no quiere ver, -entonó.
¿Por qué tenía que hacer aparecer tan sórdida la belleza? ¿Por qué tenía tanto resentimiento contra Christopher? ¿Creería quizá que, por ser él un miembro de la familia, debía gozar de sus mismos beneficioss en lugar de verse relegado a un simple mayordomo? Aparté el pensamiento de mi mente. Era la mejor fiesta de Navidad de cuantas habíamos celebrado, y yo estaba gozando la maravilla de verme reflejada en la gloria de mis hijos. No iba a permitir que las suspicacias de John Amos arruinasen mi felicidad.
Durante su segundo año en Yale, Christopher hizo más que afirmarse como un estudiante prometedor. Sus profesores consideraron que sus trabajos eran extraordinarios. A pesar de hallarse aún en el segundo curso, ya estaba haciendo cosas que correspondían al último año. Se le dieron facilidades; y Malcolm y yo recibimos su entusiasmada carta anunciando que se graduaría en tres años en lugar de en cuatro. La Facultad de Medicina estaba a la vuelta de la esquina.
Me encantó saber que Corinne y él permanecían siempre en contacto. Christopher incluso había ido una o dos veces a verla a su pensionado. Ella debió sentirse muy orgullosa al exhibir entre sus amigas aquel pariente, su tío, tan bien parecido. La imaginé en s dormitorio, sentada en la cama, rodeada por las otras chicas, escuchando cómo describía a Christopher, las fiestas de Navidad y Foxworth Hall. Estoy segura de que les hacía sentir envidia, y debía prometer a algunas presentarles a tan apuesto familiar. Cuando Christopher llegó allí, era casi seguro que lo expuso como una joya preciosa.
John Amos, sin embargo, nunca abandonó sus sospechas y sus celos.

-No es natural, Olivia; ni los hermanos están tan unidos a esa edad.
-John, -decía Malcolm-, ¿no puedes dejar tranquila a Corinne? -Su padre seguía prendado de ella.
Cuando cumplió diecisiete años, Corinne era una mujer de belleza sorprendente. Su cabello dorado jamás había sido más suave y brillante. Sus ojos eran más luminosos y tenían un azul más profundo que el celeste de las pupilas de Christopher. Poseía la figura esbelta y muy femenina de Alicia, un cuello gracioso, unos hombros pequeños y redondos, un pecho firme, lleno, una cintura estrecha y unas delicadas caderas. Sus piernas eran largas, y se movía con una gracia y una soltura que hubiera dado envidia a los ángeles.
Christopher, ya con veintiún años, también se había llenado. Tenía los hombros más anchos y más musculosos por sus actividades atléticas en Yale. Era campeón en su equipo de remo con espadilla. Había crecido por lo menos tres centímetros desde que había venido a Foxworth Hall, y pensé que su madurez le hacía todavía más atractivo. Ahora había en él mucho de Garland, a quien oía en su risa, y le veía también en su alegre paso.
Regocijaba el corazón sentirlos corretear por la gran casa, pasando de una actividad a otra. Una tarde salían a navegar por el pequeño lago; otra, iban a recoger flores silvestres o a espiar a las abejas para que Olsen pudiera quitarles la miel. Durante la cena, hablaban sin cesar acerca de la vida en sus escuelas.
Malcolm miraba a los dos, adorando, como era natural, a Corinne. Algo estaba sucediendo en su cara de granito. Poco a poco, iba cambiando hasta que llegó un momento en el cual ya no parecía que llevase sobre los hombros una cabeza de piedra. De tanto en tanto, incluso él estallaba en risas cuando nos hallábamos a la mesa y Corinne describía alguna bobada que había dicho o hecho.
Christopher también contaba muchas anécdotas de Corinne, encantado de relatarnos cosas que ella había dicho o hecho cuando él la visitaba en la escuela. Estaban tan unidos que comencé a preocuparme. Una tarde, cuando regresaban de navegar por el lago, me di cuenta de lo que me preocupaba en su relación.
El brazo de Corinne se enlazaba al de Christopher, y el cabello se le balanceaba por los hombros cuando ambos cruzaban el césped en dirección al patio donde yo estaba sentada contemplando la cordillera Blue Ridge Mountains.
Se parecían tanto en aquel momento como hermano y hermana, que estaba casi segura de que ellos lo habían percibido. Por un instante, me sentí retroceder en el recuerdo de mis propios hijos e imaginé que si Mal o Joel estuvieran vivos y caminando junto a Corinne, cualquiera de ellos hubiera tenido un aspecto igualmente maravilloso, pues era tal el poder de aquella belleza femenina que cualquier hombre que estuviese cerca hubiera quedado realzado por ella, del mismo modo que una mujer queda realzada por las joyas.
Oí primero sus risas. Sus voces, todavía algo lejanas, eran confusas. Se acercaron y, al verme, se detuvieron Y se miraron como si hubieran estado haciendo algo ilícito. Me puse tensa. Poco después se aproximaron a mí, caminando más aprisa y separándose un poco el uno del otro, aunque Corinne todavía enlazaba su brazo con el de Christopher.
¿No es un día espléndido, Olivia? -dijo él-. Hemos tenido la brisa justa para mover nuestra pequeña embarcación, -explicó-. Me gustaría que me permitieras llevarte a dar un paseo en barco en un día como éste.
Corinne me miró con una expresión desafiante; no podía imaginarme en un bote de vela.
-Lo he hecho muchas veces, -dije-. Cuando vivía en New London, la navegación a vela era tan corriente como caminar.
-¿Ah, sí? -dijo Christopher-. He estado en New London y tiene un puerto muy bonito.
-Sí, -corroboró Corinne-. Lo es.
-¿Tú has estado también en New London? -me apresuré a preguntarle.
Ella dirigió a Christopher una mirada furtiva y después asintió.

-Un sábado la recogí en la escuela y la llevé a dar un paseo, -confesó él-. Sabíamos que era el lugar donde naciste y queríamos verlo.
-Es un sitio muy bello, -dijo Corinne.
Entonces, se miraron a los ojos de una manera que excluía al resto del mundo. Y yo sentí que una aguda punzada de terror me oprimía el corazón. Fue como si los dos estuvieran viviendo bajo un velo que no dejaba entrar nada en su mundo secreto.
El año siguiente pasó con gran rapidez, y el verano llegó muy pronto. Esta vez Malcolm Y yo fuimos hasta Nueva Inglaterra, primero para asistir a la graduación de Corinne en el instituto, y después para estar presentes en la de Christopher en Yale. Fue él quien se encargó de pronunciar el discurso de despedida. La gente que teníamos cerca lloraba ante sus palabras conmovedoras. Habló de modo elocuente, diciendo que, cuando sentimos que perdemos algo, una esperanza, un sueño o a alguien amado, podemos aferrarnos a nuestros sueños y hacer que sean reales otra vez. Sabía en mi interior que estaba pensando en nuestra familia, con sus tragedias. Para él, la pérdida de Alicia y encontrar después un hogar en Foxworth Hall. Cuando bajó del podio, incluso Malcolm estaba emocionado, y todos corrimos hacia él con los brazos extendidos. Corinne llegó la primera y permanecieron abrazados largo rato. Malcolm y yo, algo impacientes, esperábamos nuestro turno para hacerlo. Cuando al fin nos estrechó, envolviéndonos a los dos en un mismo abrazo, yo vertí lágrimas que ardían de felicidad. Después, todos juntos tocamos su bonete y, como una familia, lo lanzamos al aire. El cielo estaba casi negro por los bonetes de graduación subiendo en espiral a cual más alto. Llenaban el aire millares de jóvenes voces masculinas dando vítores.
Volvimos a casa en el coche que Malcolm había regalado a Corinne como presente por el acontecimiento. Era un «Cadillac» convertible color crema. La conducción se hizo por turnos. Unas veces guiaba Malcolm y yo iba a su lado, en el asiento delantero mientras Christopher y Corinne viajaban atrás. Después, el chico cogía el volante y después lo sustituía ella. Para ser recién graduados con magníficas notas, guardaron un extraño silencio durante el largo recorrido de regreso a Virginia, que duró dos días. Nos detuvimos a pasar la noche en Atlantic City, Nueva Jersey, y Malcolm quiso que aquella noche saliéramos todos juntos a visitar la ciudad.
-Existen algunos lugares que quiero enseñaros, hijos, -manifestó-. Aquí hay un salón de baile que tiene oro incrustado en los azulejos. Hasta haría sentir envidia a Foxworth Hall.
-Oh, papá, eres muy amable, -suspiró Corinne-. Pero me siento agotada. Después de la excitación de mi graduación y la de Chris, me he quedado tan agotada que me apetece dormir un año seguido.
-Bueno, si no queréis salir a celebrarlo, pasaremos la noche tranquilos en el hotel.
-Oh, no, no, papá, -protestó Corinne-. Deberías salir con mamá. ¿Por qué no hacemos como si los graduados fueseis vosotros, y nosotros nos quedamos esperando para asegurarnos de que volvéis a una hora decente? Pero no te preocupes, que seré benévola, -bromeó Corinne.
Comprendí su cansancio e insistí en que Malcolm me llevase a dar esa vuelta. Después de todo, ¿no merecía yo una celebración por la gran tarea que había llevado a cabo al criar a su hija y al hijo de su padre? Dejamos a los chicos en sus habitaciones respectivas, nos pusimos la mejor ropa y nos fuimos al restaurante junto al océano. Estaba lleno de recién casados y estudiantes universitarios. Nos sentimos más bien desplazados y molestos rodeados por tanta gente joven. Casi no bebimos del caro champaña que Malcolm había insistido en encargar.
-Brindemos, Olivia, -dijo, intentando poner alegría en la silenciosa cena-. Brindemos por nuestra hermosa hija, que vuelve a casa a quedarse con nosotros para siempre.
Le dirigí una mirada severa. ¿Creía acaso que Corinne nunca le abandonaría? Malcolm debía dejarla que tuviera su propia vida, que conociera a alguien que le gustase, se casara y

crease una familia. Ése era el deseo de todas las jóvenes, y yo no quería que Malcolm culpase nunca a Corinne por tener sueños y deseos muy normales.
-Brindemos porque Corinne encuentre todo lo que desea de la vida y del amor, -le corregí.
Llegamos a Foxworth Hall a la noche siguiente, bastante tarde. Dejé que los chicos durmieran por la mañana todo lo que quisieran; después de todo, llegado el otoño los dos tendrían que comenzar a asumir responsabilidades de adulto. Christopher estaba esperando todavía que le comunicasen haber sido aceptado en la Facultad de Medicina. Estaba apuntado en la lista de espera de varios colegios de la Ivy League, y ya lo habían admitido en el alma máter de su padrastro, en Georgia. Corinne quería ir a Bryn Mawr; pero yo insistí en que solicitara el ingreso en Vassar y el Colegio Femenino de Connecticut, en mi propia ciudad de New London. La habían aceptado en los dos; pero no tenía decidido aún cual de ellos prefería.
Por la mañana, después de disponer lo necesario con John Amos y la cocinera, me fui a mi habitación y me senté ante el escritorio para atender el correo. Había un gran sobre dirigido a Christopher Foxworth, Jr. y la dirección del remitente era ¡Harvard Medical School! Me entusiasmé tanto al ver aquello, que a pesar de que sabía que no debía abrirlo, me sentí impulsada a hacerlo. Me dije que era preciso que yo supiera lo que decía para poder ayudar a Christopher a afrontar las noticias, buenas o malas. Pero, en mi interior, sabía que las noticias serían buenas. ¿Cómo podía cualquier colegio inteligente rechazar a Christopher? Me temblaban los dedos al rasgar el sobre.

Querido Mr. Foxworth:
Tengo el gusto de informarle que ha sido usted aceptado en la Facultad de Medicina de Harvard. Como Decano, me satisface...

No pude leer más. Se me llenaron los ojos con lágrimas de felicidad, y las letras se confundían ante mi vista. Cogí la carta, la apreté con fuerza contra mi pecho, subí las escaleras corriendo como una chiquilla y llamé a la puerta de Christopher. No estaba allí. Me dirigí entonces a la habitación de Corinne, pensando que ella quizá supiera dónde se encontraba Christopher. Pero tampoco la hallé en su cuarto. De pronto, escuché un ruido apagado. No podía atinar de dónde procedía. Me dirigí en aquella dirección. Por un momento, el corazón me latió con tanta fuerza, que casi no oía nada más. El ruido aumentó. Era como una risa, pero una risa extraña, como ahogada con una almohada. Al fondo del pasillo había una luz encendida. Comencé a deslizarme hacia allí con gran sigilo.
-Corinne, -oí que susurraba una voz-, ¿qué habrías hecho si jamás te hubiera conocido? ¿Cómo vivirías? Tú eres mi vida. Tú eres la única razón de mi existencia. Tú eres...
-Chisst, -le interrumpió ella-. Alguien puede oírnos.
-No me importa que me oigan. Te quiero. Y deseo que el mundo lo sepa.
La claridad surgía por debajo de las puertas dobles de la habitación del cisne. Apretando entre los dedos la carta de aceptación de Christopher enviada por Harvard, entreabrí un poco la puerta con sumo cuidado. Tendidos en la cama cisne, medio desnudos, sus extremidades entrelazadas, abrazados y acariciándose con pasión, estaban Corinne y Christopher. Ella tenía la cabeza echada hacia atrás y sus rojos labios se hallaban ligeramente entreabiertos. ¡Christopher estaba besándole los pechos desnudos!
Sin pensarlo, casi di un portazo al cerrar la puerta. Mi mente estaba confusa, aterrorizada y llena de rabia. El corazón me latía como un pajarillo asustado delante de una zorra. ¡Christopher y Corinne! ¡Eran amantes! ¡¡Amantes!! ¡Dios mío, si eran hermanos! ¡Oh, Señor!, ¿qué había hecho yo? ¿Qué habíamos hecho todos? Me desplomé al suelo. La cabeza me daba vueltas y me sentía como si toda la vida que había en mí se estuviera convirtiendo en veneno. De un modo frenético, buscaba en mi pensamiento lo que podía

hacer. ¿Debía enfrentarme a ellos? ¿Convenía decirles la verdad? ¿Les castigaría Dios por lo que habían hecho?
Justo en aquel momento me cubrió una oscura sombra. Alcé la mirada y allí estaba John Amos, mirándome fríamente.
-Olivia, ¿qué haces ahí tirada en el suelo como una mendiga? ¿Qué está sucediendo aquí?
Y entonces sus ojillos se volvieron hacia la puerta de la habitación del cisne. Pude oír ruidos precipitados dentro. Rápidamente, John Amos asió el picaporte y abrió la puerta de golpe. Allí, en toda su gloriosa desnudez, estaban Corinne y Christopher; en la cama cisne. Él se encontraba encima de ella, y se hallaban acoplados en la unión que solamente debía existir en el matrimonio.
John Amos parecía personificar toda la ira de Dios; y mientras permaneció en pie, rígido, contemplándolos, daba la impresión de crecer y hacerse más tenebroso. Era como un ángel vengador enviado del cielo.
-¡Pecadores! ¡Fornicadores! -tronó-. ¿Cómo os atrevéis a deshonrar esta casa! Atraeréis sobre vosotros la ira del Señor. Esto es incesto, un incesto lujurioso e impío. ¡Que Dios maldiga vuestras almas para siempre en el infierno!
Intenté levantarme, apartar a John Amos de la puerta y cerrarla para ocultar la vergüenza; pero John, implacable, me empujó a un lado.
-Tú, estúpida mujer, -me dijo con desprecio-. Te lo dije, te advertí de lo que estaba ocurriendo ante tus mismas narices; pero no quisiste escucharme. Has cobijado al diablo en tu casa, mujer. ¿Me oyes? Tú le invitaste a entrar, lo alimentaste y lo mimaste, y ahora el demonio ha venido a reclamar tu vida.

XVIII. EL SALARIO DEL PECADO

Sentí como si un remolino de confusión y terror me arrastrara al fondo del abismo. Me consideraba traicionada, y me hallaba airada, herida y contusa. Sin embargo, había tanto amor..., aunque fuera un amor pecaminoso, impío. ¿Quién había provocado aquello? ¿Era culpa mía? ¿O era Malcolm y su linaje lujurioso llegando a su fruición final? Tan pronto me abrumaba la rabia, como me invadía una gran piedad hacia ellos. Sabía que tenía que contárselo a Malcolm. Necesité de todas mis fuerzas para ponerme en pie y decirle a John Amos que se marchara. Después, muy despacio, agarrándome a la puerta en busca de apoyo, entré en la habitación del cisne y, con una voz tan extraña y débil que casi no reconocí como mía, les dije que debían estar en la biblioteca de Malcolm dentro de quince minutos. Corinne ocultaba su desnudez detrás de Christopher, el cual se había envuelto en una sábana. Los ojos de ambos estaban enrojecidos por el llanto. Cerré la puerta con suavidad y, caminando con paso vacilante, fui en busca de Malcolm.
-Quiero que te armes de valor, -le dije nada más entrar en la biblioteca-. Ha sucedido algo.... algo terrible.
-¿Los chicos? ¡Oh, Dios mío, otra vez no! -exclamó poniéndose en pie de un salto.
-¡Tu hermanastro ha seducido a nuestra hija! -le informé.
No hay palabras para describir el tormento que retorció el rostro de Malcolm. Mientras le contemplaba, veía el reflejo de mis propios sentimientos. Sin embargo, aunque la indignación, la amargura, el odio, el amor hacia su hija y otros sentimientos luchaban por dominarle, una emoción se impuso a todas las demás. Le dominó la rabia. Una rabia como yo jamás había visto.
-Escucha, Malcolm, -le advertí, y su falta de control me ayudó a encontrar el mío-. Tenemos que permanecer serenos. Hemos de pensar qué es lo mejor que podemos hacer. Hay demasiado en juego, tú lo sabes igual que yo. Van a bajar a la biblioteca dentro de un

momento. Por favor, encuentra un poco de fortaleza dentro de ti para lograr poner fin a esta horrible abominación.
Justo en aquel momento oímos que la puerta se abría y ambos entraron en la biblioteca. Christopher rodeando a Corinne con el brazo en un gesto protector. Habían tenido tan sólo unos minutos para vestirse, y llevaban algunos botones desabrochados. Christopher iba sin calcetines. Detrás de ellos vi a John Amos, imponente en lo alto de la escalera, mirándonos con rostro condenatorio. Parecía que aumentaba cada vez más su estatura. Él lo sabía, siempre lo había sabido, y yo me negué a creerlo. Oí en mi memoria sus proféticas palabras: «No hay mayor ciego que el que no quiere ver.»
Supe que la ira del Señor había caído con toda su dureza sobre los Foxworth. Cada sombra, el fantasma de cada uno de los antepasados gemía por la casa. Todo lo que quedaba era escuchar las palabras. Malcolm dio unos pasos y cerró la puerta de golpe.
-Papá, -comenzó Corinne, agarrándose a la mano de Christopher mientras avanzaban-. Estamos enamorados. Hace mucho tiempo que nos queremos. Vamos a casarnos. -Miró a Christopher para recuperar su valor, y él le sonrió, con aquella sonrisa dulce y comprensiva que nos había hechizado a todos durante los últimos tres años-. Christopher y yo hemos estado planeándolo casi desde el primer día que nos vimos, esperando hasta que yo cumpliese dieciocho años. Pensábamos en huir, pues no sabíamos si vosotros lo aprobaríais. Pero nos gustaría celebrar la boda en una iglesia, para que nuestro amor fuese bendecido.
Cada palabra de Corinne hundía más el cuchillo en mi corazón. Había dicho todo lo que yo más temía. Malcolm parecía no haber oído nada. Miraba fijamente a su hija, de un modo extraño. Era como si en ella estuviese viendo a Alicia, o tal vez a su propia madre. Después su rostro se retorció de una manera espantosa. La rabia que llevaba dentro le subió a la cara, hinchó sus mejillas y alzó sus hombros hasta hacerle parecer gigantesco.
Yo corrí para estar junto a él.
-Confiábamos en que os alegraseis por nosotros, -dijo Corinne, cuya voz comenzaba a quebrarse-, y que nos dierais vuestra bendición. Si deseáis que celebremos una gran boda, invitemos a centenares de personas y después tengamos una fiesta aquí, en Foxworth Hall, eso sería formidable. Queremos que seáis tan felices como nosotros, -añadió.
-¿Felices? -replicó Malcolm, pronunciando la palabra como si fuese la más extraña que había escuchado en su vida-. Felices, -repitió, y de pronto soltó una risotada vacía, diabólica; de repente, dio un paso hacia delante, con el brazo derecho extendido, rígido y el dedo índice apuntando acusador-. ¿Felices? Vosotros dos habéis cometido el pecado más atroz. ¿Cómo podríamos ser felices? Tú sabes que es tío tuyo y él sabe que eres su sobrina. Lo que habéis hecho es incestuoso. Yo nunca daré mi bendición y tampoco la dará Dios. Estás haciendo mofa del concepto del matrimonio, -clamó con voz atronadora mientras imprimía a su dedo un movimiento de zigzag como si estuviera anulando aquel amor allí mismo, en aquel momento.
-No es incestuoso, -respondió Corinne con dulzura-. Y nuestro amor es demasiado puro y bueno para considerarlo pecado. No estás citando las leyes de Dios, sino las leyes de los hombres. En muchas sociedades, hasta se fomenta el matrimonio entre primos y parientes cercanos. Incluso...
-¡Incestuoso! -chilló Malcolm, con el brazo extendido todavía; todo su cuerpo temblaba con el esfuerzo, y la sangre se acumuló en su cara-. ¡Inmundo! ¡Impío! ¡Sacrílego! -vociferó agitando el brazo como un látigo después de cada acusación-. ¡Me has traicionado, me has traicionado!
-Por favor, escucha Malcolm, -intervino Christopher-. Corinne y yo hemos experimentado este sentimiento mutuo desde el primer día que puse los pies en Foxworth Hall. Seguramente era algo que estaba destinado a ser.

-¡Judas! -rugió Malcolm, volviéndose hacia él-. Te he acogido en mi familia; te he brindado ayuda, te he dado la oportunidad de iniciar una vida. He gastado dinero contigo, he puesto en ti mi fe y mi confianza. Te abrí mi casa y tú has seducido a mi hija.
-Chris no me ha seducido, -intervino Corinne saliendo en su defensa, e incluso se acercó más a él-. Lo que ha sucedido entre nosotros yo lo he deseado tanto como él, -confesó-. De hecho, era yo la que le seguía a todas partes; he sido yo quien no le dejaba y le rogaba que me mirase cuando él miraba a cualquier otra mujer. Yo he llenado con mi presencia todo momento libre que él tuviera, lo he envuelto con mi charla, con mis risas y mi amor. Chris siempre ha sido un caballero, siempre me ha hablado de lo que mi madre y tú queríais. Yo, al principio, tenía miedo de que no comprendierais, de modo que he esperado hasta tener dieciocho años. No os he traicionado. Todavía os amo y quiero vivir a vuestro lado con Christopher. Tendremos aquí nuestros hijos y...
-¿Hijos? -repitió Malcolm como si aquel concepto le hubiera pinchado.
Por mi espalda subió un escalofrío.
-Si quisieras escucharme, -rogó Corinne.
-No hay nada que escuchar, -cortó Malcolm-. Hablas de tener hijos. Tus hijos nacerían con cuernos, con jorobas, con rabos bífidos, con pezuñas; nacerían criaturas deformes, -declaró, con los ojos llenos de odio.
Tanto Corinne como Christopher retrocedieron al escuchar sus palabras acusadoras. Ella expresó el terror en su cara y se agarró con más fuerza al brazo de Christopher.
-No, -dijo Corinne, sacudiendo la cabeza- Eso no es cierto; eso no sucederá.
-¡Seductora! -la recriminó Malcolm-. Dalila, criatura Injuriosa y falsa, astutamente hermosa, mujer maligna, -continuó, haciéndola retroceder con cada frase-. Quiero que los dos os marchéis de mi casa, que salgáis de mi vida y de mi memoria, -dijo-. Fuera de aquí, -ordenó señalando la puerta-. Y jamás volváis a poner los pies en este lugar. Para mí estáis muertos, tan muertos como... -Me miró, y mis ojos le contuvieron de seguir hablando.
-No puedes ser que hables en serio, -gritó Corinne acongojada, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas, y la barbilla le temblaba.
Christopher me miró, buscando ayuda; pero yo desvié la mirada. Me sentía casi tan traicionada como Malcolm. Le había amado como a mi propio hijo, y ahora él me pagaba causándome aquel dolor. Durante los años felices creí en su devoción Y su amor por mí; pero todo lo hizo por Corinne. Se hallaba tan atrapado por la belleza como lo estuvo Malcolm. Oh, era cierto, todos los hombres se portaban igual. Le devolví la mirada con una expresión tan fría que esperé helase su corazón. En aquel momento, deseaba destruirlos con la verdad; pero, en el fondo, sabía que no conseguiría más que destruirme a mí misma.
-Lo que he dicho ha sido muy en serio, -respondió Malcolm, con una voz tan seca, fría, quebradiza y punzante como el hielo-. Marchaos de esta casa y sabed que estáis desheredados. Ni tú ni tu Judas recibiréis un solo penique de mí. Os maldigo; os maldigo a los dos y os condeno a una vida de pecado y horror.
-No seremos malditos. -Christopher se irguió mucho al desafiar a su hermanastro-. Nos marcharemos de esta casa; pero no nos llevaremos ninguna maldición. Las dejaremos todas en la puerta.
Al hablar, se parecía más a Malcolm que el propio Malcolm.
-Estas maldiciones no son suyas, -intervine yo-. Son las maldiciones que Dios hará caer sobre vuestras cabezas por lo que habéis hecho. Lo vuestro es un incesto y solamente podéis criar el horror, -predije.
Christopher me miró con gran pena en los ojos. Ahora era él quien se sentía traicionado por mí.
-En ese caso, nos marcharemos, -repuso.

Hizo dar la vuelta a Corinne y los dos salieron por la puerta principal. Él miró una vez hacia atrás, con desafío. Corinne todavía llorosa, parecía perdida y asustada.
Al cabo de un momento ya habían desaparecido. Estalló entonces la furia de Malcolm. Alzó sus brazos hacia el techo y soltó un aullido que surgió de lo más profundo de su ser. Fue el aullido de una bestia en espantosa agonía, un aullido que estremeció Foxworth Hall. Su eco resonó por los pasillos y penetró en las sombras, ganando volumen e intensidad a medida que se extendía. Quizá todos los fantasmas de sus antepasados aullaron con él. Por un momento hubo un coro de Foxworth gritando su dolor y su tormento.
El grito murió de pronto. Malcolm se volvió hacia mí, con los ojos desorbitados, y agitaba el aire para llevar oxígeno a su cara. Se apretó el pecho y las piernas le flaquearon. Mientras caía al suelo, oí a John Amos detrás de mí.
-La ira de Dios ha venido hoy a esta casa, -murmuró.
Malcolm quedó tendido sobre su estómago, con un brazo debajo de la cabeza. John le hizo dar la vuelta y vimos que su boca estaba torcida. El lado derecho de su cara se hallaba hundido, así como la comisura de sus labios, y se veían sus dientes apretados. Tenía los ojos vueltos hacia arriba como si intentaran ver dentro de su propia cabeza. Hizo un esfuerzo para hablar, pero no se pudo oír ni comprender nada.
-Llama al médico, -grité.
El doctor insistió en que fuese llevado al hospital. Vi la resistencia en sus ojos; movía la cabeza haciendo signos negativos, y rogaba en silencio que me opusiera a las órdenes del facultativo.
-Naturalmente, doctor, -dije-. Quiero que se haga lo que sea mejor para mi marido. Llame a una ambulancia.
Después supe que el médico había contado a la gente que yo era una de las mujeres más fuertes que había encontrado en medio de una terrible crisis.
Entraron los enfermeros y se llevaron a Malcolm,, el cual fue trasladado en seguida al hospital, donde permaneció casi un mes, en una habitación particular, atendido por enfermeras personales, durante las veinticuatro horas del día. Cada vez que John Amos y yo íbamos a verle, nos rogaba que le llevásemos a casa. Al principio lo hacía sólo con los ojos, pues, además del ataque cardíaco, había sufrido una hemiplejía, y todo el lado derecho de su cuerpo estaba paralizado.
Cuando le llevamos de vuelta a casa, había recuperado parte del control de sus músculos y podía proferir sonidos distorsionados, que parecían palabras. Algunas veces me pareció oír que llamaba a Corinne.
Los días transcurrían monótonos. Era como si hasta la marcha del tiempo se hubiera debilitado y a las horas les costara trabajo avanzar. Malcolm permanecía confinado en una silla de ruedas y no podía ir a su oficina. Me traían a mí todo su trabajo. Y yo daba gracias por ello, ya que, mientras tenía en qué ocupar mi mente, no deambulaba por Foxworth Hall, atormentándome con recuerdos, pensando qué podía haber hecho para que las cosas terminasen de manera distinta.
La casa parecía una gigantesca tumba. Nuestros pasos resonaban en el vacío. Los ruidos de la cocina podían percibirse a través del enorme vestíbulo.
Los sirvientes intercambiaban información a medida que iban recogiendo datos, murmurando y escuchando con ansiedad. Ninguno de ellos preguntaba acerca de Corinne ni de Christopher; pero yo sabía que John Amos les había dado la información suficiente para avivar las ascuas de su curiosidad.
Nuestras cenas eran un espectáculo de mímica. Desde el momento en que Malcolm era llevado hasta la mesa en su silla de ruedas, no se pronunciaba ni una palabra. Comía de manera mecánica, con la mirada fija, sin verme, y yo estaba segura de que contemplaba las imágenes que tenía detrás de sus ojos. Sus sueños diurnos eran como telarañas que se

rompían en cuanto se perdía en sus recuerdos, buscando comprensión para la traición de Corinne. Durante un tiempo, no mencionó su nombre ni nadie lo hizo en su presencia. Si decía alguna cosa, siempre era precedido por:
-Cuando esto termine...
Podía imaginar las pesadillas que ensombrecían su existencia. El bello y hechicero rostro de Corinne se había apoderado de él y atormentaba sus sueños de pérdida y frustración, los cuales permanecían a flor de piel hasta que él mismo se convirtió en un fantasma.
John Amos y yo cogíamos la Biblia y la dejábamos sobre el pecho de Malcolm, abierta por las páginas que queríamos leer. Yo, al igual que le había ocurrido a mi marido, sufrí una transformación con la ayuda de John Amos. Ahora sabía que podía confiar por completo en su relación con Dios; pues, sin saber el secreto de quién era Corinne, había intuido la verdad, e intentando advertirme antes de que fuese demasiado tarde. Pero yo había estado demasiado ciega. Me hallaba decidida a no serlo nunca más.
-Olivia, -me consolaba John Amos-, los caminos del Señor son misteriosos pero siempre justos. Sé que te dará una oportunidad para redimir el horrible pecado de tu hija y su tío.
Sus palabras helaron mi corazón.
-La verdad se encuentra siempre en nuestro Señor, -continuó-. Ponte de rodillas, mujer, y salva tu alma.
-No puedo arrodillarme porque no he sido sincera con el Señor. Tú no conoces la verdad.
-Vamos, Olivia, confiésalo todo.
Me postré frente a él.
-Oh, John, es mucho peor de lo que tú imaginas. -Sentí que el demonio me agarraba por la garganta; pero me obligué a hacer pasar mis palabras por entre sus malignos dedos-. Christopher no es medio tío de Corinne. Es su hermanastro.
-¡Qué! Dios mío, mujer, ¿cómo pudo suceder?
-Sabes, John, Malcolm estaba enamorado de Alicia y la dejó embarazada después de la muerte de Garland, y él la obligó a dejar a Corinne con nosotros. Alicia se marchó. Y nadie supo nunca que yo no era la madre de Corinne.
Me quedé con la vista fija en el suelo, tenía tanta vergüenza que no me atrevía a alzar el rostro.
-Levántate, mujer, -me ordenó él-. Conoces la profundidad de tu pecado..., pero no has pecado tanto como se ha pecado contra ti, y Dios ya ha enviado su espada para castigar a tu marido. Y hará lo mismo con sus hijos, te lo aseguro. Hará lo mismo. Ahora' hemos de cuidar de Malcolm, Olivia, hemos de cuidar sus negocios, asumir el control de esta casa impía, y hacer que vuelva a Dios. Recemos. Padre nuestro, que estás en los cielos...
Como si mi confesión hubiera devuelto la esperanza a Foxworth Hall, Malcolm comenzó a recuperar el habla. El doctor explicó que, aunque podía mejorar aún, no volvería nunca a hacerlo con normalidad. Por el modo en que se habían hundido sus músculos faciales, parecía que Malcolm estuviera en una perpetua sonrisa de felicidad. De un modo extraño, casi fantasmal, aquella sonrisa retorcida sugería el encanto y el atractivo que Malcolm había tenido cuando era joven. Daba la impresión de que una máscara de su antiguo semblante había sido moldeada en cerámica y colocada para siempre sobre su cara.
A veces, le permitía que lo llevaran en su silla hasta el escritorio para que pudiera revisar los documentos y los tratos de negocios que yo había realizado. Al principio, seguí el orden regular de las cosas, estudiando el trabajo de Malcolm y tomando decisiones de modo parecido. Pero al cabo de un tiempo, cuando adquirí la confianza suficiente, actuaba por iniciativa propia. Hacía mover el dinero por el mercado de valores, cambié procedimientos en alguna de las fábricas, compré y vendí parte de las propiedades.
Al principio, a Malcolm le chocó mi actividad independiente. Trató de imponer que las cosas volvieran a hacerse como antes; pero yo ignoré esas exigencias.

También había previsto un gran salario anual para John Amos, y regularmente transfería fondos a su cuenta personal. A pesar de su enfermedad, Malcolm tardó muy poco en darse cuenta. Alzó la declaración del banco.
-Has de comprender, -le dije-, que las cosas no son como eran. Deberías sentirte agradecido por lo que tienes todavía, considerando todo el mal que te has atraído encima. Y también tendrías que estar agradecido por tener a tu lado a John Amos y a mí. ¿Puedes imaginar a una mujer como Alicia, o como tu hija, enfrentándose con todo esto? ¿Serían capaces de asumir estas responsabilidades de negocios? ¿Irían tan bien las cosas? ¿Crees que se quedaría a tu lado en el estado en que te encuentras? -pregunté en tono amargo-. Correría muy lejos con todo tu dinero; ten la seguridad, -añadí furiosa.
Me acerqué y le quité de las manos la hoja del Banco.
Un día, casi dos años después de su ataque, Malcolm, desde su silla de ruedas, alzó la mirada hacia mí que me hallaba trabajando en su mesa escritorio. De tanto en tanto, hacía que le llevaran a la biblioteca, le informaba de algunas decisiones tomadas y le leía algunos resultados. Sabía que a él no le gustaba estar allí; y, sobre todo, no quería oír hablar de mis acciones; pero eso me producía un cierto placer, de modo que mandaba que lo condujeran allí y luego despedía a su enfermera.
Aquel día, a principios de primavera, cuando la luz del sol entraba por la ventana a mi espalda y me hacía sentir su calor, vi que Malcolm tenía una nueva expresión en su rostro. Era una expresión más suave que de costumbre. Sus ojos eran dulces, de un azul casi cálido. Supe que estaba pensando en algo que le había traído recuerdos. Hice una pausa en mi trabajo y alcé la mirada con expectación.
-Olivia, -me dijo-. He de saber algo, lo necesito. Por favor, -suplicó-. Sé que sientes rencor hacia mí; pero te ruego que seas misericordiosa y me concedas lo que te pido.
Me acordé de la primera vez que Malcolm estuvo en New London, aquel Malcolm que había llenado mi corazón de esperanza y promesas, el que había paseado conmigo cerca del mar, haciéndome sentir que podía ser adorada y amada como cualquier otra mujer.
-¿Qué demanda es ésa? -pregunté, apoyándome en mi asiento.
Él se inclinó hacia delante esperanzado.
-Contrata algunos detectives para saber qué ha sucedido a Corinne y a Christopher. ¿Dónde han ido? ¿Qué están haciendo? Y... y...
-¿Y si han tenido hijos deformes? -le pregunté fríamente.
Asintió.
-Por favor, -suplicó, avanzando el cuerpo todo lo que le permitía la silla de ruedas.
Muchas noches había pasado yo en vela pensando en Corinne y en Christopher, intentando endurecer mi corazón contra ellos; pero en un pequeño rincón que quizá ni Dios veía, les amaba aún.
-Le dijiste que estaba muerta el día que ella te reveló su amor por Christopher. Resucitarla provocará sufrimientos y agonía...
-Lo sé; pero no puedo enfrentarme al hecho de que moriré ignorando toda la extensión de lo que.... de lo que yo comencé. Por favor, concédeme esto. Te lo ruego. Te prometo que nunca más te pediré nada, no te haré demanda alguna, firmaré todo lo que quieras, sea lo que sea.
Derramaba lágrimas, síntoma de su situación. Solía llorar ante la menor provocación; pero el médico me había dicho que él no se daba cuenta.
A mí me parecía lastimoso. De pronto, se apoderó de mí una sensación de gran derrota mientras contemplaba aquel hombre destrozado y retorcido en su silla de ruedas. Por primera vez, me di cuenta que algo mío había sufrido daños. En otro tiempo, tuve un marido fuerte y poderoso, un hombre respetado y temido en la comunidad y en el mundo de los negocios. A pesar de lo que hubiera podido ser nuestra relación, yo seguía siendo Olivia

Foxworth, esposa de Malcolm Foxworth, un auténtico líder. Ahora tenía un patético inválido, una sombra de lo que fue.
En un sentido real, Corinne y Christopher nos habían hecho esto. ¿Dónde estaban ahora? ¿Cómo les iban las cosas? Aquel Dios que pudo imponer tanto caos y venganza en la casa de los Foxworth, ¿les había seguido también a ellos?
-De acuerdo, -dije-. Lo haré inmediatamente.
-Oh, gracias, Olivia. Que Dios te bendiga.
-Ya es hora de que vuelvas a tu habitación y descanses, -le indiqué.
-Sí, sí; lo que tú digas, Olivia.
Se volvió, haciendo un patético esfuerzo por alejarse de allí solo. Llamé a la enfermera y ella le empujó hasta su habitación. Durante todo el tiempo, estuvo murmurando:
-Gracias, Olivia. Gracias.
Hice venir en seguida a John Amos.
-Quiero que vayas a Charlottesville, -le dije tan pronto como entró en la biblioteca-, y contrates a los mejores detectives que encuentres para que investiguen el paradero de Corinne y Christopher. Deseo saberlo todo de ellos, hasta el último detalle que se pueda descubrir.
John frunció el ceño.
-¿Y qué motivo hay para eso? -preguntó; pero cambió de actitud al ver que en mi rostro crecía la ira-. Por supuesto, si eso es lo que tú deseas.
-Es lo que yo deseo, -le dije en tono firme.
Asintió con rapidez.
-Iré inmediatamente.
Había transcurrido poco más de un mes cuando recibimos nuestro primer informe detallado. John Amos condujo al detective a la biblioteca.
Malcolm estaba todavía en su cuarto. No pensaba decirle nada hasta que yo me enterase primero.
El investigador privado era un hombrecillo de aspecto doméstico que parecía más bien un cajero de Banco. Más adelante supe que eso representaba su gran ventaja. Nadie se fijaba en él. Se llamaba Cruthers y llevaba unas gafas de gruesos cristales, mal ajustadas, que continuamente se deslizaban por su nariz mientras hablaba. Me ponía un poco nerviosa; pero me esforcé por escucharle.
-Viven bajo el nombre de Dollanganger, -comentó-. Por eso he tardado un poco en encontrarles.
-No estoy interesada en los detalles de sus esfuerzos, Mr. Cruthers. Deme a conocer sólo los hechos que haya descubierto, -le exigí severa.
-Sí, Mrs. Foxworth. Christopher Dollanganger está trabajando como ejecutivo de relaciones públicas en una gran empresa situada en Gladstone, Pennsylvania. Por lo que he podido descubrir, es un hombre muy apreciado.
-¿Relaciones públicas? -pregunté.
-Naturalmente, -intervino John Amos-, después de que Malcolm y tú retirasteis a Christopher vuestra ayuda financiera, no podía continuar en la Facultad de Medicina, -sonrió.
Cruthers se quedó mirando a John.
-Continúe con su informe, Mr. Cruthers, -ordené.
-Mrs. Dollanganger está considerada como una mujer atractiva, buena esposa y madre.
-¿Madre? -me apresuré a decir.
-Tiene un hijo, un chiquillo de casi dos años. Se llama Christopher.
-¿Qué ha sabido usted de él? -pregunté suavemente, y el corazón me palpitaba acelerado.

-Es un hermoso niño, -informó-. Lo he visto. Cabello dorado, ojos azules. Y, al parecer, muy inteligente.
-No puede ser, -dije, y me apoyé en el respaldo-. No son las mismas personas. Quizás esa pareja se llaman Christopher y Corinne; pero no son ellos. Se ha equivocado, -afirmé convencida.
-No, Mrs. Foxworth..., excúseme, pero no hay duda alguna de quiénes son. Tenía fotografías, no lo olvide. Los he visto de cerca. Son su Corinne y Christopher.
-No son los míos, -insistí.
El detective miró a John Amos y permaneció silencioso.
-¿Qué más ha sabido usted de ellos? -pregunté.
-Bueno, Mrs. Dollanganger está embarazada otra vez, -dijo vacilante.
-¿ Embarazada? Yo también miré a John Amos, y en su cara había de nuevo una sonrisa maliciosa. Asintió.
-Esta vez el niño será diferente, -murmuré.
-¿Qué dice usted, Mrs. Foxworth? -preguntó Cruthers.
-Nada. Quiero que siga usted con esto y me informe del día en que Mrs. Dollanganger dé a luz. Quiero saberlo todo sobre la nueva criatura. ¿Entendido?
-Sí, lo entiendo, Mrs. Foxworth. Seguiré con el asunto. Pronto ha de tener el hijo.
-Bien, -dije-. En el correo de mañana recibirá usted un cheque. -E hice un gesto hacia John Amos indicándole que acompañase al detective hasta la puerta.
Durante un rato permanecí allí sentada pensando en la información. Después, me levanté y me dirigí hacia la puerta de Malcolm. Hice una pausa justo antes de abrirla.
«No, -pensé-. Todavía no. Cuando sepamos algo del nuevo bebé.»

XIX. EL FINAL DE LA LÍNEA

Pasaban los días, los meses y los años, deslizándose como granitos de arena por un reloj de arena infinito. Yo sólo encontraba consuelo en las plegarias y el trabajo. Cruthers había aparecido un par de veces más por Foxworth Hall, la primera vez para comunicar el nacimiento de una niña sana llamada Cathy; y la segunda, ocho años después, para darnos una noticia todavía más sorprendente: el alumbramiento de mellizos, un niño y una niña, también sanos y perfectos. Parecía que la familia Christopher y Corinne era toda hermosa e inteligente. Mr. Cruthers nos informó de que los hijos eran conocidos en la ciudad como las muñecas de Dresden, a causa de su hermoso cabello rubio, sus ojos azules y su tez inmaculada.
Nunca hablé a Malcolm de las visitas de Mr. Cruthers. Su ataque le había envejecido con gran rapidez, aunque parecía haber alcanzado un punto a partir del cual ya no podía degenerar más.
Como era natural, cambió su carácter. Al principio, después de su doble ataque, de parálisis y de corazón, todavía le quedaba un poco de espíritu luchador. Por aquel entonces, no había aceptado su condición como permanente. Pero, ahora, sentado en su silla de ruedas, ya no había nada de aquella postura impaciente, rígida, que revelaba la batalla que se libraba en su interior. El desafío que en otro tiempo había en su mirada había ido desapareciendo, al tiempo que sus ojos se debilitaban como velas cuyas llamitas se iban empequeñeciendo cada vez más, hasta perder la antigua energía.
Y las sombras comenzaron a moverse alrededor de Malcolm. Con frecuencia le encontraba satisfecho por estar sentado en el rincón más oscuro de su habitación o del vestíbulo. Aquel hombre, que en otra época se había movido con tanta energía y poderío, que parecía fabricar su propia luz, ahora permanecía postrado, envuelto en la oscuridad. Poco a poco, con una concienzuda decisión, las sombras de Foxworth Hall iban reclamándole.

Aunque su habla había mejorado hasta el punto de poder ser comprendido por todos, comenzó a huir de la conversación. Sus enfermeras, y había tenido casi una docena a través de los años, aprendían a leer sus gestos y sabían lo que deseaba cuando él agitaba la mano o hacía Un signo con la cabeza. Las únicas veces en que se alzaba su voz, era cuando se unía a John Amos y a mí en nuestros rezos diarios.
Yo sabía que sus esfuerzos por sobrevivir y soportar el dolor y las humillaciones de la edad y la enfermedad, provenían de su gran deseo de creer en su propia redención. Pedíamos a Dios que quisiera hacer buen uso de nosotros, y le rogábamos su perdón.
Yo pasaba del mundo de la religión al mundo de los negocios, sumergiéndome de lleno en el trabajo Y las demandas exigidas por cada asunto, ya que, mientras estaba ocupada, me sentía consolada y segura. Llegué a temer los momentos tranquilos en los que podía gozar de un descanso. Relajarme suponía enfrentarme a mis recuerdos, los cuales revoloteaban dentro de mí, zumbando en el fondo de mi mente como un círculo de insectos dementes, buscando una oportunidad para horadar mi fortaleza de relativa paz. Percibía el eco de extrañas voces; sombras y fantasmas se deslizaban por los pasillos, resucitados por uno de los viejos Juguetes de Mal o de Joel, o del piano, ahora silenciado para siempre en la sala, o del antiguo cuarto de Corinne.
Intentaba esquivar partes enteras de la casa, permaneciendo siempre alejada del ala norte. Tenía cerrada con llave la puerta de la habitación del cisne, y también la de la sala de trofeos de Malcolm. Mandé subir al ático algunos muebles, baúles, cuadros y ropa. Hice todo lo que pude por mantener alejado el pasado, por encerrarlo detrás de un muro protector de distancia y tiempo; pero siempre encontraba medios para infiltrarse.
También los recuerdos y el tiempo me hicieron pagar mi tributo. Mi vida estaba otra vez teñida de gris, como antes de venir a Foxworth Hall, y como siempre había temido que fuese. Pero ahora ya no temía al gris, me había integrado en él. Era mi único color: el de mi pelo, el de mis ojos, el de mi ropa..., era el color de mis esperanzas, el color de mi vida.
Ésa era yo; en eso me había convertido. La plegaria y el trabajo me habían endurecido hasta convertirme en una estatua. Pero estaba convencida de que era lo que Dios quería, lo que había designado para nosotros.
Una carta, una perfumada carta de color rosa, lo cambió todo. Una tarde, mientras seleccionaba el correo, encontré un sobre rosa pálido, sorprendente entre las formales cartas comerciales, siempre blancas. Estaba dirigido a Mr. y Mrs. Malcolm Neal Foxworth. Reconocí en seguida la letra. Todavía tenía aquellos adornos infantiles; pero ahora el trazo era tembloroso, lo cual me pareció extraño. Permanecí quieta durante unos minutos, contemplando el sobre sin abrirlo. ¿Qué podía ahora querer Corinne de nosotros? ¿No había hecho bastante? Sin embargo, mi corazón saltaba de gozo al reconocer aquella escritura infantil. Cuánto añoraba la vida y el amor que Corinne había traído a Foxworth Hall... El único calor que quedaba en mi vida había huido con ella y con Christopher. ¿Nos echaba tanto de menos como nosotros su presencia? Tenía que descubrirlo. Con dedos temblorosos abrí el sobre.
Al tocar la carta la sentí tan suave y cálida como si estuviera hecha con su misma carne. Tenía el pulso tan agitado que martilleaba hasta las puntas de mis dedos. Al comenzar a leer, oía la voz de Corinne y veía sus ojos azules suplicantes:

Queridos padres: Sé lo extraño que debe ser para vosotros recibir una carta mía después de tantos años. Por desgracia, la primera carta que os escribo ha de llevaros una trágica noticia. Mi Christopher, nuestro Christopher, hermoso y gentil, a quien sé que amabais a pesar de todo, ha muerto.
Sí, muerto. Lo mató un conductor borracho. ¡El día que cumplía treinta y cinco años!

Pero también hay buenas noticias. Hemos sido bendecidos con cuatro hermosos hijos, todos con el cabello rubio y los ojos azules, con unas facciones perfectas, niños adorables e inteligentes, niños que estaríais orgullosos al llamar nietos vuestros. Tenemos un hijo, Christopher, de catorce años; una hija, Cathy, de doce; y los mellizos, Cory y Carrie, de cuatro. Christopher los amaba con locura y ellos le correspondían del mismo modo.
Y ahora Christopher estaba progresando tanto. No pudo ser médico. Fue un sacrificio terrible, pero lo aceptó de buen grado en nombre del amor. Fue doloroso verle dejar sus estudios y emprender otra profesión para que pudiéramos vivir y criar nuestra propia familia en un ambiente de confort y seguridad. Pero no culpo a nadie. Y tampoco lo hacía él. Jamás dejo de amaros y de hablar de vosotros y de todo lo que habíais hecho por él. Debéis creer lo que digo porque es verdad. Por favor, por favor, creedme. Seguramente le recordáis y sabéis cómo era. Siguió siendo igual hasta el día de su muerte.
Os escribo ahora porque la desaparición de Christopher nos ha dejado al borde de la miseria. Estoy vendiendo todo lo que poseo de valor para poder seguir viviendo. Ya sé que la culpa es mía, pues nunca fui lo bastante seria para aprender algo que ahora pudiera servirme como solución práctica. Acepto plena responsabilidad por ello. Mamá era un modelo excelente; pero yo nunca pude tener su fortaleza y su valor.
Os suplico ahora que consideréis nuestra petición y nos miréis con ojos de perdón. Sé que recuperar vuestro amor es cosa difícil, pero estoy dispuesta a hacer lo que sea, cualquier cosa, para volver a ganármelo. Por favor, pensad en permitirnos regresar a Foxworth Hall, para que mis hijos puedan crecer felices rodeados de cosas buenas. Por favor, rescatadnos.
Prometo que seré perfecta, obedeceré cuanto me digáis y satisfaré todos vuestros deseos. Mis hijos están bien educados y son inteligentes, comprenderán y cumplirán lo que se exija de ellos. Tan sólo pedimos una oportunidad para intentarlo.
Por favor, tened compasión de nosotros y recordad que son Foxworth, aunque nosotros creímos que era mejor adoptar el nombre Dollanganger, otro de nuestros antepasados.
Esperaré con ansiedad vuestra respuesta. Soy una mujer destrozada, perdida y muy asustada.
Con amor,
CORINNE

Al pie de la carta había manchas de lágrimas. No supe si eran mías o de ella. ¡Christopher muerto! A pesar de lo convencidísima que estaba de su equivocación, de que su amor era un pecado, jamás les hubiera deseado algo semejante. Dios, ciertamente, era vengativo. Intenté levantarme, pero la habitación parecía dar vueltas, y las sombras y los fantasmas se retorcían veloces a derecha y a izquierda, riendo, burlándose de mí con sus terribles fauces abiertas. ¿Qué había hecho yo? ¿Qué había hecho? ¿Es que Dios no entendió mis plegarias? No soportaba pensar eso. Tenía que haber alguna otra explicación. Mi mente la buscaba frenética, hasta que pensé en John Amos. Él lo sabría, él diría lo que se debía hacer.
-Dios ha enviado su mensaje, -entonó, arrugando la delicada carta color de rosa en su huesuda mano.
-¿Un mensaje, John Amos? ¿Qué tipo de dios haría algo así a Christopher?
-Un dios que aborrece el pecado. Y fuiste tú, Olivia, quien confesó lo vil que ese pecado era. Dios está volviendo el orden a su universo. Y ahora te brinda una oportunidad para ayudarle. Esos niños son producto del diablo, nacidos de una abominable unión sacrílega.
-¿Qué quieres decir, John Amos? ¿Qué es lo que ahora Dios espera de mí?
Alzó la mirada hacia el cielo, como si estuviera comunicándose en silencio con el Señor. Extendió los brazos. Parecía abrazar un poder invisible. Después, cerrando las manos y apretando los puños, se apoderó de aquel poder y se golpeó el pecho.

-Permite que Corinne y sus hijos vengan, -me aconsejó-. Pero oculta a esos niños de la vista del mundo, para siempre. Termina con el linaje de pecado. No les permitas que permanezcan en la sociedad para infectar a los demás.
Dejé a John Amos y pasé el resto del día sola en mi habitación, rogando a Dios que me guiase. Aunque entendía la interpretación del sacerdote, no podía aceptarla. Que Dios me perdone, todavía quería a Corinne; pero, ¿qué me había hecho ella? Me había obligado a convertirme en la carcelera de sus hijos. Me había forzado a ser un instrumento vengativo del Señor, condenándome a convertirme en esa vieja mujer gris que nunca quise ser. Yo deseaba portarme como una abuela normal, querer y mimar a mis nietos, que me mirasen con amor. ¿Y con qué me había obsequiado Corinne? Con la progenie del diablo. Ahora, cada vez que contemplara sus rostros, vería el diablo en ellos; cuando sus manitas tocaran las mías, sería el demonio quien me tocase; cada vez que sus voces me llamasen, escucharía la llamada del diablo. Yo veía ya sus dulces caras, su sedoso cabello rubio, sus brillantes ojos azules... Oh, tendría que acorazarme para no amarlos.
Pues el diablo siempre favorece, con encantos y hechizos, a quienes envía para hacer su trabajo. Yo tendría que convertirme en una fortaleza de piedra gris para que aquellos encantos no penetraran en mi corazón y me reclamasen para la obra del diablo.
Aquella noche, exprimidas de mi corazón las últimas gotas de amor, me convertí tan sólo en el instrumento del Señor. Estuve soñando con una casa de muñecas, rebosante de tanto pecado, que de ella emanaban fuegos infernales. La voz de Dios me habló. «Olivia, -tronó-, te he puesto en la tierra para acabar con ese fuego. Yo he vertido agua sobre él. Pero todavía arde. He intentado soplar y apagarlo con mi propio aliento, pero sigue ardiendo. Entonces, construí un envoltorio de cristal a su alrededor y, poco a poco, las llamas se fueron extinguiendo hasta que no ardían más que unas ascuas.»
A la mañana siguiente, decidí llevar a cabo el plan de John Amos. Supe que, en aquel momento, tenía que enfrentarme con Malcolm. Estaba sentado en su silla de ruedas, contemplando las hermosas flores veraniegas por la ventana de la sala, aquellas flores que se mofaban del perpetuo invierno que vivía en Foxworth Hall.
-Corinne vuelve a casa, -anuncié.
-¿Corinne? -susurró-. ¿Corinne?
-Sí, Malcolm, ayer recibí una carta suya. Christopher ha muerto en un accidente de coche y ella nos ruega que la aceptemos aquí. Y lo hacemos.
Había estado pensando horas y horas cómo le comunicaría mi decisión a Malcolm, y decidí que él nunca debía conocer la existencia de los hijos de Corinne. Malcolm amaba mucho a Corinne, como había amado a su madre, y como amó también a Alicia, y sabía que, en cuanto se enterase de que había hijos, especialmente niñas, su corazón quedaría capturado una vez más. No, en esta ocasión yo debía hacerme cargo de las cosas, y no podía confiar más que en John Amos. Sería difícil ocultar a Malcolm la existencia de los pequeños. Los escondería en el ala norte, donde estuvo oculta su verdadera abuela. Mi marido se hallaba tan delicado, y estaría tan emocionado con el regreso de Corinne, que nunca sospecharía nada.
-Voy a escribir una carta a nuestra hija diciéndole que será bien venida en Foxworth Hall.
Malcolm todavía no había vuelto la cara de la ventana. Me acerqué a él y apoyé una mano en su delgado hombro encorvado. Noté que temblaba y di la vuelta para ver las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Querida Corinne: Serás bien acogida en tu regreso a Foxworth Hall. Sin embargo, no he mostrado a tu padre la carta que nos has enviado. Si él supiera que has tenido hijos con Christopher, nada, absolutamente nada, le persuadiría de que aceptase tu vuelta. Con la

ayuda de John Amos, tu padre ha encontrado en el Señor consuelo para su dolor, y jamás aceptaría a unos niños nacidos de una unión impía e incestuosa.
Ignoras que sufrió un grave ataque al corazón y una hemiplejia, y está en silla de ruedas desde el día que te marchaste. Tus acciones han reducido a este hombre fuerte y vibrante, a una débil sombra de lo que fue.
Sin embargo, he meditado tu ruego y he rezado pidiendo guía. Y ésta es mi decisión: puedes traer tus hijos a Foxworth Hall; pero tu padre nunca ha de conocer su existencia. Los médicos me dicen que él no vivirá mucho. Hasta que el Señor le llame a su seno, los niños permanecerán arriba, en el ala norte, lejos de su vista y su conocimiento. Yo me ocuparé de que reciban sus alimentos y la ropa necesaria.
Espero que te redimas e intentes compensar el daño que nos has causado a tu padre y a mí.
Has de comprender que te corresponde a ti preparar a tus hijos y asegurarte de que permanezcan ocultos y bajo control. Si son desobedientes, o se dan a conocer, de alguna manera, tendréis que abandonar Foxworth Hall tan pobres como habréis llegado.
Infórmame inmediatamente de tu decisión. Confiemos en Dios.
Tu MADRE.

XX. OJOS QUE VEN

Llegaron una noche muy parecida a aquella en que yo llegué a Foxworth Hall por vez primera, hace muchos años. Había dado instrucciones a Corinne para que tomase el último tren, a fin de que su entrada quedase envuelta en la oscuridad. Serían las tres de la madrugada cuando el tren entró en la solitaria estación, un andén perdido en la inmensa negrura. No me cabía duda de que su soñolienta progenie de cuatro niños pensaría que habían sido abandonados lejos de la civilización, rodeados por los campos, los prados y las oscuras montañas púrpura que se alzaban en el horizonte como gigantes que vigilasen las sombras.
No les envié vehículo alguno para recogerles. Aunque el camino desde la estación era largo, no podía arriesgarme a que nadie, sirviente o ajeno a la casa, conociera la existencia de los hijos de Corinne. Caminarían a tientas por la larga carretera oscura y desierta. Cada árbol, cada sombra, cada sonido, les asustaría. Sus corazones palpitarían amedrentados.
De pronto, Foxworth Hall se alzaría dominante ante ellos, como el castillo de la bruja de los cuentos que su madre seguramente les habría leído. Sus oscuras ventanas parecerían ojos sin vida, y su enorme tejado una mancha de tinta en contraste con el cielo. En su aparición no habría nada atractivo. Todos alzarían la mirada hacia la mansión, en silencio, llenos de temores, sobrecogidos.
Quería estar sola cuando Corinne y los niños llegasen. Tenían que verme a mí nada más. Aquél era mi momento, e insistí, a pesar de mi obediencia a los planes de John Amos y a pesar de sus protestas, en que él se retirase a su habitación.
Hice acostar a Malcolm alrededor de las diez.
-Por favor, Olivia, -me suplicó-. Sé que esta noche va a llegar Corinne y me gustaría estar despierto para recibirla.
El amor brillaba en sus ojos y pude comprobar que en todos aquellos años no había muerto la pasión por su hija. Sí, había hecho bien ocultándole la existencia de los niños. Habría caído bajo su hechizo, como caía dominado por el poder de la belleza.
-Malcolm, Corinne estará agotada cuando llegue. Y, si te quedas despierto hasta tan tarde, también tú lo estarás. Es mejor que descanséis los dos, de este modo estarás descansado y podrás saludarla con todo entusiasmo por la mañana.
Ahora, lo único que se podía hacer era esperar. Ya tenía preparada la habitación del ala norte. Como no quería que ningún sirviente tuviera sospecha alguna de mis planes, yo

misma había limpiado, quitado el polvo y trasladado las dobles camas. Al mover una de ellas, encontré el cepillo para el pelo de Alicia, todavía con cabellos suyos. Con el paso de los años, las finas hebras doradas se habían convertido en una red polvorienta, apagada y mohosa. Dejé el cepillo sobre el escritorio sin quitar ni un solo cabello. Ahora, los nietos de Alicia vivirían aquí, tal como ella había vivido. Y yo sabía, con seguridad, que sus nietas utilizarían aquel cepillo. Oh, sí, las niñas serían de la clase de jovencitas que cepillarían su melena cien veces diarias, o quizá quinientas.

Esperé durante horas su llegada, vagando por los largos y oscuros pasillos de Foxworth Hall. De tanto en tanto, me acercaba a la ventana, junto a la entrada de los criados y miraba hacia la noche. Había comenzado a caer una nieve ligera. Mientras caminaba de un lado a otro, y volvía sobre mis pasos, oí de pronto el crujido de una rama que se rompía, y corrí otra vez hacia la ventana. Allí estaban, como ladrones nocturnos, cuatro niños envueltos en ropas de abrigo con su madre debajo de una capa. Abrí la puerta y les insté a que entrasen. Sin pronunciar palabra les hice subir en grupo por la escalera posterior, empinada y estrecha. Corinne sabía que le había prohibido hablar. Un susurro, un movimiento torpe, retumbaría por los largos y vacíos pasillos de su hogar de infancia y despertaría a los sirvientes.

Fuimos derechos a la habitación del fondo en el ala norte. Abrí la puerta y les hice entrar a la habitación, del mismo modo que un carcelero amable podía hacer entrar a un condenado a su última celda. Cuando todos estuvieron dentro, cerré con suavidad.

Entonces, encendí la luz. Delante de mí tenía cuatro hermosos niños. El chico, casi un hombre, era una réplica exacta de Christopher, el mismo cabello rubio, idénticos ojos azules, igual expresión dulce o inteligente en su rostro. Dios mío, cuánto deseaba besarle. Pero me contuve, recordándome todo lo que sabía, todo lo que había ocurrido. La niña era la viva imagen de su madre en aquella misma edad. Un alud de recuerdos estuvo a punto de ahogar mi firme resolución. Desvié la vista y examiné a los mellizos. Dos querubines alzaron su mirada hacia mí, con sus grandes ojos azules asustados. Al quedarme yo mirándolos con fijeza, se acercaron más el uno al otro, como si quisieran fundirse en uno solo.

-Tal como dijiste, Corinne, tus hijos son bellos. ¿Pero estás segura de que son inteligentes? No sufrirán de algún mal invisible, que no se aprecie?

-Ninguno, -exclamó Corinne-. Mis hijos son perfectos, como puedes ver con toda claridad. Perfectos física y mentalmente!

Me miró con ferocidad y comenzó a desnudar a la niña pequeña, que daba cabezadas a sus pies. Para ayudarle, la niña mayor se puso a desvestir al muchacho mellizo, mientras que el doble de Christopher colocaba una de las maletas grandes encima de la cama. La abrió y sacó dos pijamas amarillos con pies.

Corinne alzó a los dos chiquitines hasta una de las camas, y les besó cariñosamente las sonrosadas mejillas, apartando con su temblorosa mano los graciosos rizos que les caían sobre la frente. Los arropó, cubriéndoles con la manta hasta la barbilla.

-Buenas noches, cariñitos, -les susurró.

No podía creer que Corinne, como madre, iba a permitir que dos adolescentes de distinto sexo compartieran la otra cama. ¡Cuán rápidamente estaba saliendo a la luz todo lo que había profetizado John Amos! Me dirigí a mi hija con gesto severo.

-Tus dos hijos mayores no pueden dormir juntos.

Pareció sorprendida.

-No son más que unos niños, -me replicó furiosa-. Madre, no has cambiado ni un ápice, ¿verdad? ¡Sigues con tu mente retorcida y suspicaz! Christopher y Cathy son inocentes.

-¿Inocentes? -le respondí con gran brusquedad-.¡ Eso es lo que tu padre y yo siempre habíamos pensado de ti y de tu tío!

-Si eso te preocupa, ¡dales habitaciones separadas y camas individuales! ¡Dios sabe que en esta casa hay suficientes!
-Eso es imposible, -le dije con toda la frialdad que pude-. Ésta es la única habitación con baño anexo, y es donde mi marido no les oirá caminando sobre su cabeza o tirando de la cadena del inodoro. Si están esparcidos por todo el piso superior, Malcolm sentirá sus voces, o sus movimientos, y también se darán cuenta los criados. He estado pensando mucho en este arreglo. Y es la única habitación segura. Pon a las dos niñas en una cama, y a los chicos en la otra, -le ordené.
Corinne no quiso mirarme; pero se acercó de mala gana a la cama y trasladó al varoncito mellizo. Los dos hijos mayores me miraron airados mientras yo continuaba enumerando las normas que debían regir en esta habitación.
Cuando hube terminado, Corinne atrajo hacia sí a Chris y a Cathy y les acarició el cabello y la espalda.
-Todo va bien, -oí que les murmuraba-, confiad en mí. -Después, se volvió hacia mí un instante y su cara estaba alterada por la expresión más feroz que jamás havía visto en ella-. Madre, ten un poco de piedad y compasión con mis hijos. Ellos también son de tu sangre. No lo olvides.
Mientras continuaba hablando de sus virtudes y cualidades, cerré los oídos, ya que ellos no eran de mi sangre, y tampoco lo era ella. A pesar de lo mucho que la había amado, por el bien de mi alma eterna no podía continuar amándola. Me tentaban sus súplicas, me tentaba la dulzura de aquellos niños, pero endurecí mi corazón.
Cuando Corinne vio que sus palabras no conseguían conmoverme, se volvió hacia sus hijos y les dio las buenas noches.
Esperé en la puerta mientras se apartaba despacio de sus hijos. Le tiré del brazo, y justo antes de cerrar la puerta, miré hacia atrás, hacia los niños. Los mellizos estaban profundamente dormidos. Los dos mayores se hallaban de pie, uno al lado del otro, y el muchacho cogía la mano de la niña, del mismo modo que Christopher había cogido la mano de Corinne. Le vi que la miraba intensamente a los ojos y le vi sonreír, una sonrisa que me produjo un escalofrío en la espalda, pues era una sonrisa que ya había visto antes, la sonrisa de Christopher dedicada a Corinne, la sonrisa que yo había estado demasiado ciega para ver. Pero ahora tenía los ojos bien abiertos.
Cerré la puerta con llave.

FIN